



Ramón de Mesonero Romanos

Obras jocosas y satíricas de El Curioso Parlante

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ramón de Mesonero Romanos

Obras jocosas y satíricas de El Curioso Parlante

Panorama Matritense

Prólogo para esta edición

Cuando en los primeros días de 1832 empecé a publicar en el único periódico literario de aquella época estos festivos bosquejos de nuestras costumbres contemporáneas, estaba muy lejos de sospechar que llegaría un día -medio siglo después- en que sería llamado a reproducirlos por la décima o undécima vez para ser ofrecidos a un público benévolo, que desde su primera aparición les dispensó y continúa dispensándoles singular indulgencia y simpatía.

Las razones que entonces me movieron a emprender esta agradable tarea fueron detalladamente expuestas en el Prólogo que precedió a la colección hecha en 1835 de esta primera serie de artículos, que entonces se publicó con el título de PANORAMA MATRITENSE.

El pensamiento dominante en ellos fue el de reivindicar la buena fama de nuestro carácter y costumbres patrias, tan desfigurados por los novelistas y dramaturgos extranjeros; oponiendo a ellos una pintura sencilla e imparcial de su verdadera índole y sus cualidades indígenas y naturales, sin exageración y sin acrimonia, enaltecendo sus virtudes, castigando sus vicios y satirizando suavemente sus ridiculeces y manías.

Mas ¿cómo hacerlo con toda la extensión que cumplía a mi propósito? Varios caminos se ofrecían a mi vista para ello, mas ninguno me satisfacía: unos, por lo anticuados o extemporáneos; otros, por escasos y limitados para mi objeto. -La novela satírica de costumbres, al corte de la de Gil Blas, que era lo que más me seducía, estaba enterrada hacía dos siglos entre nosotros, y no era dado a ningún escritor desenterrarla repentinamente ante un público apasionado a la novela romántica de D'Arlincourt, o la histórica de Walter Scott. -El teatro, que seguramente es el medio más eficaz para reflejar las costumbres con toda su viveza y colorido, era insuficiente para recorrer como yo deseaba todas las clases, desde las más humildes a las más elevadas, y adolecía ya de marcada tendencia al drama romántico, que empezaba a ser el favorito del público. -Por otro lado, yo no podía competir tampoco con la gracia, la espontaneidad y galanura del insigne BRETON, único adalid que se atrevía a sostener esta lucha desigual. -Los cuentos y

narraciones fantásticas, los apólogos, los sueños y alegorías a la manera de Quevedo, Espinel, Mateo Alemán y D. Diego de Torres; los viajes de Wanthon y de Gulliver; las Cartas Marruecas de Cadalso, y otras formas literarias adoptadas por escritores anteriores para describir las costumbres patrias, no eran ya propias de este siglo, más explícito; preciso era inventar otra cosa que no exigiese la lectura seguida del libro, sino que le fuese ofrecida en cuadros sueltos e independientes, valiéndose de la prensa periódica, que es la dominante en el día, porque el público gustaba ya de aprender andando, y todavía no se le había acostumbrado a recibir las páginas del libro por debajo de las puertas en entregas o pliegos sueltos.

Dada esta situación, pues, y deseando, como es natural a todo autor, procurar a mi obra preconcebida la popularidad y simpatía, propúseme desarrollar mi plan por medio de ligeros bosquejos o cuadros de caballete, en que, ayudado de una acción dramática y sencilla, caracteres verosímiles y variados, y diálogo animado y castizo, procurase reunir en lo posible el interés y las condiciones principales de la novela y del drama. -Al mismo tiempo, este plan, por su variedad sin límite obligado, me permitía recorrer a placer todas las clases, todas las condiciones, todos los tipos o caracteres sociales, desde el Grande de España hasta el mendigo; desde el literato al bolsista; desde el médico al abogado; desde la manola a la duquesa; desde el comediante al industrial; desde el pretendiente al empleado; desde la viuda al cesante; desde el seductor a, la zurcidora; desde el artista al poeta; desde el magistrado al alguacil; desde el alcalde de barrio al cofrade, y desde el cortesano al paleta; alternando en la exhibición de estos tipos sociales con la de los usos y costumbres populares y exteriores (digámoslo así), tales como paseos, romerías, procesiones, viajatas, ferias y diversiones públicas, al paso que otros se contrajesen más especialmente a las escenas privadas de la vida íntima; la sociedad, en fin, bajo todas sus fases, con la posible exactitud y variado colorido. -Y dominado por esta idea, y trazado mentalmente mi plan literario, puse inmediatamente manos a la obra, publicando en las Cartas Españolas (única Revista periódica de aquella época), en los primeros días del mes de enero de 1832, el primer artículo o cuadro de mis Escenas Matritenses, titulado El Retrato, y firmelo con el pseudónimo «UN CURIOSO PARLANTE».

De este modo hallaba resuelta la cuestión de forma, y ensayaba por primera vez entre nosotros un género literario absolutamente nuevo, que no habían podido ejercitar nuestros célebres satíricos y moralistas por la absoluta carencia de prensa periódica. -La pintura, pues, festiva, satírica y moral de las costumbres populares había tenido, como toda tarea literaria, que refugiarse en el periódico y subdividirse en mínimas producciones para hallar auditorio; el mismo Cervantes, escribiendo en tal época, hubiérase visto precisado a reducir sus cuadros a tan pequeña proporción; y su inmortal novela, arrojada en medio de nuestra agitada sociedad, apenas habría conseguido lectores sino dispensándoles sus capítulos a guisa de folletín.

En descargo de mi conciencia y en prueba de mi sinceridad, debo confesar que no fui solo en lanzarme por este camino absolutamente nuevo. A mi lado tuve un insigne compañero, un modelo de ingenio y de buen decir, el erudito don Serafín Estébanez Calderón, que, bajo el pseudónimo de El Solitario, empezó a trazar por entonces en las mismas Cartas Españolas sus preciosísimos cuadros de costumbres andaluzas con una gracia y desenfado tales, que pudieran equivocarse con los de un Cervantes o un Quevedo,

si bien el extremado sabor clásico y arcaico que plugo dar a sus preciosos bocetos el erudito Solitario perjudicaba a éstos para adquirir popularidad entre los lectores del día. -De todos modos, el autor de las ESCENAS MATRITENSES, que procuraba seguir en la exposición de éstas una marcha más sencilla y moderna, un estilo más usual, reconoce como su gloria mayor el haber alternado semanalmente, en su primer período, con el insigne Solitario, aquel ingenio singular que, por desgracia para las letras patrias, hubo muy luego de abandonarlas para seguir diversos destinos.

El ejemplo de ambos jóvenes, laboriosos y entusiastas por la patria literatura, no sólo despertó de su marasmo al indolente público de entonces, sino que sirvió también de estímulo a otros jóvenes e ingenios privilegiados a lanzarse a la palestra donde habían de alcanzar merecido lauro. Entre ellos descolló el malogrado Fíguro (D. Mariano José de Larra), que, animado por ambos, y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió, pocos meses después, sus primeros opúsculos bajo el epígrafe de Cartas de un pobrecito hablador.

Hase dicho después por algunos críticos un tanto ligeros, y en son de alabanza de El Curioso Parlante, que era «el más feliz de los imitadores de Fíguro». -Mucho honraría al autor de las ESCENAS MATRITENSES semejante comparación, si la verdad del hecho no fuese que precedió a aquél en la tarea, y por consecuencia, mal podía imitar quien llevaba en el orden del tiempo la delantera. Así lo confiesa el mismo Fíguro en la primera edición de sus artículos, escritos cuando ya se habían publicado gran parte de los de El Curioso Parlante, y en dos excelentes juicios críticos que dedicó a la primera serie de estos artículos (o sea El Panorama), que van extractados a continuación.

Además, como cada uno dio diferente giro y tendencia a sus escritos, no parece que existen términos de comparación. El intento constante del ingenioso y discreto Fíguro fue (con cortas excepciones) la sátira política, la censura o retrato apasionado de los hombres de la época: El Curioso Parlante se proponía otra misión más modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridículos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las Costumbres Andaluzas, el erudito y castizo Solitario; y ambos miraron sin asomo, de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero Fíguro, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar que ni antes ni después ha tenido entre nosotros digno rival, ni aun siquiera felices imitadores.

El autor de las ESCENAS, apasionado ardiente de nuestros buenos escritores de los siglos XVI y XVII, procuró tenerles presentes, y seguir sus huellas, ya que no en la forma, en la intención y en el estilo; y embebido en su estudio, se olvidó bien pronto de los modelos extranjeros, prefiriendo ser imitador de los propios a triunfar o competir con aquéllos.

Todos los géneros literarios tienen sus ventajas respectivas, y el de los cuadros sueltos de costumbres, a más de la rápida popularidad, tiene la de poder encerrar en cortos límites todas las condiciones de un drama o una novela, y acaso conseguir interesar más la mente del lector por lo incisivo del pensamiento y por su marcha desembarazada de episodios; así como suele acontecer al ligero epigrama, puesto en parangón con la cansada sátira o con el filosófico discurso.

Sin embargo, como estas ligeras obrillas suelen ser hijas de las influencias del momento en que se publican; como por lo general el autor que a ellas se dedica no puede subordinarlas todas a un pensamiento común; y por muy independiente que sea de las circunstancias públicas, escribiendo en diversas épocas, bajo distintas impresiones, ha de revelar forzosamente la marcha de los sucesos, y hasta la de su propia edad; por eso es preciso que los lectores tomen en cuenta la fecha de cada cuadro, y se trasladen, si es posible, con la mente, al punto de vista en que les colocó el pintor.

El largo período de diez años trascurridos desde el primer artículo de esta colección hasta el último en su segunda época fue tan fecundo en contrastes y en peripecias, modificando en tal grado la fisonomía de nuestro pueblo, sus gustos e inclinaciones, y hasta el lente mismo del observador, que sería injusticia juzgar los primeros ensayos de éste bajo el punto de vista del día. -Y cualquier lector, por poco que medite, echará de ver en la primera serie de estos artículos (que se refiere principalmente a los años 32 al 35, y forma este tomo con el título de Panorama) una notable diferencia con la otra, que abraza desde 1836 hasta 1843. -En la Primera serie de las Escenas, al paso que el reflejo de una sociedad reposada en su estado normal, o si se quiere en la indiferencia política, observará también la timidez del escritor delante de la censura, su falta de práctica en el estilo, y hasta la espontaneidad incorrecta y los risueños colores de una imaginación juvenil: y en la segunda, acaso llegará a descubrir más intención filosófica, más madurez en la razón, más soltura en el estilo; así como en la sociedad descrita más movimiento político, mayor energía y vitalidad.

Si el autor de estos opúsculos hubiera consultado sólo a su propia voluntad, quizás habría suprimido por entero esta primera parte, como infinitamente más débil; pero ha debido sacrificar el amor propio a la razón, y no sólo conservarla, sino privarse de toda alteración sustancial en ella, por parecerle que de este modo ofrece más sensible su primitivo colorido y hace resaltar más el contraste de aquella época y la que describe después. Sólo, sí, ha adicionado ambas series con notas, que hacen más perceptible el texto y dan una idea de la marcha y desenvolvimiento de la sociedad retratada.

Expuestas francamente las razones que tuvo presentes para dedicarse a cultivar este ramo de la literatura moderna, queda a cargo del lector el apreciar los reducidos medios intelectuales de que para desempeñar esta tarea le fue dado disponer. Entre ellos, sin duda, sobresale la recta intención y buena fe, así como la constancia en el propósito, llevado acabo al través de épocas borrascosas, en que los sucesos públicos absorbían todas las atenciones. -Sin duda hubiera podido dar mayor interés a este trabajo realzándole con el barniz político, que tan apreciado es por los lectores del día; pero entonces hubiera perdido su carácter inofensivo y permanente en gracia de una momentánea popularidad. -El autor de esta obrita no aspiró a tan ruidosos triunfos. Satisfecho con la simpatía que logró excitar en el ánimo del pueblo, renuncia desde luego a la arrogante aprobación de los sabios o al alto patrocinio del poder; y sólo alega como único mérito y disculpa de su insuficiencia la circunstancia de no haber suscitado con sus escritos el menor agravio, ni convertido su pluma en instrumento de venganzas, de interés ajeno, ni de propio engrandecimiento.

R. DE M. R.

He aquí ahora un extracto del juicio crítico que mereció a Larra EL PANORAMA, o sea la primera serie de las Escenas, única que pudo conocer, por su desgraciado fin en febrero de 1837.

Juicio crítico del Panorama Matritense
Por Fígaro

.....

«Por lo que del género hemos apuntado en general, puédese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de la literatura en que, es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad del estilo; la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre, comunes a todas ellas, y dónde empieza la línea que la educación establece entre unas y otras; que tenga, además de un instinto de observación certero para ver claro lo que mira a veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas cuyo velo no debe descender jamás la mano indiscreta del moralista; para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educación; por tanto, ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

.....

«Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo a estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicación de esta serie de artículos, que semanalmente comenzaron a ver la luz pública en las Cartas Españolas y en la Revista, en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitación. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos, después del Madrid físico, que en su excelente MANUAL había diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podía menos de ser de grande utilidad y deleitación. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral a su perfección progresiva consiste en enseñarle a que se vea tal cual es. El autor del PANORAMA ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde pueden tocarse y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar a su vista.

«Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observación con singular tino y gracejo, y exponer a nuestra vista el estado de nuestras costumbres. Aquí no olvidaremos otra dificultad que se le ofrecía: la España está hace algunos años en un momento de transición; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza a admitir en toda su organización social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratín, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende a formar. El escritor de costumbres estaba, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar a un niño cuyas facciones continúan variando, después que el pincel ha dejado de seguir las; desventaja grande para la duración de la obra; y en cuanto a los medios de hacerse dueño de un objeto tan movedizo, EL CURIOSO PARLANTE se podría comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el más hábil.

»Halo conseguido, sin embargo; porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: La Calle de Toledo, La Comedia casera, Las Visitas de días, Los Cómicos en Cuaresma, Las Ferias, La Capa vieja, La Casa a la antigua, La Procesión del Corpus. Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: Las Costumbres de Madrid, El Día 30 del mes, Las Tiendas, Riqueza y miseria, La Político-manía, Las Tres tertulias, Las Niñas del día, Las Casas de baños.

»Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: «1802 y 1832», el ingeniosísimo de El Aguinaldo, El Extranjero en su patria, El Sombrerito y la Mantilla, La Vuelta de París.

»Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y más lindamente escritos, titulados: El Retrato, El Amante corto de vista, Tomar aires en un lugar, El Barbero de Madrid, Pretender por alto, Los Paletos en Madrid, El Patio de Correos, etc.

»¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? recórranse La Casa de Cervantes y El Camposanto.

»El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado a saber completamente su país; imitador felicísimo de Jouy, hasta en su medida, si menos erudito, más pensador y menos superficial, ha llevado a cabo, y continúa una obra de difícil ejecución.

»Un mérito más tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos; culto, decoroso, elegante, florido a veces, y casi siempre fluido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy a menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditación, o del temor de ofender, que hace su elogio; pero que priva a sus cuadros a veces de una animación también necesaria. Ésta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata más que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

»Y no sólo ha hecho el señor Mesonero un servicio a la literatura; ha hecho también algunos a su país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinión pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados a Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del Ingenioso Hidalgo es evidentemente deudor al autor del Manual y del Panorama.

»Escritores nosotros también de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos a publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que El Curioso Parlante, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfección, tenemos sí la persuasión de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor a la justicia para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble, capaz de oscurecer a nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. -¿Cómo pudiera ser de otra suerte? -El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos a la mayor ilustración de nuestro país, nos mueve más a escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera; ni son tantos en España los que presentan títulos a la consideración general, que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabién por haber tenido una ocasión más, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso a la prensa satírica, que por lo regular manejamos con más dolor nuestro que de aquellos mismos a quienes nos vemos en la triste precisión de lastimar».

FÍGARO.

(El Español, junio 20 de 1836)

Las costumbres de Madrid

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginación viva, de una sutil penetración; si no reúne a estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudición amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará a interesar a sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado a las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones e intereses que pusieron en lucha las circunstancias. Así que un francés actual, se parece muy poco a otro de la corte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporción.

Los españoles, aunque más afectos en general a los antiguos, no hemos podido menos de participar de esta metamorfosis, que se hace sentir tanto más en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros. Añádanse a estas causas las invasiones repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viajes exteriores, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesas, el entusiasmo por sus modas, y más que todo, la falta de una educación sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rígidos moralistas, o los festivos críticos que describieron a España en los siglos anteriores. Es a la verdad muy cierto que, en medio de esta confusión de ideas, y al través de tal extravagancia de usos, han quedado aún (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nación, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificación que tiende a desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demás extranjeros, han intentado describir moralmente la España; pero o bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, o bien desentendiéndose del trascurso del tiempo, la han descrito no como es,

sino como pudo ser en tiempo de los Felipes... Y es así como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años a esta parte con los pomposos títulos de La España, Madrid o las costumbres españolas, El Español, Viaje a España, etc., etc., se ha presentado a los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; a las mujeres asesinando por celos a sus amantes; a las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando de no hacer nada; así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un salteador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapiés una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras y los romances de los ciegos, dándoles un aire a lo Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros más notables monumentos, las obras más estimadas del arte; y así en fin los más sagrados deberes, la religión, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y representados como obstinación, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene a España un extranjero (y principalmente uno de vuestros vecinos transpirenaicos) y durante los cuatro días de camino de Bayona a Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nación que aún no conoce; apéase en una fonda extranjera, donde se reúne con otros compatriotas que se ocupan exclusivamente de la alza o baja de los fondos en París o de las discusiones de las cámaras; visita a todos sus paisanos, atiende con ellos a sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus patrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente día, y después de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el más corto camino a casa de Mr. Monier a tomar un baño; luego a almorzar chez Genieys; después al salón de Petibon, o al obrador de Rouget; desde allí a la embajada, y saliendo a las tres.

-«¡Peste de país! no hay nadie en las calles.» -Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar a aquella hora a algún ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor o un calesín que va a los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. -«Vamos a los toros...» - gritos, silbidos, expresiones obscenas... -«¡Oh le vilain pays!» -Embiste el toro, cae el picador, derriba a los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota -«En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reía grandemente». -Sale de allí y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve. -«Las jóvenes personas (anota) van al Prado tan tapadas que no se las ve». -Súbese por la calle de la Reina, come en Genieys, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «Las pequeñas piezas en España son pitoyables». -No le parece tanto otra pieza que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala a su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballerescamente a hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: «Las mujeres en España son extremadamente amables» -dice, sin meterse a averiguar más respecto a su compañera. -Luego va a una soirée, donde al instante todos empiezan bien o mal a hablarle en francés, y para diferenciar le invitan a jugar al écarté o a bailar la galope, con lo cual vase luego a su casa y emplea el resto de la noche en extender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de don Gómez con donna Matilda, o donna Paquita con don Fernández. -Pasan así quince días, vuelve rápidamente a Bayona, y

a poco tiempo «Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur»; -y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epígrafe el: «Suivez moi, je vous ferai connaître Madrid». Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no lo conocería Lesage ni el autor del Manual.

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad, y deseando ensayar un género que en otros países han ennoblecido las elegantes plumas de Adisson, Jouy y otros, me propuse, aunque siguiendo de lejos aquellos modelos y adorando sus huellas, presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nación, y más particularmente de Madrid, que como corte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las de las lejanas provincias. -No dejo de conocer que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfección esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presunción de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfección como en aquellos países, sea que marche por un campo virgen, donde a poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea, en fin, fortuna mía, he conseguido hasta ahora que el público que ha reído con la El Retrato, la Calle de Toledo, La Comedia casera y las Visitas, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte a su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentación de una pedantesca ciencia, por el interés de una narración sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijón de la sátira, por el festivo lenguaje de la crítica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama buena sociedad, las de la medianía, y las del común del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama llorón, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán a lucir sin formalidad ni cumplimiento Los cómicos en Cuaresma, La empleo-manía, El día 30 del mes, El Patio del correo, El Pleito, La Sala y la Cocina, El Teatro, La Comida de campo, y otros muchos, ya borrajados, ya in pectore, donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios y todos los ridículos que forman en el día nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se venga al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las extravagantes caricaturas en que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que, guiado por una luz diáfana, acierte a llenar mi propósito, y ojalá que el público, al leer estos artículos diga con Terencio: «Sic nunc sunt mores». -«¡Tales con nuestras actuales costumbres!»

(Enero de 1832)

El retrato

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un gran destino, tenía una esposa joven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa puede considerarse que no les faltarían muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las más brillantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un lechuguino del día), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía a veces la partida de mediator a la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo, disponía las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué a animar la tertulia con unas picantes seguidillas a la guitarra, o bailando un bolero que no había más que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, o sentándome en el sofá, tararearía un aria italiana, cogería el abanico de las señoras, haría gestos a las madres y gestos a las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daría tono a la usanza..., pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba a no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble función, por celebrarse en él la colocación en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbrón. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreírme después, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenía de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí a poco sonó el violín, y salieron a lucir las parejas, alternando toda la noche los minuets con sendos versos que algunos poetas de tocador improvisaron al retrato.

Algunos años después volví a Madrid y pasé a la casa de mi antigua tertulia: pero ¡oh Dios! quantum mutatus ab illo! ¡qué trastorno! el marido había muerto hacía un año, y su joven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reírse francamente del difunto, también el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, o sea por cubrir el expediente, hubo que hacer algún puchero, y esto se renovó cuando notó la sensación que en mí produjo la vista del retrato, que pendía aún sobre el sofá. -«¿Le mira usted?» (exclamó): «¡Ay pobrecito mío!» -Y prorrumpió en un fuerte sonido de nariz; pero tuvo la precaución de quedarse con el pañuelo en el rostro, a guisa del que llora.

Desde luego un don No-sé-quién, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo:

-«Está visto, doña Paquita, que hasta que V. no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo»; -y esto lo acompañó con una entrada de moral que había yo leído aquella mañana en el Corresponsal del censor. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelación se dispuso que la menguada efigie sería trasladada a otra sala no tan cotidiana; volví a la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda había leído a Regnard y tendría presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrían decir:

¿Mas de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! sólo un esposo vivo
Puede consolar del muerto

hubo de tomar este partido, y a dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el don Tal, por más señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron a sonar en aquella sala los festivos instrumentos...
¡Cosas del mundo!

Poco después, la señora, que se sintió embarazada, hubo de embarazarse también de tener en casa al niño que había quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el seminario de nobles; y no hubo más, sino que a dos por tres hicieron su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió a ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino después a llamar al joven al campo del honor; corrió a alistarse en las banderas patrias, y vueltos a la casa paterna sus muebles, fue entre ellos el malparado retrato, a quien los colegiales, en ratos de buen humor habían roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él a poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó a un corredor, donde le hacían alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorría las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera a la vista sino la mitad de la habitación, con el objeto de quedar libres de alojados. -Dicho y hecho; -delante de una puerta que daba paso a varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima... «¿que pondremos? ¿qué no pondremos?» -El retrato. -Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!... un maldito gato que se había quedado en las habitaciones ocultas, salta a la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario,

que enfurecido tomó posesión, a nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita destinando a ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y maltrecho yacía el pobre retrato, maldecido de los de su casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenían, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo a la chimenea.

En 1815 volví yo a ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo había muerto en la batalla de Talavera; la madre era también difunta, y su segundo esposo trataba de casar a su hija. Verificose esto a poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato a una antigua ama de llaves, a quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo que había asistido seis meses a la Academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví a saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví a Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres, pero en cambio encontré más elegancia, más ciencia, más buena fe, más alegría, más dinero y más moral pública. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. -Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad y por fortuna acerté a encontrar alguna botillería en que beber a la luz de un candilón; algunos calesines en que ir a los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no pasa día por él.

Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, en verdad, en la famosa plazuela de la Cebada; pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera o Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario; no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subía por la calle de San Dámaso a la de Embajadores, cuando a la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velón y dos lavativas que yacían inmediatas, cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mío! -exclamé-: ¿y es aquí donde debía yo encontrar a mi amigo?»

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imagen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valía el cuadro. -«Lo que usted guste» -contestó la vieja que me lo vendía; insté a que le pusiera precio, y por último me lo dio en dos pesetas; informéme entonces de dónde había habido aquel cuadro, y me contestó que hacía

años que un soldado se lo trajo a empeñar, prometiéndole volver en breve a rescatarlo, pues según decía, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido a un personaje a quien se lo iba a regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin aparecer el soldado, no tenía escrúpulo en venderlo, tanto más, cuanto que hacía seis años que salía a las ferias, y nadie se había acercado a él; añadiéndome que ya lo hubiera tirado a no ser porque le solía servir cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oír esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarlo en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo ¿qué vendrá a ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez a las ferias? ¿o acaso alterado su gesto tornará de nuevo a autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto a mí, escarmentado con lo que vi en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar a la posteridad mi retrato - ¿para qué?- para presidir a un baile, para excitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado después, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por dos pesetas...

(Enero de 1832)

NOTA. -Este artículo fue el primero que publicó el autor, con la firma de Un Curioso Parlante, en la revista titulada Cartas Españolas, del 12 de enero de 1832. Leyéndole hoy no puede menos de sonreír al observar el empeño que en su primera edad juvenil parece que formaba en aparecer viejo ante sus lectores, así como en los últimos artículos de esta obrita, escritos diez años después y en su edad madura, lucha y se esfuerza por dar a sus cuadros la frescura y colorido de la juventud. -Achaque es éste natural y propio de los escritores de costumbres, que anhelando siempre proceder por comparación con épocas anteriores, van a buscarlas, cuando muchachos, a las sociedades que no alcanzaron; y después cuando ya maduros, a las que formaban sus delicias en los tiempos de su risueña juventud. -Por lo demás esta historia de un retrato, no es propiamente tal, sino en cuanto está fundada en datos, ciertos unos, calculados otros, y esparcidos en diversos casos, aunque fundados todos en las debilidades propias de nuestra humana condición. -En este artículo, como en otros muchos de esta obrita, quisieron entonces buscar originales determinados; pero luego los que tal pensaban, hubieron de desengañarse de que no fue ni pudo ser la intención del autor más que la de alcanzar en su pintura imaginada todo el grado de verosimilitud posible; y así hubo de creerlo entre otros el difunto Comisario de Cruzada, Sr. Varela, que deseando conocerle, para felicitarle por este artículo, se le hizo presentar por un amigo, y con la sonrisa en los labios le manifestó que destinaba a la Academia de San Fernando el retrato suyo pintado recientemente. - «Porque (añadió con mucha gracia) aunque el mérito del pincel de López me asegure contra las ferias, no quisiera morirme con el escozor que me ha producido su artículo de V.».

La calle de Toledo

Pocos días ha tuve que salir a recibir a un pariente que viene a Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé a la gran puente que presta paso y comunicación al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie, para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazán, sino la compasada galera en que debía venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de los ángeles acá (rari nantes in gurgite vasto), y mucho más hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificolo al fin; viome mi primo; saltó del incómodo camaranchón, y pian pian enderezamos hacia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

-Y bien, primo mío, ¿qué te parece del aspecto de Madrid?

-Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez la perla del dezierto; y oyez, y tuvieron rason zus fundadores en zituarle sobre alturas, porque zinó, con este río, adonde vamo-ha-paral...

-Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí éste, que si no es gran puente, por lo menos es un puente grande.

-Zin duda; y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz copliyaz que disen...

Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano, de Ríoseco;

La que, haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos;
La que...

¿Acabarás con tu pintura? -Rasón tienez; punto y coma y a otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta. -Y en efecto fue así, porque llegando a ésta, y mientras se verificaba la operación del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto; aunque una buena dosis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, lo presta ciertos ribetes de la primera; además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia; condición harto esencial, y en Madrid más que en otra parte. Hecha esta prevención acerca de su carácter, no se extrañará que yo desease conocer el efecto que le producían las rápidas escenas que pasaban a nuestra vista, para lo cual y excitarle a hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera:

-Vas a entrar en Madrid (le dije) por el cuartel más populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el más elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre común, en cuyo seno vienen a encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel, en fin, en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la España en miniatura.

-Punto ez ezte -dijo mi primo- para observarle zentados; aproyechemoz ezte poyito.

No bien lo habíamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. Él iba, venía a todos lados, retozaba con los demás, blandía su vara, ceñía y desceñía su faja, aguijaba a las mulas, contestaba a las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducía en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversación con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traían a Madrid, y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que vendería por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata, y trasladarse después a una plazuela para regir, durante el otoño, un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco después llegaron unos cuantos que, por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de extremeños, que conducían las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan ala cotidiana olla española. De éstos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos, que parecían uno mismo, aunque

en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traían a éste por primera vez a la capital, por lo cual no cesaban de, darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género y demás, concluyendo con una disertación choricera capaz de excitar al más inapetente.

Aun no se había acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasión de jumentillos alegres y vivarachos, que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual: traían cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie a tierra y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, expresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traían todos tremendas patillas; su pañuelo en la cabeza, y encima la graciosa monterilla; las varas a la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luego a contar sus pellejos; mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decía veinte, ellos sacaban diez y nueve; y volviendo a contar, sólo resultaban diez y siete; por último, se fijaron en diez y ocho, pagaron su cuota y echaron a correr.

-Otro carromato. -¿De dónde? -De Murcia y Cartagena. -¿Carga? -Naranjas y granadas. -Al menos es cosa de sustancia. -Ahora van VV. a probar que la tienen.

-A un lao, zeñorez (exclamó mi primo levantándose); a un laíto por amor de Dioz, que viene aquí la gente. -Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos jinetes encima.

-A la paz de Dioz, caballeros -saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacía de amo de los demás.

-Toque esoz sinco, paizano -dijo mi primo sin poderse contener-; «¿de qué parte del paraíso?»

-De Jaén -replicó con un ronquido el viejo.

-Buena tierra, zi no estuviera tan serca de Caztiya.

-Maz serca eztá del sielo.

-Como que tiene la cara de Dios.

-Y como que zí; pero dejando esto, ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose a mí) de dónde han traído esta puelta? porque, o me engañan miz vizuallez, o no eztaba añoz atraz cuando yo eztuve en este lugar.

-Así es la verdad -le contesté-; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento a las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte a la capital.

-Ahora -repuso el escribano- la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversación, cuando se nos dio por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con el viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habíamos visto en la puerta, los cuales salían de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados a la puerta, nos persuadimos de que habrían tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan a aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo, tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar a mi primo que la afición al vino debe ser común a todas las provincias. Yo sólo le contesté que son ochocientas diez las tabernas que hay en Madrid.

Engolfados en nuestra conversación tropezábamos, cuándo con un corro de mujeres cosiendo al sol; cuándo con un par de mozos durmiendo a la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan a las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas unas a otras y cargadas de paja, que impiden la travesía; acá, una disputa de castañeras; allá, una prisión de rateros; por este lado, un relevo de guardia; por el otro, un entierro solemne...

Favor a la justicia. -Agur, camaráa. -Requiem aeternam. -Pue ya... ¡el demonio del usía! -Cabayero, una calesa. -Vaya usted con Dios, prenda. -Chas... a un lado, la diligencia de Carabanchel. -Aceituna bue... -Señores, por el amor de Dios. -Riá... toma... só... ó... ó... generala, coronela. -Perdone V., caballero. -No hay de qué...

Con estas y otras voces, la continua confusión y demás, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle a encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

-¿Qué haces ahí parado? le preguntó con algún ceño.

-¿Qué he de haser, hombre? eztoy recordando todo el Buffón, a ver zi zaco en limpio qué animalejo ez ezte que ezta ahí ensima. -Majadero, ¿no conoces que es el león?... -Como no lo dise el letrero... -Vamos, vamos.

«Parador de Cádiz». -«Aquí se sacan muelas a gusto de los parroquianos». -«Se gisa de comer por un tanto diario todos los días». -«Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas». -«Aquí se venden hábitos para difuntos completos». -«Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid». -«Aquí se venden sombreros para niños de paja».

-¿Qué demonios estás diciendo? -Leo laz muestraz (contestó mi primo). -Vaya, déjate de tonterías, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio... - Pacito, primo, que tengo buen humor y no ezta nada lindo ezo de que me enzeñes la horca antes que el lugar.

Tremendos cartelones. -«Teatro del Príncipe». -El Castillo de Staonins-Coyz, o los siete crímenes. -Cruz. -Los asesinos elegantes. -Sartén. -Horror y desesperación, drama melo-mimo-lóbrego». -Oyez, primo, ¿y ze entretienen los zeñores madrileñoz con ezta lindesaz? -Qué quieres ¡el gusto del siglo!... -Pue hemoz llegao a un ziglo divertío.

Soberbia perspectiva hase eza iglesia. -Como que es la principal de la corte y dedicada a su santo patrono. -Póngase en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos a lo lejos una calesa con la, cubierta echada atrás y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto, al volver triunfantes a la capital del orbe, pasaron más orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venían echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí la turbación de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

-Oiga, señor visión -le dijo-, déjenos el paso franco.

-¿Adónde van laz reinaz?

-A perderle de vista.

-Si nesecitazen un hombre al eztribo...

-¿Y son así los hombres en su tierra? Jesús, ¡qué miedo!

-Y qué, ¿no me han de dar un cacho de naranja?

-Tome el rocín venido.

Y le dirigieron a las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mía por no irritar al pobre mozo, a quien no me pareció había gustado el lance; pero me propuse echarle después un buen sermón. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habíamos visto y oído; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aquí.

(Febrero de 1832)

La comedia casera

Los hombres nos reímos siempre de lo pasado; el niño juguetón se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el joven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, más próximo ya al estado infantil, sonrío desdeñosamente a los juegos bulliciosos, a las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que a él le ocuparan en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demás edades ríen de los viejos..., con que queda justificado el dicho de que la mitad del mundo se ríe siempre de la otra mitad.

-¿Y a qué viene una introducción tan pomposa, que al oírla nadie dudaría que iba usted a improvisar una disertación filosófica a la manera de Demócrito?

Tal le decía yo a mi vecino, don Plácido Cascabelillo, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesús, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

-Dígolo - me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó a alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad quería volver a la jícara)-, dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.

-¿Y se puede saber cuál es la escena?

-Óigala usted.

-Este joven, a quien usted conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una afición que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y después de haberle escuchado un rato con admiración, no dejo de entrar con muy mal gesto a distraerle y aun regañarle.

Días pasados me manifestó que una reunión de amigos habían determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse a su entrada en ella; pero acordándome luego que yo había hecho lo mismo a su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban a todos los de la reunión, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir a los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió nemine discrepante (ríase V. un poco, amigo mío), nombrarme su presidente.

-Aquí prorrumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicarón a la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

-Ya conoce V. que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa a tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié a la Junta dándole las gracias por su distinción, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesión, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios actores, socios contribuyentes y socios agregados.

El que hacía de secretario de la Junta me leyó un reglamento en que se disponía la división en comisiones. Comisión de buscar casa, comisión de decoraciones, comisión de candilejas, comisión de copiar papeles, comisión de trajes y comisión de permiso para la representación. De ésta quedé yo encargado, y presidente nato de las demás.

El contarle a V., amigo mío, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (después de tirar tres tabiques y construirlos más apartados), de un aspecto bastante decente (después de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demás fueron ya de más fácil resolución, o quedaron subordinados a la importante discusión, acerca de la elección de pieza que se había de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Óigalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El Otelo, las Minas de Polonia, Pelayo, la Pata de Cabra, la Cabeza de bronce, el Viejo y la niña, el Rico-hombre de Alcalá, el Español y la Francesa, el Jugador de los treinta años, el Médico a pelos, el Tasso, el Delincuente honrado, A Madrid me vuelvo, García del Castañar, la Misantrópía, Sancho Ortiz de las Roelas y El Café. Ya usted ve que en nuestra Junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que a todas se ofrecían eran importantes. En una había tres decoraciones, y los bastidores no se habían pintado más que por dos lados, por la sencilla razón de que no tenían más; tal necesitaban dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de cincuenta y ocho años, se creían adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba a una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salía un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenía el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querían ser primeros galanes; los que se avenían a los segundos apenas sabían hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galán enamorado; los amantes no consentían que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque a esta Junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas que no hablan, todos hablaban allí por los codos y a la vez, de modo que yo, presidente, vi varias veces desconocida mi autoridad. Por último, después de largo rato pudo restablecerse el orden, y a instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de El Rico-hombre de Alcalá, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un joven andaluz, a quien para desagradar se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos a vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demás del caso; y no tengo necesidad de decir a V. que en estos veinte y cinco días se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripción se realizó, el arreglo del teatro también; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mío, cuando saqué yo el escote de mi diversión. Porque había V. de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedían. Quién formaba coalición con el apuntador para que apuntase a un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñía con su querida porque en cierta escena había permanecido dos minutos más con su mano entre las del primer galán; cuál tomaba entre ojos a alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

«Espacio, señores. -Más alto. -Conde, que le está a usted manchando esa vela. -Doña Antonia, que la llama a V. el rey don Pedro. -Esos brazos, que se meneen. -Usted sale por aquí y se vuelve por allá. -Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego. -Eso no vale nada».

Por este estilo puede V. figurarse lo demás; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, a no ser cierta competencia amorosa a que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de Rey. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representación, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer a V. un billete.

Acepté gustoso el convite y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simón, que a efecto de conducir al presidente y actores había tomado la Compañía, y llegamos en tres cuartos de hora a la casa de la comedia. El refuerzo de un farol más en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo a la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podíamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corría en medio de la sala, formando división en la concurrencia, y fuímonos a colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las extremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo. Los socios corrían aquí y allá colocando a sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos; alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el antejo, sonreírse, corresponder con una inclinación a un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el

agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telón, que se levantó en aquel instante.

«-¿No me escuchas?

-¡Qué molesta

y qué cansada mujer!

-Siempre que te viene a ver
debe de subir por cuesta».

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron a representar; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetía yo estos versos sólo de escucharlos al apuntador. Así fue repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro a contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galán de una dama altísima, que me hacía temblar por las bambalinas cada vez que parecía en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salía atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; sólo en una cosa se parecían todos, es a saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el inevitable pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solían ir acompañados de una gran patada; pero subió a su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el Rico-hombre y el buen Aguilera. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacía de Rico-hombre, estaba picado de celos con el que hacía de Rey, así que cargaron a maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució más aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, a no ser una ocurrencia de que me hubiera reído a mi sabor si hubiera estado solo; y fue, que un oficial que se sentaba detrás de mí dijo muy naturalmente a uno que estaba a su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

-Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

-Entonces siento haber creído que su hija de V. lo echa a perder.

-Diga V. que el galán no la ayuda.

-¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba a mi derecha).

-Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema, todos se ayudan recíprocamente, y la comedia la sacan que no hay más que ver.

Por fin volvió a sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, según la mayor o menor extensión del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillación de don Tello a la presencia del Rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y D. Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos:

«A cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas»,

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, según el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y más que todo, el aire triunfal de D. Pedro, enfurecieron al sobrino D. Tello, en términos que desapareciendo de su imaginación toda idea de ficción escénica, arremetió con don Pedro a bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenía hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes y la consternación se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras D. Enrique de Trastamara corría por un vaso de agua y vinagre.

Todo eran voces, confusión y desorden, y nadie se tenía por dichoso si no lograba derribar una candileja o mudar una decoración. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta o sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedían y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda y desplomándose con un estruendo horroroso bajaron rodando todos los interlocutores y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya había tomado su determinación, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al Presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada y asegurando que todo se había acabado ya; y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832)

Las visitas de días

Entre las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar a los amigos el día de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fue más importante el calendario, así como resultaron más clásicos que los demás algunos días del año. - Cuando se aproximan, V. gr., el 1º. de

enero, el 19 de marzo, el 24 de junio, el 16 de julio, el 8 de setiembre, el 8 de diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles!

Amanece el día feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el más lisonjero aspecto; triples órdenes de ternerrillos, salmones, perdices y demás familia que sustentan los tres elementos para ponerlos a disposición del cuarto. ¡Qué día para los mayordomos! ni la bolsa de Londres ofrece más animación, más combinaciones que las que presenta a primera hora de tales días la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar a sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demás especuladores subalternos, y las criadas vizcaínas y alcarreñas acuden después a espigar el resto; todos se retiran cargados, y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. -Empieza después el movimiento rápido de barberos, que aquel día tienen que asistirá todos sus parroquianos a la misma hora; luego, los peluqueros de antaño y los de ogaño, los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetos, navíos, estatuas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los días; el mejor, sin duda, es el que va acompañado de alguno de aquellos apéndices; pero aquí no se trata del mejor; sólo si quisiera trazar el más elegante.

Las ocho, «el barbero»; las nueve, «el peluquero»; las diez, «el sastre» el sastre no parece... ¡maldito sastre! las once, ya está aquí; -a ver, probemos nada, no vale nada; lléveselo V., maestro...; las doce, «señor, la berlina de la calle del Baño...» Vamos allá.

La primera hora está dedicada a aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir de mañanita antes de las dos de la tarde. -«¿Adónde, señor?» -A la calle de Atocha, número, casa de D. Sinforiano Calabaza. -El lacayo, repitiendo la orden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos a andar.

A este punto y hora saqué mi cartera y empecé a recapitular... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas... no es nada... En seguida me puse a contemplar

las tarjetas hechas ex profeso para aquel día. Grandes habían sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla... luego, como o no podía adornarlas con una corona ducal on un capacete, ni con una orden militar, como hacen otros, no sabía cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al reyes; pero eché de ver que las volverían y quedarían al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias, todas sufrieron mi inspección; hasta que por último me decidí, para mayor claridad, por unas griegas del siglo de Pericles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramaje oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decía. Muy satisfecho de mi invención, me felicitaba de antemano por la

sorpresa que iban a causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas y las de tinta simpática.

En esto llegué a casa de D. Sinforiano, y al ir a entrar, me hicieron saber que él se había marchado, huyendo los cumplidos; «pero pase V. a la sala, que ahí están las señoras...» Las señoras no estaban, y antes que se presentasen, ya había yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer El Diario. Apareció, en fin, la mamá a medio peinar y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido antes. Yo se las di igualmente de no haber entrado después; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué a la segunda casa a eso de la una, y a tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una aria coreada que había de cantar la niña ala noche.

Mi aparición en la sala turbó a la amable cantatriz en términos, que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que, me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo a decirme que las señoras no recibían, siendo así que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas no pude menos de conocer que habían recibido.

Gracias a Dios, a la otra me hallé ya con la sociedad más en regla, y desde la antesala oí la animación de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, a derecha e izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, después de un rato de indecisión...

-¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá).

«Ya, ya está bueno»; - y sobre esto nos apresuramos todos a dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversación con sus observaciones meteorológicas, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba a decaer, entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza, -«¿Ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María? -dijo la más vieja, y volvió a renovar la pasada disertación; llegó ésta a su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausa de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras a esta señal; y luego otras y otros, y nos marchamos todos, después de habernos convencido cordialmente de que hacía mal tiempo. Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que más. Hervía la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunión, mientras su mamá, su abuela, su tía y hermanitas ofuscaban con sus ricos trajes y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de éstos, y habiendo sustituido toda la riqueza del orden corintio a la sencillez dórica, apenas pude, reconocer al pronto a ninguna de las personas de la casa, a quien veía casi

diariamente; reíanse de mis excesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza, agitando los abanicos, hasta que, en fin, ¡pobre de mí! acerté a distinguir las inveteradas facciones entre aquellos encajes y pedrerías Allí la conversación fue más alegre, más sustancial se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan virtuosamente dilletantis se dijeron por aquellos señores! ¡Qué de reputaciones teatrales fueron a pique! ¡Qué de otras subieron a las nubes! Por último, convinimos todos en que ahora no hay ópera, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa a la antigua, cuyo amo, jefe de una oficina principal, dio punto a sus progresos en el año de 1806, en que subió a su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen a marchar en él; fijo en sus antiguos usos, sólo les opone una desdeñosa compasión. Entré en la sala y me lo encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino a abrazarme cuando me vio, y me presentó a los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componíase la reunión de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables, y algún otro joven, hijos de éstos o meritorios de la oficina, que se ocupaban más que ligeramente de la posteridad del señor don José; y a juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harían subir legalmente una casilla más arriba en su árbol genealógico.

La conversación era animada, alegre y varia, y distraído con ella se me pasó el tiempo, hasta que, oyendo las tres, se levantó D. José para rogarme que me quedara a hacer penitencia: negueme absolutamente a ello, pero no pude excusarme al convite del refresco por la tarde, ni a una entrada de Jerez y bollo maimón que circuló, entre los asistentes, y de la cual se me hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunión, después de desear muy felices días al amo de la casa, en compañía de señora y niñas, repetir a éstas la misma canción, dar la mano a todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacía desde el coche subir la tarjeta con la apostilla en persona. En otras sentaba mi nombre en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacía tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacía seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversación general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos: tiempo y ópera. Deseando darla pábulo, tomaba en unas la defensiva de lo mismo que había atacado en la anterior, y a lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí a todos sobre lo mismo que habían dicho a mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores! ¡qué glosas sobre los trajes, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solía entrar uno de los actores del cuadro en cuestión, y todos callaban; salía poco después, y allí era ella... ¡qué complots! ¡qué sátiras!... ¡qué mala fe!... ¿Y es ésta nuestra buena sociedad?...

Conociendo, en fin, por las miradas, las sonrisas y los secretitos al oído que me había tocado la suerte de quedar en berlina, corrí a meterme en la mía, abandonando un campo donde el más atrevido y el más hablador es el que luce a costa del hombre modesto y apocado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé a la última casa, donde estaba convidado a comer. Llegué a ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Íbame yo poniendo al corriente de los distintos caracteres que formaban la reunión, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.

(Marzo de 1832)

Los cómicos en Cuaresma

«Amigo mío: Hallándome comprometido a quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la afición de V. a estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en ésa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y más para V. No me extiendo a más, porque V. comprende mi idea, y sólo me limitaré a manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. Adiós, amigo mío».

Tal, punto por coma, fue la epístola con que los días pasados se me insinuó mi corresponsal de..., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque si bien es cierta mi afición al teatro, también lo es que nunca ha pasado más allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo.

Pero en fin, después de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de D. Pascual Bailón Corredera, el hombre más a propósito de este mundo para sacarme del empeño. -Porque este D. Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando un entierro; o disputando en una librería, o pidiendo para los pobres del barrio a la puerta de una iglesia.

Este era el hombre, en fin, que yo necesitaba, y sin perder momento corrí a avistarme con él; hallele componiendo su itinerario del día (del que, en gracia de la brevedad, hago

gracia a mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos a andar para desempeñarlo. Don Pascual, sin manifestarme adónde me conducía, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrían en el justo medio de nuestra negociación.

-«Porque ya sabe V. -añadió-, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo año cómico, bajan a Madrid los autores o formadores de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía; por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo o individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reúne las partes que le convienen, y sin más adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos días de asistencia a toda la compañía, cobra después durante las funciones de todo el año el 25 por 100 o más del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquéllas con proporción, se figura a cada individuo lo que se llama partido; -v. gr.- A., primer galán, entra con partido de 40 reales; B. con 30; y C. con 20; siendo la entrada 225 reales tocará al primero 100 reales, al segundo 75, y 50 al tercero, a razón de dos partes y media; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan a cobrar más de media parte o un cuarterón del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos de la legua, y aun los de las primeras capitales de provincia. Sólo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dársele también a la escena; las demás compañías de pipirigaña, como ellos dicen.

-¿Y hacen ellos esa distinción?

-Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose, pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea usted al famoso Agustín de Rojas, quien en su Viaje entretenido nos dejó una graciosísima explicación de las ocho maneras de comparsas y representantes, a saber. Bululú, Ñaque, Gangarilla, Cambaleo, Garnacha, Bojiganga, Farándula y Compañía. Léale usted, pues, que es rato divertido.

-Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.

-Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el día vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero también es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos a ver suplirá mis explicaciones».

Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle Ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que según mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguán; subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos ofreció a la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban o chiquillos alborotadores. Acercámonos a una de donde oímos salir grandes voces, y creímos asistir a una pendencia de provecho;

mas toda ella se reducía a un cigarro que había faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores a fuer de damas y galanes nobles chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza:

«Dame el cigarro, o las habrás con Roque»,

hubimos de entrar de partes de por medio para terminar aquella escena que podría figurar airosamente en uno de los dramas modernos.

Arrancada que fue a la lid aquella heroína, restituida súbitamente a la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo de cartón, separadas las melenas nada airosas que cubrían su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el coraje había eclipsado: -«¿Es usted, mi querida Narcisa? (exclamó don Pascual con un arrebató verdaderamente dramático). -¡Don Pascual! Usted... pues... ¡quién había de pensar!...-¡Ingrata! ¡y qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño! -¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado V. mi amor!»

La explicación iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendía colgado de sendos clavos alrededor de las paredes del cuarto. Llamome primero la atención un pantalón azul, un marsellés de calesero y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío había un cartón que en letras gordas decía: «Traje de Otelo y demás moros de Venecia y de otras partes». -Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca a lo Luis XIV, llevaban por distintivo: «Traje de Carlos V sobre Túnez». -Una mantilla de tafetán con lentejuelas y un vestido de percal francés: «Traje de Dido, y también de la viuda del Malabar, con un crespón negro». -Un tontillo, una escofieta y un jubón con faldillas: «Traje de Semíramis, de la Esclava del Negro Ponto y demás comedias de Moratín». -Un pantalón de mahón figurando carne, una camisa de mujer y un cinto de cuero: «Traje de Isidoro en el Orestes». -Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje hasta unos ocho o diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de D. Pascual, quien después de un buen rato de cuchicheo preguntaba a Narcisa por su marido. -No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habían apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que... -Pues luego, ¿esos trajes de moros y cristianos?... -Esos trajes son... son... -¿De quién, ingrata? -Del segundo galán.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversación y preguntar a entrambos cuándo podríamos empezar nuestra contrata. -Ahora mismo, contestó D. Pascual: por de pronto ya tenemos dama. -Fáltanos, sin embargo el galán, a menos que V... -Al galán (replicó Narcisa), le hallarán VV. con todos los demás compañeros en la plazuela de Santa Ana; hablándole a V. con franqueza (añadió en voz baja a D. Pascual), él no es gran cosa, pero... -Lo demás de la explicación no lo pude oír. Levantose de allí a un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa emprendimos la marcha hacia la plazuela.

Hervía ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrían, se agitaban, se reunían, se separaban, hablaban a voces, hablaban en

secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular; aquí un grupo de cuatro, vestido, cuál con pantalón de verano, casaquilla gris y gorrita francesa; cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, a quien todos agasajaban y perseguían; más allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrían a firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo.

Formando el primer término de este cuadro y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la corte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecían sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor y cuchicheaban en voz baja los que ya habían firmado. Por vía de sainete se reían de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas o alabanzas exageradas contribuían a mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando éstas, las hacían volver a empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos a los cortesanos a fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra ardua operación; hicieronlo así, y llamando por sus nombres a varios, nos los presentaron como galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio. No bien corrió la voz de que éramos formadores, nos empezaron a sitiar, a acosarnos, a embestirnos por todos lados, y mientras un galán de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del botón de la casaca y humedeciéndonos con rocío que salía por entre sus despobladas encías, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso, subido en un guardacantón, nos ensordecía a gritos para hacernos reír. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de bastón, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.

-«Pues, señor (haciéndome tres cortesías), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado a V. la escoria del arte, porque ha de saber V. que éstos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de conformes, como decimos nosotros». -Y con esto se fue extendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque a decir verdad, sospeché por su explicación que él debía ser el peor de todos. Los demás nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversación, en tanto que los de Madrid, con risas y señas, me daban a entender el concepto que les merecía mi oficioso interlocutor.

Tratábame ya de desembarazar de él a toda costa, cuando el nombre de Narcisa, que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé a éste y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron a ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un particular que celebraban a la noche. -¿Y qué es un particular? repliqué yo. -Llámanse así, me contestó uno de los más mesurados, las tertulias de examen que suelen celebrarse en casa de algún actor para oír a los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que había de representar en las casas de los magnates y sujetos particulares.

«Solían, con efecto (dice Pellicer), los señores, los togados y la gente principal, llamar a los comediantes a sus casas para que hiciesen en ellas algunos pasos y aun comedias, y cantasen, después de haber representado en los corrales; y a esta diversión casera llamaban un particular».

-Que me place -dije yo-, y acepto gustoso el convite a nombre de mi amigo y mío.

Con esto y con dejar citados a varios para el siguiente día en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habíamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habían acudido a aquel certamen artístico. Tuvo principio éste con varias relaciones de la Moza de Cántaro, La Vida es sueño, y el Tetrarca de Jerusalén, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacían gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de Otelo, entre la bella Narcisa y su compadre el galán de la plazuela.

Difícil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos; sólo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; así como al contrario la dama por su naturalidad hacía nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oír los aplausos a ésta, los ojos de D. Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hacia la puerta de la alcoba, donde además se apercibía un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sujeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no quería representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fue animándose hasta el punto en que dice ésta:

«Todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño...»
-«Y todo te confunde, desdichada»,

prorrumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hacia aquel punto, pero ya el embozado interruptor había franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, había soltado la capa, y cogiendo del brazo a aquélla,

«Mírame, ¿me conoces?... ¿me conoces?...»,

la dice con toda la verdad y rabiosa expresión que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestación y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshacíamos a aplausos y bravos, y éstos crecieron al oír al nuevo Otelo dirigir a la infeliz estas palabras:

«El cielo soberano te castiga
por un medio distinto... ¿Ves la carta?»

pues mira la sortija, aquí la tienes».

Pero viendo que Edelmira nada respondía, que el galán primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponía a recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos a sospechar que allí podría haber algo más que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente a D. Pascual, diciéndome al despedirse: «Es él...»

Apresurámonos todos a volver en sí a Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora a una reconciliación conyugal, que terminé yo apalabrando a entrambos para mi compañía. En cuanto a Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes días acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí a mi amigo una carta de remesa. Al cabo de unos días me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832)

La romería de San Isidro

Así lo ha dicho un autor francés; por supuesto que lo decía en francés, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nación, que casi todos escriben en su lengua; no así muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso; vamos a la sustancia de mi narración.

Yo quería regalar a mis lectores con una narración de la Romería de San Isidro y para ello me había propuesto desde la víspera darme un madrugón y constituirme al amanecer en el punto más importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras, pero viniendo a mi asunto digo, que aquella noche me acosté más temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exordio de mi artículo.

«Romería -decía yo para darme cierta importancia de erudito-, significa el viaje o peregrinación que se hace a algún santuario», y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que «se llamó así porque las principales se hacían a Roma». Luego vino a mi imaginación la memoria de Jovellanos, quien considerando a las romerías como una de las fiestas más antiguas de los españoles, añade: «La devoción sencilla los llevaba naturalmente a los santuarios vecinos en los días de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del día al esparcimiento y al placer». Esto, según la ya dicha respetable autoridad, acaecía en el siglo XII, y mi imaginación se dirigía a cavilar sobre la fidelidad de los pueblos a sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y parecíame ver los peregrinos con su bordón y la esclavina cubierta de conchas acudir de luengas tierras a ganar el jubileo del año santo. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aún hoy se celebran en las Provincias Vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrán tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaría de ser peregrina; mas por lo que es ahora no venían a cuento, pues que sólo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginación, empero, no se durmió: afectada con la idea de la próxima función, me trasladó a la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, fundó la ermita del patrón de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el príncipe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que según la tradición abrió el santo labrador al golpe de su hijada para apagar la sed de su amo Iván de Vargas. Dominaba desde allí la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen a ella y las elevadas alturas que la rodean, encubrían a mi imaginación la natural aridez de la campiña; añádase a esto la inmediación del río, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y más que todo, la extensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado más agradable, ofreciéndome por términos el Palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles a la izquierda, el convento de Atocha, el Observatorio y el Hospital general a la derecha; al frente tenía la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba o creía estar.

Mi fantasía corría libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animación, de un movimiento imposible de describir. Nuevas y nuevas gentes cubrían el camino; multitud de coches de colleras corrían precipitadamente entre los ligeros calesines que volvían vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas hacían replegarse a la multitud de pedestres, quienes para vengarse, los saludaban a su paso con sendos latigazos, o los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvían de la ermita, cargados de santos, de campanillas y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecían bruscamente a los que iban, y éstos reían del estado de acaloramiento y exaltación de aquéllos, siendo así que podrían decir muy bien: «Vean ustedes cómo estará yo a la tarde». Las danzas improvisadas de las manolas y los majos, las disputas y retoques de éstos por

quitarse los frasquetes; los puestos humeantes de buñuelos y el continuo paso de carruajes hacían cada momento más interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo según la mayor proximidad a la ermita.

Ya las incansables campanas de ésta herían los oídos, entre la vocería de la muchedumbre que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacía sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas iban sucediéndose rápidamente hasta llegar a cubrir ambos bordes del camino, y cedían después el lugar a tiendas caprichosas y surtidas de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezón de muchachos llorones, tentación perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida, se adelantaba también en el progreso de las artes del paladar; a los puestos ambulantes de buñuelos habían sucedido las excitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora: más allá los dulces de ramillete y bizcochos empapelados ofrecían una interesante batería, y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres más caros a la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y suculentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela en que vertían sendos cantarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamón lo partían y subdividían con todas las formalidades del derecho.

La conversación por todas partes era alegre y animada, y las escenas a cuál más varia e interesante. -Por aquí unos traviesos muchachos atando una cuerda a una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendía; por allá un grupo de chulos al pasar por junto a un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvían a caer impelidos de su propio peso, o bien al concluir un almuerzo rompían un gran botijo tirándole a veinte pasos con blandos bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedían sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebían agua del santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obligaba a volver a bajar las gradas penetrando al fin en el cementerio próximo, donde reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas mientras concluían los restos del mazapán y bizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban a los balconillos ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cohetes al aire.

La parte más escogida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban en pie y con sobrada disposición de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas y la incertidumbre en los galanes acompañantes; entre tanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz o un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocúpase en fin una mesa... ¡qué precipitación para apoderarse de ella!... Ocúpala una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, a fuer de galán, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de ésta brillan al verla... «Pichones», «pollos», «chuletas...» ¿qué escogerá? -Yo lo que ustedes quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad? -«Venga», gritó el galán entusiasmado. -Y tú, Mariquita, ¿jamón en dulce? -Pues yo a mis pichones me atengo. -Vaya, probemos de todo. -«Venga de todo», respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevé, aunque tarde, su perdición; mas entre tanto, Paquita le ofrece un alón de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve a empuñar la lista. -Ahora los fritos y asados», dice, y señala cinco o seis artículos al expedito mozo. No para aquí, sino que en el furor de su canino diente, embiste a las aceitunas, saltando dos de ellas a la levita del amartelado; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichón de libra y media.

Tres veces se habían renovado de gente las otras mesas y aún duraba el almuerzo, no sin espanto del joven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas, cual más, cual menos, todas imitaban a la mamá, y cuando ya cansadas apenas podían abrir la boca, les decía aquélla: -Vamos, niñas, no hay que hacer melindres; -y siempre con la lista en la mano traía al mozo en continua agitación.

Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídense la cuenta al mozo, y éste, después de mirar al techo y rascarse la frente, responde: -«Ciento cuarenta y dos reales». - El Narciso a tal acento varía de color, y como acometido de una convulsión revuelve rápidamente las manos de uno a otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega a juntar hasta unos cuatro duros y seis reales: entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas ríen graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado a la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero a pocos pasos, un cierto oficialito conocido de las señoras, que se perdió a la entrada de la fonda, vuelve a aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no para aquí el contratiempo; a poco rato el excesivo almuerzo empieza a hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el síntoma catorce del cólera se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galán que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver a pie...

No hay remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la familia; más el aumento del recién venido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero a ésta, para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y chas... co-mandanta...

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir a la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar a mis lectores lo que pasa en Madrid el día de San Isidro.

(Mayo de 1832)

La empleo-manía

-Pues, como digo a V., el tal D. Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es joven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afán de figurar; y no contento con la consideración que sus bienes y demás cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones, que, a lo que él cree, contribuyen a realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; después aspiró al honor de síndico, y también se le decretaron; pero precisamente en ocasión en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fue alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el Ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada; allí se olvidó de su mujer y de su casa, y sólo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces, con el producto de sus haciendas no había necesitado un empleo; ahora ya lo necesitaba, porque aquél cada día era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándolo a fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente; él no oye razones; y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daría su mayorazgo, sus demás bienes, y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos y se ha venido a Madrid, donde permanece hace doce años, gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios a memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de éstos para mayordomos y ayudas de cámara, de éstos para señoras que le venden mucha protección, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo - antesalas y corteslas, consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo, en fin, tras un fantasma, que se le escapa de las manos. ¿No le parece a V. un ente original?

-Eslo sin dada -replicó D. Fidel de la Vera-Cruz, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia a la de Toledo-; pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí hicimos alto como unos dos minutos; sacó D. Fidel su caja, ofreciome un polvo, tiré yo el que tenía entre los dedos, tomé otro de aquélla, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversación.

-La manía de D. Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrial fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes se consideran

por si solas bastante lucidas como no vayan acompañadas del empleo. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y a la industria los brazos más útiles, para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante; de un literato un adulator; de un afortunado un ambicioso. Esta es la que a tantos ha hecho infelices, sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y ésta, en fin, a quien debo yo todas las adversidades de mi vida.-

Volvimos a callar, y pasearnos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me explicase lo que él llamaba sus adversidades, a lo cual condescendió de esta manera:

«-Mi padre era un comerciante acreditado en Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital, adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio a una altura más que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitación, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio lo trajeron a Madrid, donde, alternando con personas importantes, acostumbándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresión demasiado viva, con lo cual empezó a mirar con desdén su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

»Su carácter amable e interesante, su talento y finos modales, no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin, un empleo de importancia vino a colmarle de placer. Este día, que él celebró como el de su triunfo, fue el primero de sus infortunios.

»Precisado a vivir en Madrid a consecuencia de su nuevo empleo, pasó a Alicante para arreglar sus negocios y transferirlos en un todo a un primo mío, volviendo a la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero, fuese adulación de padre, o fuese realidad, siempre aquél ponderaba en mí, mientras estuvimos en Alicante, mi disposición para el comercio; mas la nueva carrera a que se veía llamado le hizo variar de plan.

»Por de pronto no se pensó más que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito a la moda. Mis padres, por su parte, se esforzaban en brillar cuanto podían. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba a su esplendor, y nuestra casa fue muy pronto de las que estaban en el mapa de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendía a bailar, tiraba al florete, montaba a caballo, leía en francés y escribía a la inglesa, a la rusa y a la italiana, con lo cual y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

»Llegué a tener diez y seis años, y mis padres, que ya no podían soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondían y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, o por lo menos, que empezase a hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que quería seguir. Entonces eché mis cuentas. - ¿Comercio? -Yo carecía de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar a mi primo, no era cosa de irme yo a poner bajo sus órdenes y reducirme otra vez a Alicante. -

¿Letras? -Yo no las entendía; por otro lado, de nada sirven, no siendo las de cambio o las de Universidad. -¿Milicia? -La verdad, no tenía grandes ánimos, y eso de exponerse uno a que una bala -¿Iglesia? -¿Cómo, si me sentía inclinado a la propaganda? -¿Medicina? ¿Artes? ¡¡¡Para todo esto hay tanto que estudiar!!! -Pues señor (le dije a mi padre), como V. no me coloque en una oficina, aunque sea de meritorio... -¡Bravo, bravo! no esperaba yo menos de ti, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel día empezó a trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y así que a poco tiempo, y a pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender a cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la más alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo a mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme a su casa y fortuna.

»El amor vino poco después a alterar mi tranquilidad; mas, por desgracia, el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre, y participando también de ellas, fijó su atención en la hija única de mi jefe, y me la propuso, acompañada de un brillante empleo que se me haría obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazón con la vanidad; pero el sistema de mi educación era muy conforme a hacer triunfar a ésta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasión; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

»Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada a ser obedecida, y en mí veía un marido a quien ella había elevado a su altura, cuya consideración la hacía insufrible, dándole un dominio absoluto sobre mí. Poco después de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables, que contribuyeron no poco a abreviar su vida, y quedando en un todo a merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separación y pérdida de mi empleo; cedí, y me vi hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo había tenido a bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba a su modo, quiero decir, como la habían educado a ella y a mí. Mi casa hervía en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdía con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto, de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condición la de un marido vendido al interés!

«Mi mujer era intrigante y tenía mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacía pagar bien caros, pues aún me acuerdo de un día que se me concedió un sobresueldo de 4000 reales, y me hizo gastar 12000 en trajes y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y por más que la quería hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitía lo que ella llamaba su ternura maternal, halagándome siempre con la idea de que, mediante sus conexiones, les conseguiría a cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habían de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabían leer; mi esposa empezaba a pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino a desbaratar sus proyectos, y a poco tiempo la arrebató la muerte también, dejándome con los muchachos sin educación y sin apoyo. Mi carácter, tanto, por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco, así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud que, siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilación.

»Entre tanto los muchachos cada día crecían en necesidades, y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabían y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y a la disolución, concluyó a poco tiempo con huir de mi casa, y correr a probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, a quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, a quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar a nuestra manutención, acudiendo a coser y bordar a un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar a Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa de comercio...

»Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia, a quien, sin el falso cálculo de mi padre, hubiera yo transmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello, concluiré diciéndole a V. que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio y es en el día una de las primeras casas del reino; el otro, después de haber recorrido toda Europa, ha regresado a su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos, en que brillan al misino tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño».

Al llegar aquí tuvo D. Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo, poco menos conmovido, traté de cambiar la conversación, sin que en todo el paseo volviésemos a tocar la de la empleo-manía.

(Mayo de 1832)

NOTA. -De todos los artículos que forman la serie de esta revista de costumbres, éste es el que menos ha envejecido por su argumento. Al contrario, la enfermedad endémica que en él se combate, ha crecido con las revoluciones políticas en proporciones tan asombrosas, que el autor de las Escenas encuentra hoy extremadamente pálidos los colores que empleó entonces para pintarla. -No lo parecieron, sin embargo, tales, en aquella época, al censor del periódico, el Rmo. P. maestro fray Miguel Huerta, Vicario general de San Agustín y predicador afamado, de quien por otro lado no tiene el autor motivo alguno de queja, antes bien de agradecimiento por su tolerancia, ilustración y deferencia. -En este artículo, sin embargo, creyó ver demasiadas alusiones a las intrigas cortesanas, y suprimió párrafos y episodios que lo dejaron aun más descolorido. Si el autor los hubiera conservado, procuraría colocarlos de nuevo en su lugar propio, marcándoles bien, para que fueran

testimonio fehaciente de la miseria de la época, de la suspicacia y meticulosidad que infundía hasta en los hombres más ilustrados y tolerantes, como el R. P. Huerta. -En defensa personal de este respetable religioso, arrastrado después en las revueltas políticas a los bandos militantes, y cuya existencia o paradero ignora, debe el autor decir que, así en esta como en alguna otra ocasión, en que creyó oportunas alguna corrección o supresión, le llamó y procuró convencerle de la necesidad, a vueltas de cumplidos elogios de sus escritos; y éste, que respetaba en él la ilustración, la autoridad y el buen deseo, no tenía el menor inconveniente en suscribirá las menores insinuaciones de tan benévola censura.

Un viaje al sitio

Muy agradable es el viajar, pero lo es aun más el contar el viaje; mi inclinación me llamaba a lo segundo; tuve que verificar lo primero. El viaje por mis faltriqueras, de cierto autor, el que hizo otro alrededor de su cuarto, y aún el de un curioso por Madrid, me parecieron estrecho límite y apocada resolución, si bien no me determiné, como alguno, a viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise, en fin, moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fue el saber adónde iría.

Pareciome por de pronto conveniente el dar vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene más de oval que de esférica, y venir a dar a mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno, me disuadió de mi intento; después pensé en atravesar de parte a parte el Imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; más tarde quise ir a buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí a marchar a Aranjuez, y gracias a Dios y a mi constancia lo llevé a cabo y estoy ya de vuelta. (Aquí el Curioso Parlante saluda con agrado a toda la sociedad de curiosos oyentes, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte y demás preparativos del viaje; antes bien, dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de partida.

El reloj de Nuestra Señora del Buen Suceso sonaba majestuosamente las cinco y cuarto de la mañana, cuando yo atravesaba precipitado la Puerta del Sol con dirección a la casa de postas de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aún en sus semblantes la impresión de la almohada, agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte más saliente de la nariz, o al o un trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo, colocados en sus respectivos departamentos, los mozos concluían de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«Probaban sus herraduras
En las guijas del zaguán».

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesión de nuestros respectivos asientos; los adioses, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral: -«¿Hay más?» -suenan el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posición en aquel instante era la más lisonjera; hallábame en el interior de un coche y en uno de sus ángulos; enfrente tenía a una joven muy linda, y el otro rincón le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar a un finchado caballerito, que después averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un joven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del río, y la alabanza del establecimiento de diligencias, fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversación se hizo más animada, más franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervían en nuestras cabezas. Fue la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de altas sociedad y dando a sus palabras el giro más afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas más marcadas, eran continuo pábulo a su discurso, y los nombres más estupendos salían de su boca con cierta familiaridad consanguínea o amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, o por lo menos condesa.

No así la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversación, ya porque un exceso de penetración femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigía ciertas miradas escudriñadoras desde el alto copete al pie pulido; escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algún renuncio; pero no la fue posible, porque la incógnita, firme en su posición, la devolvía un diccionario de expresiones altisonantes, y una floresta entera de anécdotas auténticas de todo lo más notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó a hablarnos de Londres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo y que teníamos delante una de las primeras notabilidades de la monarquía.

Nuestras atenciones redoblaban a medida que ella se encumbraba, y muy luego vino a ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiración la otra dama, y para hacerla sentir más su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situación, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teníamos delante y sí al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo también la cabeza; pero la prudencia me hizo volver a retirarla, pues, aunque ligeramente, noté una mano masculina con guante amarillo que salía de la rotonda y ayudaba a mi graciosa compañera a bajar la persiana.

El esposo, en tanto, metiendo la barba en el corbatín, rizándose el cabello, inflando los carrillos y fumando en luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes a quienes pertenecían (todos, por supuesto, amigos suyos), y aun amenizaba su narración con algún rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro, que podría muy bien alternar en esta relación, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El joven de mi izquierda, que por confesión propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vio el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento, nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendía, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de jefe de alguna de ellas. El señor del humo escuchaba con aire importante su relación, acogía sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta protección: seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincón, y empezó a dirigirle la palabra; pero éste sólo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, o con palabras, como «tal vez, ya se ve puede ser»; que desconcertaron al satisfecho joven, poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi exclusivamente en escuchar la brillante narración de la hermosa incógnita, oía con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, a quien no pudieron menos de llamar la atención mis miradas, mi silencio y mi expresión, quiso persuadirme de que su corazón no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió a sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces había desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos expresivo ni menos fuerte que el primero, y forzoso será confesarlo, pero mi turbación creció hasta un punto indecible. La casadita fue la primera que lo advirtió, o por lo menos que dio a entender que lo había advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quiso, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando a la rotonda y sonriéndome también, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados a la parada en donde habíamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demás personajes que ocupaban los distintos compartimentos del coche; yo di la mano a la hermosa para bajar, y me disponía a improvisar mi añeja declaración, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y a quien oí nombrar la marquesa, la llamó aparte, y siguieron en conversación todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella sería otra tal. La señorita casada no había querido bajar, hasta que

se presentó a la portezuela un joven buen mozo, que la ofreció una mano, cubierta aún del anteaudo guante, y descendió. El mayoral llamó a poco rato a volver a ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una mujer diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar enfrente del mío; y aunque la otra quiso replicar, no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos apartes diestramente ingeridos a favor de la conversación general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto a mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento... ¡oh sorpresa!... una mano extraña la retiene... el primer movimiento fue manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocación, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, así como la interesada, que yacía en el otro ángulo del coche. Rápida comunicación que sólo cabe en una mente femenil.

La campiña, en tanto, había variado mágicamente de aspecto; a las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habían sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos arboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira. El joven marido excitaba a su esposa a contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la había sido más grata; el pretendiente redoblabla sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufría con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto a mí, sólo me ocupaba del objeto que delante tenía.

Tal era nuestra situación cuando entramos en el puente del Tajo; multitud de curiosos nos dirigían sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les hacíamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recién venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres. -«Señor don Preciso Neceser y su esposa». -Servidores de usted, dijo el marido. -«Sr. D. Fulano de Tal». -Presente, contesté yo. -«Sr. D...» -Aquí está, prorrumpió el anciano. -¡Cómo! ¿es posible? (exclamó reprimiéndose el joven y llamándome aparte). ¡Desdichado de mí! ¡Con quién me he ido yo a indisponer! ¡Si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo! -Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia. -«Señora Marquesa de... y su criada», continuó el de los pasaportes.- «Aquí», gritó la señora de la berlina; «la criada está en el interior».

¡Rayo del cielo fue a mis oídos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreía, la esposa gozaba de la humillación de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y a mí la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho a divertirse conmigo, diciéndome al oído: -Amigo, vea V. otro de los inconvenientes de la diligencia.

En tal difícil situación seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió a su ama después de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacía a cortesías con el

anciano, que respondía con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dio fondo el matrimonio consabido, y más allá el caballero del guante; con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que después del mediodía, la reunión del buen tono es en la fuente de la Espina del jardín de la Isla; allí dirigí mis paseos, saboreando, durante la travesía por el jardín, el aire embalsamado, el canto armonioso, de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio de quien decía Lupercio:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer a las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras».

Entrando en la plazuela de la fuente, vi sentadas las damas bajo los templetos que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos y dirigiendo sus miradas a las más hermosas. La conversación era poco animada; la escena nada varía, y sólo crecía un tanto cuanto en interés cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto; fijábanse en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban a los recién venidos que las acompañaban, les hacían preguntas de cómo habían dejado la capital, qué tal había salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban a los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«Y bien, Marqués, ¿qué vida lleváis aquí? -Chico, nada, como ves; una vida muy circular. -Pero ¿y los jardines? -Hermosos, pero yo no he pasado aún de aquí. -¿El teatro? -Insoportable. -¿Los toros? -¡Bah!... -¿Las tertulias? -Aquí no hay tertulias; ya te lo digo, esto es secarse. -Por lo menos, las giras de campo... -Nada menos que eso; quince días ha que en casa de pensamos en hacer una partida de campo en borricos; pero todavía no nos hemos determinado a madrugar una mañana. -¡Pues yo os creía más dichosos! -¡Ah! ¡Los dichosos sois los que estáis en Madrid!»

Por supuesto, debe creerse que en aquel recinto hallaría yo a todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude menos de sonrojarme al ver a mi brillante conquista detrás de la Marquesa; que al encontrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar a lo lejos el satélite de aquel planeta. - ¿Quién es ese sujeto? -le pregunté a un amigo que había hablado al marido. -Este es un D. Nadie, que en todas partes se cree indispensable, porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos, que él los toma por suyos. -¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaría si no fuera por sus mujeres! - Entonces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos menos de reír juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardín, sólo hallamos de trecho en trecho algún corro de señores mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo a lo lejos a sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habían recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado a mi posada, tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la calle de la Reina, que era a aquella hora el punto de reunión. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas a lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetir las: - «¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana? -¿Quién es ese que ha pasado? -¿Y por qué Fulana no va con...? -¿Han tronado? -¿Y tiene plan con esa que acompaña?» Y así de los demás. Nosotros, por nuestra parte, nos dábamos la posible importancia: hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigíamos la palabra; saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distinción según la jerarquía o notabilidad de la persona saludada; y si podíamos pillar del brazo a un entorchado o una llave dorada, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado, en fin, de esta pantomima, me retiré, y después de la función del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfacción, volví a mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mío había visto luz, y de cuando en cuando oía el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el D. Preciso tomaba el fresco: convencime más y más de ello, cuando de allí a un instante miré abrirse la puerta de mi habitación y entrar al mismo; sin embargo, mi imaginación es rápida, y no pude dejar de notar que no traía botas.

-¡Ah, buena maula! -exclamó alborozado al verme-¿Con que V. es el Curioso Parlante?

-¿Quién? ¿Yo?

-Vamos, no hay que hacer la deshecha, que lo sé de buen original y además soy suscriptor a las Cartas Españolas, ¡ay, amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre vuestro viaje! artículo cómico, ¿no es verdad? (y la risa interrumpía sus exclamaciones). ¿A qué sale allí a relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personaje incógnito, y V. también, ¿no es así? ¿con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada? ¿Y mi mujer? ¿Qué dirá V. de mi mujer y de mí? ¿Soy yo también persona que hace?

-No, amigo mío -interrumpí con cierta sonrisa-; usted es la que padece.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento a llamar nuestra atención; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta del todo, y hallamos al caballero consabido y que en aquel momento acababa de entrar, y a la señora, que sentada junto a la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fue el de la turbación; pero recobrando el mancebo su serenidad, expresó que sólo una equivocación de la puerta de su cuarto podría haber sido causa... Entonces ella se explayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con tesón, tan excelente idea, con lo cual el esposo se dio por satisfecho y a guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; éste por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo, sin pensarlo, tuve que terciar en la relación de gentes que debían conocerse y apreciarse. -La conversación se animó; el Adonis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó a ver todas sus curiosidades, aceptamos y de allí en adelante no nos

separamos ya ni para ver la casa de Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetía exactamente todos los días, comenzó a fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, torné la determinación de regresar a Madrid. Subí de nuevo en la diligencia y mas no quiero contar lo que me pasó a la vuelta, porque sería repetir lo ya dicho; como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas a otras.

(Junio de 1832)

El Prado

«Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monesterio hay, a la mano izquierda en saliendo del pueblo, una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro o seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, a trechos puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos a los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho a la grande hermosura y recreación de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda también muy apacible, con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una parte a unas huertas. Llamam a estas alamedas el Prado de San Hierónimo, donde de invierno al sol, y de verano a gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha recreación la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballos, y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran

deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte».

He aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote nuevo de puro viejo, que, como varias personas, no tienen otra recomendación que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diría el autor (maestro Pedro de Medina) si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? -Diría... ¡qué había de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente día.

Por lo demás, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual e inculto de su inundo término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmenso arroyo que corría por toda su extensión, y demás circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal cual trozo más bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diría, vuelvo a repetir, si le atravesase hoy en toda su extensión de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿Qué al contemplar en toda su extensión ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya excelente ejecución honra la memoria de los artistas españoles? ¿Qué del lindísimo Jardín Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la Real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecía, como en éstos, los sitios más ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega, en un momento de mal humor, se dejó decir:

«Los prados en que pasean
Son y serán celebrados;
Bien hacéis en hacer prados,
Pues hay hiel, para quien sean»,

el mismo Tirso de Molina, Calderón, Moreto y demás poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle a porfía con las descripciones más interesantes y románticas. Así que el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas, que a hurtadillas de sus padres y hermanos venían a este sitio al acecho de cuál o cuál galán perdedizo, o bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡Quién no cree ver a éstos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival!
¡Aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor

Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! -Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no sólo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberían acompañar a este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo, ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron también su suelo! Con efecto; su fragosidad, las circunstancias políticas y la intermediación ala corte del Retiro, llegaron a darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado sólo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes a este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galán o galanes, objeto u objetos de sus suspiros; la reunión de la parte más visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen a este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado además con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza a ser el punto de reunión general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermín, y las de Atocha, las del Jardín Botánico y las del paseo de Recoletos, viene a refluir en el gran salón, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salón por delante de la fuente de Neptuno; a la derecha tendremos la calle destinada a los coches, que corre a lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia real, a cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del país y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los países extranjeros; v. gr.: Detrás de un elegante tilbury, que Londres o Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo, sentado una cuarta más abajo, viene arrastrando con dificultad un cajón semi-oval y verdinegro, a quien el maestro Medina podría muy bien llamar carroza en el siglo XVI, y en el XIX llamamos simón, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas a la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena a los briosos caballos a seguir el paso del furgón que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato a ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo también gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro; no lejos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde a su esposa; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado a la calesera; ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces, que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el

mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes jinetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazán.

Inmediato a ese paseo, mírase una estrecha calle, que formaría parte del salón principal, sólo interrumpida por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una división más sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarían muy a mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto más a propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun a despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo más notable del paseo se extracta aquí: no sin graves apreturas, encontones, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco más o menos el valor del capital. La extensión del paseo proporciona la ventaja de volverse a encontrar varias veces durante la tarde, con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje o haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz, y el bastón bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salón, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetración, muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos expresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal o del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él, mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las expresiones de doble sentido y las que se dicen al paso mirando a otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada, en fin, se escapa a su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina con notable desmán del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque más mímicamente representada. -Mira a los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras; obsérvalos andar tortuosamente y sin dirección fija, ora arrimándose a los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparecen en cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento a éstas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo a otras.

Todas éstas y más mudanzas habían hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se extiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el Salón del Prado hasta el teatro del Príncipe; miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente a situarse en paraje conveniente, mientras que una hermosa joven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en francés el diálogo siguiente:

-«Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.

-Cela t'étonne?... Un chevalier du quinzième siècle.

-Epoux d'une élégante du dixneuvième.

-Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne vieillit pas.

-Oui... et leurs petites femmes... hein? (con sonrisa irónica).

-Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.

-Bah! Tu oublies que de son temps n'apprenait en Espagne que notre pauvre langue!
Car, je conviens, nos ayeux etaient des sottés gens!

-Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la creulle... Elle ne te regarde pas, mon cher...

-Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle, me voit... oui, mon cher, elle rit.

-Bravo, mon cher, bravo; c'est bon signe».

A este punto pasó un quídam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza lo dijo en voz alta:

-Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de extranjeros que vienen detrás.

-(Diable, dijo uno de los dos. -Tais toi; replicó el otro.)

-Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver a mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, más mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

-Pero habla V. bajo, que lo van a comprender.

-¡Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

-No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habían de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

-Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atrevería a apostar, pues en sus modales echo de ver más caricatura que carácter francés.

-¿Cómo es posible que lo sean? ¿No va usted que no entienden lo que digo?

-Cierto, que eso me hace dudar...

(Durante esta conversación, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en francés, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anoecer, subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi a escape por la Carrera de San Jerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (a quien sin duda habían descuidado aquella tarde) no les tenía consideración, pues sacudiendo los caballos, obligó a los de a pie a volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va más lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podían contar más que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del Salón.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguilos con disimulo, y pude escuchar su conversación. Por supuesto, era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo originales. Hablaron largo rato de su aventura, rieron estrepitosamente, y después se lamentaron de que por haber paseado del lado de allá habían faltado a la ella con ciertas chicas que les habrían estado esperando del lado acá.

-Ya ves -decía el uno, durante la fuerza de la tarde-, ya conoces que sería muy plebeyo pasear a este lado.

-Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído más cuenta...

-Sí, pero tú debes decirlas que hasta el anoecer no nos esperen.

-Cierto que ya al anoecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de tercer orden, y como si dijéramos de entre sol y sombra.

En esto, una viejecilla con dos muchachas frescas y francas apretaron el paso detrás de ellos, y llegando bonitamente a su lado, les insinaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo. -¡Ah! Fulanita, Zutanita, ¡son VV.! -Y desde este punto y hora, una conversación jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subían graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron a uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, La Estrella, Buen Gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832)

Las casas por dentro

Carta de un curioso provincial al curioso madrileño

«Señor Curioso, muy señor mío: desde que hallándome en esa capital empezó V. a publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado Cartas españolas, me incluí en el número de los suscritores a dicho periódico, lisonjeado por la idea de que, aun después de mi salida de ésta, refrescaría en mi servicio aun imaginación (con el auxilio de V.) aquellos cuadros que tantas veces habían herido mis sentidos. Otro servicio aún más importante me ha hecho V., cual es el de haberme relevado de la insostenible precisión de responder a tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacían siempre mi mujer, mis hijos y mis amigos; precisión a la verdad más dura que lo que parece; pues ya sabe usted que el hacer descripciones no es para todos, y más si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste e interés. Así es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entonces, cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal o cual objeto de la corte, siempre le remito al momento en que a V. se le ponga en las mientes hablar de él.

»Pero es el caso, señor Parlante, que como quiera que es más fácil preguntar qué responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que V. me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar majestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreírme un tanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

»Mas la exigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la ración que V. nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado a V. muchos años de observación; y si bien esta ansiedad me parece injusta e irreflexiva, no dejo, sin embargo, alguna vez de convenir con ellos en ciertos extremos.

»Por ejemplo, no pudo menos de hacerme fuerza la reflexión de una de mis niñas, que decía días pasados: -¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aún del interior de las casas? Pues qué, ¿nada hay que decir de ellas en Madrid? -Calla, niña (la contesté yo), que todo se andará si el palo no se rompe, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto. -Mas si bien es cierto que la hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó a pensar que la chica podría tener razón, y que si en lo sucesivo habíamos de juzgar con acierto de los dramas íntimos que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

»Fue tanta la fuerza que me hizo esa consideración, que me determiné a escribirle a V., y para más empeñarlo en mi objeto (y sin que sea visto querer introducirme en su terreno), me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripción de la casa en que yo viví en

Madrid por si en ella encuentra alguna o algunas circunstancias que pueden aplicarse cómodamente a las demás.

»Pero antes de dar principio a mi bosquejo, será bien enterar a V. de que mi marcha a Madrid fue convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sujeto de consideración en la corte, el cual exigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posición social de mi amigo, y sus más que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serían molestas, y acepté el convite.

»Di fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa Puerta del Sol, y delante de un longísimo caserón. La multitud de sus balcones y ventanas; la elegancia de su pintura, aún reciente, y las demás circunstancias que constituían su adorno exterior, me afirmaron en la idea de que iba a habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pie en el portal y desapareció la ilusión, echando de ver, por mi desgracia, que éste era el primer petardo que se me ofrecía en Madrid.

»Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendón de zapatos, que a falta de portero, ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el doble y repugnante depósito indispensable en los portales de la corte; por manera que para ganar la escalera era forzoso atravesar entre ambos escollos; es verdad que, en logrando pillar ésta, ya podía uno olvidarse de aquéllos, para ocuparse exclusivamente en las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan ingeniosa arquitectura; sólo tenía una contra tan prolijo examen, y era que si por casualidad se oían resonar en la parte más alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no había más remedio que volver a bajar, o hacer que él volviese a subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistía en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban a un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (a excepción, empero, de algunos más claros que los de Venecia, por donde se trasmitía, no sólo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica, un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun también a una numerosa cohorte de bichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

»Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio, enclavado cerca de una ventanilla, prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso había dos o tres o más puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre o una cadena tosca de hierro para llamar. Exceptúanse, sin embargo, algunas puertas del piso tercero, donde, sin necesidad de llamar, solían abrir al menor ruido de botas.

»Mi amigo, según pude averiguar a duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar a V. que la primera vista de ella me causó mucha extrañeza, no acertando a encontrar la más mínima analogía entre las circunstancias del sujeto y las de la habitación; pero poco a poco me fui convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas más que en las cosas mismas, y que tal podría yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

»Después de una antesala, que por lo breve podría pasar por esdrújulo, se entraba en el gran salón, que consistía en un cuadro no más largo que de unos veinte pies por quince de ancho. Compartían la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores, un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la Suiza en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluían el adorno del salón principal; el gabinete inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles más, a saber, el indispensable brasero y una jaula dorada cerca del balcón. La alcoba principal no tenía más relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase después a unos dormitorios a guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos, que el durmiente podía muy bien formarse una perfecta idea de su última mansión. En seguida me ostentó mi amigo sus galerías, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeúntes. Éstas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

»También tenemos aquí nuestro jardín» -(me dijo, asomándome a un estrecho patio, donde campeaban hasta unos ocho tiestos, y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas a secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luego me llevó al comedor; verdad es que entonces estaba haciendo de sala de baño; después me

mostró su estudio, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacían muy a propósito para el caso. -¿Y el tocador de tu esposa? le dije yo. -Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi biblioteca. -¿También ésa? -También ésa. -En efecto; luego pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de Diarios de Avisos, una Guía de forasteros, un calendario, un tomo cuarto del Quijote, y una novela sentimental, que el maestro de baile había prestado a la señorita. -Por último, vimos la cocina, que era ancha como cañón de chimenea y tan clara como las Soledades de Góngora; no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que más lejos de ella debía colocarse, porque ya se sabe que ésta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. Desde allí se pasaba a una despensa, lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete a todos los bastimentos en ella apiñados; y, por último, se bajaba a los sótanos y bodegas, cuya extensión era tal, que había que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbón o de dos arrobas de vino.

»Tal, amigo mio, era la habitación principal de esta casa; juzgue V. ahora de las demás. Pues siendo cual era, tenía dos tiendas, y en ellas vivían un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormía en un chiribitil de la escalera; un diestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y dos viudas ocupaban las buhardillas, y hasta en un desvancillo que caía sobre éstas había encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que a mí toca, bien pronto empecé a suspirar por las comodidades a que estaba acostumbrado, y así es que a los dos meses abandoné aquella mansión y volví esta provincia; pero júrole a V. que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias a la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi a neutralizarse con las continuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino a resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oído perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico, sólo el tacto llegó a sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que quería a las antropófagas chinchas que paseaban mi persona en aquellas fermentadas alcobas durante la hora de la siesta.

»He aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitación en Madrid; ignoro si las demás (hablo tan sólo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso no puedo menos de compadecer a ustedes, porque pagan aprecio de oro tantas inconveniencias, mientras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una buhardilla. De todos modos, espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en -El Provinciano».

Y el Parlante, poco deseoso de decidir tamaña cuestión, deja por hoy a sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al Provinciano la posesión de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

(Julio de 1832)

NOTA. -Desde que se escribió este artículo en 1832 (hace casi medio siglo) ha cambiado el caserío de la capital, casi en su totalidad, de modo que ya afortunadamente puede decirse que carece de exactitud aquella pintura, que entonces tenía toda la que exige la verdad. -La reconstrucción de Madrid, que empezó tímidamente en 1821, a consecuencia de la creación de la importantísima Sociedad de Seguros Mutuos, y se desarrolló después con la desamortización de millares de fincas de manos muertas, tornó un crecido vuelo en 1845, hasta el punto de renovar por completo calles, barrios, distritos enteros, como los de la plaza de Oriente, el Barquillo, el Congreso, la Puerta del Sol y calles adyacentes, y dirigidas las obras nuevas por inteligentes arquitectos, las realizaron con otro gusto y hasta con magnificencia y esplendidez, verificándose una completa revolución en esta parte de nuestras costumbres. -Hoy, siguiendo el progreso de las artes y la aplicación a esta industria de los grandes capitales, no sólo ha desaparecido casi del todo el antiguo caserío, y sustituido por otro más cómodo, elegante y de mejor aspecto, sino que con la duplicación, por lo menos, de la actual población de Madrid, se ha ensanchado su perímetro en más de una mitad, formando los barrios nuevos y hasta magníficos de Recoletos, Salamanca, la Castellana, Chamberí, Pozas, Argüelles, etc., y haciendo caducar con esta transformación mi antiguo «MANUAL DESCRIPTIVO», 1831-1844, reduciéndole a ser un documento histórico, tan retrospectivo, o poco menos, que mi otro libro «EL ANTIGUO MADRID».

1808 y 1822

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Carmen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedían la entrada en mi mansión al aire abrasador, que destruye las fuerzas, y a la acción aún más terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacían entregados a las dulzuras del sueño; ningún ruido de carruaje ni de paseantes interrumpía el silencio de las calles donde, según la expresión de cierto viajero, «sólo se encontraba a tales horas algún francés y algún perro». -Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormían; todo, en fin, reposaba procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor había debilitado.

Brava ocasión para que un extranjero nos hiciese una bella disertación pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta segunda noche nos proporciona. ¡Con qué exactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba a nuestras manufacturas, haciendo subir excesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del día, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente a la hora en que más calor hay y menos apetito; de aquí sacará la consecuencia de que, sin esta costumbre, la siesta no sería necesaria; después pasará a demostrarnos lo perjudicial que es a nuestra salud el sueño después de la comida, por la acumulación del calor a la cabeza en el momento en que más falta hace en el estómago para operar la digestión; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoas, accidentes y parálisis; y en fin, nos dirá tanto... tanto... - Nosotros, sin embargo, bien sea porque la acción del clima pueda más que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre a ello, marcharemos, sin responderle una palabra, a dormir la siesta. -¿Cómo resistir a este impulso general, ni qué hacer donde todos duermen?... Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sujeto a quien no se puede pedir cuentas de sus acciones; que reparte su beleño cuando le place y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba a aquella sazón a algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en vísperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvincijada

persona, y de dar tormento a la acalorada imaginación, resolví, en fin, abandonar el lecho, abrir un balcón y asomarme a él.

Entonces fue cuando hice las reflexioncillas arriba dichas; y estando haciéndolas, sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad... alzo la vista y miro... No sé si acaso se acordarán ustedes, señores lectores, de un mi vecino D. Plácido, de quien creo haberles hablado ya. -Pues éste, ni más ni menos, era el que en tal guisa y a tales horas interrumpía mi amostozado soliloquio, para contarme un desvelo como el mío y una resolución idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba a cruzarnos de razones, subí a su habitación para hacerlo cómodamente; y medio tendidos en dos sofás, entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del día; pero como mi vecino es algo viejo, y a los viejos les sucede con la imaginación lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los más cercanos, muy luego encontró medio de enderezar ingeniosamente la conversación hacia aquellos tiempos en que brillaba en Madrid y en que sus buenos modales, su instrucción y sus conveniencias era tenido por hombre a la moda.

-«Desengañese usted -me decía- el trascurso de treinta años y los extraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado han sido bastantes para alterar nuestras costumbres, en términos, que a uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le sería imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaría más decorada y decente, observaría más actividad en nuestra industria; admiraría los progresos de las artes; vería con placer los muchos establecimientos destinados a difundir los conocimientos útiles; notaría los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trajes, en los monumentos públicos, y quedaría al pronto seducido con esta erudición a la violeta, que hace a la juventud del día lucir y brillar aun delante de la experiencia y de la senectud.

»Todo esto, no hay duda, ocurriría al forastero de treinta años, y por de pronto, confesaría avergonzado los progresos de la actual generación; pero en cambio de aquellas ventajas, ¿no hallaría muy luego la ausencia de otras más sólidas y duraderas? ¿No echaría de ver muy pronto la alteración que ha experimentado nuestro carácter? ¿Adónde encontraría ya aquella ingenua virtud, aquella probidad natural, que era el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido sabe, que aunque patrimonio de pocos, ofrecía a la posteridad obras clásicas e inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla, que daba a los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dónde, en fin, aquella cómoda repartición de fortunas, aquel bienestar general, que ahuyentaba las ideas de ambición y permitía a todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto, ¿qué hallaría? Desdén de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas, reputaciones usurpadas; confusión grosera de todas las clases; ficción en el trato exterior; cábala e intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia; la pedantería en ciencia y el charlatanismo en virtud. -Esto, desengañese V., esto, y no más, vería el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

-Paréceme, sin embargo (le contesté yo algo mohíno), que la prevención con que V. mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podría yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que V. afirma.

-No hay regla -me replicó el vecino-, por general que sea, que no tenga sus excepciones; y no podré negar que acaso serán numerosas las de ésta; mas, sin embargo creo poder asegurar que lo general inclina más bien al bosquejo que llevo trazado. Acaso me pretenderá V. negar las ventajosas circunstancias que yo concedo a nuestra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa donde yo concurría diariamente en 1802.

»El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, había seguido su carrera de empleado, hasta llegar a un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideración en la corte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigía el gobierno de la casa con aquella inteligencia e interés propias de quien reúne a una buena educación un constante deseo de hacer felices a su esposo y a sus hijos; y los dos que tenían, varón y hembra, eran el objeto continuo de sus cuidados maternales. El muchacho asistía alas escuelas, y fue puesto en un colegio a los diez años; la niña aprendía cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una mujer que algún día ha de dirigir una casa y hacer la dicha o la desdicha de un hombre. ¡Cuántas horas, contemplando la ventura de ambos esposos, hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no había más que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse más placentera la existencia; el sueldo del esposo y el producto de algunas haciendas bastaban de tal modo a sus necesidades, que después de sostener su casa con esplendor, todavía la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

»La sociedad que frecuentaba tal casa era digna de

ambos; amigos francos y leales; jóvenes bien educados; mujeres amables y virtuosas; yo solía asistir a su mesa ciertos días al mes; era abundante, pero sin ostentación; franca sin grosería; después solíamos irnos al teatro o a paseo; volvíamos a casa, y a poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto, la primera operación era refrescar y tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator o de dominó, en tanto que los jóvenes hacían juegos de prendas bajo la inspección de las madres. Todo era allí animación, alegría, franqueza; el amor no temía manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mutuas, no dudaban entregarse a sus puras sensaciones, y yo asistí a mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temía comprometerse; las opiniones se debatían riendo; las disputas concluían con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar a cambiar un doblón. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver a reunirnos. Tal, amigo mío, era el espectáculo que presentaba la casa de D. Melchor del Vallecillo, búsqume V. ahora muchas por este estilo.

-¿Cómo dice V. que se llamaba? (repliqué yo precipitado).

-Don Melchor del Vallecillo. Pero ¿qué tiene usted que se ha inmutado? ¿Acaso le ha conocido o...?

-No, señor, no le he conocido, pero ciertamente no podía V. haber escogido otro ejemplo más a propósito para apoyar su idea; y va V. a verlo.

»Yo frecuento en el día una de las casas más elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberían embellecer la existencia de un hombre se habían reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una mujer con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideración en Madrid, todo se le ofrecía para hacer su dicha; pues este hombre, por seguir el sistema de la moda ha hallado el medio de ser infeliz.

»Llegado a una edad regular, habiéndose casado y obtenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron a desenvolverse en él la ambición y la vanidad, y le sujetaron a su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debía empezar a verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto en que su padre había vivido, se trasladó a una habitación magnífica; y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquél, alhajó ésta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo carácter débil es muy a propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir, como es natural, al aspecto del lujo y la magnificencia; y segundó grandemente las ideas de su esposo; ayúdole a derramar su dinero, y creciendo en necesidades superfluas, llegó a poner su casa en un tren que compite con las primeras de la corte.

»Con tan bellos elementos, ¿quién resiste a la tentación de tener sociedad? Tuvieronla, en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de varias esferas; desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que, como todo hombre de gran tono, empezó por hacer un viaje de dos meses a París, volvió a su casa tan lleno de aquellas maneras, que quiso iniciar en ellas a su esposa. Ésta no tardó en aprenderlas y exagerarlas, y muy luego fue citada como el modelo de las damas a la moda. Entre tanto, el gasto de la casa se hizo exorbitante, como puede V. creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun sus mismos capitales, todo desapareció como el humo, y nuestro hombre se ha visto precisado a recurrir a la intriga y a la bajeza con objeto de prosperar más en su carrera, y proporcionarse medios de bastar a su disipación. Su casa desde entonces quedó abierta a ciertos personajes, protectores gratuitos, y a ciertas damas de corte, a quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia, que conoce sus miras. Uno de aquellos hombres de mundo, y de las peores ideas, le tiene seducido con su protección, y mientras tanto obsequia a su mujer; ella tal vez no le escuchara, pero el mismo marido... ¡qué infamia!... la obliga a contemporizar y no ponerle mala cara. Entre tanto, él se encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona a ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salón, no advierte que han dado las dos de la mañana...

»Pues esta casa que le acabo a V. de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y este hombre el mismo don Melchor.

-¡Dios mío! -exclamó mi interlocutor-, ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el joven criado en el seno de la virtud, ¿habrá degenerado hasta ese extremo?

-¡Ay D. Plácido! que no es sino demasiado cierto. ¿Lo ve V., lo ve V.? no le aseguraba yo antes que hoy día... -¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la excelente educación? - ¡Qué han de servir -me contestó don Plácido-, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia!...»

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animación de las calles nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar más.

(Agosto de 1832)

Los Aires del lugar

-«No hay remedio, amigo don Tal: V. está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que nosotros los físicos llamamos humores acres, proclives, espontáneos y corruptentes; y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya V. a tomar aires fuera de Madrid.

-»Si V. me lo ordena...

-»Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginación de V., demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distracción y desahogo: al mismo tiempo, le es a V. conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá a V. sus fuerzas y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos e inocentes que no ha experimentado aún.

-»¿Y hacia dónde parece a V. que dirija el rumbo?

-»A donde V. quiera, con tal que sea un pueblo sano y a bastante distancia de Madrid.

-»No entiendo esa última circunstancia.

-»Pues créame V., y sígala, aunque sea sin entenderla».

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó a este punto su sombrero, y me dejó, sin más preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí a rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; ítem, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio a donde dirigirme en busca de la salud y de los placeres más puros e inocentes. Todo se me volvía tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo género de vida que iba a seguir durante algún tiempo. Pero por más que cavilaba, nada decidía, hasta que resolví salir a la calle y consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad a veces sabe más que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese a casa de don Melquiades Revesino, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que a mí me desvelaba, quiero decir, en salir a tomar aires a un lugar.

Motivaba esta improvisa determinación (a lo que supe después) cierto amorío de la niña de la casa con el joven don Luisito del Parral, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas; no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de extranjerismo aprendido en un viaje que hizo a Bayona; por un tono decisivo y abierto, natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir, debida a la sabia tijera de Rouget, mozo, en fin, a la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues éste tal era el que, inflamando el corazón de Jacinta (que tal era el nombre de mi heroína), alteraba la paz de aquella casa y destruía la salud de la niña, cuya palidez y tristeza aumentaban desde el día en que al celoso don Melquiades se le ocurrió privar a aquél de la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de sus más solícitos cuidados: se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado a la Ópera y de ésta al baile; pero nada era suficiente a borrar la impresión que el mancebo había hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, había declarado solemnemente que la chica adolecía de una melancolía que acabaría con ella, si por el pronto no se tomaba la determinación de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar a efecto tan sabia determinación; y he aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de dirección.

Nada les podía servir mejor que mi llegada, pues viniendo, como venía, lleno de la misma ideal y cargado además de erudición geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente a fijar la cuestión. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes países conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas; salté ríos, y dejé a todos pasmados con lo mismo que

acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sabios del día); pero a todo se me contestaba con esta pregunta: «¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?» -Y en pasando del espacio que ellos determinaban ya no había forma de reducirles. -Por fin, después de largos y acalorados debates y comparaciones geográficas, históricas y críticas, determinamos, de común acuerdo, que el viaje sería a... Carabanchel, célebre lugar situado donde acaso más de un geógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fue la señal de la aprobación general, y desde aquel momento ya no se pensó más que en los preparativos del viaje, que se fijó para de allí a ocho días. Don Melquiades salió a contratar el carruaje, la mamá y la niña al almacén de Carrillo a comprar trajes y adornos de camino, a consultar de paso con madama Adela la forma de los sombreros, y a despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció a sacar el pasaporte, aunque luego nos ocurrió que, hasta pasadas seis leguas de Madrid no teníamos necesidad de él; otro se encargó de preparar una casa, un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió a componer una despedida cantáble, y yo me volví a empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y a comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos más lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos a disfrutar, pasaron aquellos ocho días, hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte, ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros, se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demás, fueron colocados en el coche, y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, a quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, a la vista de Carabanchel de Abajo.

Entre tanto, nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recién plantados y animando a Jacinta (que nunca había pasado del Canal) a regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, o de tal cual colina de arena que interrumpía la uniformidad del paisaje. Por fin, después de varias preguntas de cuántas leguas habíamos andado ya, después de infórmarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos a ver a lo lejos, después de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable a Carabanchel, sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias a la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie a tierra en una calle de cuyo nombre no quiero acordarme, y ocupamos la casa que se nos tenía preparada: componíase de una salita baja con dos rejias a la calle, una alcoba y varias piezas y dormitorios interiores que daban a las eras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias y cuatro estampas de la prisión del Maragato, no correspondía en nada al precio que se nos había exigido ni a la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos muy en armonía con los modales y disposición de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto, nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes: franquearon su puerta a una caterva de muchachos en camisa, que nos perseguían con el epíteto de lechuguinos de Madrid, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse a ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una cofaina sucia y ordinaria, que pusieron sobre una silla, y para hacer que inundaran el agua a cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, y no lo había hasta de allí a una hora; quisimos vino, y nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traíamos, y aun así no fue posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos formaban a nuestros oídos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido a la algarabía que traían las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas, que no cerraban bien, nos hizo pasar un rato agradable, parecido a los varios que después tuvimos ocasión de disfrutar. Pero ¿para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida a que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un día, puede servir de molde para los demás.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano, porque ningún objeto nos excitaba a madrugar, porque el día se nos hacía más largo e insoportable, porque los bichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche, por otras mil y una razones que sería prolijo explicar. Durante el fermentado almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patrón, Ferminillo, mozo travieso y decidor, cuyas novedades se reducían a saber tal cual familia que había llegado de Madrid, con todos los ribetes y circunstancias de lo que traían, lo que gastaban, lo que comían, etc.; luego solía amenizar la relación con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal o cual multa o encarcelamiento, y acostumbraba concluir con acompañarse a la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirigíamos a alguno de los jardines y huertas particulares, donde (previa una esquila del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero o una recomendación del estercolador) podíamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solía venir el conde o el marqués propietario, y, o le teníamos que abandonar el campo, o que deshacernos a cumplidos y cortesías. Salíamos de allí cuando el dios de los tabardillos ejercía ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante población (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reían de buena fe al mirar el sombrero de Jacinta, o al verme a mí llevando su sombrilla) nos dirigíamos a visitar algunas de las familias compatriotas, a las cuales encontrábamos, o bien entregadas a un profundo sueño, o bien ocupadas en echar de comer a las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la Gaceta de Madrid, y todos, en general, quejándose de que el día en Carabanchel tenía cuarenta y ocho horas. En fin, después de proyectar algún paseo para la tarde, nos retirábamos a nuestra casa a despachar la parca comida, siempre, compuesta de los mismos artículos, de pollo y tortilla, al menos que algún propio enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo; dormíamos luego cuatro horas de siesta, y salíamos al paseo de las Eras, o bien al otro Carabanchel, en unión de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once o las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada día nos parecía más necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mía no ganaba nada, y ni médico ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que hacíamos en un país árido e ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecía el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tedio y desazón: la mezquindad de la habitación y los muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privación de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermín nos contaba, todo era muy a propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince días (de los cuales, según mi cuenta, pasamos durmiendo los diez y medio) se empezó a tratar de volver a Madrid. Un incidente imprevisto vino a precipitarlo.

Hacía dos o tres noches que yo había visto por las ventanas que daban a las eras pasar un hombre a caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir a Fermín, vi que se hablaban y que se despidió de él el caballero; con lo cual y con decirme Fermín que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, a pesar de que otras noches, a la misma hora, solía verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí a ocho días, cuando, reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venía: llamamos a su criada, y no respondió; pasamos a su cuarto, y vimos que habían desaparecido una y otra, ítem más, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos:

«Amados papá y mamá: el estado infeliz a que me ha reducido una pasión violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado a dar un paso atrevido y ajeno a mis ideas; pero creo que el amor que ustedes me tienen les inclinará a perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna, pero huyo bajo la protección de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermín y Manuela, y quedo depositada en Madrid en casa de D..., su amigo de ustedes, mientras espero allí la aprobación paternal. Perdón, papá y mamá: no me aborrezcan ustedes, y compadézcanme por haberme visto precisada a este extremo. -Jacinta.»

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté más serenidad, como si hubiese tenido algún antecedente. Yo me encargué de convencer al padre; y llegado que hubimos a Madrid, viéndose invitado por la autoridad a prestar su aprobación y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por fin a nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfacción, sin más nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido a tomar los aires, y no dudo que curará de sus males: en cuanto a mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, o me alejaré sesenta leguas de Madrid, donde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la corte, y donde la campiña, más varia, ofrezca mayor novedad y desahogo. -Esto fue sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832)

El paseo de Juana

A electrizar muchos cuerpos,
Y a cautivar muchas almas,
Una noche de verano
Salió Juana de su Casa:

Juana, la que en Avapiés
Goza, por su noble fama,
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista sólo
Turba la paz de las casas,
La que las mujeres temen,
La que los maridos aman.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y a la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.

¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contarás
Si fueras enriquecido
Con el don de la palabra!

De sarga rica mantilla,
Con terciopelo de a cuarta,
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recoger las dos puntas

La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle,
En marcha oblicua y taimada
Sigue a babor y estribor
Con un meneo que encanta;

Nada, nada la detiene
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta.

Todos la dejan la acera,
Todos vuelven a mirarla,
Y ella a todos los desdeña,
Y sigue alegre su marcha.

Algunos, más atrevidos,
La dicen «Pase, mi alma»;
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe o canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estatuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atrás
Mirando si le reparan,
Hasta que más reflexivo
Sigue su camino y marcha!

Y a don Cosme, el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver a Juana se para,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo

Hasta que llega a alcanzarla

Dala entonces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura extraña,
Hasta que rompe en reír
Y le deja... ¡Cual quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve, y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y Contemplando con ansia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hacen con otras balas.

Avanza luego atrevido,
Y sin mirar más que a Juana,
Con palabras de grajea
Sus deseos la declara.

Juanilla, a quien el pudor
(Como el natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra;

Y el cadete, conociendo
Que otorga todo el que calla,
Marcha al lado, y tanto dice,
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversación,
Y yo no sé de qué hablaban;
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado,
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ansias,

Quiere probar su paciencia,
Y a un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla,

Le para, y empieza a darle
Conversación más que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata;

Hasta que, compadecida
De su situación la Juana,
Se despide del vecino
Y hacia el cadete ya marcha.

Éste, viéndola venir,
Olvida sus amenazas,
Vuelve a expresar su contento,
Vuelve a la dicha turbada.

Llegan, después de un buen rato,
De la tal niña a la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compañía.

Una escalera de torre
No es más peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

Él, que se miró en lo oscuro,
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subía un escalón
Sin que un susto le costara,

Porque en el que no caía,
Por lo menos tropezaba.

Llegan al alto, por fin,
Y a la puerta Juana llama:
Ábrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;

Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda mujer de su casta;

Vase después, y los deja
En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño.
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas,
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,
Y así vivir las dejara,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y a su lado, en simetría,
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,
Del Dos de Mayo una estampa,
Y un pandero en una esquina
Enfrente de una guitarra;

Tres desvencijadas sillas
Concluían de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

Pero... ¿adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah buenas maulas!
Mas, silencio, que a la puerta
En este momento llaman,

-«¿Quién es?» (pregunta la vieja). -
-«Abra usted, señora Claudia». -
-«¡Ay, Juanita, que es el Zurdo!
¡Por Dios, que no sienta nada!» -

Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesión
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale a ver su buena alhaja,

El cadete, de puntillas,
Se va por la puerta falsa,
Agarrado de la vieja,
Bajando a oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle,
Su razón ya despejada
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan.

Pero no sólo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana;

Y entonces diz que el cuitado
A sus solas exclamaba:
¡Oh placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832)

El día 30 del mes

Pared por medio de mi casa vive D. Homo-bono Quiñones, jefe de mesa de cierta oficina, y uno de los caracteres más originales que he conocido. -Fenelon aseguraba que el hombre más dichoso es aquél que cree serlo; y si este dicho es exacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el D. Homo-bono sea aquel mortal privilegiado. Y si no se me creyese sobre mi palabra, créase al menos la pintura que de él haré.

La satisfacción y la alegría parecen haber escogido su mansión en aquel semblante, que los años procuran en vano arrugar; ningún achaque, destruye su físico; ninguna pena halla el camino de su corazón; ninguna sensación violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos; su estado habitual es el de la alegría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa, que haga trabajar a su imaginación, sino un tranquilo y bonancible, que le inclina a ver las cosas por el lado más favorable. -V. gr.: su mujer es altiva, gastadora, y ejerce sobre el esposo un dominio más que conyugal; pero ¿qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta a su esposo. -La niña es caprichosa, mal criada y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; pero ¡es tan bonita! ¡tan juguetona! ¡canta tan bien! ¡baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola. -El muchacho es un calaverilla: contrahecho, frívolo, enredador y pedante; pero ¡tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡se burla con tal agudeza de sus maestros! ¡es tan diestro para hacer sus travesuras! que nadie (y menos su padre) se atreve a reprenderle. -Los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan a caer aquel ruinoso edificio; pero, si no fuera por ellos, ¿quién había de resistir la monotonía y el fastidio? -Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes; roban y malgastan lo que pueden; trabajan poco y mal; comen mucho y bien, y duermen mejor. Pero ¿quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? «Il faut que tout le monde vive», decía Luis XVIII. «Es preciso que todos vivamos», traduce D. Homo-bono.

Sólo hay doce días en el año en que este buen señor (bonus vir) suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los días 30 de cada mes, época fatal, en que vienen a reducirse a maravedís todos los placeres y contentos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra, que por un momento quiere oscurecer su imaginación, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas

horas que dura la extraña lucha de sus inclinaciones con su razón, ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaría en él original para un nuevo capricho.

Llega, por fin, después de veinte y nueve, la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltea va a destaparse y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de jefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate y las demás ocupaciones matutinas adelantan aquel día media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitación de los artesanos y tenderos, que, viéndole pasar, gritan: «las nueve»; expresión natural y espontánea, que honra más la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega a la oficina... ¡Qué exactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinación para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca, por supuesto, a D. Homo-bono, y su imaginación se espacia considerando su longitud, que le promete una serie de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfectibilidad de las cosas humanas! ¿quién había de decir que, esta agradable ilusión había de durar tan poco? Yo lo diré, y también la causa; y es que D. Homo-bono había echado la cuenta sin la huésped, y la huésped era su mujer.

De vuelta a su casa, una horita más temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos e ingeniosos ramilletes; y también en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro.

Mas, ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle sale un fementido tendero, y con obligantes cortesías le pregunta por su salud; D. Homo-bono cambia de color y pasa a la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y Madama Cotillón le hace tres cortesías a la francesa y le presenta un papel en español. (Aquí D. Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en El Médico a palos.) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, se quita cortésmente la monterilla y sube detrás de él, ganando por la mano al tendero y a la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale D. Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser Mr. Battement, maestro de baile de Mademoiselle; más allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da a conocer por el maestro de Gramática del señorito, y no lejos de él el signor Gorgorini, professore di musica e allievo del Conservatojo di Milano, hace presente que es el encargado de la garganta de la Signorina.

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto a quedar con el honor correspondiente, entra solemnemente en su despacho, y colocado con majestad, sede pro tribunale, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operación con los que van relatados, se dispone

a poner a cubierto de la derrota las medallas existentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aún hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la gesto tan repugnante que ésta tiene, especialmente en ciertos días; gesto inevitablemente, mensual, trimestral, semestral o anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fue preciso sacrificar a aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los treinta días, y otra no corta porción repartieron entre sí el sastre geómetra, el zapatero galán, el fondista son argent, el almacenista de géneros carillo, el calesero de antaño y. el peluquero de ogaño, que todos fueron llegando como llamados a son de campana comunal.

Pero la más decisiva de las visitas faltaba aún, y era la de la amable compañera, la caritativa costilla de don Homo-bono, que venía a notificarle cómo de allí a dos días era el cumpleaños de la niña, y que había determinado tener unos cuantos convidados y un poquito de función. En vano Quiñones se afanó en manifestarla que se quedaba sin un cuarto y con un mes delante de sí; su carácter no era tampoco para grandes reflexiones, ni ella las admitía; y así fue que, a dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y D. Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto, aquella noche, para empezar la función, hubo música y baile, y el esposo fue el primero que en tales momentos se entregó al exceso de su felicidad.

Sin embargo, así pasó un mes, y otro, y otro; y vino un año, y se juntaron doce déficit que D. Homo-bono no pudo pagar; y a los dos años ya serán veinte y cuatro, y así sucesivamente; y se tendrá que empeñar, y luego no podrá satisfacer, y luego vendrá la vejez, y luego se jubilará, y luego, luego... en la calle de Atocha, última casa a la derecha, acaso darán razón.

(Agosto de 1832)

NOTA. -El tipo del empleado antiguo, consecuente, asiduo y rutinero, que trata de describirse en este artículo, se reproduce más adelante en otros bajo sus diversas fases de Cesante y Pretendiente, en que hubieron de colocarle las revueltas políticas y los ensayos de otros hombres y de otras ruedas en la complicada máquina de nuestra administración. - Hoy, aleccionado ya por la desgracia y las contradicciones, convencido plenamente de su insuficiencia para luchar con la marcha del siglo, D. Homo-bono Quiñones es un personaje casi fabuloso, o por lo menos inverosímil, y que está próximo a desaparecer de entre nosotros. Reducido, pues, a pasear su asendereada persona por la Fuente Castellana o Chamberí, a leer todas las mañanas el Diario, y a regalarse todas las noches con La Esperanza, limita sus escasas necesidades a las mesadas de cesantía, paga su modesta mansión en los barrios apartados de Daoiz o de Leganitos; asiste a las Cuarenta Horas, reza novenas, a Santa Rita y a Santa Filomena, y figura en las zarzuelas, como uno de los personajes de La Paga de Navidad.

El amante corto de vista

«¡Cómo! (exclamará con sorpresa algún crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del Curioso? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten a sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?»

-Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen a caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el escritor de costumbres los pase por alto, sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? Pues ¿por qué no se ha de pintar el amor corto de vista donde apenas hay amante que no lo sea?

Por otro lado, ¿quién le ha dicho a V. que esta enfermedad de moda no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su origen de la depravación de costumbres, de los vicios de la educación, o de los excesos de la juventud? Conque, ya ve V., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdicción de mi benigna correa; conque ya V. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él... ¿No?... pues manos a la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo más que hacer que la elección de uno. Tóquele por hoy la suerte a Mauricio R... y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras. -¿Y quién es el tal? -El tal, señoras mías, es un joven de veinte y tres años, cuya figura expresiva y aire sentimental descubre a primera vista un corazón tierno y propenso al amor; no es por lo tanto extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al joven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es... el ser corto de vista; muy corto de vista; lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reírse, que mi héroe no lo toma a risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser más atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, o para sorprender con su inevitable lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso. Mauricio es sensible, pero muy comedido, y

más bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto a otra persona. -Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpetuos, como hacen otros sin necesidad y sólo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compás de la Mazzowrka! Y Mauricio a los veinte y tres años no podía determinarse a dejar de bailar la Mazzowrka. - Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero además de la prudencia con que lo usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban a suceder para estar prevenido con él en la mano? -Si la hermosa Filis volvía rápidamente hacia él sus bellos ojos, o dejaba caer su pañuelo para darle ocasión de hablar con ella, ¿quién lo había de prever un minuto antes? Si creyendo sacar a bailar a la más hermosa de la sala se hallaba con que se había ofrecido a una momia de Egipto ¿de qué le servía el lente un minuto después? -Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocía esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se había complacido en punzarle ligeramente, vino por fin a atravesar de parte a parte su corazón, y una noche en el baile de la Marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez no pudo menos de espontanear una declaración en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó a reprenderle,

«Fauie d'avoir le temps de se metre en courroux».

Y he aquí a mi buen mancebo en el momento más feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada.

Ya nuestros amantes habían hablado largamente; tres rigodones y un galop no habían hecho más que avivar el fuego de su pasión; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba protestas y juramentos; tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaría al balcón; la iglesia donde acudía a oír misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidáis en tales casos. Pero el inexperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente a la mamá y a una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió a prevenir a su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dio después a conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente día a la calle donde vivía su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le había dicho que era número 12, y que hacía esquina a cierta calle; mas por cuánto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde que le vio venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estáis enamorados!) tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcón, ostentó a su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado a seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apenas hizo alto en la belleza que se había asomado al otro balcón.

Este desdén inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la

volvía la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y más duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazón) a hacer un paréntesis a su amor, y hablar a la airosa vecina.

Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcón de Matilde; alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella a la cara el pañuelo que tenía en la mano (al que durante su furor había hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcón. Mauricio desdobló el pañuelo y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que había visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró después la casa, y alcanzando a ver Visita general, número 12: ¿cómo pintar su desesperación?

Tres días con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcón permanecía cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. La tercera noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del doble antejo, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver a la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma a la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace a señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas a su descenso, y en la parte más oscura de la escalera acércase a la niña y la dice:

-«Señorita, perdone V. mi equivocación... si sale usted luego al balcón la diré... entre tanto, tome usted el pañuelo.

-Caballero, ¿qué dice usted? -le contestó una voz extraña, a tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino a revelar que hablaba a otra persona, si bien muy parecida a su ídolo.

-Señora...

-¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

-¿Qué es eso, niña?

-Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde.

-Señora... yo... dispense V... el otro día... la otra noche, quiero decir... en el baile de la marquesa de...

-Es verdad, mamá, el señor bailó con mi hermana, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo.

-Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado...

-A la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos a V. las gracias».

Un rayo caído a sus pies no hubiera turbado más al pobre Mauricio, y lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo había atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocación de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la exposición del drama, y él no sabía qué suerte iba a correr el tal papel.

Trémulo e indeciso siguió a lo lejos a las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el más oscuro abandono. En balde aplicaba el oído por ver si escuchaba algún diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, o la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oídos, y aun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró a su casa a velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto, ¿qué sucedía en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender a la niña, había descubierto el billete, se había enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, había resuelto, por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galán con el objeto de que no le quedase gana de volver; hicieronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por más señas con un alfiler. Hecha esta operación se fueron a dormir, seguras de que a la mañana siguiente pasaría por la calle el desacertado galán. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habían dado las ocho cuando ya estaba en el portal de en frente, sin atreverse a mirar. Estando así, oye abrirse el balcón...y... ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso a recibirle, y encuentra... el balcón se había cerrado ya, y la esperanza de su corazón también.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero en fin, era mancebo, y al cabo de quince días pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. -Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan a gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles; y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversación de sus amores respectivos. Mauricio, con su franqueza natural, contó a su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habían proporcionado; pero al acabar esta relación sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde, entre otras personas, observó sentados a un militar y a una joven; arrímase un poco más, saca su antejo... (¡Insensato! ¿por qué no lo sacaste desde el principio?) y conoce que la que tenía sentada junto a él oyendo su conversación era nada menos que la hermosa Matilde. -«¡Ingrata!...» Fue lo único que pudo articular; mientras el papá llamaba a un muchacho para encender el cigarro. -«Yo no he escrito ese billete». (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.) -«¿Pues quién?...».-«No sé... llévelo V.; a las doce estaré al balcón».

La esperanza volvió a derramar su bálsamo consolador en el corazón del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo

el balcón; con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano; ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones! Aquella noche se le había antojado al papá tomar el fresco después de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitación de Matilde, que le rogaba se fuese a acostar para evitar el relente.

-«Bien mío -dijo Mauricio con voz almibarada-, ¿es usted?

-Chica, Matilde (la dice el padre por lo bajo), ¿es contigo esto?

-Papá, conmigo no señor; yo no sé...

-No, pues estas cosas, tuyas son o de tu hermana.

-Para que vea V. (continúa el galán amartelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete...

-A ver, a ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy a leerle...»

Dicho y hecho; éntrase a la sala mirando a su hija con ojos amenazadores; abre el billete y lee... «Caballero; si la noche del baile de la Marquesa pude con mi indiscreción hacer concebir a V. esperanzas locas...

-¡Cielos!; pero ¡qué veo!... ésta es la letra de mi mujer...

-¡Ay, papá mío!

-¡Infame! A los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas...

-Pero, papá...

-Déjame que la despierte, y que alborote la casa».

Con efecto, así lo hizo, y en más de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer a toda la vecindad, con no poco susto del galán fantasma, que desde la calle llegó medio a entender el inaudito quid pro quo.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por más tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama a la puerta: asómase el padre al balcón: -«Caballero, tenga usted a bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta». -El padre coge dos pistolas y baja precipitado, abre la puerta: -«Escoja V.», le dice. -«Seréne V., contesta el joven; yo soy un caballero; mi nombre es N., y mi casa bien conocida; una combinación desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de V., y no debo consentirlo sin explicársela».

Aquí hizo una puntual y verdadera relación de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitación del celoso coronel.

Al siguiente día la Marquesa presentó a Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso a ello.

Desde aquí siguió más tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada; a pesar de que ésta, mirada de cerca, a buena luz, y con anteojos, le pareció a aquél no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algún otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar éstas sino una sencilla operación, que era... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832)

Las tiendas

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debía hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligación me llamaba. Quiero decir, que tenía sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos a mi sabor. Encontrábame a la sazón en medio de la Puerta del Sol, mansión natural de todo desocupado aquella hora lo estaba a más no poder. Lánguido e indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa, ya a una esquina ya a otra; y mientras nada hacía, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes admirando su profusión y la variedad de nombres clásicos que denuncian a la Posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz», para pensar tampoco se necesita estar en pie; y esto diciendo, por lo más ancho la famosa calle Mayor, huyendo de los encontrados pasos de diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos e importunos; y dejando a un lado las gradas de San Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, di fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos, quiero decir, que no había más gente en la tienda que ellos y yo, que entraba.

-Felices días, señores. -Adiós, Sr. D. Tal (le nom ne fait pas à l'affaire). -¿Cómo así tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin o de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿Qué es esto? vuelvo a decir; ¿qué soliloquio es éste? ¿Ha invadido el cólera morbo nuestra capital, o ha dejado de venir el Journal des Modes? Porque sólo causas tan graves pudieran hacer a esas varas castellanas estar paradas a tales horas. -Es la verdad, me contestó el más almibarado; pero no hay que extrañarlo, pues en el Diario de hoy se hacen tales anuncios, que habrán llamado la concurrencia hacia el Sur, hasta que, desengañada por la milésima vez, ven a antes de una hora, como de costumbre.

Y no había acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta a una dama muy elegante, seguida de su lacayo, y saludando con aire marcial a los jóvenes, que la contestaron con el nombre de Marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla, mirándose al espejo que tenía enfrente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil dijes y chucherías sacó, algo arrugado, el núm. 89 del Petit Courrier. Entonces abrió un lentecito de oro, miró por encima de él, leyó un rato, después ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurín, volvió a leer, y pidió gros-grains.

-«No tenemos», le contestó el más próximo mancebos. -«¿Cómo que no?» interrumpió vivamente otro que desde el Principio no había quitado ojo del figurín». «¿No te acuerdas de aquella tela...» (Aquí bajó tanto la voz, que no le pude oír.) - «¡Ah! sí, es verdad», le contestó el primero. -«Ve por ella».

En efecto, entró en la trastienda, y del rincón de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento, sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador; la risita de los demás mancebos me dio a sospechar que si no era la prevenida en el núm. 89 de este año, podía muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener a mano una definición académica de lo que quiere decir gros-grains, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas; preguntó el precio; los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó... una tarjeta muy elegante, con yo no sé cuántas armaduras y jeroglíficos, que indicaba su título y señas de la habitación, diciendo al mancebo principal que podría enviar por el importe, el lunes; verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreírme de esta salida; y no bien se hubo marchado, y mientras lo sentaban en el libro a continuación de otras cinco o seis partidas pendientes, di un poco de broma a los mancebos sobre el estreno que habían tenido; pero habiéndome explicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aún reíamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, éstas en un interesante negligé y aquélla en una espantosa toilette, entraron en la tienda y empezaron tal demanda de rasos, gros de Nápoles, poplines, organdís, crespones, barég, moirés, paliacats, cotepalis y demás, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseriar muestras. -Ellas entre sí armaron una algarabía singular; cuál se inclinaba a una tela, cuál a otra; ésta se ponía un pañuelo al espejo y nos parecía muy bien; luego se le ponía la mamá y nos parecía muy mal; después disertaban sobre las cualidades; si aquél era más fino que éste, si éste más elegante que esotro,

«Si el tafetán de Florencia
»Abulta más que el de España».

Preguntaban de dónde eran aquellas telas, se les respondía que de Lion, y estaba yo viendo una punta no bien cortada que decía Barcelona; por fin, apartaron no sé cuántas cosas y empezaron a pedir precios. Allí fue el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; después hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo a los mancebos «que eran unos picarillos, que no hacían gracia a las parroquianas», con que los pobres iban ablandando un tanto cuanto; pero una severa mirada del más mal encarado les impuso en su deber y respondieron unánimes: -«no podemos»; -con lo cual se marcharon las damas, y ellos se quedaron ocupados en volver a doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que, a juzgar por su aire, sus modales y vestido, calificué desde luego de una gran persona; entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron a servirla, despejando el mostrador, no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quién era; dirigime para el caso a uno de ellos, y no sin admiración supe que era la esposa de un empleado muy subalterno a quien creció de todo punto mi asombro cuando, habiendo escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran, al poco más o menos, el sueldo de dos meses de su esposo), hecho lo cual cargó de otras varias telas, que pagó tan generosamente, y marchó dejándome en el mayor éxtasis; por fortuna, una dama que había presenciado todo el paso me sacó de él diciéndome:

-«Cómo luce la Fulana las onzas que ganó antes de anoche en casa de... Valiérala más pagar al casero».

Ya a la sazón ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que había venido a buscar un pedazo de percal como la muestra, y el mancebillo listo la hacía rabiarse enseñándola piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada, si bien mejor recibida; por último, concluyó darla lo que pedía; ítem galantería de no quererla cobrar el importe.

No bien se había acabado esta escena, empezó otra en la cual tuve el honor de figurar, y fue la que produjo la entrada de cierta señora de conocida mía, la cual me tomó por asesor del mío su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mío, nunca me inclinaba a lo peor; por otro lado, era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; así que, en fuerza de mis observaciones, le hice reunir una partidita más que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué había yo de hacer! no era para rechazada; volvíme a ella y la dije: -«Paquita, no pase V. cuidado por ello; que está en tierra de amigos, y hallándome yo aquí...-¡Oh! no; ¡cómo tengo yo de permitir!... -Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace falta para arreglarlas un pequeño pico como ése». En vano me replicó dulcemente; yo insistí con más dulzura; y dulcificando más y más nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos a domicilio.

La tienda entre tanto se iba llenando de gente, y eran tan rápidos los movimientos, que no podía enterarme de ninguno: sólo llamó mi atención una pareja joven, tan exigua y acaramelada, que no pude dudar que se hallaban todavía en su luna de miel. Con efecto era así, y un conocedor no podía menos de adivinarlo al ver las excesivas blondas, follajes y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galán. Por de pronto, hizo sentar a la esposa con cierta solicitud que me dio a conocer sus esperanzas paternas; empezaron a pedir, y todo era poco para aquella exigencia del alfeñique femenino, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ya ver hechos los trajes de aquellas brillantes telas, agotada la imaginación de las modistas en crear con ellas forma humana donde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

«Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer».

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirían mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso, despedime de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran más que los once y media, me dirigí por el pronto a una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinqués; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes abonados ocupaban los demás asientos.

Queriendo emplear en algo el tiempo y pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron a aconsejarme el que debía tomar, alabarme su belleza y asegurarme que era igual al que llevaba el Duque de... y en fin, a hacer los demás oficios propios del mercader; yo, que di poca importancia a sus expresiones, tomé el me pareció, y aún estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que le cogió en sus manos, empezó a blandirle y a probar su elasticidad con tal brío, que a los cincuenta minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fue a dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo, pero el dueño no lo permitió; después se levantaron todos y se pusieron a la puerta, y en entrando alguna señora, entraban detrás, y haciendo los mismos elogios de todo lo que ponía en precio; con esto y con algunas palabras más o menos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante expresivo.

En esto acertó a parar un coche delante de la tienda, todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquélla en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compás con la cabeza, pie y abanico, la niña, en el extremo contrario, hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien, tenía todo el carácter de una verdadera conspiración. La mamá volvió rápidamente a buscar a la niña; pero ya ésta había visto su movimiento en un espejo que delante tenía, y con la mayor sinceridad se puso a preguntar si estaba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del

monasterio de Santa Amalverga... ¡Oh, inocencia digna de la Edad Media!... La mamá tuvo trabajo en disuadirla que era fingido, y el galán entre tanto probaba unos anteojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la casa, que ya preveía su próxima disolución.

Yo reía de veras de toda esta escena, y por tener un pretexto para dilatar mi permanencia, compré una lamparilla que servía de pedestal a Napoleón meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me dispuse a observar el desenlace; mas ¡oh fatalidad! estando en esto dieron las doce, y tuve que echar a correr, sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente qué es lo que yo había hecho en una hora, y no pudiendo menos de convenir con Moreto:

«Que de aquí para allí
Y de allí para aquí,
De allá para acá
Y de acá para allá...
El tiempo se va».

(Setiembre de 1832)

El barbero de Madrid

¿Sabe usted, señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los días están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme a una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío? -A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligación de tenerles a tal o tal hora determinada. Y no dígo por el mío, pues éste claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial; de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo a mi asunto (puesto que maldita la gana tenga de ello), preciso será sentarme a escribir algo, si es que mañana le he de responder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma,

dispongamos papel, y... Pero entiendo que antes de empezar a escribir, bueno será pensar sobre qué... Así lo recomienda el célebre satírico francés:

«Avant donc que d'écrire, apprenez à penser».

Mas no hay por qué detenerse en ello; sino imitar a tantos escritores del día que escriben primero y piensan después. Verdad es que también piensan los jumentos.

Repasemos mis memorias a ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos.

(Aquí el Curioso da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo como el que piensa. La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis). - Hola, maestro ¿es usted? me alegro, con eso hablará usted por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que aquél le retrató Beaumarchais, y a éste le pinto yo; ¡no es nada la diferencia! Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla también; además de que ya lo han ofrecido, cantado y rezado y aun en danza, y nos lo sabemos de coro. -Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero más del día; no vestido de calzón y chupetín, sino de casaquilla y corbata; no danzarín, sino parlante como yo; no... pero, en fin, maestro, cuéntenos V. su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

-Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristán del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir amén; de manera que con el señor cura, mis padres y yo componíamos todo el cabildo. En mi casa se tenía por cosa cierta que yo había de llegar a ser fraile francisco, porque así lo había soñado mi madre, y ya me hacían ir con el hábito y me enseñaban a rezar en latín; pero por más que discurrían no podían sujetar mis travesuras. Ni en las vinajeras había vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacía moverse, ni más ni menos que si fuesen atacadas de perlesía. En suma; tanto me querían sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera a que me destinaban, que una mañana sin decir esta boca es mía, cogí el camino por lo más ancho, y no paré hasta la carrera de San Francisco de esta heroica villa, en casa de un primo mío; y habiéndome dicho el nombre de la calle, di por realizado el ensueño de mi madre, y a mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirugía y llevaba dos años de asistencia al Colegio de San Carlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto

a la anatomía, que se empeñó en diseccionar a su mujer. Así, que yo, luego que perdí el miedo a las terribles expresiones de fisiología, higiene, terapéutica, sifilítico, obstetricia, y otras así, de que abundaban aquellos libretos que él traía entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesión; y por el pronto aprendí a afeitar, haciendo la experiencia en un pobre de la esquina a quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar de limosna.

Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado además en el colegio, dejé a mi primo y me puse en otra barbería, donde había una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de Anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo a practicar no sé qué experiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude, y de la casa también, marchando a seguir en otra mis estudios, aunque por entonces me limité a la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasión. Al cabo de algunos años y de otros sucesos menores, me hallé con que sabía tanto como mi maestro, y que sólo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un examen y muy buenos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en extremo, por la sencilla razón de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal y cual enfermo vergonzante que suele caerme; y si no mirase al día de mañana, créame V. que la vida que llevo no es para desear mudarla.

Porque yo me levanto al romper el alba, y después de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar a algún otro aguador o panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio a asistir en clase de oyente, o a ver mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algún cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer a tal otra, o alguna tienda de vinos que visitar. Empieza después la operación de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los extremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto en casa de una Marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle unguentos y brebajes; en otra casa, el señor don Cenón, que ha sido atacado del reuma, me obliga a ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Crispulo, el elegante, quiere que le corte los callos; y en la de más allá una niña me explica los síntomas de una enfermedad parecida a la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la bacía, al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la extendida magra, ya la succulenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi examen, con la condición sine qua non de casarnos el mismo día.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo a la tienda tan contento de mí, que no me trocaría por el mismo maestro; y con esto, y con asistir a alguna operación quirúrgica, rasurar tal o cual escotero, o rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el día. Llega la noche, y como caiga algún enfermo que cuidar, o que velar algún muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, o entre responso y gemido, hago mis escapatorias a colgarme de la ventana de mi Dulcinea, a quien despierto con los tiernos acentos de mi voz.

He aquí mi vida tal como pasa, y si V. conoce otra mejor, para mí santiguada, que yo no.

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponía a proseguir pensando en mi artículo, pero nada bueno me salía, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino ésta y acordándome de la narración de mi barbero, asaltome la idea de que diciendo lo que él habló, tenía coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, si no de las más limpias.

Hícelo, en efecto así, y me fui a acostar muy satisfecho; mas no bien cerrado los ojos cuando un ruido extraño me despertó. Pareciome oír puntear una guitarra, y así era la verdad, que la punteaban del lado la calle, mas diciendo como don Diego en el «Sí de las Niñas»: «¡Pobre gente! ¿quién sabe la importancia que darán ellos a la tal música?», volvíme del otro lado con intención de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca, con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

«Aunque los males curo,
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mías.
»Que sus saetas
Tienen más poderío
Que mis recetas».

No me pareció del todo mal el concepto barberil, y por ver si continuaba, o yo me había equivocado, dejele echar el prelude de la segunda copla, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba a la ventana a pocos pasos de donde yo me había colocado. La guitarra concluyó el prelude, y la voz volvió a cantar:

«Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oír los suspiros
De quien te adora.
»Depón el miedo,

Que todo el mundo duerma
Menos tu Pedro».

-Y yo tampoco duermo, señor rapista, porque las voces de usted no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome a la ventana). ¿Parécele a V. que aquí somos de piedra como el guardacantón de la esquina? ¿o qué horas son estas para venir a alborotar el barrio? Por mi fe, señor Monaguillo Parlanchín, que así vuelva usted a tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está a mi espalda no le tornará a colar más chorizos en la bacía. -

Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fui a acostar. Pero a la mañana siguiente se me presentó el compungido galán; luego la trasnochada dama, y jugándola ambos de personajes de comedia, se pusieron a mis pies pidiéndome licencia por matrimoniar. ¡Qué había yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga clásico u romántico: alcelos con gravedad, y después de un corto y mal dirigido sermón, les dispensé mi venia; ítem más, me ofrecí al padrinazgo y aun a completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832)

Las ferias

«Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa a cambio de cortesías; quien paga su amor a precio de cuatro suspiros; dos ergos y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos; la desdicha suele a veces comprar el talento, o cambiarse éste por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educación, y la figura corre en ocasiones a más subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, pretende adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es el dinero; con ella se logran las comodidades, los placeres, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y hasta la hermosura física.

-Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofía, y aun no sé si diga de tanta sutileza. ¡Hombre de Barrabás! ¿adónde va V. a parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algún manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aquí sólo hablamos de lo que pasa en tiempo de feria; ¿qué tiene que ver lo uno para lo otro?

-Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en más rápida acción todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará a un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarnos unos a otros.

-Vaya, déjese V. de ejes y panoramas, y supuesto que ha llegado a Madrid en la temporada de feria, sepa, ante todas cosas, que la de esta villa, que empieza el día de San Mateo, 21 de setiembre, fue concedida por privilegio del rey D. Juan el II en 8 de abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el día de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince días, se han reunido en una que concluye en 4 de octubre; y he aquí sin duda la razón de que aun hoy se diga en Madrid las ferias en plural, como que realmente eran dos.

-Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudición histórica; aunque si va a decir verdad, no le encuentro más oportuno que mi exordio filosófico.

-Tiene V. razón, señor Provinciano; pero por algo habíamos de empezar a hablar».

Aquí llamamos los dos, y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que, pasando por la calle de Atocha.

-Venga V. acá -dije al Provinciano-, que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era así, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto dejaban ver, aunque en modesta prenda, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como a todo nos contestase la mujer que los vendía: -«Esto se da en tanto, y ha costado cuanto hace seis meses», -entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina había obligado a su dueño a desprenderse de ellos; a lo cual nos satisfizo la prenda diciéndonos que pertenecían a una cantatriz italiana que había concluido su contrata; estando en esto vimos llegar a una joven, acompañada de un caballero, que los puso todos en precio; y al ver su resolución, sus modales, y más que todo, la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquélla empezaba entonces su contrata, aunque de distinto género.

Más allá, en otro gran depósito, observamos una colección de catres de todos los gustos, desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba a la escuela, sin que en las distintas exposiciones que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuanto y no en aquel momento mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo a su pueblo para regalárselo a cierta sobrina casadera; y he aquí que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aún de la séptima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes serios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanación! en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decía: «Al Excelentísimo señor Marqués de la Ensenada, Ministro de S. M. Fernando VI...» ¡y yo la compré para llevarla a los bailes de Carnaval!...

Pero nada nos entretenía tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados, que parecían la verdadera efigie del retablo de Maese Pedro después de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr.: uno que dejamos a la derecha en la calle de la Magdalena, consistía, ni más ni menos, en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orín, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada a la pared, hasta unos seis o siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja; y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó a colmar nuestro asombro un hombre que, después de haberlo considerado todo detenidamente, lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas.

No pude contenerme, y sin más preámbulos me determiné a preguntarle para qué podría servirle todo aquello, a lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó: -«Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave María; desde entonces voy aprovechando para ello todo, cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Así que vi este puesto, consideré que la media tinaja podía servirme para el fogón; el espejo, para la claraboya de la escalera; las puertas rotas, para ventanas; la escopeta, para el cañón de la chimenea; las alcarrazas, para bajadas de agua; los clavos, para los adornos, menos uno que servirá de badajo a la campanilla; y la rodela agujereada, para tronera de la cueva. Conque ya VV. ven que todo puede servir en este mundo». -

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino a distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atención de los inteligentes. Allí era el verlos considerar las pinturas largo rato y a todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (después de haber leído la firma que estaba al pie), hablar de frescura y de matices, de claro-oscuro y encarnaciones, con toda la demás retahíla de voces científicas. El hombre que los vendía no estaba tan al corriente como ellos; así que para él era el mejor el que tenía mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una colección de brillantes mamarrachos.

Parado estaba yo delante de un retrato, muy parecido de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que, viviendo todavía, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veían, hasta que habiéndolo verificado un joven que acertó a pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tornando un aire de reto, preguntó quién vendía aquel cuadro; contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habérsele pagado después de mandárselo hacer; a lo cual mi galán, algo abochornado, lo rescató sin reparar en el precio, y sólo exclamó:

«¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!»,

con lo demás que se sigue, mientras nosotros quedamos riendo del epigrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullía tanta multitud ni se reproducían más escenas que alrededor de los puestos de libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras cogíamos éste, abríamos aquí, hojeábamos el otro o tirábamos el de más allá, no podían menos de distraer nuestra atención algunos de los episodios que pasaban a nuestro lado; por ejemplo: llegó un pedantón de éstos que hablan poco y gesticulan mucho; de éstos que todo lo desprecian y que nada hacen; de éstos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó a todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en alemán; pero mientras lo contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas, sin hacer la menor señal de entender el texto. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el montón de Artes de Cocina, Formularios, Gulas atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban a cuatro reales chico con grande; y todos alargaban la mano a un tomo del Diccionario de M... porque tenía un forro muy bonito, y luego, en leyendo la portada soltábanle, ni más ni menos que si se hubieran quemado los dedos. ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros días, cuyos recientes anuncios ablandan aún las esquinas de la capital, yacían en aquel osario, heridas de prematura y no sospechosa muerte! Allí las novísimas Historias y Compendios abreviados; allí los Retratos y Discursos; allí las sensibles parejas Fulano y Zutana; los Amantes desgraciados y los dichosos; los Castillos góticos; los Espectros y Fantasma en galería; las Artes para todo, que de nada sirven; los Tratados breves; las Memorias y Folletos; las Enciclopedias que pueden ir en carta; las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones ¿Quién al mirar tal destrozo no había de temblar por sí? Yo al menos hice mis Mementos, y por si también me alcanzaba el castigo, exclamé con fervor: «Domine, peccavi; miserere mei!»

Apartámonos de aquel sitio y llegamos a la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinado a más terribles escenas. Intentando atravesarla, fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos tutti li mondi. Y al pasar por su lado, hirieron mis oídos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo: -«Tan, tan... Ahora van VV. a ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias».

Pareme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habíamos de atravesar todo Madrid para verla, era más cómodo mirarla pintada, por dos cuartos; pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó a decir:

«Aquí verán VV. qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: tan tan...

Van VV. a ver la famosa feria de Madrid... Avellanas

y nueces, dominguillos y cortejos: tan tan...

Miren VV. cuántos muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea más que de estorbo: tan tan...

¡Cuántos muñecos parados y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados!... tan tan...

¡Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso! ¡Ay! ¡y qué pintaditas y qué compuestitas!... tan tan...

¡Cuántos platos y pucheros y qué poco que comer; cuántos servicios y qué pocos méritos; cuántos libros y qué pocos que lean! tan tan...

Miren VV. qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te... entones... tan tan...

Observen VV. ahí a la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detrás no es el criado, que es el marido... tan

tan...

Vean VV. qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que a su padre no... tan tan...

¡Atención! miren VV. esos lechuguinos que siguen esas niñas; ¡ay, que se paran delante de las mesas a ver los muñecos, y ellos también se paran en frente! -¿Qué queréis, hijas mías? -¡Ay, mamá, férienos V. un muñequito!... tan tan...

A esotro lado vean VV. un militar buen mozo, que se estira los bigotes; y cómo lo gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oído y la dice: -«Mi alma, ¿quiere V. que la ferie?», y ella dice: -«¿Y por qué no?» Y la compra avellanas, y azofaifas, y acerolas, y nueces, y... ¡ay, pobrecito, mira no te ferie ella a ti!... tan tan...

Vean VV. esotro elegante que hace parar un coche y les alarga a los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana... tan tan...

Vamos, señores, que se va haciendo tarde; ¿he dicho algo? pues a mí queda lo mejor; pero otro día será; esto se acabó, y la feria también; hagan VV. cuenta que llegamos al día de San Francisco... tan tan...»

Y tapó el cristalejo, y nos dejó a buenas noches.

(Octubre de 1832)

Grandeza y miseria

Hallándome en Zaragoza durante mi primera juventud, contraí amistad íntima con el hijo del Marqués de..., joven amable, franco y bullicioso, como yo lo era también entonces, y como me pesa no serlo ahora; nuestras relaciones no eran de esas superficiales que las circunstancias o la casualidad suelen combinar; antes bien tenían el carácter de una verdadera amistad; así que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos a la distracción y los placeres (que eran los más), llegamos a ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que así se llamaba el hijo del Marqués) unía a una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazán, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los estudios de Ricardo se habían limitado a esto solo, y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas no tenían los motivos de alabanza que los de equitación y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta; la obligación en que su elevada cuna le ponía de adquirir una instrucción poco común; hablábale de la necesidad de corresponder a su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algún día pesarían tal vez sobre sus hombros, y le ponía delante la consideración de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra. Todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su carácter; pero la adulación llegaba muy pronto a destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacían creer que el estudio no era ocupación digna de un caballero, y si sólo de aquellos que lo necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marqués y poderoso, de nada más necesitaba; que se dejase de cálculos y de vigiliias, y sólo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual y la aprobación de unos ojos negros, seducían al pobre Marqués en términos, que hube de dejar a que el tiempo obrase lo que yo no podía.

Desde entonces su casa fue la mansión de la disipación y de los placeres; los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducían sin cesar; las damas más bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus modales y vestido; las modas de París y de Londres, los coches de Bruselas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredores, que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un fashionable de Londres, y hablaba mal

de nuestras cosas, con lo cual, y fiándose de mercaderes extranjeros, muy pronto se vio asaltado de acreedores y chalanos.

La suerte me separó por entonces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al extremo; pero la muerte de su padre vino a poner término a ellos, y el nuevo Marqués, al noticiámela, al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que había variado de vida, arreglado sus negocios y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco después me escribió su marcha a la corte, adonde le llamaban sus deseos hacía muchos años, y desde entonces nada volví a saber de él hasta que habiendo yo venido a Madrid, le visité como un amigo antiguo; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al Marqués de..., uno de los hombres más visibles de la corte, y cuyo tren y magnificencia oía ponderar por todas partes. Recibiome con atención, pero sin cordialidad; me enseñó con una distracción afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardín, sus caballos y carrozas, y aun me presentó a la Marquesa como un amigo de su niñez; pero en todos sus modales noté una reserva, una pretensión que me obligó a mantenerme a cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentilo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver a visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que días pasados, atravesando la calle de Alcalá, me oí llamar desde un coche y conocí al Marqués, mi antiguo camarada; no dejó de sorprenderme esta demostración, pero aún más me sorprendieron sus instancias para que al siguiente día le acompañase a almorzar, por tener, según dijo que consultar conmigo cosas y del mayor interés; y sin dejarme acción para producir mis excusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el momento, me encaminé a la casa del Marqués, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalón, y a fuer del precepto de «Nadie pase sin hablar al portero», escrito en enormes caracteres sobre la pequeña casilla de éste, me dirigí a él para darle mi nombre; pero fue en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupación, que era enseñar el ejercicio a un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me enseñó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hombres alrededor de una mesa, que jugaban a los naipes, y sin alzar los ojos a mí ni informarse a quién buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento y abrieron una mampara que daba entrada a un salón cubierto de dobles filas de bufetes, todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban a la sazón fuertemente sobre si eran ocho o nueve mil duros, si se contaban desde tal o tal mes, y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algún arrendamiento de las posesiones del Marqués; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversación era cosa de interés público. No la interrumpieron por mi llegada, antes bien me hicieron participe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver a S. E., y de la equivocación que me había hecho entrar en las oficinas, uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir a buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas. cuantas salas, todas igualmente ocupadas que la

anterior, y sobre cuyas puertas había varios rótulos, como Secretaría, Contaduría, Archivo, Tesorería, etc., etc.

Las ocupaciones de aquellos señores eran varias; cuál se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; cuál leía la Gaceta con los codos sobre el bufete y meneando los labios; quién tomaba el sol cerca de la ventana; quién dormía en un sillón con las manos metidas en los bolsillos del pantalón; y luego entraron los porteros y traían sendas botellas y vasos acompañados de panecillos, con lo cual todos se apresuraron a tornar las once para cobrar nuevas fuerzas con que servir a S. E.

Compadecime del Marqués, a quien una antigua preocupación obligaba a mantener aquella cohorte, y subí a la habitación principal. No había nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad; pero a la tercera me encontré con un grupo de lacayos que hicieronme aguardar hasta que llegase el portero de estrados; pareció éste al cabo de un buen rato, con toda la autoridad de un conserje, y dudando de pasar a tal hora recado a S. E., díjele que era llamado; y entonces, sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió a llamar a un ayuda de cámara, el cual me dirigió a otro, y éste a otro, que me hizo dar con el secretario particular, quien ya tenía antecedentes de mi visita.

Abriose, por fin, la mampara que ocultaba a S. E., y entrando en el gabinete, me encontré al Marqués, que acababa de dejar el lecho y se había recostado en el sofá por precaución para no fatigarse, mientras se entretenía en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados.

No bien me vio, tiró todas las fichas y corrió a abrazarme, en lo cual y en su expresión amable y sincera volví a reconocer a mi amigo Ricardo; los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él, cogiome el Marqués del brazo y descendimos al jardín, donde empezó la conversación de esta manera:

-«Sin duda, amigo mío, que mi proceder te habrá parecido extraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es.

-Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada más que tu indiferencia, pues conozco muy bien que el ambiente de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad.

-Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debía inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir a tu amistad; es más bien un sentimiento de egoísmo.

-¿Cómo?

-Sí, amigo mío, necesito de ti.

-¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso Marqués de...

-¡Poderoso!... ¡ay!... no lo soy; pero aunque lo fuera, siempre me serían oportunos los consejos de un amigo verdadero: juzga tú cuánto más necesarios me serán en la desgracia.

-Habla, mi querido Marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahógate con tu mejor amigo.

Un momento de silencio y un estrecho abrazo del Marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

-Ya te acordarás (continuó) de que a poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta allí había seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada disipación me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva a dos millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquéllos, y aún me lisonjeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida a Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó a reproducir mis ideas favoritas de ostentación y a lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban a todo, y aún me parecía imposible que el capricho me hiciera inventar medios bastantes a consumirlas; pero ¡ay de mí! ¡cómo me engañé!... ¿Querrás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes, sin duda, hablar de mis funciones y mis festines; considérasme el mortal más feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí: sí, amigo mío, reina, pero es para los que me rodean; el más miserable de mis colonos es más feliz y más poderoso que yo.

-Creo haberlo adivinado.

-¿Ves esa legión de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? pues de nada me sirven, mientras que mis rentas les sirven a ellos para gozar una vida regalada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interés y afección? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta, y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que a una ligera insinuación mía corro a buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ése me presta a un interés enorme los productos de mis posesiones. ¿Esos administradores avaros, que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre, bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues éstos son otros tantos señores, con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan a mi paso con el más profundo respeto? Pues míralos un momento después, veraslos vestidos con mis ropas, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuadras, todo es presa de esas plantas parásitas, que se alimentan de lo que es mío, sin que pueda yo evitarlo, por no chocar con la costumbre y aun con las ideas que recibí en la educación.

-Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentación.

-¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoístas que me aplauden, ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi

corazón? Mi esposa misma y mis hijos, alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan, por ventura, las caricias y la afección que encuentra en los suyos hasta el más infeliz artesano? Mis enormes rentas ¿me permiten disponer a cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿No he vendido ya mis fincas libres, gravando enormemente las vinculadas, acudido a los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luego sobre mi firma, después sobre alhajas y posesiones, y a falta de éstas han llegado a no prestarme por nada? Los criados me piden sus sueldos; mi mujer, su dote; mis hijos, su fortuna, y la memoria de mis abuelos, el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males!

-Con la filosofía y la virtud, mi querido Marqués. Tú hubieras evitado tal abismo si, siguiendo mis consejos, hubieras cultivado tu buen carácter en la educación, y dado a tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos, que tu fortuna te permitía: los viajes útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros países, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, o brillar en el campo del honor. Pero quisiste más bien formarte para la holganza, y te rodeaste de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de ti; pensaste no necesitar de nadie y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo.

Pero, en fin, mi querido Ricardo, todavía estás a tiempo; por fortuna tu corazón ha sufrido sin dañarse tamaño combate; pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupción y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipación y del bullicio, encontrarás la paz del alma, que sólo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas, bien administradas, sirvan, después de satisfacer tus empeños, a proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete a remediar tu desgracia, y tus súbditos, mirándote de cerca, lleguen a reconocerte y amarte... Huye, mi querido Ricardo; muéstrate hombre una vez».

Un nuevo abrazo, interrumpido por los sollozos del Marqués, puso fin a esta vehemente conversación...

Quince días después he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

(Octubre de 1832)

El campo santo

Muy pocos serán (hablo sólo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexión) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que la tristeza tiene su voluptuosidad. Con efecto ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegación de uno mismo que nos inclina en ocasiones a hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su extensión, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre a todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginación la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo a sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo, quiere los campos, y su triste soledad le halaga más que la agitación y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habían obligado a dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginación, me dirigí fuera de la villa, adonde más libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de los Pozos me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce a aquél.

A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oír el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habían interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedía a aquella animación. Sin embargo, un impulso irresistible me hacía continuar el camino, deteniéndome sólo un instante para saludar a la cruz que vi delante de la puerta; pero ésta se hallaba cerrada, y nadie parecía alrededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?...

Desistía ya de mi proyecto, apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinación de ésta me dio a conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y girando sobre sus goznes me dejó ver el Campo Santo.

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y me dirigí a la iglesia que veía en frente, mirando a todas partes por si descubría alguno de los encargados del cementerio; pero a nadie vi, y mientras hice mi breve oración tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví a salir de la iglesia a uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo a lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas e inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideración, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetía el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subía de todo punto cuando leía entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, o de aquellas personas a quienes vi brillar en el mundo.

-¡Y qué! -decía yo-; ¿será posible que aquí, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria de saber?

-«Aquí yace el excelentísimo señor Duque de...» ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido».

¿Pero qué miro? ¿Tú también, bella Matilde, robada a la sociedad a los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, a quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?... ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un montón de tierra?... ¡Adulación, adulación por todas partes!... «Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad a los 87 años...» ¡Lisonjeros! escuchad a Montaigne, y él os dirá que a cierta edad no se muere más que de la muerte... Pero allí, sobre una lápida, un genio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un hombre oscuro; ¿ni cómo podía ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el día escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, o no se entierran en su patria... Y si no ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Meléndez, Moratín?... Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos a otro patio, por ver si se encuentra alguien... Nadie... La misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que exprese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el día de la muerte, y nada más... y de este otro lado aún no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar a la generosidad actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? ¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada?... Sí, corro a hablarle.

-Buenos días, amigo.

-«Buenos días» -me contestó el mozo como sorprendido de ver allí a un viviente-. «¿Qué quería usted?» -añadió con el aire de un hombre acostumbrado a no hacer tal pregunta.

-Nada, buen amigo; quería visitar el cementerio.

-Si no es más que eso, véalo V.; pero algo más será.

-No, nada más: ¿acaso tiene algo de particular esta visita?

-Y tanto como tiene. ¡Ay señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga a turbar su reposo.

Esta expresión natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar seriamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.

-¡Qué quiere V.! -contesté al sepulturero-, todavía no se ha desterrado la preocupación general contra los cementerios.

-A la verdad que es sin razón, pues ya conoce usted, caballero, cuánto mejor están aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilación, esta limpieza, este orden... Recorra V. todos los patios, no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas, no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar a la vista; mas por lo que hace a las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer día de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valía más que no lo vieran, pues la mayor parte vienen más por paseo que por devoción, y más preparados a los banquetes y algazara de aquel día, que a implorar al cielo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que así se llamaba el sepulturero; y así fue que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal o cual nicho más notable; después llegamos a un sitio donde había varias zanjas abiertas, y en una de ellas...

-«¡Qué lástima! -me dijo José-: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mujeres u hombres; pero esta pobrecita..., ¡qué buena moza!...»; y hurgando con su azada me dejó ver una mujer como de veinte años, joven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetía:

-«¡Ay Dios mío! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento!»

Esta exclamación enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad, al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadón sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba a prueba de tentaciones, y asegurado por ella, me atreví a declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre...

-¿Cómo se llamaba?

-Don...

-¿En qué año murió?

-En 1820.

-¿Ha pagado V. renuevo?

-No; ni nadie me lo ha pedido.

-Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.

-¿Cómo?

-Sí señor, porque no pagando el renuevo del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.

-¿Y por qué no se me ha informado de ello?

-Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que..., pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos a la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: «Día 5 de enero; don... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mío! Ya no estabas allí... otro cuerpo había sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, a quien tú legaste tus bienes y tu buen nombre, se veía privado, por una ignorancia reprehensible, del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba!...

Entonces José, llevándome a otro patio bajo de cuyo suelo está el osario o depósito general, puso el pie sobre la piedra que le cubre diciendo: «aquí está»; a cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándose José y marchando delante de mí, seguile con paso trémulo y entramos por una puertecilla a la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho: -Vea usted desde aquí -me dijo-, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado, y bien dispuesto!... -y parecía complacerse en mirarle...- Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y después sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que inmortalizó su valor. Después, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa corte, cuyo lejano rumor y agitación llegaba hasta mí... -¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué?... para venir a hundirse en este sitio...

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José, agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

«Mihi frigidus horror
Membra quatit gelidusque coit formidine sanguis.»

Abrimos la puerta a tiempo que el compañero Francisco, guiando a cuatro mozos que traían un ataúd, nos saludó con extrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese a salir de allí. Preguntele de quién era el cadáver que conducía, y me dijo que de un poderoso a quien yo conocí servido y obsequiado de toda la corte... ¡Infeliz! ¡y no había un amigo que le acompañase a su última morada!...

Seguí lentamente la vereda que me conducía a las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animación del pueblo parecíame ver una tropa que había hecho allí un ligero alto para ir a pasar la noche a la posada que yo por una combinación extraña acababa de dejar.

(Noviembre de 1832)

Pretender por alto

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme, reduciendo a un corto número la clase de propietarios; donde la consideración de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posición no ofrece al comerciante empresas grandes; cuya industria tiene que ser limitada a cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de producción; ¿cómo extrañar que una gran parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida con el nombre de empleomanía?

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginación una mañana que me hallaba sentado entre la inmensa multitud de postulantes en un rincón de cierta antesala, adonde me había conducido, no la ambición propia, sino la exigencia ajena; esto es, aquella obligación tácita que, a juicio de los amigos de provincia, contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones a disposición suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mío, que espontáneamente me había encargado de una pretensión suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reír a mis lectores a costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban. No hablaré de la pretensión y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros, como igualmente de explayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas, que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algún día me vinieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy bastará, para inteligencia de mi narración, el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia a la susodicha antesala, después de ponerme al corriente de las innumerables fisonomías demandantes de la capital, y después, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido un decreto de N., esto es, «Negado»; con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me había ya hecho olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer revés le habría curado de su enfermedad; pero hube de desengañarme del todo cuando una mañana me le encontré en mi habitación, y me explicó su designio de continuar personalmente sus pretensiones en la corte.

Este personalmente, repetido con cierto énfasis y mirándose a un espejo, me dio a conocer a primera vista la sobrada confianza que le merecía su persona, así como también la explicación de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mío; en vano le di a entender que yo no conocía otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros más bien los creía derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intención era pretender por alto: tal fue su expresión.

Confieso, a la verdad, que se me pasaron ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fue en hablarme de sus méritos encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenía que adquirir en Madrid méritos, conocimientos y modales. Por último, para prueba de su buena estrella de aquel no sé qué, que, según él, le acompañaban, me contó la notable adquisición que había hecho la tarde anterior, a saber, la amistad íntima contraída con un D. Solícito Ganzúa, que por casualidad se había hallado presente en la posada a la hora en que él llegó.

Este personaje, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso también de su equipaje nada modesto, entró en conversación con él; le habló largamente de sus relaciones en la corte; escuchó con atención la benévola confesión del recién venido, y aconsejándole con el mayor desinterés la más completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa protección, sin mediar (por ahora) otro interés que el de la simpatía con que habían simpatizado. -Esto, unido a una prolija explicación de los ardidés de que podría ser víctima en la corte (excepto el de los protectores aparecidos), dejó a mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algún espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejele, si, que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la corte no se aprende sino en la corte misma, con lo cual no pondría reparo en matricularse como estudiante en ella. Todo lo escuchó con atención, y aun prometió observarlo; pero lo hizo de una manera que consideré que sólo el escarmiento podía curarle; así que me limité a vigilar sus pasos (lo que pude hacer con más comodidad por haberse venido a vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solícito desde entonces se hizo gran amigo de la casa; entraba y salía en ella, cuándo con una lista de vacantes, cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores, de memoriales, ya con esquelas recomendarorias; y luego, para diferenciar, le proporcionaba a mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines; cuyos obsequios y actividad le hacía a él hallarse más complacido y a mí más celoso.

Yo guardaba el dinero de mi amigo, y esto me tenía seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle; y aunque observé que sus gastos iban en aumento más que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podría contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien se me alcanzaba que en la corte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y Confirmábame en ello cuando le veía acompañado de personas de gran tono, o ya sentado en un palco entre seda y plumas, o tuteándose con un duque en una partida de écarté. En fin, su seguridad y satisfacción eran tales, que me hacían dudar a mí mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta agitación, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y si a mí; preguntome si sabía por casualidad si mi amigo había ido a casa de doña Melchora Tragacanto; díjele que no lo sabía, tanto más, cuanto que era la primera vez que dicho nombre llegaba a mis oídos; alta con lo cual y una escrutadora mirada que le dirigí, no pudo disimular su turbación ni reparar que había cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios, que venía a entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mía, había girado contra su casa y aquél había negociado. Recogí el dinero, y sólo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver a mi amigo; pero no lo hubiera conseguido fácilmente, si la suerte no me hubiera ayudado, y he aquí el cómo.

Un coche que paró a la puerta a corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendría en persona a visitarnos; pero sólo se presentó un caballero bien portado, a quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolución no me gustó gran cosa; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando saliendo a su encuentro, reconocí en él a Perico, mi antiguo amanuense, cuyas repetidas travesuras me habían causado en otro tiempo bastantes disgustos!

No pude contenerme; hablé con la mayor extrañeza pidiéndole explicaciones de aquella farsa, y aprovechando el desconcierto en que le había constituido mi inesperada aparición, le pregunté con resolución quiénes eran doña Melchora Tragacanto y D. Solícito Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos si no me decía la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces, sin poderse contener, y mientras me pedía perdón de sus enredos, me entregó una carta abierta, dirigida a mi amigo y concebida en estos términos:

«Amiguito mío: Según lo que acordamos anoche, y a fin de cumplir con quien conviene, le envié a nuestro D. Judas, con el pagaré que V. me dejó, para que se sirva entregarle la suma consabida, de que le dará recibo, y antes de la noche tendrá V. en su poder el resultado; rompan VV. esta carta, y hasta la noche, que venga por acá a que le demos una enhorabuena. Su fiel amiga y desinteresada servidora, -Melchora Tragacanto».

Acabada que fue la lectura de la carta, Perico me refirió por menor las circunstancias de la tal señora, que eran singulares. Porque ella vivía con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades, sin más que aparentar una protección de que absolutamente carecía, para lo cual había tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban a la corte. Entre otras, tenía varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de huéspedes, los cuales, introduciéndose con los recién venidos, les brindaban su protección, adquiriéndose su confianza; luego les presentaban en la casa, y allí se ostentaba rodeada de una comparsa, a la cual repartía los papeles que la convenían, para que el pobre forastero, seducido, cayese en el lazo y soltase prenda. -«Podría contarle a V. (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo; pero sólo me limitaré a decirle que su pariente es el objeto del día, y que yo era el encargado de engañarle y de terminar esta farsa, cogiéndole una cantidad que él debía negociar hoy. Pero, ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene V. lo que yo debo hacer para complacerle y enmendar mi delito».

Grande fue mi indignación durante el discurso de Perico; pero, después de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarla, antes sí de sacar partido de la feliz combinación que me hacía dueño del secreto de aquellos malvados; y así, dejando de tomarlo por el lado serio, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar a la protectora y al protegido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que había hecho negociar, y presentándoseme luego, un caballero con aquella firma suya, se los había entregado; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego que supuse que el mismo sujeto me había dejado. Abrióle con precipitación, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándome con aire satisfecho; yo afectaba la

mayor indiferencia, y luego que le vi cambiar de color y conmovirse al leer el pliego, me escurrí bonitamente al gabinete inmediato; pero, no bien lo había hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido y vertiendo contra mi amigo las más horribles imprecaciones. Seguíanla D. Solícito y Perico, el cual se vino a reunir conmigo al gabinete. El pintar los mutuos reproches, las invectivas que se dijeron, y la bulla que armaron sin llegar a entenderse, fuera negocio largo de referir; y ¿por qué todo ello? (travesuras que me sugirió Perico). Que mi huésped había encontrado en el pliego que yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente motete:

De un pretendiente novicio

Castigando la ambición,
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Recibe buena lección.

Y doña Melchora, en el talego que yo la había remitido, se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de a dos cuartos, nuevas y relucientes, como recién fabricadas que eran con el cuño de Segovia, atravesada entro ellas la coplilla que aquí campa:

De una astuta cortesana

Pago la falaz intriga
Dándola una lección sana:
Desnude a otra oveja, amiga,
Que yo vuelvo con mi lana.

Después que Perico y yo nos cansamos de reír y ellos de gritar, salí de mi escondite, y dirigiéndome a ellos: Señores míos -les dije-, ustedes habrán de disimularme la burla que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando, como no podrán menos, los motivos que a ello me han movido. Usted, mi señora doña Melchora, a quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir a sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene a la corte, el cual, si en ella encontrara muchas como V., creería haber entrado en una cueva de vicios y de errores; mas por fortuna no es así, pues la vigilancia del Gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago; y a usted, señor pretendiente por alto, o más bien por bajo medio, sírvale de escarmiento lo pasado, y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razón y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdadero mérito se coloca él mismo a la altura de los honores, sin elevarse a impulso de una bajeza. En cuanto a ustedes, señores subalternos de tan pérfida intriga...

Iba a continuar, pero al volver mi cabeza a uno y otro lado, eché de ver que me había quedado sin oyentes, pues todos habían desaparecido confusos y avergonzados.

(Noviembre de 1832)

NOTA.- Varios de los artículos que forman la presente obrita, aunque desnudos de interés y pobres en argumento, han dado pie a tal cual autor vergonzante de comedias para enjaretar algunas, tales como El Amante corto de vista, Los Paletos en Madrid, Los Románticos, etc.; pero en el presente artículo sucede todo lo contrario; a saber, que él es el hijo legítimo de una pieza teatral que el Curioso Parlante escribió en los primeros años de su juventud (1827), y que, gracias a la meticulosa censura de aquellos tiempos, no logró ver representada. -Titulábase, pues, dicha pieza teatral La Señora de Protección y Escuela de Pretendientes, y fue la primera y única tentativa dramática del autor de las Escenas. -Como obra de un joven inexperto y de una imaginación limitada y prosaica, adolece aquella composición de una palidez extremada, de una escasez de intriga que contrasta con lo pretencioso del argumento; a pesar de eso, el censor dramático de aquella época, don José Caballer Muñoz, en medio de su tolerancia, benignidad e ilustración, creyó descubrir en ella algunas alusiones o retratos que no convenía presentar en la escena, y llamando al autor, con una deferencia y amabilidad muy propias de su carácter procuró convencerle de la necesidad de ciertas modificaciones; pero éste tuvo el buen sentido de no convenir en ellas por el temor de dejar aún más descolorido un cuadro que ya reconocía por tal, y aun el de retirar y condenar definitivamente una obrilla que le parecía a él mismo insignificante. - Después, llegado a la edad madura y con algún mayor estudio literario, al leer aquella débil producción, no pudo menos de reconocer y agradecer el servicio que le prestó aquel ilustrado censor, no dejando correr un trabajo pueril y que hubiera en adelante avergonzado a su autor; y éste, renunciando en consecuencia al teatro, dio una prueba de prudencia y convicción de la escasez de sus medios literarios.

La político-manía

Pero, señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿todo ha de ser proclamas y discursos, y notas y discusiones, y cálculos y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo Ginebrino más que de oídas en un sermón, ni al presidente de Burdeos más que de vista en la comedia de La Llave falsa, intente colocar mis pobres

razonamientos aunque sea al abrigo del cañón de la ciudadela de Amberes? ¿O habré de estar siempre sujeto a que mis discursos salten a cada paso de la prensa, para ceder su lugar a cualquiera disertación política que impolíticamente venga a tomarme la delantera?

-Sí, señor; preciso será que V. lo sufra; no faltaba más sino que ahora, que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combinaciones; ahora, que los periódicos (crónicas más o menos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japón, nos viniese V. con tres o cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres. Eso, amigo, desengañese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epigramas de la Crónica o los versos de Rabadán formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres.

Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame a mí que esto de la política no es, o a lo menos no debía ser, para todas las cabezas, así como ciertos alimentos no son digeribles por todos los estómagos; y por otro lado, estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirían con algún motivo. Creía yo ¡qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que sólo una disposición natural y un estudio profundo podrían conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

-Pues, señor mío, debe V. convencerse de lo contrario, y si no, escuche V. las conversaciones de hombres y mujeres, de viejos y niños, de grandes y pequeños; escuche V. sus reflexiones, sus discusiones y sus conclusiones, y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia que se da espontáneamente en nuestras cabezas, sin más preparativos ni sementeras, y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solón Ateniense.

Así será bien que lo crea, pues que el inapelable dictamen de V. me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinión) ¿me permitirá usted que le entretenga con un *v. gr.*, que, o yo soy un bolo, o viene aquí de molde? -¿Sí? -Pues ógale usted.

Yo tenía un tío llamado D. Gaspar, el cual tío era natural de Navarra, y siéndolo, podrá V. venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero; honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habían limitado a las primeras letras y algo de contar; con lo cual y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y después en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella y con una posteridad correspondiente, había llegado en paz a la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolución de 1808 vino a alterar su tranquilidad, mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquél no importa, que por tantas veces ha hecho triunfar a nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su

opinión como sobre el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus propias ideas, convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticieros de Madrid, los cuales, reunidos día y noche, se complacían en tejer fábulas análogas a sus esperanzas, que a pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas a los ojos de los mismos que las habían formado.

Y era lo más gracioso de esta escena el oírlos glosar los papeles y baletines franceses, siempre por el lado favorable: V. gr., decían aquéllos: -«En la batalla de tal perecieron quinientos franceses»; -al instante no faltaba uno que replicaba: «Algunos más serán»; -Continuaba el Boletín diciendo: -«y diez mil de los españoles; -y todos prorrumpían exclamando: -¡Ya se ve, ellos qué han de decir!» -Asegurábase que, tal plaza había sido ocupada por los enemigos. -«Imposible». -Hombre, que lo dicen las cartas. -«Se equivocan las cartas». -Que lo dan de oficio los periódicos. -«Mienten los periódicos». -Pero al fin las semanas y los meses pasaban; la noticia se confirmaba, y entonces mi tío solía decir con aire misterioso y satisfecho: -No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del Lord; tanto mejor, dejarlos que se internen».

Pero, en fin, aquella época pasó, y mi tío vio realizadas sus esperanzas, si no por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroísmo de la nación entera. Parecía, pues, natural que, restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaría mi don Gaspar a su tranquilidad primitiva y haría prosperar su comercio con el mismo interés que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personaje principal entre los demás espíritus infernales) se había agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas; antes bien, atormentándole con sus continuas inspiraciones, le hacía correr aquí y allí buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

Levantábase al amanecer, y su primera operación era rodearse de todos los periódicos nacionales y extranjeros que podía procurarse; los primeros los leía sin entenderlos, y los segundos los entendía sin saberlos leer; quiero decir, que, como ignoraba otras lenguas que la suya, sólo podía adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analogía, con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacía él su composición de lugar para formar luego su opinión; y salíale acontecer a veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, o hacer maniobrar a un río, creyéndole general de división.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creía en estado de poder fijar todas las cuestiones, salía a la calle, y sin más rodeos se dirigía a la Puerta del Sol, donde siempre tenía dos o tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad, para oír de su boca los proyectos ulteriores del ruso o los secretos recónditos del inglés. Allí era el oírle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con más garbo que un sastrero opera en una pieza de tela; allí el verle saltar montañas, adjudicar ríos, firmar tratados, pasar notas, expedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes a un prestamista sobre alhajas, a un corista de la ópera, dos mozos de cuerda y tres aprendices del almacén.

Luego pasaba a los cafés, y allí, rodeado de oficiales a medio sueldo y de paisanos sin sueldo ninguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operación era pedir la Gaceta para volverla a repasar; después, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusión, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinión los sabían de muy buena tinta, citando autoridades tales, que cualquiera hubiera creído que habían cenado la noche anterior con el Rey de Francia o con el Emperador de Rusia; hasta que, cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del Correo a ver si era cierta la salida del extraordinario; otros, al gabinete de lectura a cielo raso de la calle de la Paz, cuál a las tiendas de la calle de la Montera; cuál, en fin (y éste era mi tío), a la escalera de Palacio, a ver subir y bajar los magnates, y augurar, por las arrugas perpendiculares o transversales de sus semblantes, lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba a comer a su casa; y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguían sacar de aquella enajenación, de aquella cavilosidad, que constituían ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia, sobresaltada, le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que había declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvía lleno de alegría, y averiguada la causa, sabíamos que era nada menos que la mudanza del Ministerio dinamarqués.

Por la tarde salía rodeado de dos o tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios extraviados y solitarios, parándose a cada momento y disputando a voces sobre la navegación del Escalda o sobre las fronteras de Hungría. De allí venían a nuestro país, y hacían caer a su antojo todos los magnates, sustituyéndolos inmediatamente por otros; luego decían en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente, y toda esta máquina continuaba después en el café, sazónada con un bol de ponche, o en la tertulia entre jugada y jugada del ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tío decayeron a medida que se había ido ocupando de los negocios públicos; siendo tanto más chocante, cuanto que, a pesar de que su mujer, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella excitándole a pretender algún empico, él nunca vino en ello, porque decía que no quería sujetar su opinión ni depender de ninguna influencia. Mas por de pronto, aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres o cuatro delaciones, en virtud de en las cuales tuvo que saltar de un punto a otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral, que dio con él en el Nuncio de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demás locos, que, si he de decir verdad, podía pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos a ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relación de acreedores, y un sistema completo de amortización de la Deuda pública; dos o tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su mujer; tres o cuatro libros de Filosofía, y una pistola, que, según él repetía, era para cuando

se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educación pública, y cuatro muchachos que no sabían leer; un...

-Basta, basta -interrumpió vivamente D. Zoilo con el rostro encendido y la voz trémula;- basta que V. me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca V. en presentarme las que sucederán después de mi muerte.

-Yo, amigo, no intenté...

-Conozco la sana intención de V.; estoy convencido de que de ninguna manera fue la de retratarme; pero ¡ay, amigo mío! me ha presentado V. un espejo y me he mirado en él: ¿quiere V. más?

-Pues si ello es así, debo felicitarle por la conmoción que V. manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.

-Sí, amigo; desde éste momento veo que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interés que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su país y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones ajenas a mi obligación y a mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al orden y la felicidad pública.

Entonces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado, exclamé: -¡Ay, amigo mío, si todos me entendieran como V.!

(Diciembre de 1832)

NOTA. -Pálido es sin duda el artículo que antecede, como pálido y vergonzante era por aquellas calendas el vicio que pretende castigar; pero a vueltas de su palidez se descubre ya el giro que tomaban las costumbres al terminar el año de 1832, a par que la meticularidad del autor, y su disgusto por hallarse en las columnas de un periódico político (La Revista Española). Por lo demás, ¡qué diverso aspecto ofrecía una sociedad en la que este vicio naciente podía combatirse con la templanza del Curioso Parlante, y quién había de decir a éste que en el trascurso de muy pocos años había de cambiar la opinión hasta el punto de necesitar la incisiva sátira de Fígaro y la penca de Fray Gerundio, y hacerla soportables los dardos del Jorobado, del Mundo y de La Postdata, y los rayos y centellas de El Huracán y de El Guirigay!

El aguinaldo

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de El Ermitaño de la calle de Antín a describir la costumbre de los estrenos (étrennes) o regalos de Año Nuevo que tan en boga está en Francia y en otros países, y razonando sobre ello con su profunda erudición, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, a quien en un día de Año Nuevo se había hecho el presente de algunos ramos consagrados a Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar a buen agüero. Por qué tanto aquel año fue para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándoles strenae, de lo cual positivamente viene la voz francesa étrennes, y la castellana estrenos, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre a que se refería ha caducado también; pues si bien es cierto que aún se conservan algunos regalos de principio de año, a consecuencia de la burlesca ceremonia, aún bastante generalizada en las tertulias, de sacar a la suerte en la víspera de Año Nuevo parejas de hombre y mujer, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasión de lucir nuestra generosidad pocos días antes, en las dádivas llamadas de aguinaldo, con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro aguinaldo que los étrennes franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice: -«Y por ser a cuatro días de mi llegada día de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella corte». -Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto origen. Tal lo siente el famoso Covarrubias cuando la hace venir de la voz arábica guineldun, que significa regalar, o de la palabra griega gininaldo, que vale tanto como regalar en el día de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz aguinaldo (o aguinaldo, como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien; ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso, como en Francia (según nos la describe el ya dicho Ermitaño), en un cambio mutuo de todo lo que la perfección de las fábricas, el genio de los artistas o el buen gusto de los literatos ostentan a porfía en ocasión semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales, destinados a vivificar las artes y el comercio, o a hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase

el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes o cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos a verlo.

En el año 1824 tenía yo en mi casa un alojado francés, oficial de la Guardia Real, el cual, por razón de cierta herencia habida de una tía suya casada en Alicante, permaneció en España más tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo además de un natural amable y amigo de la sociedad, hizo relación con muchas personas de todas clases, que le recibían en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este francés son cosa de que más de una vez he querido hacer partícipes a mis lectores, y que servirían ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocación cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del día, sólo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisién corresponder con aquellas personas a quien debía obligaciones o amistad, de un modo relativo a su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre los étrennes que debería regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino a proponerme sus intenciones, a saber:

En primer lugar, a cierto personaje a quien él debía singular protección y benevolencia, le destinaba una primorosa colección de clásicos de la literatura francesa; -a una señora, cuya influencia le había servido de notable recomendación, le ofrecía un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; -a su abogado defensor, dedicábale una caja de ébano que contenía los códigos franceses e ingleses; -al agente de sus negocios, le brindaba un semanario con registro de agenda para todos los días del año; - a la esposa del escribano, media docena de cuadros copias de Vernet, con sendos marcos de relumbrón; -y por último, a la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernado en mosaico, que contenía las poesías más sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreírme al escuchar tales propuestas; mas sin replicar una palabra, parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto, pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme a fábricas y librerías, hice rumbo hacia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabía poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné a mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis o siete cartas redactadas en el ínterin, cuáles en prosa a la Chateaubriand, cuáles en verso a la Víctor Hugo, y todas alusivas a los diferentes objetos que remitía. V. gr., empezaba la del personaje: -«La voz de la sabiduría busca los oídos del sabio; permitid, señor, a los autores clásicos de nuestra literatura que vayan a acogerse bajo la superior inteligencia de V.» -Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de Peralta, Pedro Jiménez, Manzanilla y otros diferentes autores.

Seguía la de la dama diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad
Ellos, señora, al dirigirse a ti,
De un corazón sensible a tu bondad
La gratitud expresarán por mí.

Y a este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un tutti parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La ley de todas las naciones...», y sin dejarla proseguir le presentó un precioso bolsillo que contenía una cincuentena de escudos. - Proseguía la del agente: «Trescientos sesenta y cinco días bien empleados», y a este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me hizo ver que me había equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. Venía después la carta de la mujer del escribano, y lo mismo fue ver que se hablaba en ellas de cuadros, que al instante hice salir una colección de ellos capaz de guarnecer la más amplia despensa. -Por último, al prorumpir con la carta de la querida en la mano: -«¿Qué podré yo dedicar a la virgen de mis primeros amores, que reúna en más alto punto la sensibilidad y el gusto más delicado?» -«Una caja de mazapán de Toledo», exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen francés, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea, apoyada por el bajo continuo de las pavos, exclamó. -¿Cómo? ¿qué es esto? ¿Usted pretende ponerme en ridículo? -Nada menos que eso, amigo mío, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitárselo a usted; además, que yo creo haber cumplido con sus instrucciones. Usted me encargó una colección de autores clásicos, ¿y no lo son Pedro Jiménez y consortes? -Unas aves disecadas; ¿pues qué les falta a esas para serlo? -Un código de leyes; yo le ofrezco un bolsillo lleno. -Un semanero, ¿y cuál más a propósito que una cuelga de chorizos? -Una colección de cuadros; ¿y no lo son también los del tocino? -Una obra de ingenio; pues bien, según mi dictamen, pienso que lo es una caja de mazapán.

Pero, dejando a un lado las chanzas, amigo mío, ¿parécele a V. que estamos aquí en París? ¿o piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libros y de monadas? No; si no, eche V. un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no, señor; todas esas son ideas románticas que aquí no pegan, porque nosotros (a Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí, señor; pero no podrían sacar a un hombre del apuro del día, y así serían agradecidos los regalados como por los cerros de Úbeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá cómo todos piensan de ese modo; recorra V. esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetos (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitación de la naturaleza tan recomendada por los artistas; desengañese V.; éstos y no otros cuadros, son los que necesitamos en nuestras galerías. ¡Estatuas!, ¡pinturas!, ¡producciones raras de los tres reinos!... ¡bravo! Asómese V. a ese balcón y veralas cruzar en todos sentidos, pero sólo del reino animal y algunas pocas del vegetal, para la colación de Noche-buena: en cuanto a piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera... Mire V., mire, V. todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea V.; chocolate... longanizas... confitura... turrón... ¡y luego dirán que no hay industria! Pero acabemos de una vez; venga V. conmigo, y observe lo que sea digno de observar. -Y no hubo más, sino que, agarrándole del brazo, di con él en medio de la Plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provisión de víveres capaz de asegurar a la población de Pekín, y bien que acostumbrado al redoble del parche o al estampido del cañón, todavía se le hacía insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas; el pestífero olor de los besugos vivitos de hoy; el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos, cabeza abajo, pendían de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban a la opinión pública los dichosos a quienes iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaba a las casas de sus conocidos de la corte, a pasar las pascuas a mesa y mantel, en justa retribución de una alcantarilla de arrope o una cestita de bollos que traían de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le había picado el rabel, cuál porque un asesino le había llevado de un embrión entrambas piernas del pastor del arcabuz o de la charrita de Belén; y, en fin, el animado canto de los ciegos, que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

-¿Cómo (exclamaba el extranjero), y es ésta la nación sobria y taciturna? -Eslo sin duda, pero dulce est disipere in loco, y algún día en el año habíamos de hacer traición a nuestro inevitable puchero y nuestra eterna prosopopeya. -¿Mas cómo puede llegar a consumirse toda esta provisión, que parece destinada a sostener un sitio de cuatro meses? -Yo le diré a V.: dedicándose todos a la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los días los convites de familia; poniéndose unos a otros en contribución de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la población de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar a soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende V. que se aprecien los obsequios que V. preparaba? No, amigo mío, sea usted romano en Roma; expida desde este central depósito aves y turrone; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted, y si son malos, todas las epístolas de Cicerón no bastarían a hacerlos buenos. Recorra después las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado a los semblantes, y toda la dulzura del mazapán se ha comunicado a los labios.

(Diciembre de 1832)

Las tres tertulias

Yo no sé si fue el temor de la niebla que cabría nuestro horizonte, o de la más espesa aún que la etiqueta y el fastidio extienden sobre nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas a subir a visitar a mi vecino D. Plácido Cascabelillo, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenía que aguardar a que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo más, sino que a cosa de las siete, y según y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino.

No fui, sin embargo, el primero, pues ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componían la tertulia, de los cuales fui recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recién venido, escarbando la lumbre, en tanto que los demás estrechaban su formación para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez o doce personas, todas alegres, todas amables y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectación, el orgullo y el falsamente llamado buen tono suelen imponerle. Todas las palabras (excepto algunas justamente proscritas en la sociedad) son allí buenas para expresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje esmaltan a cada paso la conversación, prestanla un carácter nacional, y sin el desdichado sabor de extranjerismo de que adolece en el gran mundo. En una sociedad de esta clase los melindres desaparecen, las exageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se revelan sencillamente, y el amor, la alegría, la amistad, se manifiestan con franqueza, sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentía vaporosa, ni un caballero se permitía secarse, ni para designar aquella reunión se la llamaba soirée, ni círculo, ni a la sala salón, ni nadie se avergonzaba de hablar español, ni de no conocer a París más que en el mapa, ni de dejar su sombrero a la entrada, ni de tomar la mantilla a la salida; todo era franqueza y alegría; y como la coquetería y la envidia no habían podido aun penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertía a los demás.

Una hora había ya que yo permanecía en aquella agradable escena, cuando acertó a entrar doña Dorotea Ventosa, viuda joven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores, que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se extiende desde el salón del Prado hasta la misma puerta de la Vega, y señora, en fin, muy de mi conocimiento y cuya historia sabrá el lector algún día.

Entró con aquel aparato con que una prima donna suele presentarse a cantar su aria después del coro que la precede; toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla, y la recién llegada, previa la ceremonia de dejar su capa y su pelliza, y de arreglar su chal y su

sombrero, se adelantó a recibir aquellos homenajes, dispensando a la media rueda de señoras sendos besos en ambas mejillas, y dedicando a los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de derecho la palabra, y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salón del Prado, la ópera italiana y dos o tres casas de juego); y cuando ya creyó que había excitado la admiración y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenía que marchará otras tertulias. Inmediatamente D. Plácido hizo poner la mesa en el gabinete y principiaron un tresillo a cuarto el tanto, no sin oposición de doña Dorotea, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el germen de discordia que la viuda había arrojado en nuestra plácida reunión no se separó con ella; antes bien, manifestándose en voz baja, empezaron unos a censurar su afectación y vanidad; otros a reír de sus flores y dijes; cuál a contar anécdotas picantes de las sociedades a que ella dijo concurrir; cuál, en fin, a manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversación se convirtió en amarga sátira, y esto empezó a desagradarme, tanto más, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la Baronesa de por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció, sin embargo, muy luego, y la calma volvió a restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas (cuyo único interés consistía en decirse secretos al oído) tornó a renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentación de invitar a cierto don Calisto (de menguada memoria) a que luciese un poco sus habilidades en la guitarra, y, he aquí a toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oídos para no perder un punto de aquella maravilla.

El nuevo Sor ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones y saltar primas, de las cuales por dicha fue a parar una a los ojos de la vieja su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; después nos obsequió con tres escalas en sol y una en fa, cuatro arpegios y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pie los compases, improvisó un vals del Barbero de Sevilla, otro conocido por el de las Fraguas en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro Paquete), capaz de arrancar lágrimas de desesperación; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo cuando, después de otro repique general de clavijas y de dos o tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas seguidillas intermediadas de matraca, y luego, pasando al estilo patético en las dos canciones de Horror me da el día y La Sombra de la noche, acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y pies.

Sin embargo, no satisfecho de tan buen ratito, me escurrí, sin ser notado, a mi cuarto para vestirme convenientemente, a fin de acompañar a doña Dorotea; hícelo así, y como luego me manifestase ésta que era muy temprano para ir a casa de la baronesa, y que antes debíamos tocar en cierta tertulia, donde no faltaría campo a mis observaciones, nos

despedimos de aquella amable reunión, y tomando el coche de doña Dorotea nos dirigimos a la otra sociedad.

Era ésta en casa de un personaje de alta importancia a quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente joven, del que hablaremos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, excesiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luego dado a conocer una tertulia de cálculo, así como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quiénes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes.

El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres o cuatro graves personajes, los cuales aguardaban a que él hablase para sentirse exactísimamente del mismo parecer, y aun comentar sus discursos citando a cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez éste se levantaba a recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los más viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa e interrumpiendo por un momento su conversación de ordenanza con los oficiales de la Guardia, y éstos ostentando un continente marcial. El buen anciano se detenía un momento en cada grupo, tomaba, parte en las conversaciones, animaba a todos con su benevolencia, y todos se lisonjaban de haber fijado exclusivamente su atención.

Algo más allá, la señora de la casa presidía una mesa de écarté, con gran aplauso del triple círculo de mirones que encomiaban a cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas en otro lado recibían los homenajes de los brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendación para inclinar a papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducían en el círculo del señor o de la señora, referían en público sus gracias, y los colocaban en posición de lucirlas.

Con tan delicada intención procedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica aria del Mahometo; luego, haciéndole tocar una sinfonía de Meyerbeer, y después promoviendo sus conversaciones favoritas para que luciese la expedición de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron a doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y ésta aseguró al galán que más había ganado aquella noche que en tres años de antesalas y audiencias.

Serían las doce dadas cuando, concluida la misión de doña Dorotea, determinó que pasáramos a la otra tertulia; y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentación se verificó en debida forma; mi introductora y yo atravesamos el salón, y dirigiéndonos a la

señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo, interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente y pude dirigirme adonde me pareció.

La elección no era dudosa: guiado por aquella inclinación natural hacia las hijas de Adán, propia y común a todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquéllas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con auxilio de mi doble antejo, ponerme al corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luego me introduje (siempre con la misma precaución) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salón; y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios según la casualidad me los iba ofreciendo. Pero a corto rato de recogerlos, eché de ver que todos eran idénticos, y que no había por qué tomarse aquel trabajo.

Por ejemplo: uno de los jóvenes del grupo general flechaba su lente hacia donde le parecía bien, y apartándose luego de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfacción, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocamangas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso a un espejo que solía caer perpendicular sobre el peinado de ésta, la dirigía con aire distraído e indiferente cuatro palabras (no las más puras por cierto, ni las mejor escogidas), y mientras aguardaba la respuesta, continuaba su operación de arreglarse el cabello o la corbata, o bien se hacía aire con el abanico de la niña. Persuadirme yo de que ésta, ofendida de aquella grosera presunción, respondería con altivez a las altiveces del galán; pues nada menos que eso; la mayor amabilidad; el mayor gracejo; la más encantadora sonrisa; y si aquél, animado por ella, prorrumpía en un concepto atrevido, sólo se le interrumpía con un ¡qué malo es usted! mas pronunciado con cierta indulgencia, que no movía a lástima del hablador.

Pero ya éste, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, o bien se dirigía al otro extremo de la sala, y colocándose al lado de otra joven, la dirigía ¡qué falacia! las mismas expresiones que a la anterior; mas como en este mundo todo se halla compensado, mi indignación cesaba al escuchar que aquélla estaba dando las mismas respuestas a otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidía en toda la tertulia, y solamente se exceptuaba de ella alguno que otro joven, o más tímido o menos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero amor; pero éstos eran, por lo regular, el objeto de los secretitos burlones o de las risas improvisadas de las niñas; así bien como algunas de éstas, menos determinadas, yacían en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio; mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo; y dirigiéndome a un caballero que tenía al lado, le hice partícipe de ellas; y hablé tanto, que apenas lo dejé manifestar su opinión. Después, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fui preguntando los nombres de algunos y algunas de los que más me habían llamado la atención; pero de todos respondía no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era allí tan novicio como yo;

mas estando en esto, un lacayo que vino a comunicarle una orden de la señora me dio a conocer que era nada menos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual, con su natural locuacidad, me disipó ciertas dudas que me habían asaltado durante la noche. Ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no eran otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creía aún vendado, hacía ya tiempo que veía muy bien y sabía por dónde iba; ella disipó mis temores respecto a las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficción sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que el ardor de las pasiones y la animada expresión de la alegría eran propios de las almas comunes, y de ningún modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas sólo eran necesarios una buena dosis de presunción y el correspondiente desenfado; que hoy día, para no parecer ridículo, es preciso serlo; que la moda había autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala a las señoras, negarse a bailar, permanecer sentados afectando indiferencia, equivocar las contradanzas, llevar siempre una misma pareja, y otras muchas cosas, alas cuales llamaba doña Dorotea darse tono.

-Pues si es ello así (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer a una diversión donde nadie se divierte, a un baile donde no se baila, a una sociedad donde apenas se habla, donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reúne a esta sociedad?

«Ahora lo verá V.», me dijo doña Dorotea, tomándome de la mano y llevándome a una salita inmediata. La dificultad que experimentamos para penetrar en ella me hizo conocer que allí estaba la sección central de la tertulia, y que lo que había visto hasta allí no era sino las subalternas. Y en efecto; después de un largo y sostenido ataque, llegué a penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas expresivas facciones reconocí toda la colección de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota o un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala a salir al paso de los caballeros en un baile ruso, capaz de hacer sudar a las orillas del Newa, o en una galopada, más propia de un camino real que de un salón.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente de ser ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campeaban en la antesala, empezaron a alterar mi humor, y me obligaron a invitar a doña Dorotea a que diésemos la vuelta; hicimoslo así, y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella, porque la dije que de las tres tertulias de confianza, de respeto y de gran tono que habíamos visitado, ninguna me había ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aquella finura verdadera, aquel encanto irresistible que sólo se encuentra en la reunión de personas amables e instruidas, exentas a un mismo tiempo de una exagerada pretensión, de un bajo interés y de una nulidad insustancial.

(Enero de 1831)

El extranjero en su patria

Preparábame a sentarme a la mesa a la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oídos. Ábrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige a mi habitación a largos pasos, y en llegando a ella, y delante de mí:

-¿Es a Mr. de... (me dijo) a quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?

-Fulano de Tal, para servir a V. (le contesté yo levantándome con atención).

-C'est egal; vos sin duda no me reconoceréis; ello es posible; eh, bien; yo seré obligado a deciros quién yo soy.

-A la verdad que no caigo...

-Ah mon cher! Ello no es difícil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, a la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy a mi patria de otro tiempo.

-¡Cómo! ¿Usted es español?

-Oui, desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinación ni por carácter.

-Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje me habían persuadido...

-Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; hélas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido a Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros); y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia.

-Pues, señor mío, dicho se está que si V. no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento...

-Oh mon Dieu! est il posible? ¿o hacéis semblante de ello? Parbleau! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al joven hombre que le fue redevable de tantas buenas amistades?

-Me hace V. dudar...

-¡Ah! no lo dudéis, señor; es monsieur de Reveseint, que es mi padre.

-¿Cómo? ¿el hijo de D. Melquíades Revesino?

-A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.

-¡Ah, querido amigo!

-Oh mon cher!

El público lector no tiene obligación de acordarse ya de la familia de D. Melquíades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje a Carabanchel; y como allí no lo dije, habrá de decir ahora que el dicho D. Melchor, además de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entonces, es también padre del joven Camilo Revesino, a quien hacía nombrarse Mr. de Reveseint; la misma manía que al italiano Signor Giovanni Trotini, que viajando por Francia se hacía llamar Monsieur Trotein; en Inglaterra, Mister Trotan; en Rusia, Trotonoff; en Polonia, Trotinski; en España, Don Juan de Trotinos, y en Portugal, o Senor Troutiño.

Pero viniendo a mi Camilo, este joven, después de aprender la Gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las continuas relaciones de los viajeros, llegó a persuadirse de lo conveniente que sería que su hijo, el heredero de su nombre, y a quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educación en la capital de Francia, donde podría adquirir, al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono, y pudiendo en él más esta persuasión que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle a París bien recomendado. El joven Camilo, que contaba a la sazón doce años, fue instalado desde luego en un colegio, donde aprendió ante todas cosas a olvidar la lengua patria, trocándola por la del país, y consiguiéndolo de tal modo, que a la vuelta de dos años pasaba por mi verdadero francés, y aun él mismo llegó a persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecían en proporción de sus estudios; y los diversos premios adquiridos en los exámenes de Historia, Matemáticas, Física, Química, Dibujo y demás, mientras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolución. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podría ser a su hijo tan prolongada separación de su país natal, y que pasando en el extranjero la edad más decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres o inclinaciones que le harían parecer luego una planta exótica en su mismo suelo, además de que no faltaban en éste los medios de recibir una esmerada educación, pudiendo después viajar, cuando se hallara en estado de poder adoptar sólo lo conveniente para mejorarla. Todo fue en vano, y el bueno de D. Melquíades, seducido con la idea de tener un hijo que,

según él decía, había de llegar a ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinación, negándose a llamarle hasta que cumpliese los veinticuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfacción de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elogios del recién venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en cafés y tertulias; sus trajes formaban el objeto de los continuos desvelos desastres afamados; la narración animada de sus aventuras servía para reunir en torno de él un círculo de admiradores y aun de envidiosos, y las más altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisién.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraría a los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme a su carácter y costumbres. Por ejemplo: la distribución de sus horas era diametralmente opuesta a la de la familia, pues él se desayunaba a mediodía, comía de noche, y no dormía hasta las dos de la mañana; su conversación era siempre en francés; llamaba a sus padres de tú, y de vos a los criados, bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba a su hermana y reñía con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violín, o tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz; y, en fin, tenía toda la vivacidad propia de un francés y de un joven de veinticuatro.

Por otro lado, se hablaba de comida: -«¡Oh, las fondas de Veri o Rocher de Cancale!» - Iba al teatro: «Ah, que teatros los de París!» -Se lo convidaba a los toros: -«¡Bárbaro espectáculo!» -Salía a la calle: -«¡Peste de país!» -Volvía a su casa: -¡Oh, mon hotel garni!»

Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó a hacerse insoportable hasta en su misma casa, en que todos los días daba lugar a cuestiones; y aun en la visita que al presente me hacía, me dio a entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba a su corazón. No pude dejar de extrañarlo, conociendo bien el carácter de D. Melquíades, y aunque por la misma conversación del joven creí penetrar la causa de su aversión, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entretanto, hícelo presente con franqueza, que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, había retrasado una hora mi comida, y convidele a participar de ella, no aceptó, por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comía, que a aquella hora no había apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vio salir la fuente con todo lo interior de la otra castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y malsano; a lo que por única respuesta le contestó que sin duda debía surtir tales efectos muy a la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestión. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida, llegó a entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; a esto ya no pudo sufrir más, y saludándome con el nombre de español incorregible, se separó de mí, menos contento que a su llegada.

A la mañana siguiente pasé a pagarte la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luego pude conocer que su satisfacción se hallaba mezclada con algún disgusto, como en efecto no tardó en declararme.

-¿Tiene V. presente -me dijo en voz lastimera- cierta disputa que tuvo con V. en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educación en Francia?

-Sí, señor, y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que V. sostuvo.

-¿Pues qué diría V. si la experiencia me inclinara hoy a sostener lo contrario?

-Es imposible; las relevantes cualidades que adornan a su hijo de V., el aplauso que lo rodea, y la satisfacción interior que de ello debe resultar a un buen padre, son causas bastantes para afirmar a V. en su primitiva opinión.

-¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y qué le sirven a él tampoco, si van emponzoñados con un tedio invencible, una aversión inexplicable a todo lo que le rodea, bastante a hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

-Quizás esos proyectos no estén bien meditados, y acaso para ellos no haya V. consultado el corazón de su hijo.

-¿Y qué más puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la Administración; se me ha opuesto a ello bajo el pretexto de no conocer bien las leyes de nuestro país, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

-Ha dicho muy bien; y pocos a quienes se ofreciera un empleo contestarían del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

-Le he indicado después la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algún día obligarte a dirigir sus armas contra el país en que ha recibido su educación, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

-En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento.

-Le he hablado después del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice suele tener entre nosotros esta profesión.

-Puede que no esté equivocado.

-Las carreras de la Iglesia o del foro no he podido siquiera indicárselas, porque, en efecto, no ha hecho los estudios que a ellas conducen; mas, por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase a tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada, y ha rechazado con violencia mi proposición, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

-Y tiene mucha razón.

-Ahora bien; pasando después al punto de su matrimonio, le he presentado a varias personas dignas de llamar su atención; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas; la una carece a su vista de modales elegantes, y de buena compañía, como él dice; la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la Geografía y la Historia; otra piensa muy en español; otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay a propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

-Ello es, en fin -le interrumpí yo-, que su hijo de V. ha renunciado a su patria, y que la educación extranjera, dando otro giro a sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarlo en otro muy distinto del que V. imaginaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educación es una segunda naturaleza, acaso más fuerte que la primera. ¿Y quién sabe también si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de V.? Su hijo de V. es joven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor?...

-«Usted ha encontrado lo justo» (exclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); «el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traición a mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años ha que una señorita de París es objeto de mi amor». -

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaración, hasta que volviendo en sí D. Melquiades intentó reprender severamente a su hijo; pero tomando yo la palabra, -No es ya tiempo (le dije) de reparar un daño de que V. fue la causa principal; sufra V., amigo mío, que se lo diga; usted, separando a su hijo de su país en los años más decisivos de su vida, ha dado lugar a que este joven apreciable se vea, a pesar suyo, hecho un extranjero en la patria que le dio el ser; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que le son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos; no anhelaría otros placeres que los nuestros, y ellos habrían bastado a su felicidad y la de V. Llore V. ahora el haber renunciado a esta dicha, robando al mismo tiempo a la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinación a que le llama la suerte.

-

Camilo, al oír esto, se arrojó a los pies de su padre, y le pidió permiso para fijarse en París; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podía evitar.

Volvió, en efecto, nuestro joven a la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre, en tanto, llora el error de haber él mismo arrojado de su país su nombre y su descendencia...¡Cuántos así!

(Enero de 1833)

La capa vieja y el baile de candil

-«¡Bravo título! ¡Digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos prometo hoy un discurso de gran tono».

Tales o semejantes exclamaciones zumban ya en mis oídos, proferidas por ciertos críticos de salón, de éstos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime... ¡Pobres gentes! ¡Como si ellos lo fueran!

-Pero, señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar a esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? - En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos o inclinaciones diferentes? Pues ¿cuánto mayor no será esta diferencia tratándose de toda una capital? No hay remedio señores míos; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que lo abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cumplieren llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniéndome agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chibiritil, a quien llaman tienda, ya figuran airosos a campo raso, tendidos sobre un trozo de estera en medio del ámbito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que más de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del Bajo Imperio; y considerando, por otro lado, que todos o gran parte de aquellos objetos podrían haber sido conquistados en buena guerra, me disponía ya a dirigirles una alocución romántica, cual si fuera espada del Cid o escudo de Carlo-Magno.

Pero mi monólogo pasó a ser diálogo, cuando volviendo la cabeza, me hallé detrás de mí al amigo D. Pascual Bailón Corredera, a quien no había vuelto a ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de Los Cómicos en Cuaresma. -Llenome de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando, al pasar por una vieja prendería, parose D. Pascual como herido súbitamente, dándome lugar a un mediano susto; mas sin reparar en él, corre a la tienda, alcanza una capa vieja que pendía a la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz... «¡Ella es» dice, y la abraza enternecido, y la riega con sus lágrimas.

-Pero, D. Pascual, ¿qué locura es ésta?

-«¡Déjeme V., amigo mío, déjeme V. que pague este tributo a un mudo acusador mío; déjeme V. recobrarle después de largos años de separación!»

Y diciendo y haciendo, pagó a la mujer que la vendía el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicara el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera:

-«Creo a V. sabedor, amigo mío, de que en mi juventud fui lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecía en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los más comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permanecí en el círculo de la alta sociedad, tuve intrigas amorosas más o menos complicadas, casos de honor más o menos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educación. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo más a aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transición desde el orgullo aristocrático a los modales más groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados: olvideme de teatros y salones; renuncié a mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un manola verdadero.

»Armado con mi calzón y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañés, y embozado, sobre todo, en mi gran capa, echeme a buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, con más determinación que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor y mi determinación para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabía que no había función en que no se contara con don Pascualito; y hombres y mujeres me festejaban a cual más, con lo cual tenía yo cierta superioridad parecida a la de un cacique en una tribu de araucanos. -Contribuía en gran manera a ello mi capa azul, que, aunque vieja, era aun superior a las que me rodeaban; pero como yo no quería distinciones, acerté a tratarla tan mal, que en muy pocos días logré hacerla, equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencía y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, buhardillas y burdeles,

palomares y azoteas; y sin ella nada de esto hubiera podido hacer: tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

»Una tarde (de San Antón por cierto) salí envuelto en mi encubridora capa al paseo o romería de las vueltas, como es uso y costumbre en tal día. Ignoro si V., como Curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasión presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias a la iglesia del Santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que, impulsados de su devoción, se acercan por la mayor parte a la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la exposición pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inexpertos jinetes, corren al trote por el arroyo o lozadal, y van a gustar la cebada bendita, la multitud de tiendas de panecillos del Santo, para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mujeres y muchachos, y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo a la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demás circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

»Servía yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero basta las cejas y el embozo a las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, abriéndome paso con los codos a derecha e izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cual de aquellas estrellas había de tomar por norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Alarcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura a una manola, para cuyo retrato necesitaría yo la pluma de Cruz o el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecían en hermosura, la igualaban por lo menos en desvergüenza, y a pocos pasos las seguía un grupo de majos de chaqueta y vara, a quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

»Confieso a V. que la vista y la razón se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajeme un poco más el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandía, hallé, no sin sorpresa, que estaba pegado a un mozo que yo conocía de varias aventuras anteriores. Esto fue hallarme, como quien dice, en tierra de amigos, y muy luego lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componían aquella guerrilla, merced a algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió donde convino.

»La niña retozona llevaba la vanguardia, y a cada paso nos comprometía en quimeras y reconvenciones, ya insultando a los paseantes, ya espantando los caballos, o cogiendo las ruedas de las calesas, o tirando cáscaras de naranja a los que iban en los coches. Crecía mi amor a cada una de estas barbaridades, y no perdía ocasión de expresárselo, a lo cual ponía ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galán, mientras que el marido, que también era de la comparsa, todo se volvía condescendencias y atención.

»Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga había baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con más apresuramiento a aquel baile de candil, que si fuera soirée parisiense o raoul inglés.

»Pasamos desde luego a la calle de San Antón, y en unas de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron a recibirnos hasta dos

docenas de personajes parecidos a los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y palos; pero, en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mutuos, improvisamos unas manchegas, que hubieran llamado la atención de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. -Siguiéronlas en ingeniosa alternativa boleras y fandango, intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacén de enfrente; y a favor de la algazara que el mosto infundía en la concurrencia, creía yo poder formar con mi consabida pareja la conspiración correspondiente; pero otra más sorda dirigida por el amostazado galán se formaba a mis espaldas, no sin grave peligro de ellas.

»Por último, para abreviar, el baile se fue acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacén de lo tinto, a tiempo que éste empezaba ya a obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, por lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilón de tres mechas, que pendía colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos a buenas noches. Aquí la consternación se hizo general; las mujeres corrían a buscar la puerta, y encontrándola atrancada, daban gritos furibundos; los hombres repartían palos al aire; rodaban las sillas; estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningún diccionario completaban este cuadro general.

Si licet exemplis in parvo grandibus uti,
Haec facies Trojae cum caperetur, erat.

»Pero el blanco de la refriega éramos, por desgracia, el matrimonio y yo, en cuya dirección disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dio lugar a que la puerta se abriese y todos se precipitasen a salir, quedando solamente el ya dicho, tumbado en el suelo sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huía alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba a mi lado bañado en sangre... «¡Cielos, está muerto!» Y yo, sin más pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido a la cárcel pública.

»¡Qué noche, amigo mío! ¡Qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entonces maldije mi indiscreción; me horroricé de mi envilecimiento; conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la Divina Providencia quiso darme un fuerte aviso, pues el hombre a quien creíamos muerto, sólo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos días recobrar mi libertad. Mas esta lección, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre a aquel género de vida, volviéndome a la sociedad a que pertenecía; y tan fuerte es aún la impresión que en mí dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo a la vista de este cómplice de mis extravíos, que rescato hoy para eterna vergüenza mía».

-Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suelo inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos; inspíreles V. la misma saludable aversión que usted ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente a su clase, para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman

comprometerla, y, sobre todo, créame V., no les permita en ningún tiempo usar una capa vieja.

(Enero de 1833)

Las niñas del día

Paseábase Diógenes con una luz en medio del día por la plaza de Atenas, buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid, quizás habría buscado una mujer. ¿La hubiera encontrado, o cansado de inútiles pesquisas, tornaríase mohíno a su tinaja? ¡Atención, vosotros, celibatos de veinte a cuarenta, los que a manera de nube pobláis calles y salones de esta heroica capital, y sin ser Diógenes ni conocer el código de su filosofía, tenéis la suficiente para no hallar una mujer en el salón del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa a aprovecharos de mis argumentos, pues quizás otro día, volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, a guisa de abogado veterano, defenderé con tesón los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oíd y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imagen; perdón os demando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve a delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el orden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razón: -«Los hombres hacen las leyes; las mujeres forman las costumbres»; -por cuya consecuencia, mal podría yo proseguir en la pintura de éstas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi antejo escrutador acertase por desgracia a encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no es enojéis, sino reíd conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse a un lado, señoras viudas, alegres o plañidoras, en flor o en conserva, con tocas y lutos, o con paletina y schall; háganse a un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi

pensamiento; ustedes también, señoras esposas, Lucrecias o Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco a ustedes tocan hoy los puntos de mi sermón. Empero vosotras (no culpéis la llaneza del estilo), niñas en esperanza, fruta temprana de 1833, las que, salvando vuestro tercer lustro, os mecéis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aquí todas y miradme frente a frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Más privilegiadas que vosotras, las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderón, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los más ciertos historiadores de ellas, no puede menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas, heroicas hasta en sus mismos extravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradicción de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desdén, aquella generosa venganza; aquel sistema de amor, sugerido por la unidad del sentimiento y por la más natural filosofía para cultivar la admiración y el entusiasmo del afortunado galán, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma más helada o indiferente. -Pero (me diréis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus más sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la... -Tenéis razón, queridas mías, tenéis razón; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecían también más amor, más talento y menos egoísmo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo después, diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mujerial. Consideradas como demasiado peligrosas a la luz del día, delante de padres y tutores celosos que podrían muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, o tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías: el Desiderio y Electo, y las Soledades de la vida, eran las únicas lecturas que se les permitían; la estameña y muselina, sus galas; la costura y el bordado, su única ocupación. Mas al través de estos obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardias vigilantes abrían los cerrojos para dar entrada al hombre a quien la autoridad paterna designaba para esposo, ya no era tiempo, pues el amor se había adelantado, y «amor que entra por la ventana (dice Marmontel), es más peligroso que el que entra por la puerta».

El filósofo Moratín, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educación violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta sacrificar su vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento más refinado para burlar su vigilancia. Pero ya doña Paquita y doña Clara no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados más bien como modelos del arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que así se apartan de las aventureras damas de Calderón y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratín.

Escuchadme aquí todas, Adelaidas, Carolinas, Julias (que hasta los nombres habéis embellecido), escuchadme aquí todas, que con vosotras y de vosotras voy a tratar. Pero quisiera ante todo que me dierais qué premio me señaláis si llego a adivinar el sistema de

cada una... ¿Mudarlo?... No, hijas mías, no creáis que es mi intento ser corrector vuestro... Pues ¿qué premio ha de ser?... Ea, dareme por contento con sólo que me toleréis el que os conozca.

No extrañéis que empiece la rueda por la seductora Amalia, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretensión y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad a que pertenece, y haríanla traición si pretendiese ocultarla.

Así es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica también a los que la miran. Desde sus primeros años fue el objeto de la adulación asalariada; separada casi constantemente, por la etiqueta, de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores a ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros, a quienes siempre miró como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad; y éstos, por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, sólo la explicaron lo suficiente para alargar su enseñanza y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes a deslumbrar a su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas, cantar una cavatina en italiano o bailar una mazourka en ruso; lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren.

Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez a sus suspiros; pero aún no es tiempo; fiel a su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde antes de nacer a un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. -Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz o desgraciado? Lo ignoro, amigas; sólo sé decir que le hará marqués...

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negaréis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña Flora? Esa marcialidad y ese despejo que formaban, mientras estuvo en el colegio, la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron más de una vez temer por los pobres amantes que algún día habían de intentar rendir un corazón dispuesto a burlarse de todo. Mas, ya se ve, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! Sienta tan bien la risa a una cara infantil, que todos nos apresurábamos a hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente a sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza y poner en movimiento a toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentación de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversación. ¿Quién es el dueño de su corazón? (pregunté). Todos creían serlo, y ella no creía que lo fuese ninguno; más de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar el posto abbandonato; más de un expediente quedó sin despachar por visitarla un joven empleado; más de un soneto hirió sus oídos, plañido por la musa de soporífero poeta; más de una espada desnuda brilló ante sus ojos.

Gozosa desde su balcón, recibía estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin a conocerla y a entenderse; promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosos, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depone su veleidad y mala fe; todo lo recibe de un día devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mujeres sonrieron a su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia, el desdén ajeno vino a castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre a quien ama con frenesí, y el cual es también el menos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible Eloisa! Un corazón hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: «Amadme, y yo os amaré». ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino o la huérfana de Underlach. Se sienta al piano o al arpa; ¡qué precisión en los toques, qué afinación en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué expresión tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de Bellini no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica a toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazón, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que, adorándola en secreto, teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

«La cumplida en cualquier cosa

Y acabada,
Menos que todas me agrada;
Porque, según mi pensar,
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada».

Mas volved la vista a esotro lado, veréis venir crujiendo sedas y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda la hermosa Serafina: ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada menos que eso; tal como la veis, es hija del empleado D. Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale a la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro?, me preguntáis. Hijas mías, si no tenéis memoria, mirad el artículo de El día 30 del mes. Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, exagera el adorno de su persona, como para alejar a los que no estén en estado de sostener su esplendor; y, en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano, pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad, sólo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras, como la condesa que pinta Regnard:

«Je ne donne mon coeur que par-devant notaire»,

que viene a significar en nuestro romance español:

Yo no doy mi corazón
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias, pero en vano; y ya estaba casi determinada a entregar su mano a un joven rico y amable que la pretendía, y a quien ella no podía perdonar el no tener un mal uniforme ni el menor sueldo por el Gobierno, cuando ¡oh desgracia! el joven, calculando por una proporción matemática los quilates a que subiría la ostentación de su elegante novia después del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

Pero ¿qué es esto? ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oración, o teméis que llegue vuestra vez? No, no, queridas mías, nada temáis. Mudaré de conversación por complaceros; hablaremos de revistas en el Prado; de injusticia en el reparto de galones y charreteras, os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del Journal des modes. No me aborrecáis; pediré prestado el estro a un amigo mío para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertación para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas a hacer al encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandonéis, y os serviré para ayudaros a hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinión en cuanto a óperas y dramas; os leeré a Walter Scott y D'Arlinecourt; os prestaré la Revista Española para que leáis mis artículos de costumbres, y riáis a placer cuando no os toquen a vosotras; y, en fin, os haré uno laudatorio, pintando una niña perfecta como yo la he soñado, y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforcéis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1883)

El dominó

Sería en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes días la atención de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querría escucharme, y mi discurso, por muy moral y filosófico que fuera, aparecería desabrido y miraría desdeñado por aquella máxima del non erat his locus. Por el contrario si vestido y engalanado a la moda del día, acierto a ofrecerle como el figurín moral de la semana, no me será difícil cautivar la atención de mis leyentes, en gracia de la oportunidad; y he aquí la razón que me decide a presentarle en dominó.

No se crea por ello que al tratar de máscaras sea mi intención hablar de aquellas con que suelen cubrirse habitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud, del patriotismo, de la amistad, del amor, de la modestia y del desinterés. Semejantes máscaras, por comunes y continuas, no llaman nuestra atención, y entran en la línea de aquellas conveniencias sociales contra las cuales sería ocioso declamar. Yo por lo menos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoy mi narrativa a tratar de aquella diversión festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela sobre el rostro, presta al Carnaval su verdadero carácter de originalidad y de alegría.

Si, deseoso de ostentar erudición (lo cual es harto fácil... con una buena memoria y una regular voluntad), anduviese aquí a caza de autores para repetir lo que ellos han dicho relativo a esta diversión, haciéndola derivar unos de los romanos, y otros de la máscara (bufonada) de los árabes cordobeses y granadinos, sería componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldría a vestirle de arlequín, siendo así que ya he dicho el traje en que hoy le quiero. -Con que, no hay sino abandonar aquellos tiempos remotos; y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio; quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡Oh, quién fuera ahora Vélez de Guevara o Lesage, para tener a mis órdenes un diablillo, Asmodeo, aunque fuese cojo, que me ayudase a levantar los techos de las casas de Madrid, para presentar su interior a los que aun se empeñan en caracterizarnos a su antojo! Verían si es, como ellos dicen, sombrío y taciturno un pueblo que a la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados, moviéndose a compás; dijéranme si es miserable este mismo pueblo, que tan crecidas sumas gasta en magníficas funciones, ostentando en todas ellas la riqueza y el buen gusto; verían, en fin, si son tan celosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mujeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosías, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflexiones se agolpaban a mi imaginación; vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital. -Era la hora en que suelen concurrir a este Lloyd danzomano todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscripción que se reparten en tales noches la concurrencia; y aunque al principio hube de estudiar aquel lenguaje mercantil, viendo ofrecer dos Sartenes por una Corona, un Solís por dos Fontanas, un San Bernardino por una Santa Catalina, una Paz por una Alameda, un León por dos Jardines, y otras a este tenor, no

tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y aun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos por el boletín de cotización que uno de los mozos me dijo al oído. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile, por sólo dar a mi narración este aire de misterio), y marché a recorrer prenderlas y almacenes en que alquilar un traje a propósito para envolver mi persona. -Mas como no era mi intención figurar, sino desfigurarme, parecíame conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó, cuyo agradable color y no afectada modestia llamó mi atención, entre un Genghiskan, y un Saladino, que alquilaron delante de mí un ropero de la calle Mayor y un barberillo de Puerta Cerrada.

De vuelta a mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasía, me puse a escribir el principio de este discurso; mas, disgustado de la pobreza de mi pensamiento, concluí por envidiar a D. Cleolas su Asmodeo, y tirando la pluma, cogí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en derredor de mi cuerpo; cuando ¡oh sorpresa! al ir a poner el capuchón, hállome en el fondo de él un papel; cójole, le desdoble, y veo escrito en él ...¿qué crearán mis lectores que vería?... Pues era nada menos que la Historia de este dominó, contada por él mismo.

Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo no hay cómo explicarlo: sólo sí que, enajenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, despabilé la luz, y leí de esta manera:

-«Amigo lector: Cualquiera que tú seas, en cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste o alegre figura, suspende, te ruego, la operación de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que a trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregrinas, que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luego con tu benevolencia, escucha por ahora y préstame atención.

»Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual, con poco cariño maternal, me arrojó entre otros trajes expósitos, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase a alquilarme.

«Era la noche del 3 de febrero de aquel año, y había baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que, conduciéndome a una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

»Al observar su seriedad y su entonamiento, no pudo menos de asaltarme el temor de que iba a pasar una noche muy triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mí su añeja persona, salió silenciosamente y se dirigió al teatro del Príncipe, donde ya a la sazón se había empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le dábamos,

verificó tan repentino descenso desde la más alta prosopopeya a la más cordial alegría, que no fue posible dejar de felicitarme por este mágico talismán que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona a quien su clase o sus deberes imponían tal vez una perpetua contracción de espíritu.

»Mas entre tanto que yo hacía estas y otras reflexiones, mi buen señor se agitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochentona, quedándose con la más fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hubimos de notar que aquella estrella parecía ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, según la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquél con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque más de un audi precor vino a confirmarme en la idea que desde luego había formado del tal señor. La niña, sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leía corrientemente en el pecho de mi escondido; y deseosa de complacerle prestándole atento oído, habíase retirado con él a uno de los extremos del teatro, donde, sentados mano a mano, entregábanse mutuamente al sabor de tan peregrina plática... cuando... ¡oh suerte fatal!... estando ambos en esta agradable situación, huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenían parte del tablado teatral, sobrecargados enormemente, crujen con estrépito, y abriendo un ancho boquerón, húndese en él una buena parte de la concurrencia.

»¿Cómo pintar (continuaba el dominó) aquella escena viva e inesperada? Hágalo el filósofo espectador, que más feliz que los demás se encontró del otro lado del teatro, sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nuestro mal paso; en cuanto a mí, comprendido en la fatal desgracia, sólo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permanecí un instante, debilitando el ímpetu de la caída de mi dueño, la cual, sin embargo, se verificó, sacando él por resultado una fuerte contusión, y yo un jirón de vara y media. Pero la vergüenza de aquél, y el temor de ser reconocido, pudo más que su dolor, y rebujándose en mí más fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos, sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio, como sucede de ordinario a los que tercián en las debilidades de los grandes señores.

»Doce meses justos yací escondido en un armario, en compañía de otros trajes y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecido de mi triste situación, me compuso y arregló a su lindo cuerpo, tal que di por bien empleado mi anterior desmán.

»Era por entonces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, aun con un resto de cojera, oía con horror las conversaciones, y hablaba a su sobrina de aquella función con una acrimonia que ella atribuía a la elevación de su alma, y yo a la caída de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez y seis, y era resueltilla y despierta como la que más, oía con cuidado todas las asechanzas que, según el tío, se tienden a la virtud en tales funciones, y rabiaba en deseos de experimentarlas; tanto más, cuanto que no faltaba cierto alférez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tío, las invitaciones del sobrino, y mi vista más que todo, fueron causas suficientes a despertar la curiosidad de esta niña, la cual, cediendo a las instancias de su amante, cogiome silenciosamente cierta noche, y se fue al

teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que (Aquí el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luego proseguía): ¡Muchachas, las que tenéis primos amantes, o amantes aunque no sean primos, no os dejéis conducir por ellos a las máscaras, y creed a un dominó experimentado!

»Eran pasados cuatro años desde que, saliendo de la casa de mis dueños, por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desván de un prendero de la calle del Prado, y ocupábame con ellos en la narración de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino a procurarnos salida, si bien con más precauciones que si fuéramos tabaco de la Vuelta de abajo o moneda española acuñada en Gibraltar. -Y era la razón, cierta ley no sé cuántas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió, según parece, las máscaras y disfraces. Mas, como los hombres, siguiendo el ejemplo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados a dar más valor a las cosas prohibidas, de aquí nació la manía de enmascararse, en términos que, a despecho de escribanos y corchetes, inundábamos calles y salones.

»Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir, por mi cómoda hechura, para damas y galanes, llamaré tu atención sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un joven que formaba parte de una comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad a cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al salir de la tertulia, incorporado con los demás, para dirigirse a las casas del baile, íbase a precipitar a ofrecer su brazo a la niña, cuando la mamá (que ya empezaba a ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entro tanto que otro galán más dichoso ocupó el lado de su amada.

»Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocurrencia, lo cual conocía yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos, y agobiado además por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente, haciendo más y más sensible la distancia que la ligera pareja delantera les llevaba. Y ya iban a enfilear la calle Angosta de Peligros, cuando el linternón de una ronda, haciendo reflejar las lentejuelas del turbante de sultana que cubría las canas de la mamá, vino a destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con todas las parejas que venían detrás, en tanto que los dichosos delanteros llegaban sin novedad a la sazón a la casa del baile.

»¡Oh lector, si no eres duro pedernal, contempla y compadece la situación de mi galán interior, viéndose conducir a la presencia judicial en compañía de una sultana vieja, un Enrique IV y una Raquel, Julio César y la Vallière, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas más o menos dichosas! Pero, sobre todo, lo que le sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Ariadna podría consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenía, y este pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto a mí y los demás trajes, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia a pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fue, por cierto, otro prendero de la calle de Atocha.

»Varias y muy graves aventuras podría seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fui contrabando; pero como todo debe tener sus límites, mi narración también, y así sólo me permitirás que te hable del lance que me ocurrió en la última salida, verificada una de estas noches.

»Fue, pues, el caso que cierto marido joven, previa la venia conyugal para ir a las máscaras, vino a alquilarme, a poco de haberse llevado una dama a otro compañero mío que estaba a mi lado. Llegamos al baile, divisé entre muchos a este compañero, y obligando ambos a nuestros dueños a llegar a hablarse (sin duda por la simpatía del traje), tuvimos ocasión de entablar también nuestra conversación escuderil; y al comunicarnos las señas de la casa de donde habíamos salido, no pudimos menos de reírnos a dúo. Entre tanto, nuestros dueños habían comenzado una plática amorosa que nos tenía edificados, y ya la niña iba manifestando su corazón de algodón cardado, que no de agudo pedernal, cuando por un efecto de mi previsión, y deseoso de servirla de despertador, dejé caer mi capuchón y descubrí la cabeza del marido (que tal era el que me llevaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversación en términos, no tan sólo de evitar un compromiso, sino también de quedar bien puesta para regañar después al esposo, que se convenció más que nunca del amor de su consorte...» -

Aquí acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí varias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré a cubrirme con él y a trasladarme al baile; pero aquí quiero hacer un punto y coma a mi narración, para tomar un ligero descanso antes de ofrecer a mis lectores un cuadro fantástico de tal baile.

Figúrense, pues, allá en el interior de su mente, un gran salón, capaz de quinientas personas, ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y exagerado movimiento habían menester el espacio correspondiente a mil quinientas; fórmense una temperatura a treinta y seis sobre cero, ocasionada por el inmenso número de luces y de concurrentes; añadan a esto para el sentido del olfato, la mucha confusión de buenas y malas exhalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados, gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el temple continuo de las voces disfrazadas y con los rotundos compases de una galope infernal ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereta y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulación que, por un principio físico, obliga a la mitad de la concurrencia a marchar impelida por la otra mitad, y satisfagan, por último, el gusto con una perdiz petrificada y solicitada en pie por espacio de tres horas en la sala de descanso. Con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los goces que un baile semejante proporciona a los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrían entregar a ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamás y las

parejas dichosas las habían tomado por asalto al principio de la noche, para no desocuparlas hasta el amanecer.

Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame contemplando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, menos satisfecho aún quedé del lado del espíritu, pues apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convencían de una de dos cosas: o que era falso el dicho de que «es menester tener muy poco talento para no tenerlo con la careta», o que yo tenía orejas de Midas.

Luego me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó a infundir tal pavora en aquel género volátil, que a mi llegada huían en grupos, cual bandada de palomas a la vista del milano. Quién me tomaba por un marido celoso; quién por un amante desdeñado; cuál me daba satisfacciones; cuál me pedía cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponía desde luego en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que, arrancándome por fuerza la careta, se encontraron más admiradas viendo que no me conocían, y yo sí a ellas.

¡Que no pueda yo presentar aquí de lleno el fruto de aquella noche de observación y movimiento!; mas no me es lícito, por tres causas: la primera, porque ofrecí a mis amables descubridoras que no las descubriría; la segunda, porque de hacerlo corría peligro de estar hablando de máscaras hasta el Miércoles de Ceniza, y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narración de sus aventuras, por aquella sabia regla, de que «la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica».

(Febrero de 1833)

La compra de la casa

Nada hay tan lisonjero para un honrado tendero de esta villa como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras éstos sólo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos a enriquecer su almacén y dar mayor ensanche a sus negociaciones; lisonjeado por el éxito de éstas, alquiló una espaciosa tienda y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor género; los hombres son niños grandes y pagan más caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una continua lluvia de plata y cobre, cayendo armoniosamente en el cajón del mostrador, fue trasformada por él, con el mayor sigilo, en sendas onzas de Carlos III, escudos y doblones de nuestro monarca actual.

¡Qué plenitud de contento equivale al de aquél cuando, cerrada la tienda y despachada la familia a una merienda en el Canal, se entregaba los domingos a sus anchuras al arqueo de su caja! ¡Qué invenciones tan peregrinas para ponerla a cubierto, no tan sólo de la vista de los extraños, sino de las sospechas de los propios! Porque a nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los más temibles para el caudal, y que las necesidades o exigencias de su esposa y de sus hijos podrían crecer al compás de sus talegos. Así que él mismo se los cosía y recortaba, colocándolos luego en los sitios más excusados; y hubiera deseado que existiese moneda equivalente al valor de todos ellos, para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo; pero ya que esto no podía ser, las había reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido más grato a sus oídos que romance de Bellini cantado por la Meric Lalande.

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario, aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero, así arrinconado, nada le producía, y se hallaba además expuesto a un caso fortuito de incendio, robo o cosa tal. Así que, después de muchas noches de desvelo, vino a resolver que sería lo más conveniente emplear su capital en una casita asegurada de incendios, en el casco de esta villa, con lo cual se proporcionaría multitud de goces y privilegios, amén de un cinco o seis por ciento, rédito de su capital.

Vivamente afectado con tan feliz idea, se levantó una mañana, y su primera diligencia fue correr a suscribirse al Diario de Avisos, con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas a pública subasta, ya en virtud de providencia, ya a voluntad de sus dueños. Embebido desde entonces en esta grata lectura, solía pasar los dos tercios de la mañana; luego se ponía su sombrero, y envuelto en su astrosa capa, dirigíase a la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de enfrente; después subía la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretexto para reconocer lo que podía del interior; en seguida iba a la escribanía por donde se verificaba la subasta a ver el expediente, y desde allí pasaba a la contaduría de aposento a reconocer los planos de Madrid; con cuyas noticias, malas o buenas, no dejaba de consultar a un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese más que por cobrar su tanto por ciento de comisión; pero al tratarse de tocar a sus monedas, faltábale a nuestro hombre la resolución y dilataba el plazo para ocasión más oportuna.

Por último, llegó un día en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma Alta vino a despertar sus ideas adquisidoras; la sola consideración de poseer una casa en la calle en que había nacido bastaría a decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer día le saludaron como a su futuro casero, no hubieran añadido a sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendía en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habían esperado postores que hiciesen subir su valor; si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, o cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, o compañías revendedoras se hubieran apresurado a doblar su tasación; pero como era en la calle de la Palma Alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenía empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo trasmitió a los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el día de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creía hallarse solo, vio con sorpresa un banco entero de oposición, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre mil reales más; y en los intermedios de los pregones, hablaban entre sí, ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba más, y ya la mayor parte de aquéllos se iba retirando, fingiendo sentimiento por la derrota; sólo quedaba uno, más obstinado que los demás, el cual, fijo en sus mil reales más, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento se determinó a cederla; pero no bien habían salido de la subasta, cuando llamándolo el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él había hecho la puja por encargo; pero que si tenía fuertes deseos de la casa, estaba resuelto a cedérsela, aunque hubiera que dar algunos guantes a su principal, pues no podía ver padecer al prójimo. El buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendría la casa, al momento iba a darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo más remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucón.

Después de éste vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, etc., etc., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dio por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vio investido con la autoridad de propietario, dándosele a reconocer a los inquilinos como único dueño de la finca, a quien debían acudir con el pago de sus alquileres, en seguida abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradicho, con lo cual se le dio la posesión en forma.

Al siguiente día abrió su tribunal en la trastienda de su almacén, para oír y juzgar las reclamaciones de los inquilinos; las cuales estaban reducidas a pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad; sin embargo, el tendero, por un sistema de compensación, tuvo por más prudente desestimar las obras y sólo proveer a la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se había formado al comprar la casa. -En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violación de su derecho; la autoridad de un dueño

nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tornando la determinación de dejar la casa quedando a deber dos, tres o más meses de alquiler; con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino a duplicar el importe de las deudas. -Por otro lado, los vecinos, esparcidos por aquellos barrios de Monserrat y del Hospicio, desacreditaron la casa vieja y el casero nuevo en términos, que en vano éste había gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner en los balcones la seña del alquiler, y diez pesetas en anuncios del Diario, porque nadie parecía a pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venía a quedar puramente nominal.

Nada de esto sabía bien al nuevo propietario, tanto más, cuanto que el pago de la contribución de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demás cargas eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado, los actuales inquilinos (que eran los ratones), además de habitarla gratis, minaban los cimientos y destruían el edificio; así que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundición, por las invitaciones de su esposa, y más que todo, por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa, dándole el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancias, presupuesto de gastos; todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la dirección del consabido. Abajo el tejado; piso tercero, cuarto, buhardillas... Pero ¡qué desdicha! a los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detrás; el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operación. -Pues, señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras. -¿Qué se hará? ¿Qué no se hará? -Y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo, deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo día el ancho boquerón en que fue la casa, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos a mi señor de obra en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando sólo pensaba reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió a la enajenación de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso; empeñado en su empresa, recurre a los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para elevar el segundo, bajo la garantía e hipoteca del principal; por último, una comunidad de monjas se le opone a la elevación del tercero, por sobreponerse a las paredes de su huerta. No le queda más arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla de las monteras, asigna a cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos liliputienses, si bien gastando en puertas y ventanas más de un año del alquiler.

Pero concluida que fue la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó a disfrutar los placeres consiguientes a la calidad de dueño que tanto había deseado.

Entonces observó la puntualidad y buenos mudos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderación de las cuentas de los albañiles y vidrieros, carpinteros y soladores; la entretenida historia de las

demandas de despojo, las divertidas comparencias judiciales; los términos por equidad; los mandamientos de amparo; y tantos otros incidentes como dan grata ocupación a los caseros y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fue, que la señora tendera y las niñas, luego que se vieron con casa propia, dijeron con resolución: «No más mostrador»; y fue tal su energía, que consiguieron determinar al amo de casa a trasladarse a vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraídos, lejos de disminuirse, fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, a vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendía ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fue adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacenista, cual precioso monumento extraído sin precaución de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora a la sola impresión del aire.

(Marzo de 1831)

Los paletos en Madrid

El aire de corte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que sólo le perciben los que vienen de fuera. Esta fría atención, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoísmo que llamamos buen tono y bien parecer, desconciertan sobremanera a los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros a aquellos mismos que, si nos vieron fuera de Madrid, quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía. -¿Y por qué esta diferencia? Porque en la corte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos a estudiar y medir nuestras palabras y acciones, congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas, y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna, por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de D. Teodoro Sobrepuja. Este caballero, a quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habían ocasionado una enfermedad

de pecho, que le redujo en poco tiempo a un estado lastimoso, viéndose precisado a buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó a la villa de Olmedo, llevando consigo a sus dos hijos Carlos y Luisa, joven aquél de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad.

La amabilidad de D. Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenía en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero más particularmente de parte de la familia de Patricio Mirabajo, el más rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de D. Teodoro, y cuya amistad llegó al extremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevarsele a vivir a su casa propia, a fin de atender con más cuidado al restablecimiento de su salud. La mujer de Patricio, Aldonza Cantueso, mujer de un excelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciano, contribuyeron por su parte a hacer grata a los forasteros la estancia del lugar, de modo que, dilatándose ésta más de año y medio, recobró D. Teodoro, no tan sólo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y sólo se encuentra bajo los humildes techos de la aldea.

Los jóvenes, por su parte, cuya tierna edad era la más a propósito para recibir las primeras impresiones del amor no pusieron cuidado en resistirlas; antes bien, dejaron crecer a la vista de sus mismos padres una pasión inocente que éstos se complacieron en fortificar, disponiendo, en consecuencia, los matrimonios de Carlos con Feliciano y de Luisa con Braulio, pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí a tres años, que deberían reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron D. Teodoro y sus hijos a la capital.

Fácil es de concebir la firmeza que resolución semejante podría mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la corte no había hecho más que adormecer las ideas de orgullo y de elevación; como también los vaivenes que durante tres años sufrirían los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de día en día; pesábales ya el momento de escribir a sus amantes, y en el interior de sus corazones temían ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro, por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino a sacar a todos de su distracción, y vieron con asombro a aquélla y sus dos hijos que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasión no pudo menos de sorprender a D. Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de extrañeza, recordó aquél los inmensos favores que debía a sus huéspedes, y haciendo una violencia a su fisonomía y a su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aún largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido a la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces a hacer abstracción de trajes y modales, y sólo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse a las demostraciones de su contento, demostraciones que se prolongaron todo aquel día.

A la mañana siguiente fue preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron éstos muy de mañana a destapar cofres y maletas y sacar de ellos los trajes de día del Corpus para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, a quien toda la noche había traído desvelado la consideración de lo mucho que iba a padecer su vanidad, no perdía de vista aquella operación: asustado con los tales preparativos, corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla: -¡Ay, Luisita mía -exclamaba-, tristes de nosotros, acompañando a los lugareños! ¡Si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! Sin duda que vamos a ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de Yerba-vana, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor a una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida a la garganta, bucles cortitos y peineta de a terciá, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú, por tu parte, ¿cómo, has de sufrir la risa del alférez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalón de punto ajustado, y botas de campana a la tombé?

-Sin duda, Carlitos -exclamaba Luisita sollozando-, sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita de fantasía, y yo con mi cachemir ternó.

-Y papá, ¿qué papel va a hacer con sus dos veneras, acompañando a la señora Aldonza, de vestido de estameña y moño de calabaza?

-¡Oh! eso es insufrible, y yo voy a fingirme mala.

-Y yo también -decía Carlitos-; pero al llegar aquí, abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo más disonante en aquel primoroso tocador Psiché.

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su extrañeza; pero no así los paletos, los cuales rieron a carcajadas al mirar el ajustado talle de Carlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando a éstos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó después; pero no hubo más remedio que hacerse una fuerte violencia y acompañarlos a paseo.

Pongo en consideración de mis lectores la extravagante caricatura que ofrecerían las tres parejas, así como también dejo considerar el efecto que en los recién venidos produciría la vista de tantos objetos extraños. Éste, a la verdad, era singular e incomprensible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiración la fuente de la Mirablanca; vieron sin entusiasmo el Salón del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que más les admiraba era la anchura del pilón. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mujeres, madre e hija, agarraban a sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen, aunque fuesen a treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortésmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran todas personas reales. A cada lugareño que pasaba iban a hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producía risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusión del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente a las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y a cada objeto que les chocaba llamaban la atención de

los demás señalándole con el dedo. Mas, en fin, cansados a la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y D. Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limón y leche, y luego chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos a Feliciano con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partirle.

Pasaron después al teatro a ocupar un palco, tomado de antemano; allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un antejo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atención de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondían lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen a hacer la ópera de L'último giorno di Pompei, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenía agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar a bostezar, y al caer el telón al final del primer acto, cayeron también sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado hasta que la erupción del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándose la verdadera, corrieron a la puerta temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecía la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta a la afectación de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de alguna de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, a ver las curiosidades de Madrid, y preguntándoles después qué era lo que más les había gustado de ellas, me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo, el cuadro del hambre de Madrid; la vajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia Natural; en el Retiro, el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armería, el espejo para curar la ictericia. En punto a paseos, dieron la preferencia a la Ronda, y de funciones teatrales, ninguna les agradó como la Pata de Cabra; lo demás todo lo hallaron mediano, y de ningún modo preferible a las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusión de nuestros jóvenes madrileños había ido desapareciendo a medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y aún confiados en que la permanencia en la corte obligaría a los otros a mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; -inútil intento; -la sencillez de los naturales venía a descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron a sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos; la cabeza erguida y los brazos caídos dábanles el aspecto de un maniquí sin animación; en vano les enseñaban a pronunciar bien las palabras; su lengua, no sujeta, les hacía traición a cada momento.

Por último, un día en que todos manifestaban su mutuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta a su mal reprimido disgusto, -«No os canséis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mismos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres; y Dios en mis adrentos, que lo demás son sotilezas, con que no hay sino dejallo y no andarme con

aquí te la puse, que lo mejor sólo Dios lo sabe; y como esas cosas podría yo contarles a los de Madril cacaso no entienden... ¡No sino úrguenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel!... Y dígolo porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dale con las cortisías, y torna con los filís, que así Dios me perdone como parecen saltarines de los cantañó bajaron a mi pueblo... ¿Sus paece chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mi mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la corte? Pues náa menos queso; porque ellos mientras Dios dé vida y salú a Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criaio a nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desde llegemos a viejos, y si lo contrario hicieren, para ésta (y besó la cruz) que no habían de llevar un chavo, casi es nuestra última y postrimera voluntá. Y esto mismo cuento de icirle a vuestro padre, y que o herrar o quitar el banco; y vosotros ya sabéis el camino de Olmedo, con que allí aguardamos la rempuesta».

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada proclama, y luego que quedaron solos, empezaron a reflexionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar a sus amantes el aire de corte, cuando ellos mismos se verían precisados a olvidarle, si habían de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mutuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraído; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alférez de la Guardia, que acertaron a entrar en aquel momento. Don Teodoro, por su parte, acalorado por las reconvenções de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto a una renta de diez mil ducados, por no verse precisados a salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponía en peligro de tener que aislarse de Olmedo.

(Marzo de 1833)

La filarmonía

El entusiasmo melómano producido a principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que sólo crecen a la sombra de la paz, tornaban a ejercer su influencia en los corazones generosos; y el privilegiado Rossini, aún no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atención general presentando en la escena veneciana, en el Carnaval de 1813, su famoso Tancredi. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: «desde el Dux hasta el último gondolero repetían involuntariamente su armonía, y las orillas del Adriático resonaban a todas horas «mi rivedrai, ti rivedrò». «Ni paró aquí (añadían los periódicos de aquella época) el triunfo del compositor boloñés; en menos de un año su magnífica

producción dio la vuelta a Europa; sus cantos se hicieron populares y admirados en todas partes; así se oían en la capilla Sixtina como en las revistas de Hydepark, en los conciertos de Petersburgo como en los bailes de París».

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aún no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una producción del compositor del día, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

-El ajuste, de las señoras Moreno y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid vino a ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico, y aun de la ópera Rosiniana, siendo La Italiana en Argel la primera de éstas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816, con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña Isabel de Braganza. El entusiasmo inexplicable que aquella brillante producción causó en esta capital fue un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podía esperar del autor del Barbero de Sevilla; mas por entonces hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la compañía lírica no permitía funciones de gran desempeño. Esta misma razón, sin duda, fue la que motivó que la señora Lorenza Correa, que acababa de contribuir en los teatros extranjeros a la gloria de Rossini, no se determinase a dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el Di tanti palpiti y Una voce poco fà, que colocó en las óperas tituladas Los Pretendientes y No se compra amor con oro.

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fue perdido para un público naturalmente filarmónico, y a medida que aquél iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela, para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La afición del público iba creciendo al par que sus conocimientos, y era menester complacerle si se quería dar calor a aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose a volver a presentar a los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun se conservaban reminiscencias, aunque remotas. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos, tales como Mari, Capitani, Vaccani, etc., y a ésta fue a quien debió Madrid el conocimiento de las obras más escogidas de Rossini y demás célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predilección por la música y le fueron un manantial de placeres. Muchos arios pasarán sin que olvide el delirio que la infundía Tancredo en la peregrina voz de la señora Adelaida Sala o García de Paredes en El Barbero de Sevilla.

Siguió así la ópera, más o menos boyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía Montresor, desde cuya época no fue una afición la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se exornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó a tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestía a la Montresor, se peinaba a la Cortessi, y las mujeres varoniles a la Fábrica causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La exigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fue preciso presentarle los de primer orden; y las célebres Corri, Cesari, Albini, Lorenzani, Tossi y Meric Lalande, y los señores Maggioroti, Piermarini, Galli, Inchindi, Passini y Trezzini, con tantos otros como, siempre ascendiendo, hemos visto después, han necesitado toda la extensión de sus talentos y, la perfecta ejecución de las obras más clásicas de Rossini, Pacini, Meyerbeer, Mercadante, Morlachi, Carnicer, Donizzeti y Bellini, para sostener la afición del público y excitar su entusiasmo hasta el punto que, al concluirse el año cómico de 1831 con la despedida de la señora Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos encontrados de Tossistas y Lalandistas consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella exageración, que necesariamente tenía que empezar a declinar; y así es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que sólo han podido retraerla algunos instantes los extraordinarios recursos artísticos de la señora Meric Lalande. En vano los entusiastas o intolerantes exclaman que los artistas no son nuevos y las óperas no bien escogidas; en vano buscan a su tibieza causas ulteriores; el mal está en su imaginación. Satisfecha ésta con el continuado alimento musical, y pasado también el influjo de la moda, ha llegado a mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba; y por otro lado, después de escuchar *Semiramide*, *Mosè*, *L'Ultimo giorno di Pompei*, *Il Crociato*, *Il Pirata* y *La Straniera*, ¿qué otras composiciones podrían buscarse para excitar su admiración? Por esta sencilla razón sería de desear que la exigencia filarmónica hiciese un alto para mecerse agradablemente, sin un furor imposible de perpetuarse, en el ameno campo que la ofrece la rica fantasía de los compositores y la extraordinaria habilidad de los cantantes del día.

Esta dilatada educación musical, unida a la particular disposición de los filarmónicos españoles, han producido entre nosotros tan notables aficionados, que pueden hacerse oír con placer aun después de los célebres profesores que hemos visto en el teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana sobre la insulsa pesadez de los romances franceses, que antes ocupaban nuestros salones de buen tono, viose en ellos campar la verdadera escuela de canto, si bien modificada cada año a la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; así que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinación de la Albini, la tranquila corrección de la Lorenzani, la expresión romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montresor, las prolongadas fioriture de Vaccani, y la tal vez nasal entonación de Galli.

Ocasión era ésta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien exacto, de nuestros filarmónicos de salón, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la armonía, las disputas de los acordes, las encontradas vociferaciones de los unísonos, y las intenciones menguadas de algunos virtuosos. ¡Qué festivos matices no podrían suministrar a mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas, los descuidos con cuidado en más de un dúo, con el piadoso fin de perder al compañero; las expresivas miradas y suspiros en otro, las gratas palabras de «cara immagine; mio dolce bene; tenero oggetto; bel'idol'mio; abbi pietà di me», tan dulcísimamente deslizadas de ciertos labios como benévola acogidas por ciertos

oídos; las imprecaciones a un padre tirano, prodigadas tal vez en su presencia, con notable entusiasmo suyo, o bien la letra de l'inutil precauzione, fuertemente aplaudida por un bondadoso marido, o emitida con intención por una virgen de diez y seis.

En segundo término, y como formando el coro de mi festiva composición, osaría presentar a aquella cohorte parásita de aficionados orechianti, que, sin haber saludado los principios del arte, elevan o rebajan a su antojo las reputaciones filarmónicas, formándose en comisión de aplausos, y para los cuales las únicas bases del saber suelen ser la pujanza de la voz o los atractivos de una hermosa figura. En este número colocaría a aquellos que se sientan entre los cantantes y están siempre solícitos, ya a volver las hojas del papel, ya a despabilar las luces del piano, o repartiendo programas por la sala, o transmitiendo, más o menos desfiguradas, las expresiones del maestro; los notificadores del «hoy no está en voz, no es de su cuerda, está cortada», y otras muletillas con que suele disimularse el haber cantado mal; los que tararean sotto vace la misma pieza que se canta; los que dan la señal de los «bravo, soberbio, admirable, encantadora», y otras expresiones a este tenor; los que arrojan a las plantas de nuestras actrices coronas de papel, o rompen en su obsequio los asientos del teatro; que conducen del piano a la silla a la amable cantatriz, envaneciéndose con los elogios que al paso recogen para ella; y tantos otros indispensables como forman el claro-oscuro de nuestras reuniones filarmónicas. -Pero tales observaciones, dando un aire satírico ami discurso, me harían aparecer dominado por el deseo de encontrar ridículos, y no es ésta mi intención, tratándose de un arte que ha llegado entre nosotros a una altura regular.

(Marzo de 1833)

Policía urbana

Uno de aquellos días felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestión, suele inclinarnos a la satisfacción y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí de mi casa sin destino fijo, y con la sola intención de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupación a mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y

como aquel día por fortuna todo me parecía bien, no es fácil formarse una idea de las sensaciones agradables que a cada paso experimentaba.

El cielo sereno y despejado el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginación al clima delicioso de las orillas del Betis; el bullicio y animación de las calles divertía mi fantasía; todos los hombres me parecían contentos y corteses; todas las mujeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo llamaban mi atención por su picante fisonomía los jóvenes de veinte a veinticinco, y ajustando las fechas, hube, de observar que todos ellos debían haber nacido desde 1808 al 14, lo cual me condujo a sacar la consecuencia de que la guerra de invasión en nada perjudicó a las fisonomías.

Llamó luego mi atención la multitud y belleza de las casas nuevas o reformadas, si no con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos; consideraba después la garantía que a estas mismas casas presta la filantrópica Sociedad de Seguros, causa principal del embellecimiento de la población; miré con complacencia los edificios públicos destinados a establecimientos útiles y de nueva creación; recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital; vi sus plazas públicas despejadas de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles; observé mejoras en la limpieza; buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas; gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés; admirable provisión de comestibles en los varios mercados; comodidad incalculable, proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus géneros por las calles; belleza y baratura en los objetos artísticos expuestos en los almacenes; prueba incontestable de que hay literatura, en la multitud de carteles con letras de a medio pie que adornan las esquinas; decencia y lujo en los vestidos, carruajes y habitaciones, y mil proyectos útiles, en fin, para lo sucesivo, tales como el del alumbrado, conducción de aguas, magnífico teatro, y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. -Y animado por la contemplación de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el más sincero tributo de admiración y gratitud a las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo había infundido en mí fue suficiente a hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand, tracé las siguientes líneas: «¡Levanta la cabeza, corte de los dos mundos; levanta la cabeza y sal del abatimiento a que una mano extraña te redujo; desecha los tristes lutos, hijos de una guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y primores. Tú eres la joya de la España; tú eres la palma del desierto, la fuente del arrenal y la estrella, de la noche; como el fénix renace de sus cenizas, así tú más hermosa y brillante te presentas después de tus escenas lastimosas; viuda desconsolada, que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada belleza y los nuevos encantos que ostentas forman la dicha de la enamorado ausente, que vuelve a sus lares y se admira de encontrarte más joven y más bella que a su partida... Permite, ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores; permite que, enajenado con el suave ambiente de tu eterna primavera...»

Pero al llegar aquí, el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino a distraer mi atención, y aun a arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan fácil volver

a él, y conociendo, por otro lado, que mi estómago pedía a toda prisa el calor que había subido al cerebro, me puse a cenar al ruido del chaparrón; que no hay cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilón y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fue quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente; el frío intenso que sentía me hizo mirar el termómetro y vi que, por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habíamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero a tres por bajo, con lo cual no extrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fue presagio de las malas aventuras que me esperaban todo el día. Mas, halagado con el recuerdo del anterior, y a pesar del aguacero, que había durado toda la noche y amenazaba volver a empezar, púsemme en la calle con la idea de continuar mi paseo, a fin de concluir mi empezada jaculatoria.

Lo primero que desconcertó mi intención fue el inmundo lodazal de las calles, que no sabía cómo evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salía al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leía los bandos fijos en las esquinas, y alababa las disposiciones que previenen a los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podía menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interés común, cuya ejecución debía ser voluntaria; y estando en estas consideraciones, vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venían de recoger el segundo desayuno de un convento o de una fonda, sin que a ninguno le ocurriese ofrecer su servicio a los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbión, que a todos nos hizo aligerar el paso, pero en vano; a la lluvia por igual y goteada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales, describiendo una curva perfecta, cruzaban sus aguas en las calles estrechas, y en vano el mísero transeúnte intentaba evitar su golpe, pues al menor descuido veíase aplanado y oía resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. -Muy luego, arroyos, más ríos que el Manzanares, se formaban en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecían su socorro mediante una corta y aun voluntaria retribución, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que había mía probabilidad más que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremanera a los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarían con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo en alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio a los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de para tomar puerto en casa de un amigo, y no bien le hube hallado cuando, sin reparar apenas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta corte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí a tientas, y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez sería otro número 4 que había enfrente. Atravesé corriendo la calle, subí a la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decía: Halmacén de acey-te-vinagre, velas de sevoy demás

comestibles), pero tampoco era allí, y sólo pude sacar en limpio que aun había otros dos números 4 en la tal calle.

Mohíno y enojado contra la numeración de las casas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo, y me entré por el primer portal que encontré con aquel número; seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera; en esto siento pasos precipitados detrás de mí; redoblo yo los míos, acábase el callejón, y me encuentro en otra calle distinta; con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo formado, como la mayor parte de los de Madrid, por la unión de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los pasajes de París.

Desesperado con mis azares, y con la lluvia que aún proseguía, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese a mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir a casa de los alquiladores, y alquilarlo lo menos por medio día, mediante la cómoda retribución de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar a que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinación; mas por fortuna no tardó en despejarse el día, y por una extravagancia del temporal, muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animación de las calles, pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes; distraído con las cavilaciones a que ellas me conducían, iba a torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de ligeros jumentillos que, recién aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidía montado en el último término del más proyecto, no me dio lugar a defenderme en regla, sino grotescamente con manos y pie; recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica orden que les previene conducir su ganado sujeto a fila; pero aún estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando, blandiendo la vara sobre los lomos de los pollinos, formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al coraje y a una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí a todos los perros que han sobrevivido a la persecución judicial del verano pasado.

Salveme lo mejor que pude de aquellos peligros, pero fue para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada a un palo que había delante de una obra, y por pronto que quise salir, sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojado desde el tejado; apartéme de allí, y fui a dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para una obra, los cuales acertaron a asestarme un guijarro a un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el día.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores, agudos y disonantes; el descoco de las naranjas; las ropas nada limpias puestas a secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso a propósito en el quicio del portal; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes para tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbón; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos

ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, o convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones, la silenciosa embestida de los bombés facultativos, y la vacilante dirección de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo a la vista en calles y paseos durante todo el día, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche, tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver a mi casa a la luz de los faroles (que sólo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles más acompañadas, por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí; cuándo me hacía tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de una obra, y colocados a tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejón apenas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de pie en un montón de cal recién apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipación al acto de recogerlas; ora me ponía delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aquí me salía al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproximarse el ruidoso tren encargado de aquélla, parte más sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogía a la otra acera, a tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcón; por último, un sereno que venía detrás entonó a este tiempo su agudísima y prolongada canción, en términos que, por miedo de que volviese a repetirla, le invité a acompañarme a mi casa, y fue lo único que hice bien en todo el día, pues al aparecer su farolillo a la entrada de cierta callejuela que teníamos que atravesar, vimos echar a correr dos hombres, que sin duda no eran muy amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior a las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años; reconocí que ellas son causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aún observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta trabajando en hacerlos desaparecer de día en día.

(Marzo de 1333)

NOTA. -Esta sátira del abandono y desaseo en que, por un inconcebible aunque arraigado descuido, yacía la capital del reino en la época a que se refiere, parece ahora demasiado blanda después de comparar aquel estado con el que ofrece actualmente, y que responde a la cultura de la población y al celo y diligencia de la autoridad municipal. Seguramente que el más apasionado del antiguo régimen y de los Ayuntamientos perpetuos, de los Corregidores golillas, de los protectores, de las tasas, abastos, gremios,

ordenanzas y cédulas del Consejo no podrá negar que con todo este aparato y balumba de leyes y autoridades la municipalidad perpetua, sea por las causas que fuesen, hizo poco, muy poco de lo que reclamaban las necesidades de la población; y que sus calles y caserío, su pavimento, su alumbrado, sus paseos, sus mercados, cárceles, hospicios, teatros y cementerios ofrecían el aspecto más repugnante; aspecto que no recuerdan hoy y que no concebirían ya posible los mismos que entonces lo toleraban y defendían. -Algo, sin embargo, empezó a mejorar en los años últimos del reinado anterior, merced a las mayores exigencias de la época, a los esfuerzos de los particulares y al impulso que no podían menos de seguir el mismo Gobierno y autoridad. Don Domingo María de Barrafón, corregidor en aquella época, abrió y plantó nuevos paseos exteriores; atendió con celo a la mejora del arbolado, disponiendo la formación de un hermoso vivero, orillas del Manzanares; hizo construir algunas fuentes, y protegió el ensayo de alumbrado por el gas, que por entonces no pasó de ensayo. -Pero la verdadera época de reforma en todos los ramos de la administración municipal de esta villa data indudablemente de 1834 y 35, en tiempo de los nuevos Ayuntamientos, y sobre todo, del celoso corregidor don Joaquín Vizcaíno, marqués viudo de Ponteijos.

Este distinguido funcionario (cuyo nombre no olvidará jamás la población de Madrid) fue el que inició el movimiento de progreso verdadero, de civilización y de comodidad; y sin ser hombre de grandes estudios ni superiores conocimientos, bastole la energía de su carácter, la penetración de su buen instinto, y la influencia y atracción que ejercían sus modales simpáticos y caballerescos, para emprender y plantear con buen éxito mejoras radicales, no solamente en lo material de la villa, sino en sus establecimientos más útiles y morales; mejoras que hubiera desenvuelto seguramente a no haber sido tan corto el período de su administración (dos años escasos), pero que han servido, a no dudarlo, de base para todas las infinitas realizadas después.

El día de fiesta

-¿Muchacho?

-Señor.

-¿Son campanas?

-Sí, señor.

-Temprano la han tomado; ¡si apenas es de día!

-Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne, ya usted ve...

-Y qué, ¿es a fiesta ese tañido?

-Mire V., de todo hay; ésas que se sienten a lo lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del día, y por eso tocan a vuelo, y las de más cerca son las de Santa Cruz, y tocan a muerto, sin duda por aquel droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy.

-Cierra, cierra bien los balcones; que voy a escribir.

-¿A escribir, señor? No verá V.

-Tanto mejor; con eso no sabré lo que me escribo y entraré en la moda del día. Ahora, pues, leamos despacio mis notas y escojamos materia conveniente... pero han llamado.

-Muchacho.

-Señor.

-Mira quién llama. V.

-Es el vecino de arriba, que va a caza y viene por V.

-¿A cazarme a mí?

-Quiero decir, a que V. le acompañe.

-Buenos días, Sr. Postas.

-Buenos días, vecino. ¿Qué tal? ¿He cumplido la palabra?

-Sí; pero, hombre, salir así, tan de mañana...

-Pues mire V., por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas, que habrán estado esperando a que abrieran las puertas.

-¿Conque, es decir, que habré de vestirme?

-De cualquier modo; míreme V. a mí, ¡qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalón gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco y... y nada más; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho.

-¡Ah! ¿Con qué, en eso consiste la diversión? Pero... ¡Calle! ¿Otro convidado más?

-No, señor; es el vecino de la tienda, el Sr. Liga, que viene armado con su caña y demás arreos de pesca, para ver si me corría la delantera en llevarse a V.; pero, amigo, por esta vez chasco se lleva.

-Ya escucha V., Sr. Liga, mi compromiso; el señor Postas es más madrugador que V.

-No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla con todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande.

-Una ballena tal vez; ¿no es verdad, Sr. Liga?

-Vaya, señor vecino hay que venirse con pullas; que a las veces donde menos se piensa salta la liebre.

-Eso de liebre (replicó vivamente el Sr. Postas) me toca a mí, y salte ella una vez, que así se me escape a mí como por los cerros de Úbeda.

-Pues, señores, ya estoy vestido y a la orden de ustedes.

-Ahora falta que escoja entre los dos elementos.

-El caso es que yo creo que ambos son a cual mejor, y si pudieran reunirse, no encuentro motivo para separarlos.

-Dice muy bien el vecino; ¿hay más que marchar juntos, y allí donde atravesare el aire algún bulto, lucir usted su habilidad, Sr. Postas, y donde toparemos agua, sacar yo partido de la mía?

-Vamos, señores, vamos, pues, a nuestra anfibia expedición.

Esto diciendo, nos dimos a luz por las pacíficas calles, donde sólo encontrábamos a tales horas cual o cual lechero o buñolera, que preparaban con sus expeditos manjares el camino de la tienda de la esquina, que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligación era la de oír misa; entramos en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devoción; el sonido de la campanilla; los trémulos pasos de algún anciano; la tos de algún otro escondido en las capillas; los fuertes golpes de pecho de un mozo, o el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella, no pude menos de comparar tal espectáculo con el que

algunas horas después ofrecería el mismo templo, henchido de gentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distinción, y más ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplación del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia, ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron a hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del día; y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces dando encargo a un mozo que nos siguiera con ellos a lo lejos.

Saliendo después por la puerta de Toledo, nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversión; el Sr. Liga, en cuanto vio el agua, tomó su posición académica, enarbolando su caña, y el Sr. Postas echó a correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero, con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él, sólo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible, me alejé del vecino, fui a encontrar al lejano mozo, y le envié cerca del pescador con encargo de pregonar sus peces, entre tanto que me dirigía a buscar a Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondía a aquella salva, pues todo se redujo a un gorrión, que tasado por peritos, podría valer hasta ocho maravedises, a trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidos. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacía; pero observando yo lo inútil de su eficacia, resolví acudir al consabido expediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta alrededor del cazador.

Situeme después en un puesto distante, y según la señal convenida, llamé con la bocina a mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con su aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debía; pero al preparar el almuerzo con ellas, no pude resistir a la tentación cruel de hacer presente al Sr. Postas que aquellas perdices habían sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal: replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo a sonar el cuerno, se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciría su vista en ambos adalides, y sólo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo a las armas, y me dejaron en disposición de volverme pacíficamente a Madrid.

Las nueve poco más serían cuando le atravesé de uno a otro extremo, y mientras lo hacía con todo despacio saboreando las diversas escenas que se presentaban a mi vista, sentime llamar por un amigo, que me seguía de cerca, el cual tomando la palabra, -¿Qué es eso, señor Curioso (me dijo), va V. recogiendo materiales para sus Escenas Matritenses? Pues algunos podría yo darle a usted; que también yo hago mis observaciones, y aun me precio de inteligente en el arte de Lavater. Y si no, ¿quiere V. que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando a nuestra vista? Pues óigalo V.

¿Ve V. aquel caballero tan bien portado, que corre diligente con un lío debajo del brazo, cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va a llevar la ropa a los parroquianos; diez y seis de ellos están esperándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado más que para cuatro, con que los otros doce irán a reconvenirle al taller; pero él ha previsto ya este inconveniente cerrándole y marchándose a pasar el día al soto de Migas Calientes.

Ahora repare V. a esotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros; media hora hace que salió la joven (que en su guardapiés de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama, que la encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha: -«Descuide V., señora, en cuanto oiga misa». Pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo, que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestra de entrar; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va trascurrido, tendrá ya la muchacha que volver a su casa.

-¿Y a V. qué le importa -le repliqué yo a este punto-esa intriguilla escuderil? Eleve V. un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esta mamá noble, que acaba de salir de su casa llevando delantero un pimpollo de muchacha; observe aquel cuidadoso descuido de su traje matutino, y cómo no ha temido su belleza a la peligrosa experiencia de la papalina rizada y pegadita a la cara; vea V. cómo ese pañuelito corto y recogido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de color su pie de cinco puntos; mire V. con qué gracia nos hace conocer que ya a misa, ostentando en las manos su devocionario, lindamente encuadernado a la Gauffré por Alegría o por Ginesta; pero, sobre todo, ¿a qué no adivina V. por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces hacia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y si no, torne V. su vista hacia ese joven militar con capote de harragán azul forrado de encarnado, que viene detrás de nosotros acortando sus pasos y como midiéndolos a un compás conocido, rizándose los bigotes y oblicuando sus miradas a la acera izquierda, por donde va la niña.

-¿Y cómo ha sorprendido V. su pensamiento?

-Muy fácilmente: observando que él salió de un portal de enfrente al mismo tiempo que ella de su casa, espiando después sus miradas de inteligencia, y... pero ¿a qué cansar? Sígalas V.. si quiere, y por mí la cuenta si no les viere oír una misma misa. Mas no; déjeles V., y repare en ese joven que se adelanta hacia nosotros con su traje deslumbrante, como que conserva aún todo el brillo de la fábrica; contemple V. su atusado sombrero, todavía caliente de la plancha; su elevado corbatín; su lazo tan enigmático; sus botones de piedras de color; los sellos de similar purísimo; pues es un honrado ropero de la calle de Toledo, que va derechamente a hacer su visita matutina y en gran tren a su futura, la hija de madama Bobiné, modista de Orleans; pero antes reflexiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorización de su blanca mano, y con efecto, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ay! que ése que ha entrado detrás de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el día de fiesta; verdad es que el día de trabajo nadie se los compra.

-No pierda V., por Dios (me dijo a este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simón, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chicas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, a cuyo pie podría escribirse: Una Boda del Barquillo. La novia es una tabernera de la calle de San Antón, y el novio un alojero de la de San Marcos; el padrino, que es un tocinero rico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el día, con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar a todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaución de emborrachar al cochero de aquí viene esa marcha oblicua y desigual que V. observa, y que concluirá por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos que acompañen con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos, eran las once cuando llegué, a mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga observé a un mancebo muy agraciado que estaba a la puerta haciendo sonreír a la esposa de aquél, con lo cual no pude menos de exclamar: ¡Cosas del mundo! ¡Su marido acaso no habrá sacado aún un pez, y a ella, sin buscarlos, se le vienen a la mano!

Subí, diciendo esto, a mi cuarto, cuando sentí abrir la puerta de mi vecino el Sr. Magnífico Pabón, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó: -«¿Es el peluquero de su señoría?» -No, amigo, le contesté; pero, según el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejó a la puerta de la tienda, componiendo una receta de mil flores; y así era verdad, pues a este tiempo subía ya el mancebo, preparando los peines al son del romance francés de Le Trouvadour.

Encerrado, por fin, en mi cuarto, me proponía aprovechar el resto de la mañana en disponer mi artículo; mas no bien lo empezaba a hacer, cuando entró por la puerta el Sr. D. Magnífico en persona, radiante como un reverbero, que iba a la corte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle para hacer después juntos varias visitas; acepté el ofrecimiento, y henos aquí caminando a Palacio por entre una multitud de carruajes de todas edades y condiciones, y de otra aun más numerosa de pedestres en canillas, cuya vista fija en los pies se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmunda profanación del lodo.

Llegados a Palacio, subió mi compañero, y yo marché a esperarle en casa de un amigo, donde no tardó en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habían salido, cuál a la misa de la tropa, cuál a la de las dos en el Buen Suceso, cuál a la revista en el Prado, y cuál, en fin, a otras visitas, y esto me convenció de la ventaja de hacerlas en día de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicación de D. Magnífico, y aunque no teníamos necesidad de ello, atravesamos a lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida a aquella hora, entre sol y sombra, la flor y la nata de la andante caballería, y al pasar por aquellos grupos, no pudo prescindir mi vecino de bajar el cristal y sacar por el ventanillo la mano a de su uniforme, con lo cual quedó satisfecho de haber fijado la conversación general por cinco minutos.

La tarde de un día de fiesta necesitaría por sí una prolija descripción, en que podría lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaría de un lado a una buena parte de la multitud, piadosa y recogida, poblando las iglesias para asistir al jubileo o al sermón, en tanto que otra gran parte del pueblo corre bulliciosa a los circos a presenciar las gracias de un novillo o las desgracias de un volatín; opondría la variedad y la alegría de los retirados paseos, tales como la pradera del Canal, la Florida, la Virgen del Puerto, la Fuente Castellana y otros así, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales y los juegos bulliciosos ofrecen una animación exagerada, y aun peligrosa algunas veces, a la prosopopeya uniforme de los paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro; las ruidosas disputas de las tabernas y las acaloradas discusiones de los cafés; la complacencia extraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por el primer fantasmagórico español, o de los azares de D. Simplicio Bobadilla, y la fría indiferencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas después el Cid de Corneille o el Pirata de Bellini. Esto me hizo repetir la observación que alguno ha hecho antes que yo, a saber: «Que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer del pobre».

Tarareando aún el rondó final de la ópera regresé a mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso, que vino a distraer mi atención, y fue que, al entrar en mi cuarto, me hallé tendido al Sr. Postas llorando su desventura.

-¿Qué hay, Sr. Postas? ¿qué llanto es ése?

-¡Pobre de mí, señor vecino; pobre de mí, que he ido por lana y vuelvo trasquilado!; quiero decir, que salí de mi casa a cazar sin haberlo conseguido, mientras que otro ha cazado en mi casa todo lo que había en ella.

-¡Qué desgracia!

-Verdad es que no había nada; pero menos he hallado yo fuera, como no sea este fognazo que me ha abrasado media cara.

-Vaya, consuélase V.; podrá ser que... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba?: «¡que me mata, vecinos!» ¿Qué es esto?

-Nada, señor vecino, no se asuste V., será el tío Curro Cariñena, el oficial de zapatero que vive en la buhardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales días, y tratará de disculparse con su mujer dándola de palos.

-¡Infeliz! Vamos a socorrerla.

Hicimoslo, en efecto, no sin grave trabajo, y dejando al Sr. Postas en su habitación, torné yo a la mía para acostarme, como lo hice, procurando desechar penas y enojos; pero el ruido del baile que aquella noche daba don Magnífico, pared por medio de mi alcoba, no me dejaba sosegar un momento, haciéndome renegar de mi vecindad y del día de la fiesta, cuando de repente siento una agitación universal en toda la casa, y entre carreras y gemidos llegan a mí las voces de «¡fuego, fuego!» -Salto precipitado de mi lecho, corro al peligro, y encuentro que era el fogón del Sr. Liga, que habiéndole abandonado sin precaución por

todo el día, el marido ausente en la pesca, y la mujer en los novillos, salía ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternación entonces se hizo general; toda la vecindad acudió a apagar el incendio, y aunque felizmente lo conseguimos muy pronto, tardamos aún el resto de la noche en recoger las reliquias de muchos efectos que algunos amigos officiosos, para librarles de todo peligro, habían arrojado violentamente por el balcón.

(Abril de 1833)

La casa a la antigua

Muy distinto era el asunto que me proponía tratar en mi artículo de esta semana; pero, al prepararme a ello, hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala D. Perpetuo Antañón, sujeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribía llenaba mis deseos; hasta que volviendo a leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaría yo prestar a mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el piticel del propio interesado; y en su consecuencia, nada podrían agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y hela aquí punto por coma:

«Señor Curioso: Usted es el mismísimo Diablo Cojuelo, y aún más, pues sin el ingenioso expediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquél al licenciado D. Cleofas, nos pone V. de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observación se escapa a la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exagerada en pro o en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto más importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y también nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspección), y puede ofrecernos más modelos que seguir y más escollos que evitar que la misma historia, por la sencilla razón de que hay más Juanes o Mengas que

Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerían ridículos en un mercader de la calle de Postas.

»Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta también la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no pudo menos de asaltarme la idea de que V. tenga a sus órdenes algún espíritu foletto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si a un mismo tiempo fuera joven, viejo, elegante pelucón, padre, amante, galán, cortejo o pretendiente. Esta consideración, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrín, al comunicarle la noticia de mi desmán, la fuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama; y por si así sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela a V., a fin de que después haga el uso que crea conveniente.

»Para mayor inteligencia de mi discurso, empezaré por decir a V. que aquí donde no me ve, soy un antiguo comerciante; que habiendo debido a la Divina Providencia y a cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto, sino de quiebras fraudulentas ni de especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fe nunca desmentidas, resolví, habré cinco años, retirarme de los negocios y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura a que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

»No le negaré a V. que la causa principal de mi retiro fue, sin duda, la continuada reflexión sobre los vicios que la miseria parece haber puesto a la moda. Observé la mala fe de los diestros estafadores; vi la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interés de los bajos aduladores, y conocí, en fin, la delicada posición de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta convicción, o mi natural deseo del descanso, ello fue que desde entonces me encerré herméticamente en mi casa, con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia experimentada.

»Confesaré a V. que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los más antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado y toda su exterioridad están anunciando a los transeúntes su fecha de tres siglos; convengo también en que el interior no es de más moderna invención; que no reina en él la economía presente; que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones inmensos, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, buhardillas y sótanos para guardar un almacén. Por otro lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo, no solamente encuentran cabida en este inmenso casarón, sino que juegan muy bien, por su fecha y por su forma, con lo material del edificio; y si no, dígame V., ¿en cuál de los del día podría yo colocar las costosas arañas de doce brazos, que llenan ellas solas una sala; los cuadros de tres o cuatro varas, las mesas macizas de nogal, los sillones de vaqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro registros, las alacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irían en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo Pródigo, los ricos escaparates del Nacimiento, los sitiales encarnados, los

bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas elevados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pábilos o de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres a este tenor como forman el adorno de mi habitación? Y, por último, ¿qué figura había de hacer yo mismo, vestido a la 1805, con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzón corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, bastón de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

»Sin querer, señor Curioso, le he hecho a V. la descripción de mi habitación y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? -Pues óigale V. -Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es acudir a oír misa a la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cotidiana; satisfecho este primer deber, me suelo dirigir a cualquiera de las plazuelas de San Ildefonso o de Santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable, con la animación y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta a mi casa, me entretengo agradablemente con el jicarón de dos onzas de chocolate, eclipsado entro cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del Diario (único papel a que conservo afición, por ser, a mi entender, el que más ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almoneda o pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinación mercantil.

Cuido después de mis tiestos y mis canarios, y salgo a las diez a visitar algún amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado a costa de lo presente; entro luego en una librería donde suelo escuchar cosas que no están escritas en ningún libro; recorro después plazas y prenderías, buscando preciosidades parecidas a las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino después el estado de las obras públicas, calculando su duración (en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años), y por último, vengo a parar en mi antiguo almacén, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

»Allí permanezco hasta que suena una del reloj del Buen Suceso, a cuya hora vuelvo a mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie más que un sentido a otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo la comida, que, entre trabajo y descanso, suele prolongarse hasta las tres.

»Alzados los manteles, me retiro a dormir una horita de siesta, y después salgo a paseo con algún amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito por el camino de Chamberí o a las Ventas de Alcorcón. Sentámonos donde nos parece, al sol o a la sombra; parámonos de vez en cuando a tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa e inocente plática, aguardamos a que el sol empiece a esconderse para volver a la capital y dirigirnos, ya juntos, ya separados, a restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida de un vaso de limón o de agraz. Reúno después la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste, suelo retirarme a mi despacho a leer un par de horas, o bien acontece bajar el vecino D. Segundo con su esposa (que forman con la

mía y conmigo dos parejas homogéneas), para jugar una manita de mediator o malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, a fin de poder oír entre sábanas la campana de las diez.

»Tal es mi método de vida, que sólo se interrumpe dos días en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mío; en ellos, aderezas del convite a los vecinos a mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la función del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece a la familia clásica o a la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.

»Pero es el caso, señor Curioso de mi alma (y aquí entra la parte más sensible de mi narración), que así como no siempre llueve a gusto de todos, tampoco esta serenidad complacía a mi hija única desde que dio asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia. Hecho un Argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase a conocer las seducciones del mundo, me oponía a todo aquello que consideraba propio a despertar sus pasiones, evité cuidadosamente que ninguna persona humana, mas que mis dichos vecinos, visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas; desterré lecturas, músicas y baile, y en los ratos que me ostentaba más amable, de vuelta a casa, después de un paseo con ella a la fuente del Pajarito o a Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria canción contra las costumbres del día, la daba a leer algunos de los artículos de usted en las Cartas es pañolas o la Revista, tales como Las Visitas de días, El Prado, Las Tertulias, Las Niñas del día, etc., con lo cual creía haberla convencido de los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demás medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va V. a juzgarlo por sí mismo.

»Ya he dicho a V. que mi casa era inaccesible a los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrían suscitar; sin embargo, el amor y el interés fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de mis amigos; pero mi contestación se reducía siempre a decir que mi hija era muy niña y no perdía tiempo (y a la verdad que esto último era demasiado cierto), con lo cual todos quedaban despedidos y yo satisfecho de mi precaución. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y aún no sé si diga de mi manía.

»Yo tenía, por mis pecados, un pleito pendiente, de cuyo estado venía a darme parte alguna vez mi procurador don Simón Papirolario, el cual solía traer consigo, para llevar los autos, a su escribiente Frasquito, mozo despierto y hablador; éste, con toda intención, encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, mientras iba él a la cocina o a la pieza de labor a beber agua o a encender el cigarro, y... ¿lo creerá usted, señor observador?... Pues tal ha sido el disfraz que tomó el amor para rendir el corazón de mi hija; con éste trastornó su cabeza, inspirándola una pasión frenética, y éste, en fin, es el que, a consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir, como yerno mío, después de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador!...

»Ahora dígame V. si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, o si cree más bien que haya sido un resultado forzoso de él; en cuyo caso debo desengañar a los que le sigan, aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo y que escarmienten en cabeza del inconsolable -Perpetuo Antañón».

Hasta aquí la carta del afligido corresponsal, y no habrá un solo lector que no haya observado en este buen señor a uno de aquellos espíritus exagerados que tienen la desgracia de no ver más que los extremos de las cosas. Huyendo de las seducciones del gran mundo, vino a caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor, y se le entró por la ventana. ¡Lástima grande que no hubiera tenido un amigo sincero que a tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente!

«Vigile V. en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservación de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable; huya tal vez de las tertulias y sociedades en donde la seducción se halla sistematizada; mas no cierre su casa a un pequeño número de personas escogidas y dignas de frecuentarla; dirija, en vez de torcer, las inclinaciones de su hija, y no dude que éstas serán racionales cuando cese de mirar en el techo paterno una prisión, y en el primer miserable atrevido que se la presente, su libertador y paladín».

(Abril de 1831)

La casa de Cervantes

El antiguo Madrid no existe ya. Si por ventura lució con el nombre de Mantua en tiempo de los griegos, ningún testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad.

¿Pretendemos buscar el Maioritum o la Ursaria de los romanos? ¿Dónde están, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquéllos enriquecieron su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su existencia en aquella época. Los godos, que arrancaron a los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la invasión de los sarracenos, ¿qué monumentos de su poder dejaron a esta villa? ningunos; ni las historias de aquellos reinados la nombran aún.

¿Qué pruebas tenemos de la prosperidad del Magerit de los mahometanos? Un estrecho recinto contenido desde el sitio donde estuvo el Alcázar y al de Puerta de Moros, y en él muchas calles revueltas y costaneras; uno o dos templos de mezquinas proporciones, y los nombres de algunos sitios; tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo, de la conquista de Alfonso VI.

El soberbio Alcázar de Madrid, que resistió a las tropas del Sultán de Marruecos, y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y D. Enrique, doña Isabel y doña Juana; las poderosas murallas, las torres y puertas que aún se conservaban en el reinado del Emperador, todo fue desapareciendo con el tiempo, pudiéndose hoy apenas encontrar algún otro edificio cuya fecha sea anterior al establecimiento de la corte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero, aquella real determinación, atrayendo a esta villa el poder y la riqueza de dos mundos, hizo nacer como por encanto una población cuya extensión y suntuosidad oscureció casi del todo las glorias de la antigua; y he aquí la razón por que los recuerdos matritenses apenas penetran más allá de aquella época.

La imaginación se sorprende con el brillante espectáculo de la corte del poderoso Felipe II y de sus dos sucesores. Capital de la monarquía más extendida del orbe; llave de la política europea; teatro de los más importantes acontecimientos; centro de los hombres más distinguidos, Madrid se identifica entonces con los recuerdos más gloriosos, y su historia es ya desde aquella época la historia de la monarquía. -Eternos, por lo tanto, deberían ser los monumentos de tal grandeza; mas, por desgracia, el trascurso de los tiempos, los desastres de las guerras y el capricho y comodidad de los moradores de esta villa han ido destruyendo continuamente aquellos históricos documentos, en términos que sólo algún otro edificio público nos queda para idea de la corte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbón, dirigida por el buen gusto de la época presente, han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magníficas obras que prestan a la villa su actual suntuosidad. -El palacio de Felipe IV pereció, pero en su lugar se eleva uno de los más elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso Conde-Duque, apenas conserva vestigios de su primera faz, si bien ostenta en el día nuevos primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Austria, destruidos por la mayor parte en la invasión francesa, aparecen hoy despojados de su carácter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatro de las de aquella época, presentan hoy un aspecto y una importancia diferentes; el ingenioso Calderón desconocería el florido Parque de Palacio en el inculto término que hoy conocemos con aquel nombre, al paso que sentiría admiración al contemplar el magnífico paseo que ha sustituido al desigual y escabroso Prado de San Hierónimo. Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magníficas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad

y elegancia que adornan a la corte de Carlos III y Fernando VII, la harían desconocida a los mismos que en otro tiempo la pintaran; al inmortal Cervantes al sublime Calderón, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y a tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiración de Europa.

Mas si nuestra exigencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no así lo quedaría nuestro entendimiento y nuestra memoria si pretendieran saborear la magia de los recuerdos, despojados ora de los restos de la antigüedad; en vano intentaríamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos identificarnos con ellos, uniendo su memoria a los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaría al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista donde buscábamos la sombra del antiguo genio.

No era un mero capricho el que había determinado en mí estas reflexiones, sino la escena que acababa de presenciar, y en la que yo había sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del León, viendo derribar la casa número 20 de la manzana 228, que hace esquina y vuelve a la de Francos, había largo rato que permanecía abismado en aquellas o semejantes consideraciones, cuando llamó mi atención, viniendo a sacarme de mi éxtasis, el caballero Roberto Welford, joven inglés de ilustre nacimiento, y uno de los poquísimos extranjeros que visitan nuestra España con sólo el objeto de verla.

-¿Qué hace V. ahí -me dijo-, tan absorto y entretenido?

-Veo derribar una casa.

-Por cierto que es un filosófico espectáculo.

-Acaso más de lo que V. cree.

-Conforme: si la casa es de V., desde luego le doy la razón.

-No, no es mía, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento; más sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y V. sin duda participará de mi sensación cuando le diga que en esa casa, que desaparece ante nuestra vista, vivió y murió pobremente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

.

-¡La casa de Cervantes!... (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresión tan repentina en el semblante del inglés como la que le produjo el solo nombre del autor inmortal). ¿Es posible? -exclamó con resolución-, y ¿quién se atreve a profanar la morada del escritor alegre, del regocijo de las musas?

-El interés, míster, el interés será el que justamente incline a su dueño a sacar más partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen.

-¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su país no se apresuraron a adquirir a toda costa el único resto conmemorativo de tan célebre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento? -(Y esto diciendo, sacó su álbum y empezó a dibujar la fachada de la casa; acción sencilla, pero expresiva, que hizo correr mis lágrimas.

-Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervantes (decíale yo mientras continuaba su dibujo) han averiguado con efecto, a no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre, cuya sangre derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las prisiones, y el sublime mérito, en fin, de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atención de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente el día 23 de abril de 1616.

-¡Cómo! (exclamó vivamente el inglés), ¡en el mismo día que nuestro Shakespeare! Pero el poeta britano tiene el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de nuestros monarcas, mientras que el español... ¡Qué contraste!

-Su cuerpo fue depositado, por disposición suya, en el convento contiguo de las monjas Trinitarias; pero el injusto desdén que le persiguió durante su vida, privó a sus cenizas del homenaje merecido, llegándose a ignorar hoy el lugar de su sepultura; culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los más eruditos españoles que vinieron después, ocupados cuidadosamente en recoger los más pequeños datos de la vida del autor del QUIJOTE; los sabios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal; las prensas y buriles, continuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aún completo desagravio a la ultrajada memoria de Cervantes. Estaba, pues, reservada esta gloria a nuestro monarca actual, consagrando a aquél un monumento más noble y desconocido entre nosotros; sí, amigo mío; a la voz del Soberano, y bajo la dirección de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados a las letras y a las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del Manco de Lepanto, para que, colocada su estatua en una de las plazas públicas de esta capital, sirva de eterno tributo consagrado a la memoria del escritor que forma el orgullo de la nación y las delicias del género humano.

-Cuando el Gobierno da el ejemplo (replicó el inglés), el público no debía mostrarse indiferente, y una suscripción voluntaria debería, no sólo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado exclusivamente a la mansión de un Cuerpo literario u otro objeto adecuado a la memoria del ilustre escritor.

-¡Qué quiere V.! Esos testimonios, prodigados al genio en otros países, no excitan entre nosotros emulación ni entusiasmo. Vea V. desde aquí, sin ir más lejos, aquella casa baja, señalada con el número 11 antiguo (en la nueva numeración tiene el 15), en la calle de Francos; pues ésa fue propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripción: «Parva propria magna, magna aliena parva». En ella vivió y murió, y aunque, por una excepción extraña entre nosotros, reunió durante su vida a una

decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron, y mereció a su muerte el duelo general de todo un pueblo, que acompañó sus restos hasta la bóveda de San Sebastián, muy luego fue olvidado en ella, y a pesar de los propósitos del Duque de Sesa, su testamentario, de levantarle un mausoleo correspondiente, es lo cierto que no llegó a verificarse, y que sus cenizas fueron confundidas después con las de la multitud.

Vuelva V. la vista a esa calle que tenemos a la derecha (que es la llamada del Niño); en ella, y su número 4, vivió el ingeniosísimo Quevedo, aunque de resultas de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterrado en Villanueva de los Infantes, a pesar de haber ordenado que su cuerpo se trajese a Santo Domingo de Madrid.

El más privilegiado en este punto de nuestros antiguos escritores es Calderón, quien, habiendo legado sus bienes a la piadosa Congregación de Presbíteros naturales de esta corte, de que fue Hermano mayor, mereció de ésta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura, a los pies de la iglesia de San Salvador, que aún existe, con el retrato del poeta, pintado por su amigo D. Juan de Alfaro.

Este es el único monumento que recuerdo existente hoy en Madrid elevado a las cenizas de un escritor, al paso que observará V. muchos prodigados a nombres sólo conocidos por sus títulos y riquezas. Mariana, Solís, Saavedra, Moreto, Tirso, Juan de Herrera, Velázquez, y otros tantos cuyos sublimes genios formaron otro tiempo el encanto de la corte y de la nación entera, yacen ignorados, sin que nadie se duela de ellos; los modernos Jovellanos, Isla, Meléndez, Moratín, Cienfuegos, Maiquez, y otros muchos, víctimas de su desgraciada suerte, fueron, por lo general, cubiertos con extraña tierra; y si bien la benevolencia del Monarca ha levantado monumentos duraderos a la memoria de algunos de ellos con la edición magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma; y en prueba de ello, me contentaré con citar a usted un hecho solo.

Aun no hace tres años que la Real Junta de Damas de Honor y Mérito de la piadosa Casa Inclusa de esta corte determinó rifar la casa y huerta de Moratín en la villa de Pastrana, de que aquél había hecho generosa cesión a dicho establecimiento. Dejo a V. considerar el resultado de una rifa abierta en Londres a la casa de Shakespeare, o en Paris a la de Molière; pues bien, en Madrid fueron tan pocos los billetes despachados a la de Moratín, que volvió a quedar por el mismo Establecimiento; bien es verdad que ni en los anuncios ni billetes se expresó haber pertenecido al Terencio español; pero esto mismo prueba la persuasión en que se estuvo de que semejante título no añadiría mayor estímulo a los jugadores.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared, viniendo al suelo y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó a retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente y volviendo a cada paso los ojos a la casa de Cervantes.

NOTA. -La lectura de este artículo, publicado por el Curioso Parlante en la Revista Española el día 23 de abril de 1833 (aniversario de la muerte de Cervantes), llamó la atención del rey don Fernando VII, y excitó de tal manera el celo patriótico del difunto Comisario de Cruzada, D. Manuel Fernández Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó a dar activos pasos, que produjeron a los diez días la Real orden que se copia a continuación. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aquí la parte que pudo caberle en tan patriótica resolución.

REAL ORDEN

«Ministerio del Fomento general del Reino. --Cuando llegó a noticias del Rey nuestro señor que se estaba demoliendo, por hallarse ruinoso, la casa núm. 20 de la calle de Francos de esta corte, en que tuvo su modesta habitación el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado a su patria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hiciesen proposiciones al dueño de ella, para que, adquiriéndola el Gobierno, se reedificase y destinase a algún establecimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquél tenía repugnancia a enajenarla, y queriendo S. M., por una parte, que sea respetada la propiedad particular, y por otra, que quede a lo menos en dicha casa y a la vista del público un recuerdo permanente de haber sido la morada de aquel grande hombre, ha tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referida casa, y en el paraje que parezca más a propósito, se coloque el busto de Miguel de Cervantes, de que está encargado D. Esteban del Agreda, director de la Real Academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripción en letras de bronce. El Comisario general de Cruzada, vice-protector de la misma Academia, D. Manuel Fernández Varela, animado de su celo por el fomento de las artes y por las glorias de su patria, se ha apresurado a proponer a S. M. que de los fondos que se hallan bajo su dirección, y de la parte de ellos que está destinada a auxiliar a los artistas, se haga el gasto necesario para llevar a efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de su Real orden lo comunico a V. S. para que tenga su debido cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el expresado Comisario general, vice-protector de la Academia, a quien lo traslado con esta fecha, y con el dueño de la casa, que ha dado para ello su consentimiento. Dios guarde a V. S. muchos años. -El Conde de Ofalia. -Madrid, 4 de mayo de 1833. -Señor Corregidor de esta villa».

En consecuencia de esta Real orden, y verificada la reedificación de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella, que da a la antigua calle de Francos, un medallón de mármol de Carrara, que representa la imagen de Cervantes en alto relieve, sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripción en letras de oro:

AQUÍ VIVIÓ Y MURIÓ

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,

CUYO INGENIO ADMIRA EL MUNDO.

FALLECIÓ EN MDCXVI.

La manifestación al público de este monumento tuvo lugar el día 13 de junio de 1834; y posteriormente, en la reforma de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por el celoso Corregidor Marqués viudo de Pontejos, se dio a la ya dicha de Francos el nombre de Calle de Cervantes, aunque, para proceder con claridad, este nombre le merecía la calle del León, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con accesorias a la de Francos; y con eso pudiera haberse llamado a esta última calle de Lope de Vega, pues consta la casa en que vivió y murió aquel gran poeta.

A propuesta mía en el seno de la Real Academia Española, esta ilustre Corporación dispuso colocar un elegante monumento en dicha casa, propiedad del Fénix de los Ingenios, LOPE DE VEGA, y en la cual falleció; y la solemne inauguración de dicho monumento tuvo lugar el 25 de Noviembre de 1862, aniversario del nacimiento del gran poeta.

También se dio (a propuesta mía en el Ayuntamiento) el nombre de Quevedo a la llamada del Niño, y se colocó una inscripción conmemorativa a la casa de la calle Mayor, núm. 95, en que falleció el insigne Calderón de la Barca. Últimamente, cuando en 1869 amenazó el derribo de la iglesia y convento de las Trinitarias en que yace CERVANTES, mis gestiones, en unión del Excmo. señor Marqués de Molins y D. Antonio Ferrer del Río, patrocinadas por el patriota Gobernador Sr. Moreno Benítez, dieron por resultado, no sólo la conservación de dicha iglesia y convento, sino que movieron a la Real Academia Española a costear el bello monumento mural, obra del escultor Ponzano, que luce en la fachada de dicho edificio religioso.

ADVERTENCIA

Desde el artículo anterior de La Casa de Cervantes, publicado en abril de 1833, hasta el de El Diario de Madrid, que lo fue en igual mes de 1835, mediaron dos años cabales, que el autor empleó en un viaje de recreo hecho a Francia o Inglaterra. -En este largo período y dilatado paseo, no sólo tuvo ocasiones de ejercitar su espíritu de observación, sino que coincidiendo con aquel período los graves acontecimientos acaecidos en nuestro país, la muerte del Monarca, la variación del sistema político, la reunión de las Cortes y promulgación del Estatuto Real, la guerra civil, la invasión del cólera morbo, y la supresión de las comunidades religiosas, varió completamente el aspecto, carácter y costumbres del pueblo español, así como la mayor libertad en la expresión del pensamiento abría ya ancho campo a la pluma del escritor. -En una sociedad constituida ya de tan diversa manera, agitada por tan encontradas pasiones y movida por tan nuevos resortes, para quien la lucha de las opiniones políticas era el principal alimento la guerra, y el debate los medios, la victoria y el triunfo su fin, déjase conocer cuán pálidos o insignificantes debían parecer los cuadros sencillos e inofensivos de una sociedad apacible y normal, que ya no existía,

trazados por el modesto pincel del Curioso Parlante. -Así lo reconoció él mismo, y convencido de su insuficiencia para brillar en otro terreno más propio del día, renunció por largo período a su agradable y filosófica tarea, dejando a la marcha del tiempo y de los acontecimientos públicos el cuidado de marcarle la oportunidad de continuarla.

Pero la comezón del escritor es una tiranía que domina absolutamente su voluntad, y aunque supo contenerla por espacio de dos años, no pudo menos de transigir con ella algún tiempo antes del que se había propuesto, si bien encerrándose siempre dentro de los estrechos límites que se impuso desde el principio, y limitándose a terminar con algunos cuadros más la revista festiva de la sociedad que desaparecía, sin darse por entendido del nuevo giro que tomaba la moderna. -Los artículos de El Diario de Madrid, La Procesión del Corpus, Paseo por las calles, El Patio de Correos, Las Casas de Baños, El Sombrerito y la mantilla, y A prima noche, son los que completaron por entonces aquella serie, que publicó con el título de PANORAMA MATRITENSE, y comprende desde enero de 1832 hasta octubre de 1835; y para hacerlos más independientes de las circunstancias presentes, para separarlos absolutamente de toda tendencia política, renunció el autor a insertarlos en ninguno de los numerosos periódicos que por entonces se disputaban ya el favor del público, y escogió para trasmitirlos el modesto folletín del Diario de Madrid.

«Con esto, (dije entonces) conseguiré ser leído, antes que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes o de queso de Gruyère; y si de este modo paso a la posteridad, no será por lo menos sin algo de sustancia».

El diario de Madrid

- I -

Por real privilegio, firmado en el Sitio del Buen Retiro por el rey D. Fernando VI, en 17 de enero 1758, se concedió permiso a don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta corte un Diario curioso, erudito, comercial y económico. Dicho Urive dio principio a su publicación el 1º. de febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada a las noticias comerciales de ventas, alquileres, etc., y he aquí el principio del Diario de Madrid, de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente con el trascurso del tiempo y de los adelantos de la perfección social.

Desde luego llamó mucho la atención del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el Gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicación, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la época, citaremos únicamente la disposición del juez de imprentas, que al mes de la publicación, y con fecha de 9 de marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera página del Diario la ocupase la vida del Santo del día; y así se empezó a verificar desde el siguiente, 10 de marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificación de los lectores. Sin embargo, no debieron ser éstos tan completos, cuando vemos que esta piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel año, dejando de poner dicho capítulo en 1º. de enero del siguiente de 1759.

Desde entonces empezó a insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, viajes, geografía, astronomía y otras ciencias, que si bien no decían nada de nuevo ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable.

Por este tiempo fue cuando, apoderándose el editor de la Historia general de los viajes, tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario de medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba más de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud a aquel torrente de ilustración, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entonces no llevó una marcha tan firme, que no hubiera de sufrir sus intercadencias, y así le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo a aparecer en 1.º de enero de 1776, tornando a suspenderse en 1.º de julio de dicho año y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de diciembre de 1781.

Apagose por fin aquella luminosa antorcha matritense, y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreveremos a asegurar si el público de la capital la olvidó pronto, o si bien, una vez conocida su utilidad, se condolió de su desaparición; pero hablando con la buena fe que nos caracteriza, como que nos inclinamos a creer esto último, y sin duda hubo de pensar así el extranjero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podía sacarse de esta publicación solicitó y obtuvo el permiso para continuarla; y en su consecuencia, empezó a salir a luz el Diario curioso, erudito y comercial, en 1.º de julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera existencia del Diario de Madrid, y desde luego por su redacción y por su forma empezó a tener más analogía con el verdadero objeto de su publicación.

Un observador que cotejase el primer Diario de Uryve con el de Thewin, por las materias contenidas en la primera parte, no dejaría de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, así como también el inayor movimiento mercantil e industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenía. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar a D. Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la ocasión de hacer observar al público una coincidencia singular, que un poeta romántico no hubiera dudado atribuir a la fuerza del sino. Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundación de este Diario por dicho Thewin, puso su imprenta y redacción en 1786 en la Puerta del Sol, número 7, frente al Buen Suceso; y vemos que después de medio siglo, por una combinación casual de circunstancias, ha vuelto a situarse en la misma Puerta del Sol, número 7, si bien no en la misma casa, y sí tres o cuatro puertas más arriba; pero la nueva numeración de Madrid ha venido a suplir esta diferencia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el Diario de Madrid en la posesión de entretener al público con anécdotas más o menos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos, y observaciones sobre todas las cosas observables. El famoso don Santiago Salanova, que le dirigió por algún tiempo, amenizaba los más de los números con acrósticos y ovillejos, que debían ser un pasmo en aquella época; Guerrero y Cacea, dos famosos ingenios de entonces, cuyos nombres ha denunciado a la posteridad el gran

Moratín, terciaban en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas endechas y lastimeras elegías «A la muerte del perro de Filis», ya retozando, en burlescas letrillas de estrambote y pie quebrado, sobre las faltas de las mujeres o las sobras de los maridos; y finalmente, el inagotable don Lucas Alemán, el Néstor de los poetas españoles, cerraba la función con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido excitar la sonrisa de tres generaciones. ¡Felices tiempos, en que tan fácil era entretener a un público tranquilo, y de cuyas más fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entonces faltaban a los periodistas los asuntos en que ocuparse, y debía ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacía la redacción de la cantidad de diez reales a todo el que le comunicase un artículo o discurso sobre asuntos eruditos o curiosos, lo cual no dejaba de deponer en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas, en fin, con un grado de interés mayor o menor, arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso siglo XIX, y aún consiguió alcanzar sin interrupción hasta 10 de mayo de 1808, en que, a consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes, fue envuelto en el trastorno general, y se empezó a publicar con carácter oficial por el Gobierno francés, en un pliego común y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de junio del mismo año, en que se suprimió por aquel Gobierno, sustituyéndole por la Gaceta diaria: en 8 de agosto del mismo año, libre ya la capital de franceses, volvió a publicarse el Diario en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias, políticas que por entonces absorbían la atención, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas, aunque después volvieron los franceses a ocupar la capital, no recibió el Diario nueva alteración, antes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominación, y pudo en 1814 recibir en sus páginas las apasionadas coplas del elegíaco don Diego Rabadán, las de la musa sombrerera de Madrid, y otras de varios ingenios de esta corte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de la Constitución y nuestro Diario siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de dirección, fue escaseando los razonamientos y aun las coplas, y limitándose más bien a la inserción de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la Gaceta de 28 de marzo de 1829 apareció el prospecto del Diario de Avisos de Madrid, y se notificó al público que S. M. había concedido el privilegio de su publicación por diez años a D. Pedro Jiménez de Haro, mediante una retribución anual para los establecimientos de Beneficencia. En dicho prospecto se anunciaba al público que el Diario en adelante no contendría ninguna especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del Gobierno y los anuncios de los particulares; y ha sido tan fiel a este propósito, que desafiamos al más lince a que en dicha serie de los diez años encuentre, no digamos un solo artículo razonado, pero ni una línea, una palabra sola en razón, por el notorio abandono de los anuncios particulares.

De aquí nacían aquellos chistosos despropósitos que hacían reír diariamente al público maligno de esta capital; en unas ocasiones se vendían «s sombreros para niños de paja»; en otras, «medias para clérigos de lana»; «hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herraje»; «zapatos para hombres rusos hechos en Madrid»; «camas de matrimonio con su

cópula correspondiente», y otras a este tenor, de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio, sin necesidad de más citas de nuestra parte.

Cumpliose en fin aquella década, y en 1º. de abril del presente año, de gracia de 1835, a virtud del nuevo permiso concedido a D. Tomás Jordán, salió a relucir el Diario, doblando de un golpe sus dimensiones; y habrásenos de permitir el que, después de traer la historia de esta publicación, entretengamos ahora la paciencia de nuestros lectores sobre el objeto y utilidad de ella, y las mejoras que a nuestro corto entender ha recibido.

- II -

Hemos hecho en nuestro anterior artículo una historia del origen y progresos de este periódico; réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales, que le hacen indispensable a toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene a ser dentro de ellos la orden del día para el movimiento económico de la población.

¿Quién es, con efecto, el que no acude a este depósito central a adquirir las noticias respectivas que su curiosidad o su interés le hacen desear? -La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del día o las funciones religiosas; -los que desean saber a punto fijo el grado de calor o de frío que han sentido el día anterior, no quedan persuadidos de ello hasta que lo ven confirmado en el Diario; el militar busca la orden de la plaza, y el paisano las de las autoridades civiles; -el tendero o la viuda rica examinan los anuncios de casas, ya en pública subasta, ya a voluntad de sus dueños; todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario, que el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear más útilmente; -los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso, en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor; -los aficionados a la lotería tienen la satisfacción de saber que tal o cual premio ha caído en Madrid, y aun el nombre de una patriota conexas con las víctimas del Dos de Mayo; -los que tuvieran alhaja que empeñar saben que hay Monte de Piedad; -el público todo conoce a cómo pagan el trigo los tahoneros, -y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que los produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfacción de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto a la primera parte de anuncios oficiales; que si de ahí nos deslizamos en la segunda, que comprende los particulares de comercio e industria, ¿quién es el sér tan completamente independiente, que no tenga que ver con alguna de estas líneas?

Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunación, a menos que haya transigido con las viruelas; ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido a la plebe); -ha sido mancebo, y se ha visto obligado a tener bigotes o patillas, o bien lo ha sido preciso quitarse uno y otro, según la aplicación que se haya dado al género romántico o al clásico; y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir a los cosméticos para hacerlas crecer, o las navajas para rasurarlas; -ha sido dama, y ha necesitado ser hermosa; y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez o un agradable color, se ha visto obligada a adoptar el agua de madama Ma, o la balsámica de la Meca, que usan las damas de Borneo; -ha sido libertino, y siente

los dolores osteocopos o sifilíticos; en este caso, nadie mejor que los empiricos pueden sacarle. del apuro con bálsamos y redomitas; -ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Candelas o las truchas del Barco de Ávila; -ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene los ungüentos, los calefactores, los bragueros vienen a su socorro; -por último, se ha muerto; no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja a precios cómodos y a gusto del consumidor.

Todas estas y otras más, ventajas ofrece la lectura del Diario al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, este hombre por fuerza se ha visto precisado a vestirse según su clase, y ha debido acudir a los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico; -si ha obtenido un empleo, puede encontrará poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo; -si ha de tomar casa o poner tienda, se le presentan alquileres y trasposos de enseres y reputación; -si aficionado a la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra; -si necesita criados que le sirvan, podrá escogerlos en la dilatada escala que media desde los sujetos decentes que se ofrecen a administrarle las fincas o llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete a cuidárselas, si las tiene; -si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interés y una hipoteca bastante a juicio de usurero; -mas si, por el contrario, le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los días de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construcción del segundo.

Sobre la tercera parte del Diario, de cuya oportunidad le felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de Agenda que la designa dio lugar a los chistes de algún periódico. Unos se irritaron porque estaba en latín; -para otros estuvo en griego, y hubo quien sostenía que era una palabra demasiado francesa. -Nosotros confesamos nuestro pecado; pero tratándose de indicar movimiento o cosas que han de hacerse, encontramos algo pobre en este punto nuestro Diccionario (sin duda porque acaso sea la moda del país el no hacer nada), y he aquí la razón por que creímos prudente el haber acudido a nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debía ser esta palabra vacía de sentido. Esto en cuanto a la cuestión del nombre; por lo que hace a la esencia de aquel artículo diario, nos hace agradecerle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente o litigante; pues el que quiera moverse en cualquier sentido ha de acudir a solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero, ha de sostener un pleito para cobrarle, y el que adquiere cualquier derecho, le ha de costar derechos el conocerle. -Esto prescindiendo de las demás noticias curiosas que ofrece dicha agenda sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba, sin duda, a nuestro Diario para hacerle general a toda la población, y puede asegurarse que en las primeras capitales de Europa no existe ni puede existir esta comodidad de un depósito central de noticias locales; lo cual es natural, atendida la inmensa población de aquellas ciudades, que da suficiente alimento de anuncios a considerable número de periódicos; pero esto, sin embargo, no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual Diario de Madrid, advirtiéndole que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con poco más de dos cuartos diarios. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del Diario mayor utilidad? ¿Quién el que no pone a usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género más barato, el aborro de un paseo inútil para acudir a una audiencia, y demás circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al día? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos, ¿no habrá de tasarse más que en ocho reales al mes?

Después de todo lo dicho, sólo nos permitiremos una observación, que prueba el adelanto de los tiempos, a saber, que este periódico, que tan limitado principio tuvo y aun en sus mezquinas bases no podía sostenerse, no sólo se basta en el día a sí mismo, aun después de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado, y con aplicación a los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de ciento veinte mil reales.

(Mayo de 1835)

La procesión del Corpus

- I -

1623

Era el día 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad había sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, a consecuencia de la revelación de unas virtuosas mujeres que la confesaron a Roberto, su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleón, después Urbano IV, que expidió bula en 1272 para su celebración. Desde entonces se verificó ésta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíanse siempre en ella, por su ostentación, la corte de los Reyes Católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar a nuestros lectores un ligero diseño de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginación a aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre éste y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atención en el dicho día 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne función del Señor. Concurría para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuart, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (después Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), había llegado a Madrid el 7 de marzo de aquel año (1623) para enlazarse con la infanta doña María de España. El rey,

los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban a porfía en obsequiar y halagar a tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa, que dispone el modo y forma de arreglarse la procesión en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste a la procesión, o el Presidente del Consejo en caso contrario, se reúnan todos en dicha iglesia, y los Consejos, divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con cancelas. Así hacia la pila del bautismo estaba el Consejo de Cruzada; a los pies de la iglesia, MADRID; en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias; en la capilla antigua, frente a la puerta de las gradas, el Consejo Real de Castilla; en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisición; en la de Santa Ana, el de Hacienda; en el cuerpo de la iglesia, a mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y a la izquierda, los Grandes. El sitio del Rey y Príncipe, junto a la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se les sirven al Rey y al Príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados, en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes e iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de a libra y otra de a media, y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias, las entregan al capellán de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el Rey, y después al Príncipe. Después que se empieza la misa se le da principio a ordenar la procesión por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose los regidores las cuatro varas y ocho bordones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el Príncipe de Gales, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó (que fue en el entresuelo de la torre primera del Alcázar), la vio pasar, permaneciendo en pie durante toda ella, así como el Marqués de Boukingham y demás caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo, se arrodillaron todos.

El orden que llevaba la procesión era el siguiente: Abrían la marcha los atabales y clarines -seguían los niños Desamparados y los de la Doctrina -luego los pendones y las cruces de las parroquias -los hermanos del Hospital General -los de Antón Martín y las comunidades religiosas por este orden: -Mercenarios descalzos -Capuchinos -Trinitarios descalzos -Agustinos descalzos- Carmelitas descalzos -Clérigos menores -Padres de la Compañía de Jesús -Mínimos de la Vitoria -Jerónimos -Mercenarios calzados -Trinitarios -Carmelitas agustinos -Franciscos -Dominicos -Basilios -Premonstratenses -Bernardos y Benitos. -La cruz de Santa María de la Almudena -la del Hospital General de corte -la clerecía en medio de las Órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares. -Al lado derecho el Consejo de Indias -el de Aragón -el de Portugal -el Supremo de Castilla. -A la izquierda, el de Hacienda -el de las Órdenes -el de la Inquisición -el de Italia -el Cabildo de la clerecía -veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios

-la Capilla Real con su guión -tres caperos, el de en medio llevaba el báculo. -el Arzobispo de Santiago de pontifical -los pajes del Rey con hachas -las andas del Santísimo -la villa con el palio -el Rey. -El Príncipe al lado izquierdo -un poco detrás, el cardenal Zapata al derecho -el cardenal Espínola al otro lado -el Nuncio en medio de los dos -el Obispo de Pamplona detrás -El inquisidor general -el Embajador de Polonia -el Patriarca de las Indias -el Embajador de Francia -el de Venecia -el de Inglaterra -el de Alemania -el Conde-duque de Olivares -los grandes cerca de la persona del Rey -los títulos y señores o tropas en medio de la procesión -las dos guardias españolas y tudesca a los lados de la procesión -y detrás toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este día empezase la representación pública de los autos sacramentales, que seguía durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tabladros, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes; principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del Rey, el mismo día del Corpus a las cuatro de la tarde, y acabado aquél empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero a la plaza de la Villa a representarlo al Consejo de Castilla, y después la misma noche al de Aragón; seguía el segundo auto en la forma referida; y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al Consejo de Inquisición, y por la tarde a Madrid, desde donde, por el orden que queda expresado del día antecedente, se seguían representando a los Consejos de Italia, Flandes, Órdenes; y el sábado a los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por Consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los días de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente a ella.

Así pasó hasta el año de 1676, en que por excusarse algunos Consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas e inconvenientes, y habiéndose consultado a S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Después, por lo molesto que era para los reyes la representación de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y el otro el viernes, y este día se hiciesen los dos al Consejo, dando principio la compañía que el día antecedente representó en Palacio, y el mismo día al Consejo de Aragón, y que si el Consejo de Inquisición quisiese autos se le representasen por la mañana, y por la tarde a la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que, por excusar gastos, se hacían estos festejos a SS. MM., al Consejo y Madrid, en los días jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705, S. M. don Felipe V se sirvió aplicar a las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron a verificarse más que en los Corrales.

Es bien sabido que en la composición de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderón de la Barca, solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento a la villa de Madrid, que se los había pagado, a fin de se conservasen en su

archivo; pero fueron extraídos y sustituidos por copias, y en 1746 se imprimieron por D. Pedro Prado y Mier, pagando a la villa diez y seis mil quinientos reales por su propiedad.

- II -
1835

Después del trascurso de los tiempos, se conserva en el día como la más solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesión con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo orden de majestad y decoro que en el siglo XVII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndosela purgado también de los ridículos emblemas que bajo los nombres de la tarasca, los gigantones y otros, se conservan aún en algunos pueblos de España; y hasta antes de la guerra de los franceses se usaba en Madrid.

Queda ya dicho que el orden de la procesión es en el día el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la más elevada, empezando por el mismo Monarca cuando se halla en la corte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento, etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe exceder el Madrid actual al antiguo, en semejante día, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesión; el bullicio y animación del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta corte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando de arena, que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, e interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, expresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas y tiradas a cordel, que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas exquisita o caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento a los edificios, tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana, presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son aún más interesantes. No bien apunta la aurora, que es bien pronto en un hermoso día de junio, empiezan a circular las bombas que riegan la carrera; apoderándose en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume; los vecinos, madrugadores aquel día, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden a la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresión ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan, ostentando sus respectivos atavíos y personas, la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos. -Síguela en pos el honrado artesano vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de la calle Mayor, y guantes amarillos. -El mancebo de comercio, con su corbata de a cuarta, sus cadenas de similor y su camisa plegada; -la alegre modista, con una expresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino; -el mercader de la calle de Postas, envuelto en su casa con Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja; -el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo a la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenino de quince a diez y seis (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes. -Más allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes, con sus ajustadas levitas, sombrerito a los ojos, perilla romántica; -ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las más hábiles manos de la calle de la Montera, o muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas a tiempo el traje punzó o el sombrerito Hortensia.

Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fe de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel día relucientes charreteras; uno de ellos se apresura a darla el brazo; otro a ponerla la sobrilla; cuál a hacerla observar lo más notable de la carrera; cuál, en fin, a apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante recompensa de tanto afán a aquellos mártires, hasta que llegando al balcón deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atención al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. -Suenan, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atención y de mando; la procesión se acerca; es preciso acomodarse entre filas y dejar el centro despejado; ¡qué momento de confusión y de agradable desorden! ¡Qué combinaciones tan inesperadas y extravagantes! La joven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales, que se apresuran a hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan de menos, la buscan, la ven enfrente, quieren reunirse a ella, pero en vano; los batidores de la procesión se interponen e impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer a la niña gestos expresivos, y jurar no volver a sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente.

Aquí es una mujer que chillan por que la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea a una espantable vieja que se ha sabido colocar en correcta formación; ¡Qué movimiento en los balcones! ¡Qué estrechar las distancias! ¡Qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡Qué abrir de quitasoles! ¡Qué mover de abanicos! ¡Qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños expósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la corte hasta que llega el Santísimo; las músicas militares y religiosas se mezclan a este punto en sonora armonía; la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes; la tropa rinde las armas e hinca la rodilla en tierra a presencia del Omnipotente; los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusión han desaparecido y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde a la Divinidad el homenaje de su adoración.

No bien ha pasado la guardia de la procesión, los balcones quedan despoblados, la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse a sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aún el paseo durante una hora, en que con más desahogo puede lucir las gracias de su persona o la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron a la procesión en gran uniforme recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia; los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas, y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora después los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando más tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la más mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio 1835)

Paseo por las calles

- I -

Nada hay más natural en un forastero que la curiosidad de reconocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada también suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresión de la belleza o mezquindéz de tal pueblo.

Aventurado por cierto sería aquel juicio, aplicable a nuestro Madrid, pues que variaría absolutamente según el lado de donde viniese el forastero, por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la población por su parte más antigua y escabrosa, atravesando su escaso río sobre el magnífico puente a que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, en solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraría diferencia notable con sus tetricas ciudades, si la presencia del Palacio Real a su izquierda no le hubiera dado de antemano a conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodía, abrazando con su vista toda la población por su parte más vital y variada. Los suntuosos edificios del Seminario, cuartel de Guardias y Real Palacio a la izquierda; la Fábrica de tabacos, el Hospital general y el Observatorio a su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo

al frente; intermediado todo por variados edificios, numerosas torres, extensos grupos de casas, de distintas formas, y revelando, por decirlo así, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del Gobierno, presta por este lado a Madrid su vista más completa e interesante. -Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando a la capital por la soberbia puerta de Alcalá o la de Atocha, formarán una idea aun más risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán a nuestra villa árida y solitaria, al entrar por las puertas de San Fernando o de Fuencarral.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocerá un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir a una altura céntrica y de la elevación correspondiente para medir y conocer a vista de pájaro todo el plano de la capital, sería aún más difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevación ni su situación son suficientes para abrazar distintamente todo el plano y conocer a un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura, puede observarse el corte de la población, uno de los más cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales del centro común, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Así que, conocidas una vez la dirección al E. de las calles de Alcalá y San Jerónimo y Atocha; de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N.; de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepción, Jerónima y Toledo al S., llega a ser fácil evitar la confusión que un pueblo nuevo infunde. -La frecuentación de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano a estos puntos capitales, que en la mayor extensión del radio se modifican y cruzan por otros más subalternos y parciales, conio las calles Ancha de San Bernardo, Jacometrezo, Correderas y otras. Por lo demás, en cuanto a la belleza del aspecto general menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresión será, sin embargo, modificada cuando, descendiendo a las calles, hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de éstas, la regularidad bastante general de su alineación, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de orden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando a cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado; y las numerosas y continuas que hace veinte años experimenta, revelan, por decirlo así, el grado de belleza a que aún puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles; cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando a las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones; cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones. que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará

al punto de belleza que su situación local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con más justicia los dictados, que aun los mismos extranjeros la prodigan, de la villa blanca, la villa joven del Mediodía.

Mas si, prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres; los órdenes arquitectónicos por el orden de la sociedad; el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan vária! ¡qué espectáculo tan animado no podríamos presentar a nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento; pero no podemos resistir a la tentación de emprenderlo. No nos proponemos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro según las diversas horas del día, las estaciones y demás circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogeremos cualquier día del año; por ejemplo, el día en que nos hallamos: procederemos libremente y como al acaso, dejaremos vagar a nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciaremos a todas las unidades conocidas; y tanto más románticos seremos, cuanto menos pensemos en lo que vamos a escribir.

- II -

Ningún momento del día nos parece más oportuno para sorprender a los madrileños en el espectáculo de su vida exterior que aquellas apacibles horas que, aproximando el día a la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estación ardorosa en que nos hallamos vienen a mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar las apetecidas brisas de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones. -No haya miedo el cojuelo Asmodeo, ni su licenciado don Cleofas, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas y reconocer lo que pasa en las buhardillas: por la ocasión presente dejémosles a los ladrones y enamorados (que también suelen aprovecharse a tales horas de aquel abandono), y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de Nuestra Señora del buen Suceso ha dado las seis; la animación y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto a renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo a la cabeza y su garrafa a la espalda, cruza pregonando «Gúa e sebá fría...» Otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres o cuatro naranjas para remojar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disparadas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura, que les ofrece en eco lastimero el asturiano por dos maravedís. -En tanto los muchachos, que a la primera campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, o atan disimuladamente a la rueda de un calesín alguna canasta de fruta, que al echar a andar el carruaje rueda por el suelo, con notable provecho de la alegre comparsa; o bien tratan de engañar a un barquillero, distrayéndole para que no mire al juego, o ya disparan sendas carretillas de pólvora a los perros y a los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se siente circular más carruajes que los del riego o los bombés facultativos, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí a un rato han de conducir al Prado a la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aún y abiertos de par en par, no reciben todavía más que uno u otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algún militar que fuma un cigarro mientras ojea la Gaceta, o un quídam que entra mirando al reloj, espera a un amigo que viene de allí a un rato y juntos parten a paseo.

«De la lotería - aaaa- chavó- A- ochavito los fijos- ¿Una calesa, mi amo? -De la fuente la trabajo, ¿quién la bebe? -Señores, a un lao, chas. -El papel que acaba de salir ahora nuevo. -Cartas de pega. -Orchateró».

Crece la animación por instantes; el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tálburis, las damas y galanes a caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen a los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros medio hombres y medio esquinas ocupan las encrucijadas de las calles y presencian a pie firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitación es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observándose el reflujó de la población en dirección al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interés, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo más elegante y bullicioso de nuestra población; cuando sus balcones, por lo regular abandonados demuestran que sus vecinos se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruajes ofuscan los sentidos y tienden un denso velo, que nos impide ver a cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos, por ejemplo, a la calle Ancha de San Bernardo o a la de Hortaleza, a la de San Mateo o a la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeúntes. Tal cual matrinionio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente a la puerta de Santa Bárbara o San Bernardino con objeto de llegar al obelisco o a la cuesta de Areneros; tal cual corro de dilettantis de blusa a la puerta de una taberna, saboreando el compás de la tirolesa de Guillermo Tell, tocada por el oreranillo del ciego; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia o batallón pasando la lista al son de sinfonías y cavaletas, he aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de acción de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el más indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algún balcón donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcón, está mejor dirigida que lo que aparenta; jamás ningún marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel como la personita escondida bajo de ella hace servir a su gusto a la oficiosa cortina.

Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcón toda la esbeltez y primor de su figura. ¿Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones?...

Lindo pie, encerrado sin violencia en un gracioso zapatito; limpio y eleerante vestido de muselina, primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recogido a la garganta; gracioso rodete a la parte baja de la cabeza, a semejanza de la Venus de Médicis; dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada mejilla, y diestramente combinados con unos lazos azules, que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcón. -Mas ¿por qué no lo hizo antes? ¿Por qué tan precipitadamente ahora? -El por qué, señores míos, yo me lo sé, pero no sé cómo contárselo a ustedes.

-«Mariquita.

-Matilde.

-¿Has visto?

-¡Qué quieres; paciencia!

-Yo no sé qué tendrán.

-Lo que es N.... estaba de guardia cerca de aquí, pero el otro...

-El otro apostaré que está en el Prado haciendo el galán con la de...

-No lo creas... puede que haya pasado... Pero, mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina?

-¡Qué! Pero sí... no, no son... ¿a ver? saca el pañuelo.

-Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo; mira cómo se ríen.

-Sí, ellos son... ¡Ay, qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.

-¿Pues qué?...

-¡Que no son ellos!...

-«Bravo, señoritas, lindamente», gritaban en esto dos caballeros de gentil aspecto, que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.

-¿Qué te parece, Carlos? ¡hemos quedado lucidos!

-¿Qué haremos?

-Yo sería de opinión de desafiar a aquellos dos.

-Yo de matarlas a ellas.

-Hombre, no; en tal caso, matarnos nosotros es más noble.

-Mira, lo mejor será que todos vivamos y nos vengamos marchándonos al Prado.

-No dices mal».

Bien diferente colorido presenta por cierto a los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio a la puerta de Atocha; las calles de Toledo y Embajadores, del Mesón de Paredes y Lavapiés no ceden a tales horas en movimiento a las más animadas de Londres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces, que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela a la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la Caña; los alegres muchachos que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, ríen de las habilidades de Juan de las Viñas o del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la Fábrica, que al anochecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida... ¡Qué confusión, qué bullicio por todas partes!

También el amor embellece este animado cuadro.

Sigamos, por ejemplo, a algunas de esas parejas; verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad a aquel galán que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro o de patrulla. Mas ¿por qué no siguió la calle de Embajadores a la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir a la Plaza? ¡Cosa clara! ¿No habéis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿No le habéis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas mientras encendía un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habéis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el carión del arma? - ¿Qué fue ello? -Nada; reparad al mancebo que la vuelve a echar al hombro con ligereza; apostarí a que la niña ha burlado las precanciones de un padre tirano; el fusil encierra el misterio del amor. Jamás parte de una victoria fue conducido con más alegría.

Pero ya la campana de San Millán o San Cayetano llama a los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oración; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto, y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algún día le emprenderé; el que intentaba dibujar por hoy concluye aquí.

(Julio de 1835)

El patio de Correos

Madrid es la patria común, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afán de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados según las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde o temprano a la capital del Reino, y se tendría por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase a visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista, como en una linterna mágica, todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del Reino. Es lo indudablemente, no tanto por su situación topográfica como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse a Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes o en las heladas márgenes del Newa, se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol». -Pero aún hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razón, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es el patio de Correos, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes o pequeñas, sublimes o ridículas, según el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino a los ojos de un ser indiferente o desdeñoso, al paso que logre excitar la meditación del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante. -¡El patio de Correos!... ¿y qué hay en el patio de Correos?... Un cuerpo de guardia, una prisión nocturna, que más bien puede llamarse albergue de borrachos y descarriados; una escalera póstuma; tres o cuatro ventanillos cerrados; y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha o Jordán, hasta los más imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas.... De todo esto poco o nada se puede decir, y por muy Parlante que sea el señor Curioso, que hoy nos enseña su linterna, hartó será que no consiga excitar los bostezos del auditorio. -

-Poco a poco, señor indiferente, poco a poco; y antes de juzgar de las cosas por su superficie, procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no dé cuatro paseos y

aguarde un rato en esta galería; y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio o yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza. Víctor Hugo es quien lo dice, que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos». Vea V., si no, los nuestros en literatura: - «Dirección de cartas». No haga V. caso; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre darlas dirección segura; deje V., que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos, y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. -No se acerque V. a leer ese cartelito «Curación de la vista», no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso. -Deje a un lado el «Manual de Madrid», que es libro caro y puede pedirlo prestado al autor. -No haga caso del Segur, porque, según van menudeando tomos a 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia Universal, venga a ser una verdadera segur para nuestros bolsillos; -y en cuanto a aquella otra publicación «Mariana y Sabau», por Dios, no vaya a tomarla por una novela o drama romántico, o bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florián, y preguntándola cómo concluía, respondió sinceramente: «¿En qué había de concluir? en que Numa se casó con Pompilio, y todo quedó arreglado».

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

-«El sugeto. que. forma. la presente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. de la lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren».

-«Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, o Abogado o Curial, para tenedor de libros o administrador. Sabe todo lo necesario como afeitarse y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no lo engañen».

-«Un joven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutención».

-«Con permiso del casero se le traspasa a quien le convenga: una tienda sita en las cuatro calles esquina a una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos».

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!- La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trajes y modales, acentos y aun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias; vascuence y catalán, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con

ansia la inicial de su nombre, y algunos (los más) no encontrándole en ella, la buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de capricho! ¡Qué ir y venir de la lista a la ventana y de la ventana a la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho; pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre «N. Marqués», sin reparar que él no es Marqués sino Márquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete, y tiene que dejarlo no sin gran remordimiento; cuál faltándole tiempo para saber el contenido, abre la carta a la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería; no hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisano, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altisecho que, recostado en una columna, lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos, no nos dejarán tiempo para observar los demás; dejémosles, pues, estereotipar en sus cabezas la tal carta para ir a recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el Café Nuevo y en el del Príncipe.

-Dígole a V. que yo no he sido.

-Yo sostengo que ha sido V... ¡Infamia!... sacarle a uno las cartas del correo.

-Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa.

-Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano; ¿no hizo V. lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos?

-Usted me insulta.

-Yo no digo más que la verdad.

-Si no mirara...

-¿Qué?...

(Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vio el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decían y la sacó también (¡malicia humana!); llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza a maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio a su antagonista, y ¡aquí fue Troya! empezó el diálogo arriba dicho, que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba, en efecto, señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido había visto en las listas de militares el nombre de su mujer.

¡Una carta del ejército a mi mujer! ¡Si será este el conducto por donde se envían los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta; pero se le responde que un chicuelo acaba de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!... Lo demás de la escena pasaría en familia: no lo sabemos; sólo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias; mas los circunstantes (narices políticas, ¿qué no oléis?) repararon que el sobre no tenía sello, y, por consecuencia, la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que había puesto el sobre a su mujer por precaución, etc. Nadie le creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente, que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma! -Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman a sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caído quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

-¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? Si no tiene carta, ¿para qué cansarse? -¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que, para leer su nombre tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa; mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; éste se adelanta a ofrecer sus servicios, no hallan la carta; pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja a la del ausente, cuanto va de la palabra a la escritura, de la falta de memoria a la sobra de la voluntad. ¡Es tan natural a una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio a la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafío; el que...

Pero ¿adónde vamos a parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente? ¿con que merece alguna atención?... Mas... las dos han dado, y empieza a quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835)

La costumbre del baño es tan natural, como que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por el rigor de la estación, ya por la irritación de las enfermedades. Más tarde, el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre; y los pueblos antiguos nos han dejado testimonios de la ostentación y grandeza con que en ellos se sostenía.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina Odisea, nos habla ya de estos baños, dando a entender que se hallaban cerca de los gimnasios o palestras, para entrar en ellos al salir de los ejercicios. También Vitrubio nos ha dejado una descripción circunstanciada de ellos, diciendo que se componían de siete piezas diferentes, intermediadas de otras varias destinadas a los ejercicios.

Los romanos, habitantes de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia las costumbres de los griegos; y desde tiempo de Pompeyo, según Plinio, empezaron a construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresión asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento sesenta. A su ejemplo, Nerón, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los Emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir a ellos con el pueblo, viniendo a tal extremo su profusión, que se asegura haber llegado a existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los países que dominaron, y en particular la del baño fue tan extendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un país, lo primero que hacían era edificar *thermas*, así como más tarde los españoles construían una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fue España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos, y éstos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominación de los últimos, por la influencia que además del clima les daba su religión. En efecto, así sucedió, y aún pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodía, Granada, Córdoba y otras tantas. En Magerit mismo (Madrid) había baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay también quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de Balnadú, que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen a dicha palabra contracción de las árabes *Bal-al-nadur*, que significa Puerta de las Atalayas.

Pero los árabes y los turcos, que son, entre los pueblos modernos, los que han conservado el uso más habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él, entran por lo regular en un sudatorium o estufa caliente, por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven a trasladarse al baño caliente, haciéndose antes

frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias exquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, a mediados del siglo pasado, un monsieur Alvert restableció en París, cerca del muelle de Orsay, una casa de baños, que aunque no más que mediana, obtuvo, por la novedad, una boga singular y fue considerada como un fenómeno de la industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos, en que el lujo y el buen gusto compiten a porfía, poblaron el río, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera, que no sin razón se ha dicho que en París hay en el día tantos medios de lavarse como de volverse a ensuciar. -Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientas setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay además cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el río, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mujeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año, en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y tres millones de reales.)

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad, por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto, un carácter tal de voluptuosidad y de encanto, que constituye un placer verdadero, no limitado, como entre nosotros, a la estación de verano y a una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada día más tan numerosos e importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo: la civilización y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulación los capitales, alimentan la industria, dan aplicación a las ciencias y a las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita a los baños de aquella encantadora capital. Los llamados turcos en forma de kioskos, cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los griegos al rededor de un gran circo oblongo, iluminado por lo alto; los chinos con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de Vigier y las escuelas de natación sobre el río Sena; los de Tívoli, elegantes y variados; las Neothermas, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilización de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es sólo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicación de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas, de todos los países y de todas las especies. Barèges, Bagnères, Plombières, Aix, Spa, Bath, Neris, Saint-Amand, Baden, todos los manantiales, en fin, más famosos de Europa han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tívoli francés. En las Neothermas se hallan también los baños egipcios, en donde los bañadores, perfumados y frotados de pies a cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «Las venerables dueñas (dice una descripción un poco alegre de este establecimiento) salen de él con el rosado de la aurora; los especuladores y usureros más comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la

espina dorsal capaz de dar envidia a los Hércules de teatro, y aun a los pretendientes del día».

Añádase a todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas, donde se sirven variados y exquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura, y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo más exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de ella, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar a la creación de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse, baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste más de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando, harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginación. Pero como ella sea tal, que una vez ocupada de un objeto, tarde o nunca llega a desasirse de él, enderezome la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolví, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacía mi agitación, nada como ellos podría conseguir calmarla. Y no hubo más, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto a buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí a la primera casa de baños que a la mano tenía.

- II -

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que, a la calle de los Jardines fue mi dirección. No era sola, a, decir verdad, aquella razón de proximidad la que me inclinó a darla la preferencia; otro motivo aun más poderoso tuvo no poca parte en mi determinación.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposición sencilla y sin disfraz que tanto satisfacía a nuestros padres; pensaba con interés (¿se creerá?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imaginación el recuerdo de los magníficos baños extranjeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas esperando hallar en ellas... ¡qué delirio!... el placer y la alegría de mi niñez. -Mas ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo, que un día hubo de bastar a las necesidades de la corte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material sólo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguía: «Casa de baños del Cura». Hic Troja fuit.

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aún escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la Cruz y el de Mena, que podrían muy bien suplir al que buscaba. Dirigime al primero, que me pareció semejar más a la sencillez patriarcal que la extravagancia de mi imaginación me hacía desear en aquel momento; y con efecto, no

quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposición, orden y, mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fui dueño a contener la persuasión de que el alma del cura, fundador de aquél, podría muy bien haber trasmigrado a la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur en los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habían llamado tanta concurrencia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel sudatorium, renuncié generosamente a bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslación corporal a la inmediata del rincón, que me pareció algún tanto más en el progreso del siglo; pero muy luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrían ser los baños en tiempo de Adán; media docena de sillas y un arcón supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior, bien caldeadita, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean, y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podría revolverse.

Pero también grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que, había que tomar billete y esperar turno y contar dos horas, sin otra distracción que el Diario o el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido a la maniobra de dos hombres sacando agua cubo a cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar el numeroso público espectador y expectante...

Yo no pude resignarme a aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya había pasado mi hora, y estaba en ayunas, y sine Certere et Baco friget Venus, y en aquel sitio no se sirve más que el agua en seco, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso Monier, el Vigier de Madrid, a quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura a la parisién, y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natación y sitio de recreo bajo el nombre de Pórtici.

Dirigime, pues, a los baños del Caballero de Gracia, que ya conocía; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero, resuelto a no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse a aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podía menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo más útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia, entre paréntesis, que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual, restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y extranjeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié a la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al impolítico, papel de observador.

Yo no sé si será o no fundado mi capricho; pero nunca me parece más interesante una mujer hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfacción del semblante, que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado, y sobre todo, si un largo velo encubre a medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la exactitud de la observación? Muchos, los más de los concurrentes, debían ser de este modo de pensar, pues no bien sentían ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veían aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiración, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedía aquello, y tal solía ser la aparición, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con más rapidez que si fuesen deslumbrados por imprevisto relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de acción, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatía de situación, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes y concurren a la acción principal, sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan a embellecerla. Esta escena, repetida todos los días, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que sólo le aventaja un viaje en diligencia; y personas que según el curso natural de los sucesos tardarían en la sociedad algunos años para hablarse con satisfacción, suelen contraerla en cuatro días frecuentando unos mismos baños. Ya se ve, ¿son en ellos tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesión de una silla, el caer de un abanico, el reír de una figura extraria, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el folletín del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de pie para entrar en relaciones con una linda mano; además, entre el círculo de concurrentes en Madrid a todas partes, es tan regular conocerse todos, o de vista, o de oído, o de... de cualquier modo, que las más de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una galop bailada juntos en Santa Catalina o en Abrantes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se ríe del Maniquí; se cuenta con la correspondiente guarnición alguna anecdotilla del día; se pone en berlina a la persona que acaba de salir o se dicen dos palabras al oído acerca de la que acaba de entrar; todos estos nada, oportunamente colocados, sirven de liga a voluntades inflamables, de imán a corazones sensibles, y luego al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia ¿Qué más para acabarse de abrazar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones mientras me figuraba leer la Gaceta - como si fuese cosa de interés- cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino a llamarme la atención. Siguiendo rápidamente con la vista la dirección del bastón, encontré que pendía de una mano pegada a un brazo de cierto amigo mío, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra a pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marqués sin título, militar de paisano, elegante talla, figura expresiva, traje noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme más palabra, fue a conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decían; pero sí reparé en el

recién llegado un aire de distracción e impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas a cierto baño cerrado que tenía yo a mi izquierda. Revolvíame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distinción, cuando abriéndose de repente el baño, acertó a salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hízonos una profunda inclinación, y aún estaba yo correspondiendo a ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72. -«Aquí está» -contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero aún no había acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenía agarradas entrambas manos y me conjuraba por nuestra amistad que le cediese el número, pues que le iba la existencia en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente; pero esto de irme sin bañar después de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado a hacer con él un convenio, cual fue el dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme a otros baños; y sin volver atrás la cabeza, salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

-¡Qué necesidad! (iba diciendo entro mí), ¡extraño modo de alimentar una pasión! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡éste es el non plus ultra, el necio ideal del amor!... Pero entre tanto, ¿será posible que esté yo condenado por todo el día al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible?...

-¿Adónde, señor?

-A la mejor casa de baños de Madrid; -y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel a la impresión del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaría; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaría versado en éste como en otros puntos; y con efecto, no me engañé viéndole dar cabo a nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto, por detrás de la parroquia de Santiago. -Éstos (me dijo al apearme) son los baños de la Estrella.

Un poco tarde, es verdad, amanecía para mí; pero me di por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salón de descanso. Al observar la bella disposición del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salón, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mis sensaciones, me dirigí a un sujeto muy formal que acababa de dejar un periódico; entablamos, pues, un diálogo apologético de la casa, del cual vino a subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

«No lo extraño (me decía el descansado caballero); yo soy un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así qué conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podría escribir la historia de su fundación. Figurarían en ella en

primera línea los que V. visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud, con gran asombro de nuestra población, acostumbrada hasta allí a bajar por sendos nueve días a

sumergirse en el frío y seco Manzanares, bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de las modistas y artesanos; diríale también algo del famoso Berete y de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés, y de la concurrencia que supo atraer a su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar por la módica suma de cinco reales las exterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre o del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarían mi revista de inspección; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria, en la Puerta del Sol; los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas más; los vecinos de Oriente, más abajo de éstos, que fueron los primeros que dieron a conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-Duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza o Fuencarral; éstos, en fin, en que estamos, que, según mi corto saber y entender, son los mejores, y que han tenido la prerrogativa de fijar mi thermophila persona».

-Todo está muy bien -replicaba yo-, y sin duda que revela un adelanto en la civilización de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparación tiene con lo que se ve en otros países? Y sin hablar más, le di a leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman a mi número, y al entregar mi billete, ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marqués, el de los baños de allá abajo, el del trueque, el...

-¡Cómo! ¿qué es esto? ¿viene V. a disputarme la vez aquí también?

-No, amigo mío, vengo a abrazar a V., vengo a darle las gracias, porque me ha proporcionado la mayor felicidad... lea V... lea V... y me dio a leer un pedacito de papel, en que había mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

-«Esta noche... las nueve... dos golpecitos a la puerta... fidelidad, amor y secreto».

-¿Y qué tiene que ver con...?

-Detrás del espejo del baño ¿qué quiere V.? ¡el amor! éste es un medio como otro cualquiera.

-Ya no me extraño de que V. tuviera tal interés.

-Sí, amigo mío, todo lo debo a su bondad. Pero vaya V., vaya V. al baño; yo le aguardaré para conducirlo en mi coche, y de paso podré contar a V. toda la historia. Advierta V. que se le recomienda el secreto.

-¡Ah! pero entre amigos íntimos...

-Tiene V. razón, señor de... ¿Cómo es su gracia de

usted?

Entré en la pieza del baño; encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto!... creía no encontrarme en Madrid... Por fin, me metí en el agua y... callé.

(Agosto de 1835)

El sombrerito y la mantilla

Los autores extranjeros, que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mujeres, presta en España a las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable a su vista, acostumbrada a mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto, preciso será darles la razón, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el más preocupado con esta idea no dejaría de sorprenderse al ver la notable revolución que de pocos años a esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido a modificar su fisonomía! Con efecto; no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya más vuelo, más movimiento a la fantasía; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo, y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos más graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podría oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razón por la que, convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es, a saber, el capricho.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados a la fantasía; cada cual pudo crearlos a su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos; el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligación social; en el día es más bien una idea animada, una expresión del buen gusto, y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabia aplicación de los colores a las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinación de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿quién no reconoce aquella expresión del alma, aquella parte animada que podremos llamar la poesía del traje? Y siendo éste libre, como lo es en el día, ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Así los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heroicas; la sencillez de la inocencia escogerá el

color blanco, las gasas y las flores; la coquetería, las plumas; el orgullo, los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería, que luego no se dé a conocer?

Semejante observación no podía tener en lo antiguo exactitud pues, como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados a su terrible carro veíanse correr hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños; la figura raquílica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas; la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca; la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que plugo darle a la obesidad; el hermoso cuello gemía bajo el yugo que disimulaba el feo; y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decían a la del color de ébano...

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente a la persona que le llevaba? ¿Qué quería decir una joven fría y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnición de su vestido? Nada, absolutamente nada, sólo que era moda; que la modista y el sastre lo querían; el traje no era más que la expresión: el sastre, la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la elección; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta el pretender reducir las a precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya, respecto al gusto preferencia alguna sobre los demás; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense después reglas fijas e invariables: telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido a la inveterada capa masculina, a la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad o españolismo.

Una de las innovaciones más graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitución del sombrerillo extranjero en vez de la mantilla, que en todos tiempos ha dado celebridad a nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. -El sombrero era un adorne, puramente de corte: como los uniformes y las grandes cruces, imprimía carácter; no hace muchos meses que una señora de gorro era equivalente a una señora de coche; y si tal vez se atrevía a pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corría peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Únicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante o la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso, para lucirlo en las eras de Carabanchel o en los baños de Sacedón. -Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de día en día, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están más bonitas, y quien asegura que las feas están más feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan a las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica, unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado

en verano; cuáles están por las flores, cuáles por la paja; éstas, por el terciopelo; aquéllas, por el raso. ¡Terrible extenuativa; profunda y difícilísima cuestión!

Todas estas reflexiones y otras muchas más se habían agolpado a mi imaginación a consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite explayarme, limitareme a indicar lo más sustancial de él.

Días pasados tuve que ir a visitar la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir a la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable, y a una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y a quien por legítimo derecho vienen a parar los 4000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta a sus lindas facciones nueva perfección y rosicler.

La ocasión era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar en familia. Un cierto joven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tío, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos después que dejó el colegio de Blois y la Escuela Politécnica de París. Este primo, pues, regresaba a su patria a los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante e instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podía ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerlo a Madrid y a su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía que el extranjerísimo viajero había llegado, cuando yo entré en la casa; aquél se había retirado a descansar, y las damas, madre o hija, se hallaban regañando a la sazón con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traía a prueba; apenas hicieron alto en mí; de manera que mientras duraba aquella polémica, tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraría la tal sesión; pero de toda ella sólo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendían deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demás diálogos y escenas que mediaron con éste luego que nos sentamos a la mesa, ni sobre su cortesía y atención con las damas; atención que respecto a Serafina (que así se llama la criatura), tenía todo el carácter de la más fina galantería.

-¡Es encantadora! -me decía por lo bajo-; pero lo que más me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma expresión, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡Y temía yo tanto no encontrar una española que me gustase!

-Sin embargo -le contestaba yo-, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas a salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habían tenido razón para reñir a la modista; el mayor gusto y elegancia habían dirigido su hábil tijera: rasos lisos y floreados, blondas exquisitas, bordados y pedrerías, nada se había economizado en aquel momento; pero sobre todo me llamó la atención el gracioso sombrerillo de la niña, que oponía la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras también; yo igualmente; con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos a dirigir al Prado, cuando acertaron a llamar a la puerta. Ábrese ésta, y aparece Paquita, la prima de Serafina, que, con su papá y hermanos, venía a saludar al recién venido (también su pariente), y a convidarle a la función de toros de aquella tarde... ¡Ah!,... se me había olvidado que era lunes y que había función de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnición en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brío sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Betis, un semblante de diez y siete a diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y más que todo, el asombro y distracción que se leían en el semblante del recién venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquél se trocó en indecisión y aturdimiento; la satisfacción de Serafina y su madre, en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversación toda la tarde a la mamá, sospeché desde luego que tendría que hacer los mismos oficios con la hija. -Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la función, ni al tiempo del regreso fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso, ser un poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó a la mañana siguiente a explorar la disposición de los ánimos; y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algún tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposición de acompañar a las damas a su paseo matutino por las calles de la capital. No lo extrañé a la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar a más de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin más adorno que la sencilla esclavinita sobre los

hombros; un gracioso nudo a la garganta, y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacían parecer tal a mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaría en compararla a la virgen de los primeros amores.

Mas... ¡oh fuerza del sino, o más bien sea dicho, de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creía más adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve a aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, más fino por cierto que el que podrían usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie; una mantilla de rico tafetán, cuya elegante guarnición servía de dosel a la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, expresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió a aturdirse; las damas a anublarse, yo a cuidar de la amable Serafina, y cuando a la vuelta del paseo pude tener mi explicación con el galán, llegué a conocer que el mal no tenía remedio; que la más profunda e irresistible impresión era a favor de Paquita; y argumentándole como buen amigo, en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocía, que hubiera podido resistir a los encantos naturales de su rival, pero que le era imposible, absolutamente imposible triunfar de su mantilla.

(Setiembre de 1835)

A prima noche

Fama es general, y aun pudiera decirse fundada, la que atribuye a los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido más lato de esta palabra; generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y superfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos también somos en las hipérboles y demás figuras retóricas, y de ello podrían dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, exposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los países del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con más garbo y bizarría.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el más precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de hacer tiempo, equivale a perderle, en cualquiera lengua, y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaría mucho más que todos los discursos aquí estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol, interrumpiendo el paso de los transeúntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj u oyendo cantar a un ciego? -Está haciendo tiempo para pasar a otro lado a ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dije habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algún interés en éstas, o el deseo de hacer observaciones económicas o morales? Nada menos que eso: está haciendo tiempo para que un marido vaya a la oficina, y correr aconsolar a la esposa, que le espera haciendo tiempo al balcón o ensayando al espejo la nueva combinación del prendido.

El esposo, entre tanto, sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y jeroglíficos, recortando en picos el pelo de las plumas, paseando la badila alrededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos, que ofrece a sus compañeros, y disertando a la ventana, mientras los fuma, sobre la orden de la plaza o sobre la corrida de toros, hace tiempo de que venga el jefe a echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y hacer tiempo de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillón carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con frases anfibológicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento? -Pues no señor, está haciendo tiempo de que el portero, que jugaba a los naipes con los lacayos de S. S., abra con estrépito la mampara diciendo: «Señor, la hora».

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado, con la piqueta alzada y la otra mano extendida en ademán de comunicar sus órdenes a la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte más ventajoso, una operación más fácil, que le economice tiempo y trabajo? Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, tarareando alegremente el antiguo romance:

«Medio día era por filo;
Las doce daba el reloj,
Comiendo está con sus grandes
El rey Alfonso en León».

Siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo a reunirse con su cara consorte, que sentada al sol a la puerta de su casa, calle de la Paloma, hace tiempo de que se salga el puchero, o que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso o el gato dormilón.

En ningunos momentos es más perceptible este vacío universal, este dulce far niente (que dijo el Toscano), como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta a nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del día con la solemne operación de la comida a las tres; no es suficiente a nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta; ni el paseo de ordenanza hasta que la luz del día llega a

extinguirse: es preciso perder aún otro par de horas en un café, o sentados en derredor de una mesa de billar, o corriendo las calles sin dirección, o a la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir a las academias y liceos, ya que prescindieramos de todo trabajo mercantil o artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra alrededor de un bol de ponche o con el taco en la mano, sino aquella grata franqueza que sólo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos ni de ofender a los demás; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor, y los lazos más dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados, porque tocando ligeramente en las botillerías y cafés para sólo el acto de refrescar, se retiraban a sus casas después de anochecer para recibir en ellas a sus amigos verdaderos y pasar algunas horas en sabrosas pláticas o en juegos permitidos. -Es la verdad que en la antigua botillería de Canosa o en la de San Antonio de los Portugueses no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del día; es la verdad que una estrecha mesa y un banco más estrecho aún, un candilón de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos eran todo el aliciente que ofrecían aquellas lóbregas salas; pero a la vuelta de esto, las bebidas eran excelentes, la concurrencia era general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacían llevaderas aquellas faltas. No hallaban allí, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos a quien engrair, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecían con el ruido infernal de las disputas; no adquirían losmodales de mal tono; no se acostumbraban a repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestífero olor del tabaco, y sobre todo, no perdían lastimosamente el tiempo...

-Buenas noches, señor Curioso Parlante.

-Buenas noches, don Pascual.

-¿Qué hace V.?

-Escribir.

-¿A quién?

-Al público.

-Excelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

-Véalo V.

Y le alargué el papel mientras hacía tiempo de que le leyese saboreando un purísimo habano. ¡Ah!... también me sirvió este tiempo para informar a mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don Pascual Bailón Corredera, de que ya tienen conocimiento, si han leído mis anteriores artículos de los Cómicos en Cuaresma y la Capa vieja.

-Todo esto está muy bueno -me replicó don Pascual alargándome el papel después de haberlo leído-; pero ¿quién le mete a V. a censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de prima noche? Míreme usted aquí: son las nueve, ¿no es verdad? pues si yo le contara a V. lo que me ha pasado mientras estaba haciendo tiempo para venir a quitarle a V. el suyo, había de reformar su opinión.

Por de pronto, luego que empezó a anochecer y que los árboles del Prado atraían a su atmósfera una humedad pernicioso, reflexioné que en ninguna cosa podría emplear los momentos como en refrescar mis fauces, resecaas con el polvo y la agitación del paseo. El inmediato salón de Solís me ofrecía su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo, que no me fue posible proporcionar una silla, y a la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasión de ir a saborear cerca del famoso repostero Amato un exquisito sentillé a la rosa. ¡Figúrese usted lo dulce que es un sentillé a la rosa, tomado en una linda sala, viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros, que descendiendo de brillantes carretelas, llegan a rendir el tributo de su admiración a aquel amable Anfitrión! Por desgracia esta operación no puede prolongarse más que un cuarto de hora. ¡Sic transit gloria mundi! y al cabo de él, ¿qué remedio? Abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! Por fortuna el café Nuevo sale al paso. ¡Estrépito! ¡confusión!... ¡qué noticias supe allí!... ¡qué discursotes escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté y argüí, y... parecía un Bernardotte!; pero me dolía la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante; quiero decir, que subí la escalera del café de aquel nombre. -Transición; contraste romántico: -1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse a jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es excelente), el monótono ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas quédese para otro día la partida. Pasemos a la sala del billar: ¡aquella sí que es tranquilidad! Círculo inamovible alrededor de la mesa; senado nudo, expresivas fisonomías, escena original, iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿Y todo, para qué? para observar los movimientos de tres bolas redondas, impelidas por discursos más redondos aún. Oh raras hominum mentes!

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecían un espectáculo demasiado clásico, compuesto de antiguos abonados, que disertaban sobre el cólera del año pasado o la contribución de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad!... Denme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del Príncipe en el mundo; allí sí que hay que ver, que

escuchar ¿Quiere V. política? todos los correos se apean en este Lloyd madrileño. ¿Estima V. el derecho público? escuche V. a un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna, a escoger. ¿Moral? ¡allí sí que se saben aventuras! ¿Poesía? el Parnasillo moderno está allí. ¿Periodistas? las Gradass de San Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de enfrente o al billar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba a más no poder de aquella bataola; pero el reloj no marchaba, y todavía no eran más que las ocho, según me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta, partida en distintas direcciones dé la Puerta del Sol, con gran séquito de desgreñadas Andrómacas, que marchaban al compás de las cajas de guerra.

Huyendo, como es natural, de toda aquella bulla, que por la calle de Alcalá se dirigía al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros; y allí donde en historiado retablo se ostento, a la pública veneración el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar sobre mi dirección. -¡Ay, señor Curioso, y cómo quisiera yo tener aquí su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame V.; pocas figuras de contradanza o de mazourka salen tan bien ensayadas como las que formaban a mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las boca-calles de Hita y de Gitanos, de Peligros y San Jerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como «la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitían ocultarme sus movimientos», y como, por otro lado, recuerdo que ya V. nos ha descrito estas evoluciones en su romance El Paseo de Juana, nada más añadiré, ni me empeñaré en seguir paso a paso las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias a la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco a las filarmónicas ambulantes, que paradas delante de un ciego cantante tendían su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni, en fin, a las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunión. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte y prometo contárselo a V.

-Recojo la palabra.

-¿Y después de lo dicho llamará V. perderle esta manera de hacer tiempo? No; sino vénganos ahora a encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos extranjeros. ¿Quería V., por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aquí tertulias privadas donde reunirse a tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondría que el pueblo encontrase espectáculos baratos a que acudir para ver las habilidades de un físico o las patochadas de un arlequín? ¿Desearía que las bibliotecas estuviesen abiertas a semejante hora y que fuera lícito a entrambos sexos el concurrir a ellas? ¿Encomiaría, en fin, las tertulias de confianza, con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! Mas ¿dónde existen ya? Acérquese V., si no, a casa de su amigo don Melquiades Revesino. -La puerta cerrada... si serán dos golpes... si serán tres... vayan dos. -¿Quién es? (pregunta una destemplada voz desde el piso tercero). -Un hombre. -¿A qué cuarto va V.? - Al segundo. -Y cierra el balcón y se queda V. en la calle.

-Demos que le abre de caridad; demos que luego se sube a su cuarto; demos que tira V. la campanilla del segundo, y que no están las señoras, y que sólo le responde el falderillo que ladra, y que en fin no hay nadie en casa... ¡Por cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera a oscuras y con el portal cerrado!

Pero anímese V. a descolgarse por vía de recurso de apelación o como más haya lugar a casa del abogado don Pánfilo. Mire V. a toda la familia asustada con su visita extemporánea, y preguntarle: -«¿Qué es esto, don Fulano? ¿V. por aquí? ¿qué novedad es ésta? ¿hay algo de nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa? -Nada, señores, el deseo de ver a VV... -Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate: y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho. -No le incomode V. -Quita tú ese velón y trae unas velas. -Señores, de cualquier modo». -En fin, que observa V. (y es fácil de conocerlo) que ha venido a incomodar, y por cubrir el expediente, como si dijéramos, por hacer tiempo, tiene que improvisar una semi-declaración a la niña.

-Pero qué, ¿está V. ahí escribiendo jeroglíficos mientras yo hablo? ¿Está V. haciendo tiempo también?

-Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, o por mejor decir, V. le está haciendo por mí, pues que sólo escribo en taquígrafía lo que V. va hablando.

-¿De veras? ¿Y qué ha salido de ello?

-Ha salido lo que yo deseaba: un rasguño de Madrid a prima noche, que habrá de suplir por otro mejor.

-¿Cómo?

-Sí, amigo: yo había bosquejado el paisaje; V. le ha dado la animación.

(Octubre de 1835)

Escenas Matritenses

Prólogo

Por D. Juan Eugenio Hartzenbusch

A un amigo íntimo nuestro, hijo de una señora que falleció dejándole de muy corta edad, solemos oír a cada paso esta sentida exclamación, propia de su filial cariño: -«Yo no he conocido a mi madre; yo no tengo retrato suyo; dicen que no me parezco a ella: ¿cómo sería mi madre?»

Igual deseo de conocer a sus predecesores tienen todas las familias, pueblos y generaciones que han existido: el hombre de hoy quiere, necesita, ansía poseer el retrato del hombre de ayer; y si no lo encuentra hecho, se esfuerza a suplir la falta, pintándolo según lo concibe. -La posteridad que pretenda saber qué cosa era Madrid antes y después que muriera Fernando VII, lo hallará sencilla y exactamente representado en las ESCENAS MATRITENSES de EL CURIOSO PARLANTE.

Pero este libro no se ha escrito sólo para la posteridad. Por loable que sea componer una obra destinada a la diversión, y tal vez a la enseñanza, de nuestros nietos, hartos mejor es que esa misma obra dé placer y provecho a los coetáneos del escritor, que le proporcionaron materia para formarla. Pintar, pues, las costumbres españolas de nuestra época, llevando el objeto de corregirlas, es el fin principal que se ha propuesto el autor de las Escenas Matritenses, DON RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

No hay pueblos cuyas costumbres sean de tal manera ejemplares, que no ofrezcan sobradas ocasiones de reprensión y agria censura: censor de nuestros defectos, que no son pocos, pretendió ser el señor Mesonero. Arriesgada era la tarea en verdad, porque la generación presente no se compone de niños respetuosos y dóciles a la voz del maestro. El siglo XIX es muy hombre: blasona de libre y de sabio; se niega a reconocer autoridad alguna; se irrita o se mofa cuando se le hace frente con arrogancia, y su cólera o su desprecio son, para el escritor, igualmente peligrosos y temibles. Hablando el señor Mesonero con la risa en los labios a sus quisquillosos compatriotas, disfrazándoles la lección con apariencia de la chanza, pudo atraerse un auditorio cada vez más crecido, cada vez más contento con el amable filósofo, que castigaba realmente, pero que fingía acariciar.

Aún no bastaba que sus lecciones fuesen festivas; era necesario, para no cansar, que fuesen muy breves, y que remedasen, por decirlo así, la frivolidad del auditorio. Pensó más de una vez el señor Mesonero pintar nuestras costumbres en una novela: gran falta nos hace este libro, y no podemos menos de rogar a nuestro ilustre compatriota que no abandone un proyecto que, después de las Escenas Matritenses, nos proporcionaría otra obra de igual o de superior mérito. Hoy, que tan popular es el nombre de El Curioso Parlante, puede el señor Mesonero emprenderlo todo; pero treinta años ha, en 1832, una novela original, por buena que fuese, no hubiera sido leída con el gusto, con el aprecio, con el entusiasmo que los artículos del Curioso. -Aquellos preciosos bosquejos eran una novedad agradable, una mercancía nueva, que no estorbaba ni se oponía al despacho de otra, y satisfacía una

necesidad existente; la novela para la generalidad de los lectores no hubiera sido novedad como novela, porque bien llenos estábamos de novelas extranjeras entonces; y en cuanto a la novedad de ser española, esta circunstancia (triste es confesarlo) quizá le hubiera dañado para con el público, en vez de servirle de recomendación. La causa es patente. ¿Qué novelas españolas de algún crédito se habían escrito en España desde principios del siglo pasado hasta la aparición del Ivanhoe, disfrazado con el nombre de El Caballero del Cisne? El Fray Gerundio, El Eusebio, ambas prohibidas; la segunda parte del País de las Monas, y no nos acordamos de más: añádase, si se quiere, porque la leyeron mucho en su tiempo, la Serafina. Todas las demás novelas impresas durante este tiempo en España, que suman centenares, fueron traducciones del inglés o del francés, principalmente de este último idioma.

Ahora bien; si en España por espacio de un siglo o poco menos no se había leído ni podía leerse más novela que la traducida, por fuerza el gusto de los españoles, en punto a novela, tenía que ser extranjero; por fuerza una obra nacional, diferente de las extranjeras en miras, plan, caracteres, estilo y lenguaje, había de parecernos extraña. -Recordamos haber oído a un discípulo nuestro decir muy de veras que le cansaban las novelas de Cervantes, porque, además de lo añejo del habla, estaban rebutidas de nombres y apellidos ordinarios o extravagantes, como Don Juan de Cárcamo y Don Antonio de Isunza, al paso que en las novelas francesas todos los nombres eran tan bonitos como los de Dorval y Carolina. Para este amigo nuestro, que representaba el estado de la nación entera con pocas excepciones, lo extravagante, lo raro, lo peregrino, era lo de casa; lo bello, usual y admirable era lo de fuera: no podía menos; a lo uno estaban acostumbrados, y a lo otro no.

Con tales inconvenientes hubiera tenido que luchar la novela del señor Mesonero, y con ellos habrán de luchar nuestras novelistas hasta que el mérito y número de sus obras haga perder el pleito a las advenedizas. -Los artículos publicados en el periódico semanal titulado Cartas españolas no corrían peligro: ningún español ni extranjero nos tenía hechos a esas ligeras y graciosas obritas; el mismo Fígaro fue imitador de El Curioso Parlante. -Las Escenas Matritenses, escritas desde 1832 a 1842, y participando, como era forzoso, de las circunstancias en que la nación se hallaba, valen más y son más que una novela, porque son la historia viva del progreso social de España desde antes de la guerra última hasta después de la paz.

Quien examine los artículos del primer año o primera serie, publicados con el título de PANORAMA MATRITENSE desde enero de 1832 hasta abril del año siguiente, verá con qué reserva se presentaba el autor delante de la censura para no excitar su suspicacia, para no incurrir en su tremenda ojeriza. Guiado, impelido por su espíritu observador a descubrir el vicio donde quiera que se refugie, no puede menos de indicarlo donde lo encuentra; pero sus reticencias prudentes hacen al lector comprender cuánto más diría si el poder no le tuviera sujetos los labios. En los dos artículos titulados La Empleo-manía y La Político-manía, en que se echa menos la viveza y chiste de los que le preceden y siguen, el lector al momento conoce por qué el Parlante habla tan sólo de los que pretenden, y no de los que reparten empleos; de los que deliran tratando de política, y no de los políticos delirantes: aquélla era la fruta vedada; tocar a ella era perder la gracia y exponerse a la muerte. Sin embargo, en el artículo de Grandeza y miseria, al bosquejar con cuatro toques las oficinas

de la casa de un poderoso, nadie podía desconocer que el travieso crítico dibujaba las del Estado. Sencillos, amenos, breves, limados y cautelosos los artículos de este primer tiempo, van ganando gradualmente en intención y soltura: en el que lleva por título «1802 y 1832» ha dado ya el autor un paso grande: en Las Tres tertulias, La Capa vieja, El dominó, El Día de fiesta y La Casa de Cervantes, la pluma del Curioso corre todavía más fácil y ejercitado.

Aquella pluma necesitaba volar: los acontecimientos políticos de nuestro país le dieron licencia para remontarse a cualquier altura, para descender a cualesquiera profundidades. Con todo, el comedido censor moral no tomó sino los grados de libertad que necesitaba para continuar su obra y hacerla completa, rehusando entrar en el campo de la política, recinto muy estrecho para quien tenía por suyo el vasto dominio de las costumbres.

Emprendida nuevamente en 1836 por el señor Mesonero la tarea comenzada tres años antes, vimos en los nuevos partos de su ingenio mayor firmeza de pulso, más movimiento, mejor combinación y más desenfado en el desempeño: en los primeros ensayos lucía una especie de belleza reposada y modesta, hija de una época de sosiego y de servidumbre: la continuación de estos ensayos (no ensayos ya, sino obras cabales) ostentaba la belleza varonil de un carácter enérgico, desarrollado en medio de la libertad y de los combates. Compárese, por ejemplo, el artículo de la primera serie titulado La Filarmonía con el de la segunda titulado Costumbres literarias: compárese La Comedia casera con El Romanticismo; Las Ferias con El Día de toros; San Isidro con El Entierro de la sardina; El Extranjero en su patria con El Recién venido; y La Calle de Toledo con La Posada. Es otro el autor y otra la España que descubrimos entonces: uno y otro habían adelantado mucho; la reputación del señor Mesonero Romanos estaba hecha: su obra por entonces estaba concluida.

Porque una obra es, lo repetimos, la del señor Mesonero, y no una colección de obrillas sueltas, escritas al acaso, hijas del capricho. Esta obra tiene su héroe, su protagonista, principal figura o personaje de interés principal, que es el español virtuoso, noble y sabio de ahora, igual casi al de todos tiempos; pero esta respetable figura, como en la Casina de Planto, no sale de entre bastidores, para que el vulgo no la profane; y como la estatua de Bruto, hice más porque se la echa menos. -El señor Mesonero quiere mejorar las costumbres; por consiguiente, saca sólo a las tablas aquellos personajes cuyas costumbres necesitan enmienda, las cuales forman los numerosos episodios de este poema: aun en los poemas clásicos valen más los episodios que la acción principal. -«Corrígete de ese vicio», -dice el autor a cada uno de los personajes que censura, «Y tú y el país ganaréis mucho en ello éstos son los defectos de que adolece la sociedad española lo que no está aquí es lo respetable y lo bueno».

Estos personajes episódicos, pues, que son a su vez los principales en las escenas que les corresponden, están descritos con una habilidad superior a cualquier elogio: son la verdad misma. ¿Quién no conoce en Madrid algún empleado antiguo o cesante, igual, punto por punto, al don Homo-bono Quiñones del señor Mesonero? ¿Quién no tropieza, una vez a lo menos al día, con don Policarpo Omnibus de los Santos? ¿En qué compañía de aficionados no ha ocurrido un desmán parecido al que se refiere en el artículo de La Comedia casera? La mano que traza estas líneas conserva una cicatriz, indeleble recuerdo de una catástrofe semejante. Aquella Jacinta, hija de don Melquíades Revesino; aquella Paquita, tan diestra

en el manejo de la mantilla española; Paca la Zandunga, la tía Blasa, el tío Mondongo, el casero-procurador, y todos los demás personajes de El Día de toros, incluso el alcalde de barrio, ¿de cuál de nuestros lectores no son conocidos? Sobre todo, ¡ah! ¿quién no se conoce en el artículo eminentemente filosófico de Antes, ahora y después? Así fueron nuestros padres, así, somos nosotros, así serán nuestros sucesores, como el escarmiento no nos enseñe para enseñarlos.

Útiles, amenas, breves, llenas de verdad, estas preciosas páginas, corrían, sin embargo, el peligro de cansar por la monotonía que pudiera producir la semejanza de los asuntos; pero el señor Mesonero ha sabido introducir en su obra una gran variedad, empleando todos los tonos, desde el más humilde al más grave: hasta los acentos de la poesía han venido a dar efecto y realce a la fácil y discreta prosa de El Parlante Curioso; y por cierto que no merece perdón el que escribiendo romances como el del Coche simón y los Requebros de Lavapiés, no cultiva más el género. -Sonríase maliciosamente el lector con El paseo de Juana o El Alquiler de un cuarto: ríase a carcajadas con La Junta de colradia o El Recién venido: el Curioso Parlante sabrá mesurarnos con el tono melancólico del artículo titulado La Empleo-manía, conmovernos con el de La Casa de Cervantes y La Noche de vela, estremecernos tal vez con la terrible perspectiva de El campo santo. Aquello es saber escribir, saber sentir, saber pensar.

¿Diremos algo del estilo del señor Mesonero? ¿Para qué, si nuestros lectores van a juzgar de él, o más bien, a dejarse seducir por él desde la primera plana?, Únicamente manifestaremos que ese estilo es propio y peculiar del autor: bien que con toda su obra sucede lo mismo. Don Juan de Zavaleta en el siglo XVII, Addison en el pasado, Jony, Paul de Kock y otros en el presente, escribieron en este género bien; pero escribieron otras cosas, o cosas parecidas, presentadas de otra manera. Los buenos ingenios coinciden mil veces en ideas, bien que varían infinito en la forma de expresarlas, así como todos los hombres blancos y rubios se parecen en el color del cutis y el pelo, sin tener por eso las facciones iguales.

La concisión y el gracejo urbano, ese gracejo que agrada más cuanto más al descuido se vierte, caracterizan principalmente el modo de decir del Curioso Parlante; pero aún quizá es más de elogiar en él su carácter inofensivo. Las Escenas Matritenses son una prueba irrecusable de que se puede escribir en el género festivo sin emplear groserías, dicitos ni suciedades; sin hacer agravio a las leyes ni a las personas, y sin pedir al idioma francés elegancias que en el nuestro no son de recibo. El señor Mesonero ha visto nuestra sociedad tal como es en el día, es decir, separándose mucho de lo que fue, conservando un poco de lo que ha sido, dudosa y vacilante acerca, de lo que será en lo sucesivo: así la ha trazado en sus cuadros, pintando tipos generales, en que ninguna persona determinada se encuentra; porque el fin del autor no es mortificar a ninguno, sino buscar el provecho común de todos. «Aucun fidel n'a jamais empoisonné ma plume», ha podido decir, como Crébillon, el señor Mesonero: no envidiemos la gloria de los que no pudieren decir otro tanto.

(1862)

JUAN EUGENIO HARTZESBUSCH.

Advertencia

Para esta segunda serie.

«Nunca segundas partes fueron buenas», decía, algo ligeramente, el Príncipe de los ingenios españoles, al mismo tiempo que se contradecía en la segunda parte del Quijote, infinitamente superior a la primera.

El autor de las Escenas, que desde principios de 1832 venía ensayándose en un nuevo género literario con el corto candal de fuerzas intelectuales y escasa instrucción que le permitía su edad juvenil, y cohibido también por la censura suspicaz y meticulosa que por entonces cortaba las alas del ingenio, no pudo hacer más que iniciar, digámoslo así, su pensamiento en la primera serie de estos artículos, que tituló Panorama Matritense y que comprenden los publicados desde 1832 a 1835.

Animado por la inesperada benevolencia de un público indulgente, aleccionado por la edad, con mayor observación moral y estudio literario, y desembarazado por completo de los rigores de la previa censura, emprendió desde los principios de 1836 la segunda serie de las Escenas Matritenses, creando para ello una publicación propia, indígena y popular, el Semanario Pintoresco Español, primer periódico literario ilustrado (como ahora se dice), con grabados tipográficos y que sostuvo bajo su exclusiva dirección los siete años, desde 1836 a 1842. -En este semanario, pues, y alternando con las diversas materias que exigía su combinación, emprendió y siguió el autor constantemente en dicho período la segunda serie de las ESCENAS MATRITENSES, que es la comprendida en el presente tomo, desde el artículo El Día de toros hasta el de La Guía de Forasteros.

Siguiendo su propósito de describir festivamente, corrigiendo, nuestras costumbres sociales, aunque en muy diverso teatro y con más ventajosas condiciones que en la época anterior, comprendida en su Panorama, trató, en cuanto estuvo a su alcance, de hacerse digno de la benevolencia del público, que había conquistado sin merecerla en su primero y débil ensayo; procuró dar mayor importancia o intención a su pensamiento, diversa forma a su expresión, y más originalidad y corrección a su estilo. -Trabajó para ello en emanciparse de los modelos extraños, que no pudo menos de tener presentes en la primera parte; quiso penetrar más hondamente en el seno de la vida íntima de nuestra sociedad, sin limitarse, como en aquélla, a los usos populares, a la vida exterior, digámoslo así; renunció muchas veces en la exposición de sus cuadros al recurso monótono de colocarse en ellos en primer término, como lo acostumbraba en la época anterior, y procuró formar una narración independiente, dramática y que recordase (cuando no alcanzase a imitar) el giro, la intención y hasta el estilo de nuestros buenos escritores: Cervantes, Quevedo, Mendoza,

Guevara, Alemán, Espinel y Moratín. -Si llegó o no a conseguirlo es lo que el público sólo tiene derecho a juzgar. Al autor le basta confesar su patriótico intento, si ya no lo revelara claramente en todas sus líneas, y más especialmente en los artículos o cuadros de El Día de toros, Madre Claudia, o De tejas arriba; El Recién venido, El Entierro de la sardina, La Posada, o España en Madrid; Los Románticos, La Junta de cofradía, Las Sillas del Prado, y otros varios.

En lo que no cambió un punto de su primer propósito fue en procurar conservar o guardar siempre la distancia conveniente de las ocurrencias políticas, de las circunstancias, entonces extraordinarias, del país. Proponiéndose pintar a éste bajo su aspecto tranquilo y normal, y aun sabiendo muy bien que al renunciar al interés palpitante del momento arriesgaba el inconveniente de no ser leído ni estimado por las personas competentes, no pudo dominar la invencible repugnancia con que, por carácter y por convicción, continuaba mirando el para otros tan fecundo campo de la política; y confió siempre en que, conservándose ajeno a aquellas ambiciones, vuelta la espalda a las discordias y agitaciones momentáneas del país, hallaría acaso entre la masa del pueblo una porción más o menos numerosa dispuesta a apreciar su tarea moral. Y que si ésta, por su corta influencia o escaso número, no le recompensaba con aplauso sonoro ni expresiva popularidad, acaso le brindaba para lo sucesivo con una simpatía más sólida y duradera, una vida más larga, tranquila y exenta de remordimiento y sinsabor.

Por fortuna, puede decir que acertó en su raciocinio. Las circunstancias febriles de aquella época pasaron ya: con ellas desaparecieron los escritos que les fueron consagrados y las palmas tempestuosas que produjeron a sus autores. Los hombres pasaron; pero el hombre queda siempre, y el pintor de la sociedad sustituye al retratista de la historia. La favorable acogida que el público español continúa dispensando, después de medio siglo, a esta obrilla, y las repetidas ediciones hechas de ella en este período, prueban, no un mérito que realmente no tiene, sino la solidez del raciocinio y la precisión del cálculo del que en circunstancias excepcionales tuvo la suficiente abnegación para prescindir del aplauso del momento, y se propuso pintar el estado normal, las condiciones eseiviales de nuestra sociedad, procurando en su cuadro acercarse, en cuanto le fue posible, a las cualidades que aseguran la permanencia a las obras literarias. La moral y la verdad en el fondo, la amenidad en la forma, y la pureza y el decoro en el estilo.

R. DE M. R.

El observatorio de la puerta del sol
(Introducción a la segunda serie.)

Lo mejor del mundo es la Europa (¡cosa clara!); la mejor de las naciones de Europa es la España (¡quién lo duda!); el pueblo mejor de España es Madrid (¿de veras?); el sitio más principal de Madrid es la Puerta del Sol... ergo la Puerta del Sol es el sitio privilegiado del globo.

Este terrífico argumento, tan convincente y sin réplica, no es mío: es de un doctor de Alcalá, hombre fuerte en esto del razonar, que con las armas de su lógica y el auxilio de sus buenos pulmones, metía mucho ruido, años atrás, en las aulas celebradas de la Universidad Complutense, y a cuyas ingeniosas decisiones y engalanados absurdos inclinábanse hasta el suelo las borlas y mucetas, y se encogía de hombros la estatua de la Verdad.

Tenía, pues, mi doctor una gran secuela de apasionados admiradores, que así que él ponía en circulación una de estas sentencias garrafales, dábanse luego maña a engalanarla y pulirla, y así dispuesta, ostentábanla con énfasis a los ojos del vulgo, hasta que quedaba sancionada por el uso y por el abuso como axioma práctico y verdad especulativa.

Yo, que por entonces a los pocos años juntaba una dosis regular de presunción, no era de los más flojos en esto del sed sic est, y para mí tanto mayor era el argumentante cuanto más temerario el argumento; y el de mi dómine, que arriba queda estampado, le quedó tan hondamente por entonces en mi blando caletre, que vino a ser como la clave de mi conducta futura.

Y procediendo por el orden lógico de mi maestro, hice abstracción de los demás hombres para dedicarme a estudiar los hombres que me rodeaban; prescindí de las demás partes del mundo, y me contenté con asomarme a Europa; regresé a nuestra España, como el suelo más privilegiado de aquella, y torné a Madrid como Corte y lugar principal de España; con lo cual, y con asentar mis reales en la famosa Puerta del Sol, y establecer mi atalaya dominando la cubierta del Buen-Suceso, hallé que lógicamente, y al decir de mi maestro, me hallaba instalado en el punto más culminante de este mundo sub-lunar.

Dispuse, pues, mi observatorio moral en la región de las nubes, aislado, independiente y libre de toda atmósfera viciada: preparé el telescopio de la experiencia; pedí una pluma a la Verdad; abrí los ojos; cerré los libros; dejé los estudios y me metí a predicador.

«¡Oh qué fortuna (decía, poco más o menos, un amable moralista contemporáneo) el ser libre, y libre de veras, y poseedor de la más noble libertad, que es la libertad del pensamiento! No arrastrar la cadena de partido alguno; vivir independiente del poder, y no haber hecho tampoco alianza con sus enemigos; no haber de defender las faltas del uno ni

las demasías de los otros; no ser responsable de las acciones ajenas; obrar en nombre propio, dando sólo cuenta a Dios de nuestras operaciones; no recibir consejos sino de la conciencia, fiándonos sin temor de este noble instinto de la verdad que el cielo ha impreso en nuestras almas; admirar sin creerse adulator; ser justo sin pasar por enemigo; buscar con preferencia el aspecto bueno de todas las cosas, como la abeja, que liba la miel de todas las plantas; mirar con ojos serenos; escuchar con oído imparcial; viajar sin mandato y detenerse según place, allí donde el sitio es apacible, allí donde, el sol alumbra sereno; no haber de preguntar a qué reino pertenece un país para saber si hemos de alabarle; no querer saber el nombre de un autor antes de decidirmos a aplaudirle; repetir indistintamente todos los sonidos si en ellos hallamos armonía; aspirar todos los ambientes puros; disfrutar de todas las obras del ingenio, sea cualquiera su escuela y el país que las produjo; y aplaudir, en fin, todas las grandes, acciones, bajo cualquiera bandera, que fuesen hechas. -¡Oh qué fortuna! -no ser político, ni revolucionario ni retrógrado; no ser poeta, ni clásico ni romántico; no tener nombre entre los ambiciosos ni entre los pedantes; no contar padrinos poderosos ni haber de serlo de nadie; no reconocer deberes de convención; no hallarse obligado a ninguna defensa, a ninguna acusación: -¡ser libre, en fin! -pero no libre con esta libertad intolerante, que corre las calles desenfundada y ebria como una bacante en las fiestas de su patrono; sino como aquella otra hija del cielo, que nos deja usar de nuestro albedrío, permitiéndonos seguir voluntariamente las inspiraciones de nuestra alma».

Vosotros, los que sabéis apreciar el valor de esta libertad, única positiva; los que buscáis la voz de la verdad desnuda de pasiones y partidos, de encarecimientos y de encono; los que no sois optimistas ni pesimistas, sino que alcanzáis a ver en el hombre y su sociedad una mezcla armoniosa de errores y de ridiculez, de grandeza y de bondad; vosotros, que gustáis de aplicarla la risa de Demócrito más bien que el genio plañidero de Heráclito o la penca de Juvenal; subid conmigo a mi Observatorio, desde donde, con el auxilio de sus lentes, podréis descubrir todo el ámbito de nuestra noble capital, y escuchar con confianza la voz de un hombre que por sistema y por carácter rinde sólo tributo a la verdad; mas cuenta, que esta confianza que os demando ha de ser voluntaria y espontánea, y no ha de ceder en mengua de la libertad de vuestro propio pensamiento. -Si éste simpatiza con el mío, si acertare yo a explicar las sensaciones de vuestras almas, entonces quiero que le sigáis, quiero que penséis como yo; si no fuera así, y para ello hubierais de sacrificar alguna parte de vuestro albedrío, entonces me quedaré yo a solas con el que Dios me dio, que para esto tenéis derecho a juzgar de su bondad.

Ahora bien; ya estamos en las nubes yo y mi auditorio; ya asestamos los catalejos a esta tierra noble, feraz y en otro tiempo afortunada del globo, que se denomina España; ya miramos agitarse a nuestros pies a ese pueblo generoso que se llama la Capital del pueblo español; las pasiones momentáneas que le agitan no llegan a la altura en que nos hemos colocado; apenas consiguen empañar uno de los infinitos lados del prisma por donde le contemplamos. -¿Qué es a la historia filosófica de un pueblo uno, dos, tres, diez años de existencia borrascosa? ¿Qué es al carácter general de sus habitantes, el de una centena, él de un millar de sus individuos ambiciosos y agitados? El cuadro que tenemos a la vista es más inmenso y magnífico que todo esto; él nos pone de manifiesto el carácter, las

inclinaciones, las costumbres generales de toda una sociedad; él nos hace considerar también aisladamente las excepciones, y... ¡cielos! ¡qué pequeñas se presentan a nuestra vista estas excepciones que allá abajo meten tanto ruido y pretenden servir de pauta a la regla general! Ellas aparecen y desaparecen en un solo día, y brillan a nuestros ojos como los fuegos fatuos en un dilatado horizonte, o como una sombra vacilante en la inmensidad de los mares.

No esperen, pues, mis lectores que en la segunda serie de cuadros crítico-morales que les preparo, abandone mi primitivo propósito, ni roce con las circunstancias históricas de esta época agitada, sino aquello puramente indispensable para averiguar la influencia que puedan tener en las costumbres patrias. El bosquejo fiel, aunque incorrecto de éstas, y no su historia, es lo que me propongo delinear: los caracteres que necesariamente habré de describir no son retratos, sino tipos o figuras, así como yo no pretendo ser retratista, sino pintor.

Las pasiones, los errores y ridiculeces, así como las brillantes cualidades del hombre, desnudas de la forma material, y puestas al descubierto en una atmósfera más pura, suben a mi laboratorio ajenas de toda liga terrena, material y tangible, y aparecen tal cual son, grandes en su pequeñez, pequeñas en su afectada grandeza.

Por último, mi pluma, renunciando ya al estilo metafórico y campanudo que a su pesar ha tomado en este obligado introito, seguirá, como siempre, el impulso de mi carácter, la libertad de mi pensamiento, que consiste en escribir para todos, en estilo llano, sin afectación ni desaliño; pintar las más veces; razonar pocas; hacer llorar nunca; reír casi siempre; criticar sin encono; aplaudir sin envidia, y aspirar, en fin, no a la gloria de grande ingenio, sino a la reputación de verídico observador.

De esta manera, y hasta donde alcanzaren mis cortas fuerzas, recibirán mis benévolos lectores los sucesivos cuadros o Escenas Matritenses, trazados por mi mano y dictados por mi corazón. -Si ellos contienen la verdad, no importa que sea sencillo el traje en que salga engalanada; si, por el contrario, el dibujo fuere falso, sería mayor mal el ataviarlo con magnífico colorido.

EL CURIOSO PARLANTE.

El día de toros

- I -

Casa de vecindad

En una parte más intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de siguiendo por la calle de la Fe, como quien se dirige a la parroquia de San Lorenzo, y revolviendo después por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, de cuyo nombre no quiero acordarme, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejón, de cuyo nombre no me acordaría aunque quisiera.

Entre esta calle y este callejón, y formando escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caserón de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el orden de sus fachadas, como en el de su distribución y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve a la calle principal, no ofrece, ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demás edificios que pueblan el casco de esta noble capital; antes bien, sujeta en un todo a las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida Vestal (inocente disfraz harto común en las casas de Madrid), deformidades y faltas de más de un género. -Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores; la combinación casual de ventanas y agujeros; el alero prolongado; el estrecho portal, y más que todo, la extravagante adición de un corredor descubierto y económicamente repartido, en sendas habitaciones o celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto romántico, que revela su fecha y el gusto de la época de su construcción.

El interior de esta mansión no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocación de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado a ver en las demás casas de Madrid, y costarale trabajo persuadirse de que en ésta puedan encontrar habitación independiente sesenta y dos familias, que, puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos, como son discordantes entre sí los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo, punto, si, guiado por la natural curiosidad, acierta a traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa de la parte que constituye su tripulación popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes un nuevo estrecho o pasillo, que lo conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mención. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen los lienzos causarale por el pronto alguna confusión; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquéllas. Por último, si, limitado al objeto de mero descubridor, buscara, la salida de aquel archipiélago, y su comunicación con la calle, no será para él objeto menor de admiración el encontrarla directamente a aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejón excusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite a varias de sus casas tan estrambótica construcción. (Véase la nota.)

- II -

Antes de la corrida

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animación y movimiento uno de los pasados lunes, en que según la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era día de toros, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la población madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba a la orden del día, y por emblema de él ostentábase a la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles; al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas, y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan joven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo, el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche había hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

-Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces a ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en el portal?

-Toma si lo conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís!

-¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene a visitar en coche a sus enquilinos!

-Yo lo diré a V., señá Blasa, me explicaré; lo que es por la presente no viene a por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

-¿Trampilla tenemos? ¡Ay!, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender; apostaré a que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

-Pues... ya me entiende V... ¡Ay, Jesús, y qué encapotado está el tiempo!

-No temas, muchacha; que pronto cambiará.

-¿Diga V., madre Blasa: V., que endiña desde ahí la muestra, ¿a cuántos apunta el reloj?

-Dos en punto, si no veo mal.

-Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvajes en portillo.

-¡Qué lengua, qué lengua, señá Paca!

-Calle, tío Mondongo, ¿usté está ahí? ¿y quién lo mete a V. en la conversación de las personas? Más lo valiera cuidar de su tía Mondonga y de su hija, que no entrarse en donde no le llaman.

-Me llaman y me importa, señá Paca, que al cabo soy hombre de ley, y no puedo ver esos tiruleques.

-¡Ay Jesús! Llamar al abogado de probes para que se lo cuento a su señoría.

-Pues tengo mil razones, y mi conciencia es conciencia; y digo, ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice nada, los trapos de nuestro casero D. Simón Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

-El mostrenco será él y V. que le abona; vaya V. a decírselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

-Dice bien el tío Mondongo, Pacorra: ¿qué tienes tú que meterte en cuidiaos ajenos, y si D. Simón vesita a la señá Catalina y si viene por ella para llevarla a los toros, y si la viste y la calza y la da de comer y el cuarto de balde; y si es casao y con tres hijos, que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin, cada uno se gobierna como puede, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

-Que se la bendiga en buen hora, marío, y a ti te dé magín para echar sermones, y a mí paciencia para oírlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre?

-Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro a las banderillas.

-No digo eso, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme a los toros.

-Ése no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaría ir con él.

-Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos a esperar a la vuelta, a la taberna de la Alfonsa.

-Bien sabe Dios que sólo la necesiá...

-Tiene cara de hereje, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

-¡Eh! hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablos vas a pasar?

-Adonde quiero y puedo; y háganse toos a un lao de la calle, y dejen a mi carroza la puerta franca.

-Pues nosotros hemos llegado antes.

-Pues yo llevo siempre a tiempo, y... hola... muchacho, aguija la bestia, y que salte sobre esas otras.

-Huii... sóo... ráa... iak... eh..., atrás...

-Vaya, señores, ahora que estamos acomodados, la paz; y cada uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del Chato, que era el que en tal momento se apeaba de la carroza de dos ruedas.

- III -

Mientras la corrida

Ya nos han dejado solos, tío Mondongo; a mí con los puntos de mi calceta, y a V. con su banquillo y su piedra; a mí echando al aire mis arrugas, y a V. asomando los cuernos al sol.

-¿Qué, quiere V., señá Blasa! la juventú es juventú, y nosotros...

-Usted será el viejo, que yo a Dios gracias todavía tengo mi alma en mi armario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir a la plaza a echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo a lo del día, ¿Sabe V. que se me hacían los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

-Ello dirá, tía Blasa, ello dirá; y tras del día viene la noche, y al fin se canta la gloria.

-Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes: ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero a propósito, ¿sabe usted que la Paca iba que ni una reina de Gito, con aquel guardapiés encarnado, y delantal de flores, y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierto que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tío Juancho en tener paciencia.

-Chito, tía Blasa, que las paredes oyen.

-¡Qué! Tío Mondongo, si aquí no nos oyen más que las golondrinas.

-Pues una vez que es así, sepa V. (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios; y la noche diz que se ha hecho para dormir y el día para descansar); sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas y en ellas los ya dichos, y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero, Lamparilla con la mujer del herrador, y éste con la hija del alguacil, y después que nos quedamos solos yo y mi chica, (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir a los toros por más que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechugino de los bigotillos y la pera, y miró al balcón del principal: se acercó callandito a la rejilla de la escalera, dio dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló: con que si vuelve el percurador, ¿sabe usted que es lance?

-¡Ah, ah, ah!

-Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

-Pero dígame V., ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

-¿Qué quiere V. que sea?, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y están jugando al toro con un gato de la guardilla del rincón.

-¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre...

-Pues no para ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha en el barbero de enfrente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

Yo no quería decirlo a V., pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero, que encaminándose a la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

-Ahora que dice V. Bertoldo, ¿no sabe V. que el Cacasenillo del aguacil del número 13 ha dado en requebrar a la Paca, y en querérsela disputar a su marido y al banderillero, y lo que aún es más, al matachín del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro a los dominguillos?

-¡Ah, ah, ah!... me ha hecho V. reír con la comparación, y a fe que es menester haber vivido años para entenderla.

-El año 89 si mal no me recuerdo.

-Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodríguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos; pero a propósito de dominguillo, ¿dice V. que el lechugino que daba en el principal con la criada?

-Pues; para mientras venga el ama con don Simón.

-¿Y está V. seguro de ello?

-Toma si lo estoy.

-¿Seguro?

-Seguro.

-¿Un muchacho como de veinte y dos, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalón colorado, levita corta y sombrero ladeado, bastoncillo y espolines?

-Ese mismo, ese mismo es.

-Pues es el caso que, si no veo mal, paréceme que lo miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

-¡Que! No, no lo crea V., tía Blasa, si no ha quedado en casa más moza de esas señas que mi hija.

-Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de usted.

-¿Mi hija? Sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy a ver...

-No se moleste V., tío Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

- IV -

Después de la corrida

Perdone V. señor alcalde, que no fue así como lo ha contado mi marío, porque él se quedó en cá e la Alifonsa durmiendo la mona y no supo náa del sucedido.

-Pues diga V. como fue.

-Yo, señor, ya ve V., soy una probe mujer y no sé espricarme de corrido; pero el señor es mi marío, y su conduta es la que V. ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algún modo ha de comer una, y tener cuatro trapos.

-Vamos al caso.

-Pues al caso voy; ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como tóo el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba, cuanto ni más al toro: pues como iba diciendo, éste tal me tenía dicho:

«Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces lo voy a cortar las pocas narices que le quedan».

-¡Qué sí! decía yo, y como ya ve su señoría o su merced; el gusto es gusto, y en dengún catecismo he visto el pecado no mirarás; yo, ya se ve, no lo hacía caso, y...

-Adelante: fue V. con el otro a los toros.

-Pues allí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fui sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo...

-Al grano, al grano.

-El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mirarás, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponla las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre...

-Pero al cabo...

-Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo, que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿a quien dirán VV. que encontré? pues fue náa menos que el banderillero, que diciéndome -«¡Ingrata! no, endina (me dijo), ¿es éste el modo de obedecer mis preceos?»

-Yo le dije... pero no, entonces no lo dije nada, como que estaba encogida; pero sólo le hice un gesto, y aún no sé si algo más. Él no me respondió más que dos o tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando a la Curra que venía, conmigo, la subió por fuerza a la calesa: en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo: -«Paca, si no subes mato al Chato»; -y yo, ya ve su señoría, soy mujer de bien, y no quiero la muerte de naide.

-¿Con que, en fin, qué hizo usted?

-¿Qué había de hacer? subí.

-¿Y después?

-Después fue la jarana, porque la Curra que para servir a su señoría, es, según dicen malas lenguas, mujer de Malgesto, empezó a gruñir, y yo también, y él nos quiso tranquilizar y nos dio dos o tres bofetones a cada una; pero nosotras empezamos a menudearle y menudearnos, y ya ve usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca; pero, en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya había echado a correr, y luego la Curra, y no he vuelto a saber más de ellos.

-¿Con que nada más tiene V. que alegar?

-Nada más.

-¿Y se ratifica V. en ello?

-Me ratifico en que soy mujer de bien, incapaz de dar escándalos, sino que a veces no puede una...; pero ahora voy a quejarme yo a su señoría, que también tengo mi porqué.

-Veamos.

-En primer lugar, me quejo de toda la vecindad, porque me han robado todo lo que tenía en casa y dejado por puertas.

-¿Y cómo puede V. probar?...

-Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar, me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar, me quejo de la Curra por catorce arañoses y diez pellizcos, amén de algunos zapatazos donde no se puede nombrar; además me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme a la cárcel, y todo porque le hice una mueca el día de San Antón, que quiso requebrarme; por último, me quejo de usía, porque desde que es Alcalde de este barrio...

-Calle V., demonio, que ya no la puedo sufrir más, o por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se le caiga tan pronto.

-Veamos otro. ¿Usted, buen hombre, que quejas tiene V. que proponer a la autoridad? Sea breve y yo le prometo justicia.

-Yo, señor, me llamo Cenón Lanteja, alias Mondongo: tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

-Adelante sin más ribetes, señor Mondongo, que si volviera a echar otro alias, por este bastón que empuño que no le bajo la multa de cuarenta ducados.

-Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino a los toros, y...

-Aquí entro yo, señor Alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que después de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó a los toros, y sabe Dios...

-Señor Alcalde, palabra.

-Señor don Simón y muy señor mío, ¡qué gentecita tiene V. en casa!

-Calle V. por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya V. sabe que en el principal tengo una parienta joven, a quien su tío, oidor de Filipinas me dejó recomendada al morir.

-Sí, sí, ya lo sé todo, y sé también que la convida usted a los toros, y...

-Pues ahí voy; después de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe V. con lo que me encuentro?

-¿Qué?

-¡Ahí es nada! Que al volver con ella a su casa, me he hallado en la escalera a un galancete joven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafía, y...

-Pues no es eso lo mejor, señor don Simón, sino que su esposa de V., según me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa a quejarse de su infidelidad, y a ponerle, como quien no quiere la cosa, demanda de divorcio.

-¿De divorcio?

-Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos; porque como V. tiene ese carácter...

-Señor Alcalde, señor Alcalde.

-¿Alguacil?

-Que vienen a avisar que a la puerta de la taberna de la tía Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas y han quedado los dos muy mal heridos.

-¡Ay, Dios mío! ¡Ellos son!

-¡El Chato!

-¡Malgesto!

-¡Ay, ay, ay!

-Orden (dijo el Alcalde pegando un bastonazo en el suelo). ¿Hay aquí algún hombre bueno?... Nadie responde; pues bien; sirva V., escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia... a ver, lea usted.

«En la villa de Madrid a tantos de tal mes, etc., vistos, juzgamos, que debíamos mandar y mandábamos, que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda sepultura, y el herido sea conducido al santo hospital: que a la llamada Paca la Zandunga, mujer del Juancho, se la encierre en galeras por dos años, y lo mismo a la otra moza, alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo a un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar a su hija, y a ésta a las Arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus extravíos: que a la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, bajo partida de registro, y que cada uno de los vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente, al representante de los mostrencos, D. Simón Papirolario, se condena en las costas del proceso y cien ducados más; sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo más mínimo a la buena opinión y fama de los causantes, y hágase saber a las partes para su ejecución y debido cumplimiento. -El Sr. D. Crisanto de Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos luces por ante mí el infrascripto escribano de Su Majestad, hoy lunes 17 del corriente del año del Señor de 1836. -Gestas de Uñate.»

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era lego y no la podía dar a pesar de que la dio; pero luego fueron ante otros jueces profesos, y la cosa en sustancia vino a ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se sustanciaba el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel día de toros; la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura algunos animales destinados a su fomento; los establecimientos públicos el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religión el olvido de los sentimientos más nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasión de felicitarse y salir gananciosas, a saber: la tabernera Alfonsa y el escribano D. Gestas... ¡Feliz compensación!

(Mayo de 1836)

NOTA. -El ingenioso D. Ramón de la Cruz, que abasteció nuestra escena, a los fines del siglo pasado, de una rica colección de sainetes, que aún hoy consideramos como joyas literarias por su gracia, originalidad y fuerza cósmica, presentó en varios de ellos el interior de una de esas casas omnibus que existen en Madrid, donde hallan colocación centenares de familias de diversas condiciones, y que suelen dar que hacer a los alguaciles y caseros, y prestar argumento para sus cuadros de bajo cómico a pintores y poetas. Señaladamente en el que tituló La Petra y la Juana, y que ha sido conocido y representado constantemente con el de La casa de Tócame Roque, dejó aquel célebre ingenio un modelo de animación teatral y de finísima observación, que ha hecho su nombre justamente célebre. La tradición constante aplica aquel segundo título (no sabemos con qué fundamento) a la casa que aún existe en la calle del Barquillo, señalada con el número 27 nuevo, y es propia del señor Conde de Polentinos; pero, a nuestro entender, el autor no pensó en ella al trazar su escena, ni en ninguna otra determinada, sino que tomó de varias semejantes aquellas condiciones y detalles que necesitaba para sus cuadros. -Esta misma idea ha dirigido al autor de las

Escenas Matritenses al delinear la que sirve de teatro al artículo de El Día de toros. Conoce y tuvo presente varias de estas casas de Madrid apellidadas Domingueras por las visitas dominicales que suelen hacer los caseros para percibir sus alquileres; y, entre otras, además de la ya citada de Tócame Roque, recuerda la del Mundo nuevo, la del Curra, la de la calle de la Paloma, la calle de Hortaleza, llamada de Garrones, la del Pastor, en la calle Segovia, que por el desnivel de terreno ofrece la circunstancia de ser piso bajo por la plazoleta del Alamillo lo que es segundo o tercero por la calle de Segovia, y otras así; y tomando de cada una lo que le pareció oportuno, construyó mentalmente la suya y la colocó en los barrios de San Lorenzo, para desorientar a los investigadores (si los hubiera) de esta parte topográfica de las Escenas.

Mi calle

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinación bien pronunciada hacia la observación de las costumbres, para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transición y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. -Si la primera circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad completa del original, ¿cómo pretender alcanzar aquélla cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y a cada momento, y ora ríe y charla y se envanece, haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde como para ocultar su abyección y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender a un ave que vuela, a un niño que crece, a una rueda que gira, a un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse a las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voy a tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse entre nosotros; mi particular condición me mantiene a una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido, ni así intentado. En este punto digo con Mercier: -«Pasajero en el navío, no pretendo gobernar al piloto». -Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor, que atravesamos, imprimen a las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido e indeciso; y bajo este aspecto entra en la jurisdicción del Curioso el considerarle, no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia

política, no, en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino, en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. -Quédese para espíritus más elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita a los efectos más prosaicos y palpables.

Reducido a este estrecho recinto, apenas llegan a mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos; ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados; ni el cartero sabe las señas de mi habitación; ni en los cafés hago otra cosa que beber; ni pueden quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. -Pero, en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, a materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo corretón y que parece que va huyendo de su sombra. -Como de paso, y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan por la rapidez con que yo vuelo, viene a reproducirse en mi imaginación un resultado tal de movimiento, que apenas acierto a bosquejar en ella ni aún los objetos más notables.

Así que, procediendo por impresiones del momento y sin ningún conocimiento de causa, no es extraño que lleguen a sorprenderme las cosas que me saltan al paso, y que, a falta de conocer su objeto, venga a deducir consecuencias que, por lo naturalmente simples y materiales, pudieran figurar airosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital veo darse tanta prisa a derribar edificios monumentales, supongo de buena fe que habría sobra de ellos; cuando veo construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan a suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza excitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusión de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusión de los trajes me hace sospechar la que reina en las opiniones; la enciclopédica ostentación de los esquinazos de la Puerta del Sol me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles me convence plenamente de que estamos en el Siglo de las Luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! Cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas a la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la Plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapiés, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz, la fachada del Hospicio; entonces, como que prescindo de todo lo demás que vi, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado; aquel Madrid de la clásica antigüedad, que cada día me veo precisado a arrancar hoja a hoja del Manual.

Vuelvo a repetirlo: el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el extranjero; este refinamiento de lujo al lado de la más espantosa miseria; esta inconstancia de ideas, que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer, y deshacer lo hecho sólo porque existe; y ensayarlo todo, y todo exagerarlo; y llevar el género clásico-retrógrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar a los unos y a los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros a la ópera italiana, desde la tribuna al sermón, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto a lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente a lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 12 y del 37 al... ¡sábelo Dios!... Todos estos vaivenes todas estas inconsecuencias, toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, más indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con sólo recorrer las calles de Madrid; y sin ser Víctor Hugo, ni estar acostumbrado a trasladar el lenguaje de las piedras al idioma vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. -Ellos le ofrecerán una población rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofía; mezcla, en fin, de lo delicado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van a suceder.

Puede que haya alguna exageración poética en este aserto; pero yo veo todo esto y ala más en las calles de Alcalá y de Lavapiés, de la Montera y del Barquillo, de San Antón y de Carretas. -Pero ¿qué digo? sin salir de la mía pudiera presentar a mis lectores un compendio que bastara a probar ex ungue leonem; -y por cierto, ya que he nombrado mi calle, no quiero renunciar a trazar este ligero verbigracia, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente y como traído a mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que, sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, a quienes sirve de paso y comunicación. Con sólo salir de una de éstas y dar un paso en la mía, ya se ha retrogradado dos siglos, ya se ha constituido el viajero, no diremos en el Madrid de los moros, pero al menos en el de Cervantes y Calderón. -Las anchas y cómodas aceras, camino real de Pontejos, no han penetrado aún en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez ni torcida dirección, semejante en lo indecisa a la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo, vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas, aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean; y el lujo y la juventud de aquéllas contrastan singularmente con la decrepitud y desaseo de éstas; unas y otras, empero, por sus formas respectivas, revelan, ya el esplendor, ya la miseria de sus habitantes, y de aquí el que los efectos del ya

citado contraste se extiendan, no tan sólo al aspecto físico de las casas, sino también a las inclinaciones, usos y condición moral de sus pobladores.

Para proceder con el orden debido, o lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de dicha calle, deteniéndonos, según conviniere, en aquellos objetos más marcados. -Por de pronto, se nos presenta interrumpida la línea general de las casas por dos o tres de ellas, que intestan algunos pies más retiradas que las demás, lo cual, sin duda, debió originarse de algún plan de desahogo y de mejora de esta calle, que existiría en los tiempos antiguos, y que, como todos los planes de mejora que se forman en España, fue abandonado después. -Este ligero recodo forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con su rótulo y todo, se escapó a la solícita averiguación del último corregidor de la villa. -Ustedes, señores lectores, querrían que yo compulsase el dicho rótulo, aunque no fuese más que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar a la escena; pero ¿no conocen VV. que esto sería demasiada candidez, candidez semejante a la del pintor de Orbaneja, o a la de aquel otro que, habiendo trasladado en su lienzo a San Antón y su inseparable compañero, puso debajo, para evitar dudas indiscretas: «Este es San Antón, y este otro es el cochino»? -Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de exclamar: «Esta es».

Volviendo a la plazoleta de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de común patrimonio a un herrador, a un carbonero y a una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesión, según las horas del día, a saber: el carbonero, durante las primeras de la mañana, procediendo al descargo y encierro de las seras de carbón, operación atlética, en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores Darrás y Manche; el herrador, en lo restante del día usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero, al anochecer (como es uso y costumbre en toda égloga), echando a pacer las mansas cabrillas, no ya la hierba aljofarada, sino los pedazos de tachuela y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdón) sale al paso, y detendría al menos aficionado, si no fuera por otras tres o cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, una de paz y otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal ¡y qué portal!... portal-pasaje, que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas... ¡Feliz situación de establecimiento!

«¡Si es o no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé!
Pero delicada fue
La invención de esta taberna».

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo regular en la acera izquierda; la derecha la ocupan las accesorias de dos establecimientos públicos; el uno, financiero; el otro, artístico; aquél, concurrido; éste, solitario; éste, demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España; aquél, dando a conocer en su animación la

tendencia y objeto de este Siglo del Oro. Uno y otro, a decir verdad, podrían haberse ido a situar a otra parte, y no venir a oponerse a la propagación de nuestras luces.

Afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen a la claridad del frente, máxime después que la revolución ha venido a batir las cataratas o pantallas de los balcones. -Esto en cuanto a la vista; en cuanto al olfato, no nos falta ocupación a los vecinos de la tal calle, teniendo a mano la sección central del diabólico invento de Sabatini; -más allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales abajo; -tres o cuatro barberos, oportunamente colocados, se encargan por su parte de asegurar al oído sus más punzantes sensaciones; -y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al más perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle: lujo e indigencia, clásico y romántico, virtudes y yerro, oro y estiércol; y todo en cuatro pasos, como quien dice; y en estos cuatro pasos, que dan VV. todos los días, señores lectores, distraídos e indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento; ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del eutresuelo, ni en el armónico piano a la preghiera del prine ipal; ni en la carretela parada a una puerta, ni en la sabatina que sale por otra; ni en los cabritillos que triscan ni en los muchachos que retozan; ni en las casas al estilo de Londres, ni en las otras al estilo de Leganés; ni en los empleados que entran, ni en los que salen; ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas; ni en la elegante romántica de la Edad Media, ni en la com paseada manola de la mantilla de terciopelo; ni en los dichosos del día, ni en los desdichados de la noche; ni en nada, en nada, en fin y de todo lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... -¿Su calle de V.? -Sí, señores lectores, la de ustedes, la mía, cualquiera de las calles de Madrid: se entiende, del Madrid de 1837.

(Enero de 1837)

NOTA. -En medio de la constante preocupación del autor en huir absolutamente de todo roce con las circunstancias políticas de la época, déjase conocer que, reflejadas éstas en nuestras costumbres, le era imposible prescindir de dar a conocer las nuevas necesidades, las diversas tendencias que diariamente se desarrollan en las ideas, en los usos, en los modales, y hasta en el lenguaje vulgar. -En el presente artículo, bajo el pretexto de pintar la calle en que vivía (Angosta de San Bernardo, hoy de la Aduana) ofrece un traslado fiel de la incertidumbre y perplejidad del escritor ante la indecisión de las costumbres, y la necesidad de adoptar, para describirlas, giros más atrevidos, colores más determinados, que es lo que al cabo hubo de hacer, como se verá en los cuadros que siguen a éste.

El salón de Oriente

Abriose, en fin, el Salón de Oriente, este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzosos; entre la falta de pagas y los debates parlamentarios; entre el Palacio y el Espíritu Santo; entre la aristocracia y la democracia; entre la edad pasada y las futuras edades; entre la miseria y la opulencia; entre los antiguos amores y los amores nuevos; entre las harturas de Navidad y las abstinencias de Cuaresma; entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.

Abriose, en fin, absorbiendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reveses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones, las oposiciones, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, las enemistades y desvaríos de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demás pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente a las gratas combinaciones de la mazourka.

Justo es que, dando al tiempo lo que es suyo, sigamos el impulso general y abandonemos también por un momento los modestos objetos a que ordinariamente nos dedicamos, para tratar del ídolo del día; que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó; las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno salón oriental.

Las fuerzas, sin embargo, me abandonan cuando quiero penetrar en aquel complicado laberinto y pretendo traducir las páginas de un libro que a medida que la edad va clareando mis cabellos se me hace menos inteligible y expresivo.

Colocado en medio del salón, veía indiferente y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones. -Para mí todos aquellos encuentros eran casuales, todas aquellas separaciones imprevistas. -Semejante al que mira jugar sin entender el juego, parecíame a veces que tal jugador debía triunfar cuando renunciaba, que tal otro debía pasar cuando tenía un estuche. -Aplaudía sin oportunidad, reía fuera de tiempo, y daba la vuelta por el salón para abrogarme el aspecto, de antiguo conocido, y el salón me respondía con la más profunda indiferencia. De aquí vine a sacar una gran verdad, y es que el año de 1837 no era el de 1832; que nuestra época había pasado, que otra generación nos había sucedido, y que tranquilamente y sin apercibirlo nos hallábamos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignado con la suerte, íbame a retirar sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando, quiso la fortuna depararme el más oportuno instrumento, para dibujar hasta una forma microscópica todos los colores y matices de aquella escena; un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas; una brújula, en fin, segura para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistía, pues, mi feliz encuentro en una de esas muchachas chiquitas, estereotípicas y de faltriquera, que se reproducen en todas partes y a todas horas, como una edición completa a mil ejemplares; que en invierno solemos hallar en el Prado tornando el sol, y en verano tomando la luna; que en febrero engañan con máscara de alegría, y en marzo con

máscara de devoción; que en abril asisten a las tinieblas, y en mayo a la pradera de San Isidro a ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Corpus, y en julio la de la plaza de toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya están puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la Academia, y en noviembre los epitafios del campo santo; que en diciembre frecuentan los dulces de la Plaza, y en enero los patines del Retiro; y que en todos los meses, en todos los días, en todas las noches, llenan todas las calles, todas las tiendas, todas las iglesias, todas las tertulias, todas las procesiones, todos los circos, todas las romerías, todos los teatros, todas las misas de tropa, todos los entierros, todas las revistas, todas las entradas triunfales y todas las asonadas; desde la puerta de Toledo hasta el jardín de Apolo; desde la Plaza de Toros a la Casa de Campo; muchachas, en fin, pólipos, azogadas, imánicas, verdaderos kaleidescopios multiformes, reproducciones fantásticas, y resolución práctica del problema del movimiento continuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era, como si dijéramos, una segunda edición, corregida y aumentada de cierta mamá verde, en plena posesión de sus treinta y ocho carnavales y de sus veinticuatro reales de Monte Pío, y viuda con quien yo había simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado a hacer aquí esta ligera revelación, pues no puedo de otro modo explicarle la franqueza con que la niña, atravesando el salón, vino flechada a encontrarme a uno de sus ángulos, donde a guisa de estatua de rinconera me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupación.

-¿Qué hace V. ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oídos como un recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde canicular).

-¿Qué tengo de hacer? -respondí procurando poetizar un si es o no es mi discurso -estaba contando las luces del salón; pero en este momento echo de ver que había errado la cuenta, pues no había visto las dos que ahora me iluminan.

-¡Bah, bah! ¡Lindo retruécano! ¡Gusto clásico! Por esas señas, si V. trata de darnos la estadística del salón, escribirá que tiene cuatro mil pies, si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta, por la parte que ridiculizaba mi concepto; pero no pude menos de confesar que tenía razón, y se la dí, y el brazo para conducirla hasta el otro extremo del salón, donde a la sazón se hallaba la viuda madre, verificando, por lo que pude sospechar, la conversión de un sarraceno a su creencia.

En peor ocasión no podríamos llegar a la presencia maternal. -Esta voz mamá, dirigida por una muchacha de quince años a una vestal, delante de un moro adorador de su cándida inocencia, era una verdadera interpelación exótica, grosera y como lo son las más de las interpelaciones; por otro lado, mi presencia al lado de la hija venía a ser un discurso entero de oposición; era un drama completo, unas memorias autógrafas en cuatro tomos.

La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues y tan desconcertada cómo un ministro tribunizado, o como un jugador de maños a quien hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seguridad: -«Tu mamá ha cambiado de traje conmigo yo la he dado mi pasiega, y ella me ha dado, su vestal».

Y hétenos aquí, lector carísimo, buscando un zagalejo amarillo por aquellos, salones, corredores y escaleras, y preguntando a todos por una pasiega que primero había sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendían de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía, que para mi volátil pareja no fue sino un breve episodio, vino a revelarse en mí la acción principal de aquella noche. Y si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, daríales cuenta de las observaciones crítico -filosóficas que la inteligencia de aquélla me proporcionaba; expondríales d'après nature todas las escenas, antes mudas a mis ojos, y ahora tan expresivas y significantes, auxiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reía, burlaba, preguntaba, respondía, observaba, y hacía, en fin, lo mismo que en ocasiones semejantes solía yo hacer algunos años antes; mi imaginación iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la más profunda inacción; el Príncipe, Solís, Trastamara, San Bernardino, Abrantes, Santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos, que para mí venían ya a ser otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guías atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducíanse a mi vista con todos sus encantos y frescura. Placíame en recorrer con aquel precioso talismán el magnífico salón, y vivificado con su fuego, veía renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil, que algunas horas antes creía extinguido para siempre. Ya no me parecía el baile monótono, confuso y desacordado; ya no hallaba a la concurrencia fatigada, displicente y distraída; todo en mi imaginación había recibido un nuevo sentimiento; la agitación y el movimiento eran entonces condiciones de mi existencia; el ruido y el continuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera, obraban fuertemente en mis sentidos. Necesitaba ya, como antiguamente, correr del salón a la fonda, de los tocadores a las piezas de descanso, de la tribuna a la sala de juego; y aquel continuo vagar por tránsitos y escaleras, y preguntar a todos y no responder ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de las salas, y evitar las banquetas donde tienen su asiento las mamás inamovibles y sólidas, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servir de punto de conciliación a las nuevas intrigas en agraz.

No sé cómo explicarlo; pero aquella muchacha había cambiado mi existencia, había hecho retroceder mi edad. Ya no había para mí Oriente, ni observaciones, ni 1837 -había únicamente amor, máscaras y 1832.

A imitación de mi cabeza, mis piernas se hallaban también aligeradas; y luego ¿quién no vuela en alas de un serafín? No hubo más, sino que al ruido de la música, vínome a la memoria el olvidado compás, y creyéndome el genio de aquella sílfide, improvisé una galope instintiva, espontánea, aérea, que... Mas ¡oh dolor! mis pies, entumecidos de algunos años, se rehúsan al movimiento... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galán, y... ¡ay de mí!... ¿qué es esto?... las luces... se apagan las luces... la gente

desaparece... el ruido se convierte en silencio y se abre una puerta... alguien me toca. -¿Eres tú, divina criatura?... ¿qué es esto?... ¿quién me mueve?...

-Señor, las ochu en puntu...

-¡Ah, maldito gallego!

¡Desapareció la ilusión! Todo se explica. El salón era mi alcoba; el que entraba a llamarme, mi gallego; el baile, un sueño; y mi amable pareja, aérea, incorpórea, impalpable era, en fin, mi imaginación, que no quiere aún renunciar a la juventud.

(Febrero de 1837)

Costumbres literarias

- I -

La literatura

Desde que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

Y a la verdad ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? Una planta exótica a quien ningún árbol presta su sombra; ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar a los demás; astro, en fin, desprendido del cielo en una tierra ingrata, que no conoce su valor.

Si, confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adulación a las dotes de su talento; si, mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó a mendigar un favor del poderoso; favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones, le convierte en lisonjeador de oficio o en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez a conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del país; acaso la posteridad encomiará su genio; acaso levantará estatuas a su memoria; pero en tanto su vida

se consumirá angustiosa en medio de las tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desdén injusto, abreviará sus días, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro, que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro país, que parecía presagiar a las letras más alta fortuna, más estimada consideración. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto a las costumbres una tendencia bienhechora, vieron muy luego aparecer eminentes ingenios, que, consiguendo eternamente la gloria de aquella edad, recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entonces el talento literario; preciso fue también unir a él la intriga cortesana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político o del discreto palaciego. -Los que, como Quevedo, Mendoza y Saavedra, supieron reunir estas cualidades a las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con regios favores, y figuraron airoosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que, como Cervantes, Lope y Moreto, limitaron su ambición a la gloria literaria, fueron, es verdad, el objeto de entusiasmo de su siglo, y pudieron presagiar en vida el tributo de admiración que había de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron a asegurarles una cómoda subsistencia, ni a legar a sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. -Lope de Vega quedó empeñado al morir después de haber escrito dos mil comedias (que los cómicos solían pagarle a 500 rs.), y otras muchísimas obras sueltas; Calderón vendió todos sus autos sacramentales a la villa de Madrid por 16000 rs., y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar a luz la obra inmortal que había de ser el primer título de la gloria literaria del país.

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron a aparecer las letras, después de un largo periodo de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posición social fueran los primeros a cultivarlas; y de este modo se ofrecieron a los ojos del público con más brillo y consideración. Montiano, Luzán, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno, y los padres Isla y González, el duque de Híjar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Meléndez, ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente, a las letras, tanto para adquirir las en el concepto público aquel respeto que por desgracia sólo se prodiga a los falsos oropeles, cuanto para estimular a la juventud a emprender una carrera que no aparecía ya como incompatible con los halagos de la fortuna.

Empero de un extremo vinimos a caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos: unos cultivaron las musas para explicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio

de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga o una embajada. -Y siguiendo este orden lógico se ha continuado hasta el día, en términos que un mero literato no sirve para nada, a menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad.

De aquí las singulares anomalías que vemos diariamente; de aquí la prostitución de las letras bajo el falso oropel de los honores cortesanos. -¿Fulano escribió una letrilla satírica? Excelente sujeto para intendente de rentas. -¿Zutano compuso un drama romántico, o un clásico epitalamio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortización. -Aquél que hace muy buenas novelas, a formar la estadística de una provincia. -Éste, que ha traducido a Byron; a poner notas oficiales en una secretaría. -El otro, que escribió un folletín de teatros; a representar al Gobierno español en un país extranjero.

Entre tanto, aquellos escritores concienzudos, que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única misión, y que no sabiendo o no queriendo abandonarlas, esperan recibir de ellas la única corona a que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desdén, le arrojan al pasar una mirada compasiva, o llegan a dudar hasta de sus intenciones o su talento... -«¡Literato!... ¿Qué quiere decir literato?...», le preguntará la autoridad al empadronarle. -«¡Poeta!...», repetirá el pueblo... «¡Valiente poeta será él, cuando no ha llegado a ser ni siquiera intendente o covachuelo!»

De esta manera, la multitud, que sólo juzga por resultados, se acostumbra a ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título de elevación, no como un patrimonio de gloria; y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradicción, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondía una elevada posición social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero envuelva en ellos las pasas de Málaga, o los quesos de Rochefort.

- II -

El manuscrito

Y para hacer más sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémonos un autor que después de haber dedicado largos años a trabajar concienzudamente una obra literaria, ve por fin concluido el trabajo en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir...

¡Pobre autor! ¡Tú creías cuando dabas fin a la última página de tu libro, que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! -Pues entonces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu más ingrata tarea. -Por fortuna, en el día no tienes que temer las trabas de una censura arbitraria, ni necesitas mendigar un permiso, que las leyes actuales te conceden gratuitamente... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia sería la de poner un pedimento en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito, acudir a la escribanía de cámara del Consejo de Castilla, dejándolos allí confiados en manos de curiales entre despojos y moratorias... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el tierno adiós (que podía muy bien ser el último) a su amada obra, y arrojarla entre profanos, que midiéndola por su escasa inteligencia, no hacían escrúpulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraría como un tesoro!

El secretario formulaba su relación, y cargando con el manuscrito entre los demás papeles del despacho, entraba al Consejo a dar cuenta de él entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; -el tribunal mandaba censurar aquél, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitía al guardián de San Francisco o al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de Historia, no faltaba algún capellán de monjas; o un abogado del Colegio, si se trataba de una colección de poesías. -En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de ley sabían guardarlo, y dar así a los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla a su sabor dos o tres años.

¿Quién pintará las angustias de aquel mísero autor en este tiempo? ¿Quién sus exquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo, decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvía la obra, o con una negativa terminante, o toda mutilada con inmundos borrones, que hacían desaparecer su mérito principal; y gracias, cuando no se metía a enmendarla de su propia autoridad y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imaginara. -Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro no contenía nada contra nuestra santa religión ni las regalías de la corona, solía conceder el permiso, y el autor se daba por muy satisfecho cuando a vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su Real cédula, lograba recoger aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus hojas.

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita más que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad, han llegado las letras a la altura que las vemos. Asombroso, a decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar a conocer sus prodigiosos adelantos y su genio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con extensión; nadie les ha ido a la mano... Desde entonces las imaginaciones han tomado un vuelo gigantesco, las luces se propagan, las prensas gimen, y... ¡desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor!... Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿dónde

están las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? -Sin duda que han debido abundar en estos tiempos de franquía político-literaria. -Sin duda que nuestros escritores se habrán dado prisa a vengar el honor nacional, y a responder victoriosamente a los terribles cargos que de dos siglos a esta parte les dirige la Europa entera... -Sí, señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares o de alocuciones civiles. El público no quiere más historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra.

- III -

La librería

Mas, volviendo a nuestro anónimo escritor, a quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole, cual otro Camoens, de los embates de las olas, sigámosle paso a paso en sus diligencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto, le encontraremos corriendo una a una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escogiendo papel, y reduciendo, en fin, a números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hay tan entretenidas como ver a un literato ajustar una cuenta o formar un cálculo con aquella pluma con que suele volar por las vagas regiones de la fantasía. La falta de práctica y su escaso conocimiento de los guarismos le hacen equivocar a cada paso la cuenta; y suma y multiplica, y vuelve a sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millón; y quien de 24 quita 6 deja 40, y llevo 7; dos mil ejemplares vendidos a duro hacen 200000 duros; rebajados 500 por el coste de su impresión, quedan 150000 duros limpios de polvo y paja... ¿A dónde vamos a parar?

Que se ajustan, en fin, literato e impresor, y que empieza la tarea de la composición y la corrección de pruebas, y el ajuste, y el pliego de prensa, y la tiración y retiración, y las capillas, y el alce y el plegado; y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante; y unas veces riñe con el regente de la imprenta por la tardanza, y

otras con los cajistas por la precipitación; y se desespera por una errata, porque en vez de tu mano esquiva, le han puesto tu mano de escriba, o en lugar de memoria póstuma han estampado memoria postema, u otros quid pro quos tan inocentes como éstos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega, por fin, el suspirado momento en que, ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresión, va a proceder a la venta, y una mañanita muy temprano sale mi diligente autor a revistar uno por uno todos los esquinzos de Madrid, donde ha hecho fijar grandes cartelones con letras tan grandes como todo el libro; y se aflige y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuáles empezados a rasgar; cuáles rasgados del todo; éstos cubiertos por un anuncio de novillos; aquéllos ofuscados por una función de cofradía. -Pero se consuela con que en aquel mismo día la Gaceta y el Diario han anunciado su obra en términos precisos, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar a todos los periodistas de Madrid, los cuales, en conciencia no podrán menos de decir que la obra es excelente, y el autor un buen sujeto, con la demás música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende o se quiere vender.

Y aquí llamo la atención de mis lectores no madrileños, para hacerles un pasajero bosquejo de lo que es una librería en nuestra heroica capital.

Siempre que a su paso se encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalería; siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y transparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea o por una fama trompetera; aquello, por supuesto, no es una librería, sino un almacén de objetos más útiles, tales como guantes o confitura.

Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos; allí, por supuesto, no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conocen otras letras que las de «Precio fijo», estampadas en góticos caracteres en el fondo del almacén.

Empero cuando vean un menguado recinto de cuarenta pies de superficie, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida e inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; - siempre que vean éste, cortado a su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan angosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; -siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas a medio plegar, varias horteras de engrudo, y el todo amenizado con las cortaduras del papel y los restos del pergamino; -siempre que detrás acierten a columbrar la fementida estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un pequeño nicho en forma de altar con una estampa de San Casiano, patrón de los hombres de letras; -siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinzos de entrada unos

misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo, que en anticuadas letras dirá forzosamente: «LIBRERÍA».

A decir verdad, que nada es más a propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro país, como el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulos de ninguna especie han visto progresar y modificarse, según los preceptos de la moda, a las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterías y tabernas; y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo XVIII, han permanecido estacionarias, sobreviviendo indiferentes a las revoluciones de la moda y a las convulsiones heroicas del país.

Si, prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquélla. -Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadrado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que hoy los hay con un hambre del año 12). Si escucha hablar del colosal movimiento de los libreros de Londres y de París, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos, y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonrío desdeñoso, y sigue sin responder plegando calendarios o dando a los cartones una mano de engrudo. -Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: -«No es cosa; no se han vendido más que cien ejemplares». Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por este estilo aprecia más que las obras de Homero, el Sarrabal de Milán; y mucho más el Arte de cocina, que los Varones ilustres de Plutarco.

Ocupado sin cesar en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos), que ocupan constantemente los mal seguros bancos extramuros del mostrador; los cuales literatos, cuando alguno entra a pedir algún libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y después de juzgarle a su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto ojean un periódico, y mascan y muerden a su sabor el artículo de fondo, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una disección anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero, recogiendo sus chismes, les invita a comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan a la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve a abrir, y vuelve a reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo, dejamos a mi autor caminando hacia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella a la sazón que acaba el librero de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusión sobre ella.

-¿Ha leído V., señor don Hermógenes, ese libro nuevo?

-¡Cómo si lo he leído! Página por página me lo ha consultado su autor.

-¡Calle! ¿conoce V. al autor?

-Pues ¡no le he de conocer, si ha sido discípulo mío! y dé gracias a mis advertencias y correcciones, que si no... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo.

-Me han dicho (replica D. Pedancio), que es un muchacho de mérito, y que...

-Sí, señor, tiene chispa, y si estuviera bien dirigido...

-¿Cómo bien dirigido? ¿pues no he dicho que le dirijo yo?

-Tiene V. razón, y a decir la verdad, ya me parecía a mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense ustedes que le he conocido hace veinte años jugando a la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos, ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni...?

(Mientras este ligero diálogo, el joven autor ha entablado un aparte con el librero para informarse de la venta; y luego que éste le asegura que en todo el día ha realizado tres ejemplares, hace un gesto expresivo, da un suspiro, y lanzando una mirada fulminante a los interlocutores, se sale precipitadamente de la tienda.)

-Oiga V., señor amo de casa, ¿no querrá V. decirnos quién es ese caballere que acaba de salir?

-Ese caballere (responde el librero), es un amigo de todos ustedes y protegido de mi señor don Hermógenes.

-¿De verdad?

-Sí, señores, es el autor de quienes ustedes hablaban, y no sé cómo no lo han conocido.

-A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado... y luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad, V., señor don Pedancio?

Los quince primeros días repite diariamente el joven la visita a la librería, y ajustando mentalmente la cuenta, saca la consecuencia de que en ellos ha despachado veinte y cinco ejemplares; y sin embargo, todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elogian y le colocan a par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaución de regalársela a todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la da de treinta ejemplares; al segundo mes de diez, y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente; y advierte, en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente; y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia, se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

- IV -

El autor

Entonces reconoce la ingratitud del siglo, y medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero temple su dolor con la consideración de los inconvenientes de la riqueza, y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina a pasar el resto de sus días dedicado a la filosofía y al estudio. -Mas desgraciadamente llega el día 30 del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de la casa; el sastre tiene la inhumanidad de presentarle la cuenta, y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve a interpellarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el ingenio es un capital pasivo, que no empieza a producir hasta después de la muerte; que la sabiduría no tiene cosecha, o que si siembra ideas es para recoger únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee, es ponerse a fabricar rosarios en Pekín; que aquella individualidad, aquella sublime excepción a que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situación exótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando, dando un nuevo giro a sus ideas, las materializa y dirige a un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su futura gloria en gracia de su vivir presente, y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar a clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desdén. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antesalas; los profundos volúmenes por los periódicos fugitivos; las relaciones literarias por las encumbradas y políticas. Entonces cuando hace la oposición o la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento, y pasa de mano en mano altamente recomendado, hasta que da en las de un poderoso Mecenas, que, en justo galardón de sus conocimientos literarios, o de su numen poético, le encaja una contaduría de estancadas o una administración de correos, con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones a un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho a desempeñar su destino y a firmar oficios y cargaremes.

Y aquí concluyó el literato, y empezó su positiva carrera el funcionario público.

(Marzo de 1837)

NOTA. -Este artículo en que se pretende bosquejar las diversas fases de nuestra vida literaria, según las épocas pasada y presente, fue escrito en principios de 1837 para insertarse en el periódico o revista quincenal que empezó a publicar el Liceo artístico y literario de Madrid, especie de Álbum en que todos los socios de aquella nueva y brillante corporación, consignaban espontáneamente los frutos de su ingenio.

En todo el artículo domina el pensamiento del autor, a saber: la falta de consideración, o de aplicación, que entre nosotros cuentan los estudios científicos y literarios por sí mismos, y la sobra de protección indiscreta que suele reclamarse y obtenerse del gobierno, no para los mismos escritos, sino para las personas de los autores, sacándolos de su esfera, y colocándolos en empleos elevados y brillantes, que les hacen desdeñar el cultivo de las letras, y hasta renegar de sus antiguos títulos de gloria. -En este punto las opiniones del autor son contrarias, no sólo a las de los Gobiernos, sino a las de los mismos literatos, para quienes desearía, sí, una modesta medianía y desahogo; pero no grandes títulos, honores y cargos que los arrancan a sus tareas literarias, y esta convicción es en él tan profunda, cuanto que está persuadido de que si Cervantes hubiera sido director de Rentas o intendente, nunca escribiría el Quijote; Lope y Calderón, si hubiesen llegado a obispos, no habrían dado tanta gloria a la escena española; ni Shakespeare, ni Molière, hubieran enaltecido la francesa, si de pobres y asendereados farsantes, hubieran subido de pronto a ser embajadores, ministros o generales.

En la reacción literaria que se verificaba por aquellos años en nuestro país, al mismo tiempo que la revolución política, o más bien como consecuencia de ella, se observaba

desde luego esta tendencia fatal, esta protección funesta, al sentir del autor, hacia las personas de los literatos; la libertad del pensamiento, exento ya de toda traba de censura; el aumento de vitalidad y de energía propia de las épocas de revueltas políticas, de discusión y de lucha; el vigor y entusiasmo de una juventud ardiente, apasionada, y que entraba a figurar en un mundo agitado por las nuevas ideas; el brillo y esplendor con que éstas se engalanaban y brindaban en su cultivo un magnífico porvenir; todas estas causas reunidas produjeron en nuestra juventud una excitación febril hacia la gloria política, literaria, artística, hacia toda gloria, en fin, o más bien hacia toda fama y popularidad.

La fundación del Ateneo Científico y la del Liceo Artístico y Literario, verificadas en 1835 y 36, fueron la señal de dar principio aquella época de regeneración, de entusiasmo y de gloria. -Las cátedras y discusiones de la primera de aquellas sociedades; las sesiones de competencia, representaciones y juegos florales de la segunda, ofrecían por entonces tan halagüeño y seductor espectáculo para las letras y para las artes, que parecía inconcebible la simultánea existencia de una guerra civil enconada y asoladora; y no sólo produjeron enseñanzas útiles, para las ciencias de la política, de la administración y de la literatura, no sólo dieron por resultados obras estimables en todos los ramos del saber, sino que, presentadas con un aparato y magnificencia sin igual, en suntuosos salones frecuentados por los monarcas, la corte y lo más escogido e ilustrado de la sociedad madrileña, excitaron hasta un punto indecible el entusiasmo y la afición del público, realzaron la condición del hombre estudioso, del literato, del artista, ofreciéndolos a la vista de aquél con su aureola de gloria, con su entusiasmo, sus frescos laureles, su doctrina en la boca y en la mano su libro o su pincel.

Los elocuentes acentos de Martínez de la Rosa, Galiano, Lista, el Duque de Rivas, Donoso Cortes, Pacheco, Pérez Hernández, Benavides y otros muchos, resonando diariamente en las cátedras del primero de aquellos establecimientos; la rica fantasía de los insignes poetas y amenos escritores Bretón de los herreros, Gil y Zarate, Hartzenbusch, Roca de Togores, Rubí, García Gutiérrez (glorias de nuestro teatro moderno), las de Zorrilla y Espronceda, la Avellaneda, Enrique Gil, Bermúdez de Castro y Tassara, altamente célebres en la poesía lírica; las de Escosura, Villalta, Segovia, Abenamar, Lafuente, Cañete y el Curioso Parlante, y de otros celebrados escritores, que diariamente aparecían en la pródiga tribuna del Liceo, formaban, pues, un armonioso conjunto de vitalidad literaria, un magnífico alarde de la emancipación del pensamiento y de las nuevas condiciones de nuestra sociedad.

Mas, pasados aquellos momentos de ardiente fe y de sed entusiasta de gloria, la tendencia del siglo es a materializar los goces y utilizar prosaicamente las inteligencias: por eso los liceos desaparecieron; por eso los desampararon los autores, corriendo a la redacción de los periódicos políticos y a la tribuna parlamentaria, para conquistar, no aquellos modestos y gloriosos laureles que en otro tiempo bastaban a su ambición, sino los atributos del poder y los dones de la fortuna.

De todos los nombres que arriba quedan citados, los más, casi todos, figuran hoy en las listas de los ministros, embajadores, consejeros, gobernadores, diputados y publicistas, en opuestos bandos y con varias alternativas: algunos, como Espronceda y Larra, Villalta y Enrique Gil, descendieron prematuramente al sepulcro; y pocos, muy pocos, acaso sólo

Zorrilla y el Curioso Parlante, han preferido conservar su nombre exclusivamente literario y su independencia política y social.

El cesante

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías, ofrece al escritor filósofo usos tan extravagantes, caracteres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar a los hombres y las cosas en tiempos más unísonos y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido a esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de cesantía, y ocasionada, no por la notoria incapacidad del sujeto, no por la necesidad de su reposo, no, en fin, por los delitos o faltas cometidas en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, o más bien de los que mandan a la fortuna; por un vaivén político, por un fiat; por aquella ley, en fin, de la física que no permite a dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solía decir que el Almanak royal era el libro que más verdades contenía; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podría aplicar igual dicho a nuestra Guía de forasteros. -Ésta (según los más modernos adelantamientos) no rige más que el primer mes del año; en los restantes sólo puede consultarse como documento histórico, como el ilustre panteón de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo, ofrecido a los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba a hacerse inscribir en tan envidiado registro podía contar en él con la misma inamovilidad que los bien aventurados que pueblan el calendario. -En aquella eternidad de existencia, en aquella unidad clásica de acción, tiempo y lugar, los destinos parecían segundos apellidos, los apellidos parecían vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba a las veces a separar los unos de los otros; trasmitíanse por herencia directa o transversal, descendente o ascendente; a los hijos, a los nietos, a los hermanos, a los tíos, a los sobrinos; muchas veces a las viudas, y hasta los parientes en quinto grado. De este modo existían familias, verdaderos planteles (pépinières en francés) para las respectivas carreras del Estado; tal para la iglesia, cuál para la toga, ésta para el palacio, estotra para el foro, aquélla para la diplomacia, una para la

militar, otra para la rentística; cuáles para la municipal, y hasta para la porteril y alguacilesca; -familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecían poseer exclusivamente el secreto de la inteligencia de toda carrera, y transmitirlo y dispensarlo únicamente a los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, o de un emplasto febrífugo, endosa y trasmite sigilosamente a su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el exclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. -Hoy éstos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben a las buhardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redacción de su periódico; pero a par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisición a todas las condiciones, a todos los individuos, así es también la inconstancia de su posesión, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes a los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del día aprenden costosamente su papel; y no bien lo han ensayado cuando ya se les reparte otro o se quedan las más veces para comparsas. - Hoy de magnates, mañana de plebe, ora dominantes, luego dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposición, ya de la resistencia; cuándo levantados como ídolos, cuándo arrastrados por los pies.

Esta porción agitada, esta masa flotante de individuos que forma lo que vulgarmente suele llamarse la patria, viene a constituir el más entretenido juego teatral para el moderno espectador que, sentado en su luneta, y sin otra obligación que la de pagar cuando se lo mandan (obligación no por cierto la más lisonjera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama; y con la mayor buena fe, atento siempre a los movimientos del patio, aplaude lo que éste aplaude, y silba cuando éste tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos a un lado los hombres en acción; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes o del autor del Gil Blas; mi débil paleta no alcanza a combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo a mi primer propósito, sólo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse pasivas; dejaremos los hombres en plaza por ocuparnos de los hombres en la calle; los empleados de labor, por los empleados de barbecho; los que con más o menos aplauso ocupan las tablas, por aquellos a quienes sólo toca abrir los palcos o encender las candilejas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligación de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que, según lo ha exigido el argumento, han salido a campear en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con Don Homobono Quiñones, empleado antiguo y ex-vecino mío, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado El día 30 del mes.

Cinco años han transcurrido desde entonces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer es ya antiguo; lo del año pasado inmemorial.

Pongo en consideración del auditorio qué parecerá don Homobono, con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado, y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta a escribir sin haberse puesto los guardamangas, que no empieza ningún papel sin la señal de la cruz, ni concluye sin añadirle puntos y comas, podía alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina montada según los nuevos adelantos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de extrañar que, pesadas todas aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su añejo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos a la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un joven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas a tercia, y su peinado a la Villamediana, su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudición romántica y la extensión de sus viajes y correrías; no es de extrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza a su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. -Verdad es que para neutralizar el efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas a las opiniones del don Homobono; v. g., si no leía más periódicos que el Diario; si rezaba o no rezaba novenas a Santa Rita; y si paseaba o no paseaba todas las tardes hacia Atocha con un ex-consejero del ex-Consejo de la ex-Hacienda.

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fue, en fin, que una mañanita temprano, al tiempo que nuestro bonus vir se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquín para trasladarse a su oficina, un cuerpo extraño a manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego a él dirigido con la S. y la N. de costumbre. -El desventurado rompe el sello fatal, no sin algún sobresalto en el corazón (que no suele engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras que «S. M. ha tenido a bien declararle cesante, proponiéndose tomar en consideración sus servicios, etc.»; y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del «Dios guarde a usted muchos años».

Hay circunstancias en la vida que forman época, por decirlo así; y el tránsito de una ocupación constante a un indefinido reposo, de una tranquila agitación a una agitada tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra existencia suelen venir a aumentar el interés de la acción. -Don Homobono, que por los años de 1804 había logrado entrar de meritorio en su oficina, por el poderoso influjo de una prima del cocinero del secretario del Príncipe de la Paz, y no había pensado en otra cosa que en ascender por rigurosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situación excéntrica, después de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógrados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, a su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que, aunque no lo apuntó el andaluz Séneca, no deja de ser de los más indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona a la calle, donde es fama que su presencia a tales horas, y en un día de labor, ocasionó una consternación general, y hasta los más reflexivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo sub-lunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida; quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas en que acostumbraba prescindir de su imaginación entre los extractos y los informes. -¿Oír misa? -Don Homobono tenía la costumbre de asistir a la primera de la mañana, y por consecuencia ya la había oído. -¿Sentarse en una librería? -En su vida había entrado en ninguna, más que una vez cada año para comprar el Calendario. -¿Pararse en la calle de la Montera? -Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. -¿Entrar en un café? -¿Qué se diría de la formalidad de nuestro héroe? -No había, pues, más remedio que ir a dar tormento a una silla en casa de algún amigo, y por cuánto y no, este amigo, en quien recayó la elección, fue desgraciadamente un servidor de ustedes.

Dejo a un lado mi natural extrañeza por semejante visita a tales horas; prescindiré también en gracia de la brevedad, de la apasionada relación de su cuita que me hizo el buen D. Homobono; estas cosas son mejor para escuchadas que para escritas, y acaso en mi pluma parecerían pálidos y sin vida razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando, pues, a un lado estas hipérboles que cada uno de los lectores (y más si es cesante) sabrá suplir abundantemente, vendremos a lo más sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, a aquella parte que tenía por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien difícil, por no decir imposible del todo, es dar nueva dirección a un tronco antiguo, y cambiar la existencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condición primera del vivir. ¿Qué podría yo aconsejar a nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado a mi auxilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrían serlo?

Semejante al pez, a quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver a sumergirse en él; ideaba nuevas pretensiones; recorría la nomenclatura de sus amigos y de los míos, por si alguno podía servirle de apoyo en su demanda; traía a la memoria sus olvidados servicios a todos los gobiernos posibles; y ya se preparaba a visitar antesalas, y gastar papel sellado. -Pero yo, que le contemplaba con tranquilidad; yo, que miraba su casacón y su peluca visiblemente retrógrados y opuestos, como quien nada dice, a la marcha del siglo; yo, que sabía que su delito capital era el ocupar una placita que había caído en gracia para darla por vía de dote, con una blanca mano al joven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inútil de todas las diligencias, lo excusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad,

ofreciendo a su imaginación otras perspectivas más gratas que los desaires del Ministro y las groserías de los porteros.

Habléle de las dulzuras de la vida doméstica; de la independencia en que entraba de lleno al fin de sus días; hícele una pintura virgiliana de los placeres de la vida del campo, excitándole a abandonar la corte, esta colonia de los vicios (como decía el buen cortesano Argensola), y a pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, o inspeccionando sus ganados. Pero a todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenía campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que sólo contaba con una mujer altiva y exigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoístas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

-Pues escriba V. (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputación.

-¡Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿Usted sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿Usted sabe que el día que mejor tengo el pulso podría con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo, ¿qué me resultaría de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo más, y esto... (prosiguió derramando una lágrima), después de humillarme y...

-Calle V. por Dios (le interrumpí), calle V., pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir, no fue mi idea el que se metiese a escribiente; nada de eso, no, señor. Mi intención fue elevarle a la altura de escritor público, a ésta que ahora se llama-«alta misión de difundir las luces», «público tribunado de la multitud», «apostólica tarea de los hombres superiores», y otros dictados así, más o menos modestos. -Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios o cuyos; parto de su imaginación o adopciones benéficas; que no sería V. el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamén cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropaje que más cuadre a su talle y apostura.

-En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado a entender (me replicó don Homobono), que V. me aconseja que publique mis pensamientos.

-Cabalmente.

-Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia parecele a V. que me meta a escribir?

-Pregunta excusada, señor mío, sabiendo que hoy día, como no sea yo y algún otro pobre diablo, nadie se dedica a otras materias que no sean materias políticas.

-Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política.

-Pues es el caso, Sr. don Homobono, que yo tampoco.

-¡Medrados quedamos!

Después de un rato de silencio contemplativo nos miramos ambos a las caras, como buscando el medio de anudar el roto hilo de nuestro diálogo; hasta que yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido:

-Haga V. la oposición.

-¿Y a qué, señor Curioso, si V. no lo ha por enojo?

-¡Buena pregunta por cierto! Al poder.

-Cada vez le entiendo a V. menos. Si V. me habla de oposición pública, es bien que le diga que este destino mío (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposición, como las cátedras y prebendas.

-O V., don Homobono, no conoce una sola voz del Diccionario moderno, o yo me explico en hebreo... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposiciones me está V. hablando? La oposición que yo le aconsejo es la oposición política, la oposición ministerial, que según los autores más esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposición sistemática y oposición de circunstancias; quiero decir (porque, según los ojos y la boca que va V. abriendo, veo que no me entiende una palabra), quiero decir que V. debe hoy más constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto a todos los altos funcionarios (que es a lo que llamamos el poder); y añadir el cañón de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos la opinión pública).

-Y después de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia?

-¡Qué bienes dice V.! ¡Ahí que no es nada! Desde luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena ración de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero, como V. no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré, como cosa más positiva, que aún podrá conseguir otros frutos más materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará a inspirar pueda más que su mérito; acaso el poder se doblará a su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará a su elevación y... ¿qué destino tenía V.?

-Oficial de mesa de la contaduría de...

-¡Pues qué menos que intendente o covachuelo!

-¿De veras?

-De veras.

-¡Ay, señor Curioso de mi alma! ¿Por dónde y cuándo debo empezar a escribir?

-Por cualquier lado y a todas horas no le faltará motivo; pero, supuesto que V. ha sido empleado durante treinta años, con sólo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto le sobra materia para más de un tratado de política sublime, de perpetua y ejemplar aplicación.

-Usted me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelo a mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡Ah!... se me olvidaba preguntar a V.: ¿qué título le parece a V. que podría poner a mi obra?

-Hombre, según lo que salga.

«Si sale con barbas, sea San Antón,
Y si no, la pura y limpia Concepción».

Pero, según le miro a V., paréceme que a su folleto, libro o cronicón, o lo que sea, no le cuadraría mal el titulillo de «Memorias de un cesante».

-Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince días me tiene V. aquí a leerle el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá V. de haber proporcionado a la patria un publicista más.

(Agosto de 1837)

El duelo se despide en la iglesia

- I -

El testamento

Solamente una vez en mi vida me he visto tan apurado...; pero entonces se trataba de un padrino de boda que la suerte y mi genio complaciente habíanme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasión dar suelta a la lengua y al bolsillo, y reír, y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces y echar pullas a los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera a la vecindad. -Mas ahora ¡qué diferencia!... otros deberes más serios eran los que exigía de mí la amistad... ¡Funesto privilegio de los años, que blanqueando mi cabellera, han impreso en mí aquel carácter de formalidad legal que la Novísima exige para casos semejantes!

Día 1º de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la protección del Santo Ángel de la Guarda, cuando vi aparecer en mi estudio una de esas figuras agoreras que un autor romántico no dudaría en calificar de siniestro bulto; un poeta satírico apellidaría espía del purgatorio; pero yo, a fuer de escritor castizo, me limitaré a llamar simplemente un escribano.

Venía, pues, cubierto de negras vestiduras (según rigurosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan a todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificación de su nombre y profesión:

-Fulano de Tal, secretario de S. M...

Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüía, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparición... ¡Un escribano en mi casa! Pues ¿en qué puedo yo ocupar a estos señores? -¿Denuncias?... Yo no soy escritor político ni tal permita Dios. - ¿Notificación? Con todo el mundo vivo en paz, e ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. -¿Protesta? Un autor no conoce más letras que las de imprenta... ¿Pues qué puede ser?

-Voy a decírselo a V. -me replicó el escribano-, aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad. Ignoro si V. es sabedor de que su amigo D. Cosme del Arenal está enfermo.

-¿Cómo? Pues ¿cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó?

-Pues en este momento se halla muy próximo a llegar a su ocaso.

-¿Es posible?

-Sí, señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecución; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio a cuatro días fijos, y sin cortesía (con arreglo al artículo 447, tít. 9º, lib. 3º del Código de Comercio), ha reducido al don Cosme a tal extremidad, que en el instante en que hablamos está, como si dijéramos, apercebido de remate; y a menos que la divina Providencia no acuda a la mejora, es de creer que quede adjudicado al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora a nuestro propósito, debo notificar a usted pro forma, cómo el susodicho don Cosme, hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama in articulo mortis, a causa de una enfermedad que Dios Nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mí el infrascrito escribano real y de número de esta M. H. villa, según y en los términos en él contenidos y son como sigue:

Y aquí el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el In Dei Nomine hasta el signo y rúbrica acostumbrados; y por dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo D. Cosme había tenido la tentación (que tentación sin duda debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposición final.

Heme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo a la consideración de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente a la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir a consolar a su desventurada familia. Encontré aquella casa en la confusión y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aquí y allí con cataplasmas y vendajes; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete a llevar el último alcance a la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino a darle aún mayor interés; ya se había traslucido el papel que me tocaba en ella, que, si no era el del primer galán (porque este nadie se lo podía disputar al doliente), era, por lo menos el de barba característico, y conciliador del interés escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes, criados y demás referentes al enfermo, me debían consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasión de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba, el bueno de D. Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos entre la vida y la muerte, del que volvió por un instante a fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitían las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes periodos, creí escucharle estas palabras...

-Todos me dejan... mis hijos... mi mujer... el médico... el confesor...

-¿Cómo? -exclamé conmovido-: ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono?

-No haga V. caso (me dijo llamándome aparte un joven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un poquito a las narices del enfermo), no haga V. caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza... Vea V., aquí hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenía remedio se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificación para la parroquia... El confesor quería quedarse, es verdad, pero le hemos disuadido, porque al fin, ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente?... En cuanto a la señora, ha sido preciso hacerla que se separe del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad que los nervios se resentían, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardín; por último, los niños también incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos a pasear.

-Todo eso será muy bueno -repliqué yo-, pero el resultado es que el paciente se queja.

-¡Preocupación! ¿quién va a hacer caso de un moribundo?

-Sin embargo, caballero, la última voluntad del hombre es la más respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa a su esposa, interesa a sus hijos, interesa a la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos.

-¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! -dijo el caballero, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardín.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes, conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y sólo dos criados, un practicante y yo quedamos a ser testigos de su último suspiro, que a la verdad no se nos hizo esperar largo rato.

- II -

El ajuste de un entierro

«Pompa mortis magis terret quam mors ipsa».

El difunto D. Cosme había casado en segundas nupcias, a la edad de cincuenta y nueve años con una mujer joven, hermosa y petimetra... Puede calcularse por esta circunstancia la exquisita sensibilidad de la recién viuda, y cuán natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.

La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó a ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la más interesante

solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano hubo aquello de respirar agitada, y sollozar y desvanecerse, y caer redonda... en el almohadón.

Aquí la tribulación de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elixires y esencias antiespasmódicas; aquí el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos!... Pero al fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció, en fin, resignarse con la voluntad del Señor, y aun nos agradeció a todos nominalmente por nuestros respectivos auxilios, como si ninguno se le hubiera escapado, en medio de la ofuscación de su vitalidad, que así la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda aflicción de la viudita con la lectura del testamento de D. Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacía en favor de su consorte todas las mejoras que le permitían nuestras leyes, rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de excitar las más vivas simpatías en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y después de tomar la venia de la señora, pasé a dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando, como dejaba, su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servía de escena a otra transformación no menos singular, cual era la que había experimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé a aquel sitio, ya me encontré al buen D. Cosme convertido en reverendo padre fray Cosme, y dispuesto, al parecer, y resignado a tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como que antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme a ella para negociar el precio y demás circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado a dilatar me más que pensé, ocuparía un buen rato la atención de mis lectores para transcribir aquí el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor o testigo durante él en el despacho parroquial.

Pero baste decir que después de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto y la clase de entierro que, según ellos, le correspondía; después de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral; después de arreglar lo más económicamente posible la tarifa de responsos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristán, acólitos, capa, clamores, ofrendas, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias,

cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo de segunda clase en los términos siguientes:

A la parroquia, dependientes y cera 1712
Ofrenda para los partícipes 630
Dos bajones y seis cantores con el facistol, a veinte y cuatro reales 192
Dos filas de bancos 80
Nicho para el cadáver, y capellán del cementerio 490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, a diez reales y veinte y cuatro maravedises. 107
2
Seis hachas para el túmulo a ocho reales. 48
La cuarta parte de misas para la parroquia 250

3509

2

Ya que estuvo arreglado convenientemente, sólo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera; pues todo el empeño de los amigos y aun de la viuda, era que no pasara la noche en casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Hoffmann.

En los tiempos antiguos, cuando la civilización no había hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria, uno, dos o más días, con gran acompañamiento de blandones y veladores, responsos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente en su custodia, o venían a derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religión y la filosofía encontraban en este patético espectáculo amplio motivo a las más sublimes meditaciones.

Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invención de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aún no habrán enfriado la cama, cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y como dicen los franceses à la dérobee, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa: v. g., una tinaja, un piano, o una estatua de yeso. -Luego que le hayan entregado al sacristán de la parroquia, éste le hará colocar en una cueva muy negra y muy fría, y dando el gesto a una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela; y se asomarán y harán muecas al difunto, y dirán a carcajadas: «¡Qué feo está!»... y los elegantes al pasar se taparán las narices con el pañuelo, y las damas exclamarán: «¡Jesús, qué horror! ¿por qué permitirán esta falta de policía?»

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita con la fresca, le volverán a coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente a la llanura de Chamberí, o le bajarán a las márgenes del Manzanares, donde sin más formalidad preliminar pasará a ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelaría, con su número corriente y su rótulo que diga: «Aquí yace don Fulano de tal»,- y sin más dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga a despertar la trompeta del juicio.

Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, adonde todos los días al tocar de la oración, vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos a dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que sólo la verdadera religión puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos más desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza a recorrerle. (Véase la nota.)

- III -

La viuda

A los cuatro días de muerto D. Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de Holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes al Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y además, por advertencia de la viuda, que quería absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquila y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de:

El duelo se despide en la iglesia.

Llegado el momento del funeral, ocupé, con el confesor y un vetusto pariente de la casa el banco travesero o de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del anciano don Cosme, que venían a tributarle este último obsequio, y de paso a contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto a la nueva generación, no tuvo por

conveniente enviar sus representantes a esta solemnidad, y creyó más análogo el permanecer en la casa procurando distraer a la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y después de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunfal, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetían su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías a las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilar hacia la puerta, hasta que, cumplido este ligero ceremonial, pudimos disponer de nuestras personas. Y, sin embargo, de que ya la costumbre ha suprimido también la solemne recepción del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creímos oportuno el pasar a dar cuenta de nuestra comisión a la señora viuda.

Hallábase ésta en la situación más sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, también enlutadas, que la tenían cogida entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Tíbulo. A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban apartes, sin duda en alabanza del finado.

Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los dúos sotto voce cesaron por un momento; la viuda, como que hubo de llamar en su auxilio la ofuscación vital del otro día; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron a distraer su atención enseñándole las viñetas del «No me olvides», y de aquí la conversación vino a reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetía, aunque en vano, su título. Después se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecía recobrar a la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mustia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor!...

Viendo en fin, mi compañero y yo, que íbamos siendo allí figuras tan exóticas como las del Silencio y la Sorpresa que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala, e interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante e iba a improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan «Que Dios» y concluyen «por muchos años», cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba a ser este apóstrofe extemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hacia la puerta diciéndole:

«Hombre de Dios, ¿qué va V. a hacer? ¿no sabe usted que El duelo se ha despedido en la iglesia?»

(Junio de 1837)

NOTA. -Mucho, es verdad, han variado las costumbres de Madrid en este punto. Al abandono y desdén con que por lo general se procedía a la inhumación de los cadáveres, ha sucedido un aparato y ostentación que, si no prueba mayor grado de cariño y ternura hacia aquellos que desaparecen de entre nosotros, dicen al menos la vanidad mundana y el orgullo de la generación que les sobrevive. Aquello, en los términos que se describe y satiriza en el artículo de El Duelo, era ciertamente vituperable y repugnante; esto, en los que quieren hoy la moda y el lujo de las clases acomodadas, viene a ser ya el extremo contrario de exageración y de ruina.

Cabalmente en los momentos en que se ocupaba el autor de censurar aquella antigua costumbre, se inauguraba la nueva con una ocasión tristemente célebre, la de la desgraciada muerte del malogrado escritor D. Mariano José de Larra (Fígaro). -Sus amigos y apasionados (en cuyo número se contaban todos los hombres políticos, los literatos y artistas), sin tomar en cuenta más que su gran mérito literario, y no de modo alguno la exaltación criminal que le había conducido al sepulcro, improvisaron en la tarde del 17 de febrero de aquel año una fúnebre comitiva para conducirlo desde su casa, calle de Santa Clara, núm. 3, al cementerio de la puerta de Fuencarral; y colocándole en un carro triunfal, adornado de palmas y laureles, que cubrían sus obras, colocadas sobre el féretro, siguieron a pie con religioso silencio y compostura los restos mortales de aquél, que en un acto de insensato delirio acababa de apagar la antorcha de una brillante existencia. Reunidos luego en torno de su sepulcro, improvisaron discursos apasionados y bellas composiciones poéticas, despidiéndose del amigo, del escritor y del poeta; y allí mismo, sobre la tumba de aquel raro ingenio, proyectó su primera luz el astro brillante de Zorrilla, el primero de nuestros poetas líricos, apareciendo por primera vez a nuestros ojos a la temprana edad de veinte y un años.

Después de aquel primer solemne y público acompañamiento fúnebre, se verificaron otros con sujetos más o menos notables, entre los cuales recordaremos el del inspirado poeta don José de Espronceda; el del gran orador D. Agustín de Argüelles; el del presidente del Congreso, Marqués de Gerona; el del héroe de Zaragoza, el general Palafox, e introduciéndose esta costumbre desde los altos magnates y celebridades políticas o literarias en todas las clases acomodadas de la sociedad, hoy es el día en que por tributo indispensable, pagado, más que a la buena memoria de los que mueren, a la vanidad de los vivos, hay que añadir al coste de un magnífico funeral con grandes músicas, iluminaciones y tumulto, el que ocasiona la solemne traslación del cadáver en un elegante carro fúnebre, precedido de los pobres de San Bernardino con hachas encendidas y seguido del clero y los convidados, o por lo menos un centenar de coches vacíos, más o menos blasonados, con los lacayos de grande librea, guante blanco y sendas hachas apagadas en las manos. -Llegados al cementerio (que también hemos dicho haberse decorado ya con más lujo) es de cajón el

que uno o más personajes de la comitiva tomen la palabra y prorrumpan en un discurso fúnebre, un epitafio hiperbólico, y hasta una alocución política más o menos intencionada. - Hecho lo cual, los concurrentes se vuelven a sus carruajes, y se dirigen a la Bolsa, al Congreso, a sus visitas o al Prado; los lacayos revenden al cerero las hachas y van a guardar sus libreas de lujo hasta que vuelva a lucir otro buen día, «en que acompañar a algún señor al cementerio».

El alquiler de un cuarto

A los que acostumbran mirar las cosas sólo por la superficie, suele parecerles que no hay vida más descansada ni exenta de sinsabores que la de un propietario de Madrid. Envidian su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (según ellos) bástale sólo saber las primeras reglas de la aritmética para recibir puntualmente y a plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad. -«Si yo fuera propietario (dicen estos tales), ¡qué vida tan regalona había de llevar! De los treinta días del mes, los veinte y nueve los pasaría alternando en toda clase de placeres, en el campo y la ciudad, y sólo doce veces al año dedicaría algunas horas a recibir el tributo que mis arrendatarios llegarían a ofrecerme. - Tanto de éste, tanto del otro, cuánto del de más allá; suma tanto...; bien puedo descansar y divertirme, y reír por el día, y roncar por la noche, y compadecerme de la agitación del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la diligencia del médico, y del trabajo, en fin, que todas las carreras llevan consigo».

Esto dicen los que no son propietarios: escuchemos ahora a los que lo son; -pero no los escuchemos, porque esto sería cuento de nunca acabar; -mirémosles solamente hojear de continuo sus libros de caja para ajustar a cada inquilino su respectivo debe y haber (porque un propietario debe saber la teneduría de libros y estar enterado de la partida doble), véamosle correr a su posesión, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante, y recibir por toda respuesta un «No está el amo en casa». -«Vuelva V. otro día». -«Amigo no me es posible; los tiempos... ya ve V. cómo están los tiempos». -«Yo hace veinte días que no trabajo». -«A mí me están debiendo ocho meses de mi viudedad». -«Yo estoy en enero». -«Yo en octubre de 35». -«Pues yo, señores míos (dice el propietario), estoy en diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones; con que, si VV. no me ayudan...»

Otros la toman por diverso estilo... -«Oiga V., señor casero, en esta casa no se puede vivir de chinches; es preciso que aquí ponga cielo raso». -«Yo quiero que me banquee V. el

cuarto». -«Yo que me desatasque V. el común». -«Yo que me ensanche la cocina». -«Yo que me baje la buhardilla».

Mirémosle, pues, regresar a su casa tan lleno el pecho de esperanzas como vacío el bolsillo de realidades, y dedicarse luego profundamente a la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscriptor nato a ambos periódicos) -para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber a punto fijo cuándo ha de revocar su fachada, cuándo ha de blanquear sus puertas, cuándo ha de arreglar el pozo, cuándo ha de limpiar el tejado; o bien para estudiar los decretos concernientes a contribuciones ordinarias y extraordinarias, y calcular la parte de propiedad de que aún se le permite disponer. -Veámosle después consultar los libros forenses, la Novísima Recopilación y los autos acordados -(porque un propietario debe ser legista teórico y práctico), -con el objeto de entablar juicios de conciliación y demandas de despojo. Escuchémosle luego defender su derecho ante la autoridad -(porque el propietario debe también ser elocuente), -para convencerla de que el medianero debe dar otra salida a las aguas, o que el inquilino tiene que acudirle con el pago puntual de sus alquileres, cosa que de puro desusada ha llegado a ponerse en duda. Oigámosle más adelante dirimir las discordias de los vecinos sobre el farol que se rompió, el chico que tiró piedras a la ventana de la otra buhardilla, el perro que no deja dormir a la vecindad, el zapatero que se emborracha, la mujer del sastre que recibe al cortejo, el albañil que apalea a su consorte, el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que protege a la juventud, el barbero que cortó la cuerda del pozo, y otros puntos de derecho inter-vecinal, para resolver sobre los cuales es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia majestuosa, actitudes académicas, sonora e imponente voz. -Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero y el solador, y disputar sobre panderetes y bajadas, y crujías y solarones, y emplomados y rasillas, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnológico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artífices el líquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interés al espectador la situación de nuestro propietario, como en la del acto solemne en que va a proceder a el alquiler de un cuarto.

Figurémonos un hombre de cuatro pies, aunque sustentándose ordinariamente en dos; frisando en la edad de medio siglo, rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vivos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronunciadas como un hombre que acostumbra a oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los labios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal conformadas, para ser sensibles a los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello, toril en diámetro y tan corto de talla, que la punta de la barba viene a herirle la paletilla; con unos hombros atléticos; con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entre ambas una protuberante barriga, como la muestra de un reloj sobre dos columnas, o como un caldero vuelto del revés y colgando de una espetera.

Envolvamos esta fementida estampa en siete varas de tela de algodón, cortada a manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados pies con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul, bordado de pájaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. - Coloquémosle así ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece identificada su persona, según la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino; animales bronceados y frutas imitadas en piedra; manojos de llaves, y padrones impresos; y ataviemos el resto del estudio con un reloj alemán de longanísima caja, un estante para libros, aunque vacío de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria, y un plano de Madrid de colosales dimensiones. -Y ya imaginado todo esto, imaginémonos también que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, después de haber dado fin a sus dos onzas de chocolate, abre solemnemente su audiencia a los postulantes que van entrando en demanda de la habitación desalquilada.

-Buenos días, señor administrador.

-Dueño, para servir a V.

-Por muchos años.

-¿En qué puedo servir a V.?

-En poca cosa. Yo, señor dueño, acabo de ver una habitación perteneciente a una casa de usted en la calle de... y si fuera posible que nos arreglásemos acaso podría convenirme dicha habitación.

-Yo tendría en ello un singular honor. ¿Ha visto V. el cuarto? ¿Le han instruido a V. de las condiciones?

-Pues ahí voy, señor casero: yo soy un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez reales diarios, parece que no estaría de más el ofrecer a V. seis con las garantías necesarias.

-Conócese que V. gusta de ponerse en razón; pero como cada uno tiene las suyas, a mí no me faltan para haber puesto ese precio a la habitación.

-Pero ya V. se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas...

-Entonces probablemente la hubiera puesto en quince reales.

-Luego, la sala es pequeña y con sólo un gabinete; si tuviera dos...

-Valdría ciertamente dos reales más.

-La cocina oscura y...

-Es lástima que no sea clara, porque entonces hubiera llegado al duro.

-El despacho es pequeño, y los pasillos...

-En suma, señor mío, yo por desgracia sólo puedo ofrecer a V. el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba...

-Sí; pero el precio...

-El precio es el último que ha rentado.

-Mas ya V. ve, las circunstancias han cambiado.

-Las casas no.

-Los sueldos se han disminuido.

-Las contribuciones se aumentan.

-Los negocios están parados.

-Los albañiles marchan.

-¿Con que, es decir que no nos arreglamos?

-Imposible.

-Dios guarde a V.

-Dios guarde a V... Entre usted, señora.

-Beso a V. la mano.

-Y yo a V. los pies.

-Yo soy una señora viuda de un capitán de fragata.

-Muy señora mía; mal hizo el capitán en dejarla a usted tan joven y sin arrimo en este mundo pecador.

-Sí, señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo, y sin duda hubo de darla por el otro, porque no ha vuelto.

-Todavía no es tarde... ¿y V., señora mía, trata de esperarle en Madrid por lo visto?

-Sí señor; aquí tengo varios parientes de distinción, el Conde del Cierzo, la Marquesa de las Siete Cabrillas, el Barón del Capricornio, y otros varios personajes que no podrían menos de ser conocidos de V.

-Señora, por desgracia soy muy terrestre y no me trato con esa corte celestial.

-Pues, como digo a V., mi prima la Marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y, lo que ella dice, para ti, que eres una persona sola, sin más que cinco criados... aunque la casa no sea gran cosa...

-¿Y el precio, señora, qué le ha parecido a mi señora la Marquesa?

-El precio será el que V. guste; por eso no hemos de regañar.

-Supongo que V., señora, no llevará a mal que la entere, como forastera, de los usos de la corte.

-Nada de eso, no señor; yo me presto a todo... a todo lo que se use en la corte.

-Pues señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer a las personas con quien habla, suele exigirse una fianza y...

-¿Habla V. de veras? ¿Y yo, doña Mencía Quiñones, Rivadeneira, Zúñiga de Morón, había de ir a pedir fianzas a nadie? ¿Y para qué? ¿Para una fruslería como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto, que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soy, señor casero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme hecho acompañar siquiera por mi primo el freire de Alcántara, para dar a conocer a V. quién yo era.

-Pues señora, si V., a Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera, ¿qué trabajo puede costarla el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por usted?

-Ninguno, y a decir verdad no desearían más que poder hacerme el favor; pero...

-Pues bien, señora, propóngalo V. y verá cómo no lo extrañan, y por lo demás, supuesto que V. es una señora sola...

-Sola, absolutamente; pero si V. gusta de hacer el recibo a nombre del caballero que vendrá a hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnición...

-¡Ay, señora! pues entonces me parece que la casa no la conviene, porque como no hay habitaciones independientes... luego tantos criados...

-Diré a V.; los criados pienso repartirlos entre mis parientes, y quedarme sólo con una niña de doce años.

-Pues entonces ya es demasiado la casa, y aun paréceme, señora, que la conversación también.

A este punto llegaban de ella, cuando entra el criado con una esquila de un amigo rogando a nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban a llegar a Madrid; con esta salvaguardia, el propietario despacha a la viudita; pero sigue recibiendo a los que vienen después; entre ellos, un empleado, de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interés de que todavía le tuviesen en enero, le despacha con la mayor cordialidad; después acierta a entrar un militar que con aire de campaña reclama la preferencia, y a las razones del casero responde con amenazas, de suerte que éste hace la resolución de no alquilarle el cuarto por no tener que sostener un desafío mensual; más adelante entra un hombre de siniestro aspecto y asendereada catadura, que dice ser agente de negocios y vivir en un cuarto cuarto (vulgo buhardilla); después entra una vieja que quiere la habitación para subarrendarla en detalle a cinco guardias de Corps; más adelante entra un perfumado caballero que lo pide para una joven huérfana, y se compromete a salir por fiador de ella, y aun a poner a su nombre el recibo; más allá se presenta otra señora acompañada de dos hermosas hijas, que arrastran blondas y rasos, y cubren sus cabezas con elegantes prendidos, y tocan el piano, según parece, y bailan que es un primor; -«y tan virtuosas y trabajadoras las pobrecitas (dice la mamá), que todo esto que V. ve lo adquieren con su trabajo, y nada nos falta, bendito Dios».

-Él, señora, premia la laboriosidad y protege la inocencia... mas, sin embargo, siento decirles que el cuarto no puede ser para VV.

Estando en esto vuelve el criado a decir que el amigo que quería el cuarto ya no lo quiere, porque a los señores para quien era, no les ha gustado; -que la otra señora que se convenía a todo, tampoco, porque después ha reparado que no cabe el piano en el gabinete; -que el militar ha quitado los papeles y dice que el cuarto es suyo, quiera o no quiera el casero; -que el llamado agente de negocios, al tiempo que lo vio, se llevó de paso ocho vidrios de una ventana, cuatro llaves, y los hierros de la hornilla; -que dos manolas que lo habían visto, habían pintado con carbón un figurón harto obsceno en el gabinete; -que unos muchachos habían roto las persianas y atascado el común; -y por último (y era el golpe fatal para nuestro casero), que una amiga a quien nada podía negar, quería el cuarto; pero con la condición de pintárselo todo, y abrir puertas en los tabiques, y poner tabiques en las puertas, y ensolarlo de azul y blanco, y blanquear la escalera, y poner chimenea en el gabinete... En punto a fiadores, daba sólo sus bellos ojos, harto abonados y conocidos de nuestro Quasimodo; y en cuanto al precio, sólo quedaba sobreentendida una condición, a saber: que fuera éste el que quisiera, el casero no se lo había de pedir, pero ella tampoco se lo había de pagar.

Así concluyó este alquiler, sin más ulteriores resultados que una escena de celosía entre el casero y su esposa, una multa de diez ducados por no haber dado el padrón al alcalde a su debido tiempo, y un blanco de algunas páginas en su libro de caja, por aquella parte que se refería a la habitación arriba dicha.

(Agosto de 1837)

El Romanticismo y los románticos

Si fuera posible reducir a un solo eco las voces todas de la actual generación europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra romanticismo parecería ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos a las personas como a las cosas, a las verdades de la ciencia como a las ilusiones de la fantasía; esta palabra, que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definición exacta, que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sabios para resolver acertadamente esta cuestión! Y en ellos ¡qué contradicción de opiniones! ¡qué extravagancia singular de sistemas!... -«¿Qué cosa es romanticismo?...» -(les ha preguntado el público); -y los sabios le han contestado cada cual a su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podía ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creído ver en él a la naturaleza en toda su verdad; cuáles a la imaginación en toda su mentira; algunos han asegurado que sólo era propio a describir la Edad Media; otros lo han hallado aplicable también a la moderna; aquéllos lo han querido hermanar con la religión y con la moral; éstos lo han echado a reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay, por último, quien sostiene que su condición es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generación de este pretendido descubrimiento, de este mágico talismán, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al través de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar a él la literatura y las bellas artes, que por su carácter vago permiten más libertad a la fantasía, ha adelantado su aplicación a los preceptos de la moral, a las verdades de la Historia, a la severidad de las ciencias; no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las extravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa a la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye a corromperla más con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la Historia; el poeta, que finge una sociedad fantástica, y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar a la naturaleza aún más hermosa que en su original, todas estas manías que en

cualesquiera épocas han debido existir y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por extravíos de la razón o debilidades de la humana especie, el siglo actual, más adelantado y perspicuo, las ha calificado de romanticismo puro.

«La necesidad se pega» -ha dicho un autor célebre. -No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necesidad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto, la romántico-manía se pega también. Y no sólo se pega, sino que, al revés de otras enfermedades contagiosas que a medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, ésta, por el contrario, adquiere en la inoculación tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa después a ser ridículo; lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene a ser un ramo de locura.

Y he aquí por qué un muchacho que por los años de 1810 vivía en nuestra corte y su calle de la Reina y era hijo del general francés Hugo, y se llamaba Víctor, encontró el romanticismo donde menos podía esperarse, esto es, en el Seminario de Nobles; -y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderón; -y luego regresó a París, extrayendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó a la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invención, abrió su almacén, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venía a redimirla de la esclavitud de las reglas; -y acudieron ansiosos los noveleros, y la manada de imitadores (imitadores servum pecus, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atrás su exageración; y los poetas transmitieron el nuevo humor a los novelistas; éstos a los historiadores; éstos a los políticos; éstos a todos los demás hombres; éstos a todas las mujeres; -y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino, en fin, a España, y llegó a Madrid (de donde había salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino a dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado a mis lectores; y tal llegó a sus manos, que ni el mismo Víctor Hugo lo conociera, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante, fue a su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decía él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó a revolver cuadros y libros viejos, y a estudiar los trajes del tiempo de las Cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba a encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, o rasguñado al margen por infantil e inexperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase a formular en su persona aquel trasunto de la Edad Media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego a ser considerado como la estampa más romántica de todo Madrid, y a servir de modelo a todos los jóvenes aspirantes a esta nueva, no sé si diga ciencia o arte. -Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio sólo por el lado económico, poco o nada podía pesarme de ello; porque mi sobrino, procediendo a simplificar su traje, llegó a alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría más que hacer a los Utrillas y Rougets.

Por de pronto eliminó el frac, por considerarlo del tiempo de la decadencia; y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella, como más análoga a la sensibilidad de la expresión. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes; los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; después los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfección romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona a un estrecho pantalón que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente anudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un bucle convexo, se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer éstas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío; una frente triangular y fatídica.-Tal era la vera efigies de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecía no sé qué de siniestro e inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo a dudar si era él mismo o sólo su traje colgado de una percha; y aconteciome más de una ocasión el ir a hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, o darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vio romantizada su persona, toda su atención se convirtió a romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. -Por de pronto me declaró rotundamente su resolución contraria a seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazón algo volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática, o con las fórmulas del foro; y después de largas disertaciones vine a sacar en consecuencia que la carrera que le parecía más análoga a sus circunstancias era la carrera de poeta, que, según él, es la que guía derecha al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió día y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relación con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los búhos y de

las lechuzas; encaramose a las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó a las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, e hizo experiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. -Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Meléndez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que menos propenso estaba a la melancolía, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, o las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudición, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética, y concluyó algunos cuentos en verso prosaico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluían en ¡maldición!; y unos y otros estaban atestados de figuras de capuz, y de siniestros bultos, y de hombres gigantes, y de sonrisa infernal, y de almenas altísimas, y de profundos fosos, y de buitres carnívoros, y de copas fatales, y de ensueños fatídicos, y de velos transparentes, y de aceradas mallas, y de briosos corceles, y de flores amarillas, y de fúnebre cruz. -Generalmente todas estas composiciones fugitivas solían llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas: v. g. ¡¡¡Qué será!!! -¡¡¡No!!!... -¡Más allá!... -Puede ser. -¿Cuándo? -¡Acaso!... -¡Oremus!

Esto en cuanto a la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos, no sé qué decir, sino que unas veces me parecía mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; -en algunas ocasiones me estremecía al oírle cantar el suicidio, o discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras tenía por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, o haciendo tiernos apóstrofes a la Madre de Dios. -Yo no sé a punto fijo qué pensaba él sobre esto; pero creo que lo más seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendía lo que quería decir.

Sin embargo, el muchacho con estos raptos consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones; y siempre le aplaudían en aquellos rasgos más extravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendían de memoria, y luego esforzábanse a imitarlas, y sólo acertaban a imitar los defectos y de ningún modo las bellezas originales que podían recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de pandilla lisonjeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hacia sí la atención y el entusiasmo de todo el país. -Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid), es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, he aquí la razón por que reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó a concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias y tragó el polvo de los archivos; interpeló a su calenturienta musa, colocándose con ella en la región aérea donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena,

reducida por la distancia a una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamose al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡con qué placer haría a mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles in integrum esta composición sublime, práctica explicación del sistema romántico, en que según la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta a fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginación el título y personajes del drama. Helos aquí:

¡¡¡ELLA!!!... Y ¡¡¡ÉL!!!...

DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,

EMBLEMÁTICO-SUBLIME, ANÓNIMO, SINÓNIMO, TÉTRICO Y ESPASMÓDICO,

ORIGINAL, EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS

EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.

Por...

Aquí había una nota que decía: (Cuando el público pida el nombre del autor); y seguía más abajo.

Siglos IV y V. -La escena pasa en Europa y dura cien años.

INTERLOCUTORES

La mujer (todas las mujeres, toda la mujer).	Coro de monjas carmelitas.
El marido (todos los maridos).	Coro de PP. agonizantes.
Un hombre salvaje (el amante).	Un hombre del pueblo.
El Dux de Venecia.	Un pueblo de hombres.
El tirano de Siracusa.	Un espectro que habla.
El doncel.	Otro ídem que agarra.
La Archiduquesa de Austria.	Un demandadero de la Paz y Caridad.
Un espía.	Un judío.
Un favorito.	Cuatro enterradores.

Un verdugo. Músicos y danzantes.

Un boticario. Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.

La Cuádruple Alianza.

El sereno del barrio.

-Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo, a manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: -1ª. Un crimen. -2ª. El veneno. -3ª. Ya es tarde. -4ª. El panteón. -5ª. ¡Ella! -6ª. ¡Él! -y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, a saber: Salón de baile; Bosque; La Capilla; Un subterráneo; La alcoba, y El cementerio.

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composición, en términos que si yo recordara una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; conque así no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar a que llegue día en que la fama nos la transmita en toda su integridad, día que él retardaba, aguardando a que las masas (las masas somos nosotros) se hallen (o nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba un poco fuerte.

De esta manera mi sobrino caminaba a la inmortalidad por la senda de la muerte; quiero decir, que con tales fatigas cumplía lo que él llamaba su misión sobre la tierra. Empero la continuación de las viglias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíanle reducido a una situación tan lastimosa de cerebro, que cada día me temía encontrarle consumido a impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los más labrados hierros de su balcón a cierta Melisendra de diez y ocho abriles, más pálida que una noche de luna, y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados a la veneciana, y sus mangas a lo María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo a la Straniera, y su cinturón a la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello a lo huérfana de Underlach.

Hallábase a la sazón meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto..., libro que, según el forro amarillo, su tamaño y demás proporciones, no podía ser otro, a mi entender, que el Han de Islandia o el Bug-Jargal.

No fue menester más para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcón de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo a inflamar súbitamente su corazón. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron; y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse a aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificación de... romanticismo puro.

Pero al cabo el sujeto en cuestión era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos, una señorita, hija de un honrado vecino mío, procurador del número y clásico por todas sus

coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase a la muchacha (siempre llevando por delante la más sana intención), y con el deseo también de distraerle de sus melancólicas tareas, no sólo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinación.

Lisonjeábanse, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado más descompuesto y atroz corrió a encerrarse en su cuarto gritando desafortadamente: -«¡Asesino!... ¡Asesino!...¡Fatalidad!...¡Maldición!...»

-¿Qué demonios es esto? -Corro al cuarto del muchacho; pero había cerrado por dentro y no me responde; vuelo a casa del vecino por si alcanzo a averiguar la causa del desorden, y me encuentro en otro no menos terrible a toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

-¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay?

-¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de V... Lea V., lea usted qué proyectos son los suyos; qué ideas de amor y de religión... -Y me entregó unos papeles, que por lo visto había sorprendido a los amantes.

Recorri los rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado a escuchar al muchacho. -En todas ellas venía a decir a su amante, con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iría a derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriría también, y los enterrarían bajo una misma losa... Otras veces la proponía que para huir de la tiranía del hombre -«este hombre soy yo»-, decía el pobre procurador, -se escurriese con él a los bosques o a los mares, y que se irían a una caverna a vivir con las fieras, o se harían piratas o bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

-Y a todo esto (añadía el padre), nada de boda, nada de solicitar un empleo para mantenerla...; vea usted, vea usted: por ahí ha de estar...; oiga V. cómo se explica en este punto...; ahí en esas coplas, seguidillas, o lo que sean, en la que dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud

Sólo puede darte mi alma
Un suspiro... y una palma...
Una tumba... y una cruz...

-Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote...; no, si no échelos V. en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor (continuaba el buen hombre), sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y

letanías, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y a lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de yo no sé qué Astolfo o Ingolfo el exterminador; y nos llama tiranos a su madre y a mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella o para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

-Sosiéguese V., señor don Cleto, sosiéguese V.

Y llamándole aparte, le hice una explicación del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que, si no lo convencí que podía casar a su hija con un tigre, por lo menos le determiné a casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé a mi casa para tranquilizar el espíritu del joven amante; pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, había salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba a todo el lleno de su desesperación. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo, sin duda, ésta de darle a conocer por algún suspiro que un ser humano respiraba a su lado. -(Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con más bellaquería que cuartos y más cuartos que peseta columnaria y que hacía ya días que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito.) -La ocasión la pinta calva, y la gallega tenía buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

-Señuritu... señuritu... ¿qué diablus tiene?... Entre y dígallo; si quier una cataplasma para las muelas o un emplasto para el hígadu...

Y cogió y le entró en su cuarto y sentole sobre su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.

Pero el preocupado galán no respondía, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba a vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices o le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estatua permanecía siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse a todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino, con un movimiento convulsivo la agarró con una mano la camisa (que

no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Bierzo), e hincando una rodilla en tierra, levantó en ademán patético el otro brazo y exclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
Ya el helado puñal siento en el pecho;
Ya miro el funeral lúgubre lecho,
Que a los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
Y la muerte en tus miembros palpitantes,
Que reclama dos míseros amantes
Que la tierra no pudo comprender.

-¡Ave María purísima!... (dijo la gallega santiguándose). Mal dimoñu me lleve si le comprendu... ¡Habrà cermeñu!... pues si quier lechu ¿tien más que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar a los muertos que se acuesten con los difuntos?

Pero el amartelado galán seguía, sin escucharla, su improvisación, y luego, variando de estilo y aun de metro, exclamaba:

¡Maldita seas, mujer!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿Por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, mujer!

-El malditu sea él y la bruja que lo parió...¡ingratu! después que todas las mañanas le entru el chocolate a la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu, y a Benitu el escarolero del portal...

Ven, ven y muramos juntos,
Huye del mundo conmigo,
Ángel de luz,
Al campo de los difuntos;
Allí te espera un amigo
Y un ataúd.

-Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; o usted está locu, o yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cementeriu u a su cuarto, antes que empiece a ladrar para que venga el amu y le ate. -

Aquí me pareció conveniente poner un término a tan grotesca escena, entrando a recoger a mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida a mí, y copiada de la Galería fúnebre, la cual estaba concebida en

términos tan alarmantes, que me hizo empezar a temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no había más que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte a sus lecturas, a sus amores, a sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera, activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, a la que él también mostraba alguna inclinación; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le vi partir con alegría a reunirse a sus banderas.

Un año ha trascurrido desde entonces, y hasta hace pocos días no le había vuelto a ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaría al contemplarle robusto y alegre, la charretera a la derecha y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpetuamente zorcicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la Ordenanza militar y la Guía del oficial en campaña.

Luego que ya le vi en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oírle repetir a carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente a esta resolución; y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y discretas, sacrificando aquéllas y poniendo éstas sobre las niñas de mis ojos. -En cuanto al drama no fue posible encontrarlo, por haberlo prestado mi sobrino a otro poeta novel, el cual lo comunicó a varios aprendices del oficio, y éstos lo adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo, ora los aplausos, ora los silbidos que a mi sobrino correspondían, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composición.

La lectura, en fin, de sus versos, trajo a la memoria del joven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntome por ella con interés, y aun llegué a sospechar que estaba persuadido de que se habría evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso; y era que la abandonada Ariadna se había conformado con su suerte; ítem más, se había pasado al género clásico, entregando su mano, y aún no sé si su corazón, a un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitude notable de mujeres!... Bien es la verdad que él por su parte no la había hecho, según me confesó, sino unas catorce o quince infidelidades en el año trascurrido. De este modo concluyeron unos amores que, si hubieran seguido su curso natural, habrían podido dar a los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo Romeo.

(Setiembre de 1837)

NOTA. -El mérito de este artículo (si es que alguno tiene) fue sin duda el de la oportunidad, y el osado atrevimiento del autor en darle a luz en los momentos en que la nueva secta Hugólatra dominaba toda la línea del uno a otro extremo de la república

literaria. -Ya hemos recordado el ferviente entusiasmo, la asombrosa vitalidad que por entonces ofrecían en nuestra capital las imaginaciones juveniles, y la energía que prestaban a su desarrollo la revolución política, la revolución literaria, y la creación de la tribuna, de los periódicos y de los Liceos. -Era un momento de vértigo y de exageración, aunque fecundo en magníficos resultados. -A las modestas y filosóficas comedias de Moratín, Gorostiza y Bretón, habían sustituido en nuestra escena los apasionados dramas de El Trovador, Los Amantes de Teruel, y La fuerza del Sino. Espronceda y Zorilla con su robusta entonación, elevadas imágenes y florido estilo, habían arrinconado la lira antigua de Garcilaso y de Meléndez, las anacreónticas y églogas, los madrigales e idilios, los pastores y zagalas. -Con ellos habían enterrado los preceptos de Aristóteles y de Horacio, de Boileau y de Luzán; Shakespeare, el Dante y Calderón, eran las nuevas divinidades poéticas; y Víctor Hugo, su gran sacerdote y profeta. -¿Quién podría negar justamente el tributo de entusiasmo y admiración al autor de Nuestra Señora de París y de Lucrecia Borgia, de las Orientales, y del Angelo? ¿Quién resistir al impulso de la época que agitando y conmoviendo todas las imaginaciones, todos los talentos, en política, en ciencias, en literatura y artes, les presentaba nuevos y dilatados horizontes de porvenir y de gloria?

Aquella exaltación, sin embargo, rayó breves momentos en un punto ridículo, y estos momentos oportunos fueron los que con no poca osadía escogió para castigarle el autor de las Escenas Matritenses, llegando su valor hasta el extremo de leer su composición en el mismo Liceo de Madrid, centro de las nuevas opiniones, y magnífico palenque de sus más ardientes adalides.

Por fortuna hizo asomar la risa a los labios de los mismos censurados, y en gracia de ella, y en prenda también de su buena amistad, lo perdonaron sin duda aquella festiva y bien intencionada fraterna. -Hubo, sin embargo, algunos pérfidos instigadores de mala ley, que achacando al autor intenciones gratuitas de retratar en sus líneas a algunos de nuestros más peregrinos ingenios, procuraron indisponerle con ellos y hacerles tomar, por aplicaciones a su persona, los rasgos generales con que aparecía presentado al público el tipo del poeta romántico, pero el grande y verdadero talento de aquéllos les hizo conocer no sólo la inexactitud de tal supuesto, sino la buena intención del autor y la rectitud de su juicio literario. -Algo cree haber contribuido a fijar la opinión hacia un término justo entre ambas exageraciones clásicas y románticas: por lo menos, coincidió su sátira con el apogeo de la última de éstas, y desde entonces fue retrocediendo sensiblemente hasta un punto racional y admirable para todos los hombres de conciencia y de estudio. Además, dio la señal de otros ataques semejantes en el teatro y en la prensa, que minando sucesivamente aquel ridículo de bandería, acabó por hacerle desaparecer y que fructificasen en el verdadero terreno de la razón y del estudio talentos privilegiados, que han llegado a adquirir en nuestro Parnaso una inmortal corona.

Hablemos de mi pleito

Cuando la imaginación se halla afectada de una idea dominante, es en vano el pretender reducirla a ocuparse en otro objeto, pues la menor coincidencia, la más insignificante expresión, suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos, y volvernos a lanzar de nuevo en el agitado círculo de aquella misma idea de que pretendíamos huir.

Hablo por experiencia propia; y si ya de antemano no estuviera convencido de ello, el suceso presente bastaría a probármelo con rigurosa exactitud.

Después de haber pasado una noche bien larga y agitada, soñando con lo que suele soñar un litigante, es decir, con mi pleito, me preparaba a disipar aquellas tumultuosas ideas, borrajando un artículo crítico-burlesco que ofrecer a mis benévolos lectores; pero el diablo (que no duerme) había extravasado entre mis papeles uno, que por el sello real, sus anchas márgenes, y las tres iniciales «M. P. S»., que le encabezaban, reconocí muy luego por uno de los alegatos, el alegato número 62 de mi derecho en el pleito consabido. -Y no fue menester más para que mi imaginación, rebelada de nuevo y dispuesta a no transigir con otra idea, me arrancase violentamente a mis propósitos, lanzándome, sin voluntad mía, desde el palacio de Momo al santuario de Thémis; desde mis libros favoritos a la Guía de Forasteros y al Febrero adicionado; desde la festiva máscara de Talía a la indigesta faz de un escribano.

El compromiso era grande: de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres; por otro mi pluma negándose por aquel momento a trazar otras frases que no fuesen las consabidas del otro-si y del y por qué; Adisson y Labruyère huyendo a todo correr de mi cabeza; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura; mi memoria llena de trámites judiciales; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas; -¿qué recurso, pues, me quedaba? ¿recurso de apelación o de injusticia notoria? -Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar, si fuese posible, aquellas dos ideas; y supuesto que el público reclamaba costumbres, y que mi imaginación se encastillaba en el foro, probar a escribir un artículo de costumbres del foro, con lo cual tranquilamente, y como por la mano, encontraba la salida de tan grave e compromiso. Tomada, en fin, esta resolución, falta saber si los lectores aceptan el partido... ¿Dicen VV. que sí? Vaya, pues hablemos de mi pleito; casualmente aquí tengo los papeles.

Ante todas cosas, conviene advertir que yo no soy de aquellos litigantes infatigables, que en llegando a agarrar por su cuenta un tantico de auditorio, no están contentos si no le

embocan la historia de su litis, tomando su principio, cuando no desde el pecado de Adán, por lo menos y en gracia de la brevedad, desde la mismísima arca de Noé. -No, señor; nada menos que eso; -me hago cargo de la razón; y a decir verdad, ¿qué les importa a los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tío materno, el cual tío lo recibió directamente de su padre, y éste se hizo cargo de él por vía de dote con la blanca mano de mi bisabuela, la cual es fama que ya venía representando en el tal embrollo el derecho y acción de tres generaciones anteriores? -¿Qué falta les hace enterarse de que este tal pleito sea sobre propiedad de unas, en otro tiempo viñas, en tierra de Jerez, ni que empezara su sustanciación (la del pleito, no la de las viñas), en dicha ciudad, y que siguiera en Granada, y que luego viniera a Madrid, y pasara por todos los juzgados posibles (incluso el de Mostrencos), y subdividido en incidentes, como un drama romántico, o en artículos, como las Escenas Matritenses, abraza, en fin, bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas de cuatro alcaldes mayores, dos Audiencias, una Chancillería y un Supremo Consejo? - ¿Qué les importa, digo, saber que el dicho proceso, entre interlocutorios y definitivos, entre confirmaciones y reformas, cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias, de las cuales cinco a favor de la contraria, y cinco al mío, amén de otras cuatro a guisa de oráculo u logogrifo que nadie ha acertado a descifrar? -¿Que adelantará, en fin, con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el fecundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados, las viñas desaparecieron hace siglo y medio, y que hoy día la tradición se esfuerza vanamente a conjeturar hacia qué parte, legua más o menos, estuvieron plantadas?

Todo esto, a decir la verdad, de poco o nada aprovecha al lector, y de lo que si únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fe de mi abogado, el cual me lo asegura a mí bajo la fe de la Novísima Recopilación; fe, sin embargo, tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiar, empeñándose en favorecer a mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes de que uno y otro somos litigantes de buena fe, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinación respectiva heredada y adquirida es tal, que ni que fuéramos partidos políticos, y antes consentiríamos en perder ambos la existencia que acercarnos al menor término de transacción y de acomodo. -Nada de eso. -«Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho». -«Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela».

Y nuestros abogados respectivos, dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen más y más de nuestra justicia (todo, por supuesto, con su cuenta y razón), y nos explayan y formulan nuestros derechos, a tanto la hoja; y nos ajustan un memorial cargado de razón, y nos aflojan el bolsillo descargado por ellos de pesetas. Así que lo menos curioso del tal pleito somos las partes, quiero decir, mi contraria y yo, porque sólo aparecemos en relación, y nuestro nombre sólo sirve de pretexto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir a fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro, formado en las aulas Salmanticenses, curado en Chancillerías y Audiencias, cocido luego en concursos y abintestatos por todas las escribanías de número de esta heroica villa, y servido después en menestra de tanteos, moratorias y despojos, en

todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. -Déjase, por lo dicho, inferir lo sabroso que será el manjar de su forense erudición, y si habrá causa, por menguada que sea, que no adquiera en manos de Don Simeón Pandectas todos los colores del iris.

«El estilo (dice Montaigne) es el hombre»; y si esta observación es exacta, como yo creo muy bien, pueden echarse a discurrir qué hombrecito será el que escribe por este estilo. -Y por cuanto los supradichos argumentos bastarían a pulverizar y reducir al silencio cualquiera erizada batería de sofísticas almenas tras de la que pretenda encastillarse la contraria; y porque las pruebas en que hoy nos revolcamos, combinadas y puestas en infusión en el lucífero crisol de la sabiduría de V. A., no podrán menos de hacer patente a todas luces del día y de la noche, de presentes, y venituros, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulación y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez, en fin, que en los ciento sesenta y dos años que ha que acudió mi cliente o sus causantes al templo de la justicia en denuncia de la detentación de que era víctima por parte del precitado N.; y atendiendo a que después del sostenido combate con que demandantes y demandados, tirios y troyanos, han venido sosteniendo el argumento respectivo en el magnífico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoy desentrañamos, aparece, en fin, satisfactoriamente dilucidada la cuestión, y disipadas las densas nieblas, refulgente penetrando el sol de la verdad en las mentes más aceradas y obtusas; -A. V. A. suplico se sirva por méritos de lo expuesto proveer, resolver y de terminar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejo impetrado, y anular y reformar las ilegalidades (hablo con la venia) del inferior, como así es de justicia que pido, juro, costas, etc. -Otro, sí digo: que por cuanto en el alegato contrario a que contesto, se sientan expresiones a su folio 14 vuelto, líneas 16, por maneras injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole retrógrado y añejo, y a su estilo exótico y gerundense, con otras varias demasías que ponen de manifiesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendente; -A. V. A. suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras, con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustración tenga a bien ordenar, como también así procede en términos legales, etc., etc. -Licenciado, Don Simeón Pandectas. -Honorario por reconocimiento, extracto y alegato, cien ducados.

El defensor de la contraria es, en efecto, un joven de ventiocho, recientemente laureado por la Universidad de Alcalá, y tan diferente en genio y en estilo de mi vetusto don Simeón, como se infiere de todos sus escritos, en que todavía respira el sabor declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indigestas disertaciones de mi letrado suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente: -¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo, la contraria abusará de nuestra paciencia? ¿Hasta cuándo el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad o la ignorancia el de la justicia y la sana razón? ¡Alma virtud! ¡Tú, que desde el cielo riges el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi defendido, y dinos que a él pertenecen las viñas en cuestión! Ábranse, señor, las páginas de la Historia, y desde las más remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad combatido por los sofísticos argumentos

de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por doquier a su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos más remotos, escuchemos únicamente al grande orador del foro explayar con este motivo las reflexiones siguientes. (Aquí transcribía un buen trozo de la oración Pro domo sua, y continuaba.) Ni se diga, señor, que para huir del caso presente me remonto a los tiempos heroicos y a las legislaciones extrañas, no; para dar la robustez necesaria a mis argumentos, la justicia patria me servirá de apoyo suficiente; ábranse esas Partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo; recórranse esos Fueros y Recopilaciones y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de decretos y Reales órdenes, y se concluirá, etcétera, etc». -Y por aquí iba discurrendo hasta que probaba con los discursos de Mirabeau y las coplas de Juan de Mena que las tierras no me pertenecían, y que se me debía imponer perpetuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personajes que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos, a la sombra de sus respectivas banderas, dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una jerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y agentes; los escribanos de cámara, de número y diligencias; los relatores y agentes fiscales, los pajes de bolsa, alguaciles y porteros; y otra porción de aves menores de esta gran familia plumática, forman vistosa y distinguida comparsa a los dos mantenedores del torneo, o sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galardón del vencedor. -Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las plateadas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, e interpretan al caso particular las disposiciones generales de la ley.

¡Oh dichosa edad, y siglos dichosos aquéllos en que un sexagenario patriarca, sentado en el humilde escaño ala sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente expresadas de los demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo a entrambas, y sin más código que el de la verdad y la sana razón, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban a respetarla, y dar a cada uno lo que suyo era! -Empero, por desgracia, aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de petulancia y de falsía, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la ley, y la estatua de la Justicia se vio a veces cubierta con el velo del error, y la sofistería o la mala fe pugnaron por extender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entonces, cual en templo profanado y en ruinas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murallas los malignos insectos o las silvestres plantas, viéronse hormiguar en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas, que hicieron temer al hombre justo el acercarse atan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la

Discordia se ha entrado de rondón por tus puertas, y que sin parte activa tuya, has sido víctima de algún entuerto, que en pro de tu interés o de tu buena fama te conviene enmendar o desfacer. -Tú quisieras ¡ya se ve! acabar, si fuese posible, en un minuto con tu competidor (o sea, si te place, competidora); y cuando esto no fuera dable, acudir a quien breve y sumariamente te diese la razón, si la tenías, y a tu contrario obligase a dártela también. Cosa es todo esto muy natural y sencilla en teoría; pero el interés (principal móvil que dirige esta máquina mundana) ha llegado a poner en la práctica tales trabas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino a los contrincantes y arrebatárselos a su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y a tal punto llegan las cosas, y tal ha venido a parar la señora Justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, y sólo a los iniciados en sus misterios (¡los misterios de la verdad!) es dado el penetrar en su oráculo y promover e interpretar sus decisiones, para darlas luego a conocer a los profanos a quienes obliga su cumplimiento. - Porque los abogados dividen el mundo en dos clases de gentes, a saber: -abogados, y no abogados; -a la primera regalan la inteligencia; en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. gr. de tu pleito, lector amigo, has de saber que desde el primer momento que le entables, aparece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padrinos forenses, porque ellos te harán quedar a la entrada del palenque, y sólo ellos penetrarán en el interior, y allí te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus municiones.

Y así es que para presentarte a usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar a un escribano Real, notario de los reinos, para que use de él por ti; porque nada serviría que tú dijese: -«Yo, Fulano de Tal, quiero esto, y digo lo otro, y otorgo lo de más allá», -si un escribano no da fe de que tú eres tú, y que quieres otorgar o decir lo que quieres decir y otorgar; que es decirte que si quieres ser creído en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder amplio, general y bastante, cual de derecho se requiere y es necesario a Fulano o Mengano para que te defienda en el supuesto pleito, etc., con otra multitud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como éstas... «Pida, ejecuciones, prisiones, soltaras, embargos, desembargos, ventas, trances y remates de bienes...» «Tache y contradiga, recuse, jure y se aparte...» «Oiga autos y sentencias, interlocutorios y definitivos, consienta lo favorable, y de lo adverso apele y suplique, etc., etc...» Todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto, en el papel del sello correspondiente, porque también desde aquel momento has renunciado a tu papel, por muy bueno que lo gastes, habiendo de trocarle por otro bastante malo; pero que no por eso dejará de costarte a razón de cuarenta maravedís por hoja, y advierte que éstas tampoco serán economizadas por los amanuenses, que con sus anchas márgenes y letras gordas, parecen tener convenio tácito con la Hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado la misteriosa incubación de tu persona en la persona de tu apoderado, desaparecerá aquélla, y únicamente quedarás bajo la forma

de tu agente de negocios, o tu alter ego, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos e instrucciones; pero sobre todo los fondos, porque sin ello te expones a verle convertido en autómatas descompuesto, y sólo quiero recordarte lo que con este motivo dice el ingenioso D. Ramón de la Cruz:

«Los agentes y relojes
Son máquinas delicadas,
Que si- no se les da cuerda,
Luego al instante se paran».

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda había tenido un pleito) se anticipó a expresar una idea semejante en los siguientes versos:

«Cualquiera que pleitos trata
Aunque sea sin razón,
Deje el río Marañón
Y éntrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata
Y puerto de claridad,
Verdad».

Mas volviendo al agente, éste tampoco se presentará ostensiblemente en representación de tu derecho, sino que oculto entre telones dirigirá desde allí los movimientos de los actores, regulará su acción, y aplicando a la máquina el necesario combustible, él la hará marchar con rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan o entorpezcan. Por lo demás, aparentemente y para dar la cara en la cuestión, él sustituirá tu poder en uno de los procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal a la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en tomas y recibos (tomando y recibiendo), y en apremios y términos, y rebeldías y avisos te regalará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar a la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal; ya ha presentado el poder que le autoriza, y el Juzgado ha dicho: «Hásele por parte»; -ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su juicio material ni sus escasas letras; con que tienes precisión de valerte de un abogado (y si no lo has por enojo, te recomiendo al mío, que ya habrás conocido por el estilo que es hombre de calibre y de brocha gorda), el cual formulará tu petición en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador, y éste al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá: «Traslado a la otra parte»; - y la otra parte no querrá acudir a responderte, y tendrás que acusarle tres rebeldías con otros tantos autos, y por último, se presentará, y luego pedirá tres términos para contestar, y al cabo de ellos lo verificará; y vendrá de nuevo el proceso a manos de tu defensor, que volverá a reproducir lo dicho, y luego al otro, y después a ti; y más adelante serás recibido a prueba, y se te concederán los ochenta días de la ley, y ambas partes buscaréis testigos, y haréis largas informaciones; y después, cuando el escribano dé cuenta al tribunal, éste dirá que lo haga el relator, y éste hará nuevo extracto y apuntamiento y relación, y dirá el tribunal: «Pase al fiscal»; -y éste mandará a su agente fiscal que le diga lo que ha de

responder, y luego vuelta a la rueda; y a lo mejor el contrario formará un artículo de no contestar -el cual es otro pleito aparte (como si dijéramos un episodio del drama); -y después de bien sustanciado se reunirá todo a lo principal; y por último, se llamará a estrados, y acudirán los abogados a esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dirá: «Vistos»; -y os retiraréis; y aquella noche no dormirás, y a la mañana siguiente vendrá el paje del relator con una providencia que no entenderás, y tu agente tampoco, y la pasarás al abogado, y éste no se conformará, y apelara a la otra sala, y vuelta a la rueda; y después será confirmada la sentencia, y suplicarás de ella; digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo, y por último, tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en derechos de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin su riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han transformado en pedimentos, autos, apremios, tiras, juntas, pases, encomiendas, tomas, llevadas y traídas, firmas, notas, entregas, propinas y papel sellado; pero en cambio te encontrarás con una ejecutoria para tomar posesión de lo que ya no existe, y un proceso en variedad de letras por donde puedan aprender a leer tus biznietos; esto es si ganas el pleito; mas si lo perdieres y te quedaras sin todo aquello, más sin la ejecutoria, y sólo podrás usar de la cuerda de los autos, si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu existencia.

Perdona, caro lector, si la agitación de mi mente me ha conducido adonde no pensaba; tú por fortuna acaso te hallas libre de este temor, mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo ¿Que no le tienes? (me dices) -¡tanto mejor! ¡Dichoso tú, que te habrás fastidiado con la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle repitiendo con Horacio: ¡Beatus ille qui procul negotiis!

(Setiembre de 1837)

La almoneda

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merecen una honorífica, mención don Policarpo de la Transfiguración Omnibus de los Santos, sujeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias sustanciales de los dos

siglos pasado y presente, formando, por decirlo así, un verdadero mosaico de cualidades tan varias y heterogéneas que causarían la desesperación del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la Universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. -Andando el tiempo vino ti ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero, hasta que, cansado de los estudios, renegó del latín y se hizo poeta. -Luego vino la patria a requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron, y después, no pudiendo acostumbrarse a la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos Bártulos, y guerreó en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. -Más adelante, aficionado a los viajes, se hizo comerciante, y quebró, y entonces echó, coche para evitar que le persiguiesen los acreedores. -Por último, se metió a pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antecámaras, y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. -Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó a enviudar, heredando, por supuesto, a sus respectivas consortes; y después de serio todo, llegó por fin a no ser nada, que es lo que hay que ser en este inundo, si es que nada sea el hallarse un hombre a los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligación, más que la de todo fiel cristiano.

Ya, en fin, que se vio dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel extremo de felicidad a que siempre había aspirado. Pero muy luego empezó a fastidiarse de aquella inacción, y acostumbrado, como lo estaba su vida, a una ocupación continua, a un agitado movimiento, llegó a mirar su reposo como una parálisis moral, como una muerte prematura. Su inclinación y su genio natural triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente a ésta y dando rienda suelta a aquéllos, en términos que hoy día es el hombre más ocupado que conozco, sin embargo de que nadie tenga derecho a ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche, y tan pronto se le ve disputando políticamente en un corrillo de la Puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio a la puerta de una iglesia; -ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; -ora poniendo cataplasmas o dando caldos a un enfermo; -ora acompañando a unas señoras en un palco de la ópera. No hay boda desde la calle de San Antón hasta la de Carretas, desde Afligidos a las Vistillas, en que él no sea el padrino, o corra con los contratos, o componga los versos, o coma los dulces. Si es entierro y él por fuerza ha de ser el albacea, o dirigir el inventario, o presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, e imprimirá las esquelas, o tendrá en la pila al recién nacido. -Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y los habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante irá a la del que cayó, y consolará a la señora, y declamará con el señor sobre la injusticia de los hombres. -A nadie se puede prender que él no vaya a visitar en el calabozo; si hay junta de acreedores, él quedará nombrado síndico; si demanda de divorcio, él será el juez arbitro entre ambos consortes, y si juicio de conciliación, por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por hombre bueno. -Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni mudanza de habitación que él no dirija, ni cofradía en que él no sea mayordomo o tesorero, ni carga concejil que no le encaje. ¿Se habla del fuego? -sucedió casualmente enfrente de su casa: ¿se cuenta un asesinato o una quimera? -allí precisamente estaba él. -En el patio de las

diligencias acude a recibir y despedir a todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la Plaza de Toros lleva cuenta de los puyazos y de los volapiés; en la Alameda o la Moncloa dirige todas las comidas de campo; en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente nato de toda comisión de aplausos; en las exposiciones de pinturas habla de formas y coloridos; en el mercado de caballos a todos los pone su pero, y en las partidas de caza dirige los ojeos, o cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas a su carácter determinado, a su ninguna aprensión, a su edad respetable, y más principalmente ala consideración de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva a decidir ex cathedra; ni hay reunión que no someta fácilmente a sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va a hacer su salida al teatro, si un autor va a publicar una obra, bien pueden encomendarse a mi hombre, si no quieren pasar incógnitos o criticados; porque su opinión es la opinión normal de un sinnúmero de admiradores, que si él dice: -«¿Fulano, el médico? ¡Valiente majadero! ¡Fue la causa de la muerte de un amigo mio!», todos repetirán en coro que el médico Tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que tal o cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por más de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como pudieran hacerlo de un lazareto.

Él, en fin, se reproduce en términos que es imposible dar un paso atrás o adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, allí le ha de ir a buscar, y aun saliendo de Madrid a viajar, él es el primero que nos hemos de hallar en la diligencia. -Y es tan cierto esto, que días pasados, habiendo subido a la torre de Santa Cruz, me pareció desde allí que le veía a un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la Plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba y me perseguía como una aparición fantástica, inevitable, impasible, semejante a una obstinada pesadilla o al ruido sempiterno y monótono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran) proporciona esta pícara farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operación obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con más escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Londres o en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos Mementos de la Intendencia de rentas, que cuida de recordarnos a cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago o billetes del Tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. -Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que, según mi opinión, ninguno puede competir en sustancia con aquel sustancioso papel, y aun, si me apuran, no dudaría en asegurar que los más de los lectores darían de buena gana seis de los artículos que aquéllos llaman de fondo, por cualquiera de los de fonda que amenizan el Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy a cuento, sino por tomar ocasión de introducir el mío; y era, para servir a VV., que aquella mañana (una mañana, la que VV. gusten), caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté a tropezar a su página tercera con el anuncio de una almoneda... y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir, una casa adonde sin disfraz de ninguna especie se dice: «Aquí todo se reduce a maravedís».

Verdad es que no teniendo que mudar de habitación, ni abrir tienda, ni recibir huésped, en rigor nada tenía que comprar; mas, sin embargo, ¿quién resiste a la tentación de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿qué no suele encontrarse allí? Yo, por lo menos, no soy dueño de dominar mi curiosidad; así que no dejo pasar ocasión; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesión de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel día tampoco me descuidé, sino que a las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta, pugnando por adelantarme a preguntar precios y a apartar todos los objetos que me llamaban la atención. Y era tal mi entusiasmo, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda), no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaría nuevos en cualquiera tienda, aun con mayor equidad, y que además me salían doblemente caros, supuesto que no me eran absolutamente necesarios. -Yo, en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo, me hice, por lo que yo creía poco dinero, con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de Lafitte, y barriles de Madera con vino de Chinchón; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que me faltaban; y sin reparar que no me cabían en toda la casa, compré unos armarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojios míos tuvo la culpa un maldito prendero tuerto, que siempre me acosaba con la siguiente interpelación: -«Caballero, ¿lleva V. eso, u no?» -Con lo cual, temiendo vérmelo arrebatar de las manos, parecía que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvía ojear y cotejar los inventarios puestos sobre la mesa, y correr de la sala al gabinete, y de éste a la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar cuerda a los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincón, y tomar notas en mi cartera, y...

Estando en esta afanosa ocupación, siento una palmadita en el hombro, alzo la cabeza, ¿y a quién dirán VV. que vi? -Pues era nada menos que al mismo D. Policarpo Omnibus en persona... ¡Si era preciso!... Allí estaba también él.

-¿Qué traes por aquí, señor Curioso? (porque el amigo tiene también esta gracia, que es de los que tutean a todo el mundo).

-No traigo, sino llevo, señor D. Policarpo.

-Veamos qué. -Y me sujetó a un escrupuloso examen de todas mis mercancías, probándome hasta la evidencia que había dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad, me empezó a encajar la historia de aquella casa; y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenía al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia, a virtud del trasiego general de funcionarios tan frecuente en estos tiempos. -Era muy amigo mío, añadió, y a decir la verdad del caso, yo sólo vengo aquí para averiguar una dudilla... - Y al decir esto, todo se le volvía, entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y D. Policarpo, flechándoles uno a uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él...

-A tus piés, Mariquita.

-Hola, perillán, ¿tú por aquí?... -¿Y también el condesito? -Vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos(Como si hubiera alguna tierra incógnita para él.) Mira, Curioso, tú, que todo lo cuentas, ¿ves aquella pareja exigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se mira a todos los espejos, y él lleva la sombrilla y ella la bolsa, y él la derecha y ella la izquierda? -Pues esos son Fulanita y Menganita, esposos de quince días, que están poniendo casa, y advierte con qué tierna solicitud el recién marido hace que ella se siente de vez en cuando, sin duda para que no se malogre algún proyecto de paternidad; mira cómo repara en sus ojos, esforzándose a leer en ellos algún antojo, para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente o un mapamundi en el envés... Vuelve la cabeza a estotro lado, y repara; en ese viejo alto de los anteojos, cómo hojea ese libro para que creamos que entiende el griego; pues ya habrás advertido que no mira más que las láminas... Observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... Ese es un sastre del teatro, que las está convirtiendo ya en su imaginación en galas de Semíramis y de Tancredo. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de plata? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novísima? Pues ya hace veinte años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos a mi negocio... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí...

Y sin darme lugar a responder, me arrastró por las piezas interiores, hasta que, llegando a un gabinetito cerrado, miró por la ventana, y apartándose un poco, me dijo al oído: -Aquí está mi dudilla... -Dio dos golpecitos a la puerta... -¿Quién va? -Señora, a los piés de usted. -¿Da V. permiso para que veamos la habitación? -No hay inconveniente.

Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete, ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heroica y magnífico continente.

-¡Oh Fulanita! (exclamó al verla D. Policarpo), no me engañaba el corazón; ¿cómo? ¿pues no ha acompañado V. a su esposo a su nuevo destino? -Y me apretaba el brazo, y como que se sonreía el maldito a reparar la imprevista turbación que tal pregunta había causado a la señora.

-No, señor hay tantas cosas que arreglar ¡y luego los caminos están tan malos para las damas!...

-Y sobre todo, si las damas son del talle de V., no extrañaría yo que acudieran al reclamo todos los salteadores de quince leguas a la redonda. -Usted siempre de tan buen humor. -Y usted siempre de tan bella cara...

A decir la verdad, yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen también en ella, tomé el partido de salirme por los corredores a silbar a los canarios o coger flores de las macetas; cuando de allí a pocos minutos sale mi D. Policarpo a buscarme, en un estado radiante de alegría... Aquel hombre era otro enteramente; antes todo lo miraba con desdén, ahora todo lo compraba por su precio.

-Y no te admires de esto (me decía), me quedo con el cuarto, me quedo con los muebles, y en cuanto a la señora (porque has de saber que aunque le pregunté por su esposo, bien sabía yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó con una viuda en Guatemala) y...

-¿Con que, es decir que se queda V. con la dama también? ¿Y dígame V.: en esa adquisición ha tenido usted presente la rebaja de la tercera parte de la tasa, a estilo de almoneda?

-Anda, socarrón -me replicó D. Policarpo entre mohíno y risueño-... Nada tengo que añadirte, sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los míos; en cuanto a los demás, «señores (añadió alzando la voz), excusan VV. de molestarse más, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo». -

Volví, en efecto, al siguiente día, y me le encontré ya instalado en su nuevo estudio, que era el mismo gabinete del día anterior: como tiene confianza conmigo, me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel traspaso, y aun me añadió que para que la mistificación fuese completa, tenía ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podía negar el ministro, por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demás, en la casa nada se había mudado, si no era un retrato en el tocador de la señora, y un original en su corazón.

(Octubre de 1837)

El coche simón

- I -

Hay en Madrid un simón

Que se alquila... no sé dónde,
Y tiene más aventuras
Que Gil Blas o don Quijote.

Su figura es de caldera,
Verde y negro sus colores,
No tiene muelles de Ce,
Ni persianas ni faroles;
Ni menos en sus costados
Se ostentan empresas nobles,
Ni guarnecido pescante
Con dobles cifras de bronce.

Modesto en su sencillez,
Holgado en sus dimensiones,
Tan cerca está de cajón
Como distante de coche;

Y a no ser por cuatro ruedas,
Que se mueven, si no corren,
Tomáranle por sepulcro
O babilónica torre.

Arrastran con harta pena
Esta máquina deforme
Dos mulas que fueron bravas
En mil ochocientos doce.

De la historia de estas mulas
Pudiera decir primores;
Mas dejarelo esta vez
Para contar la del coche.

Fue primero de un marqués
Que vino de no sé dónde,
A pretender... ¡feliz siglo!
Una venera en la corte.

Esto prueba que las cruces
Tan caras eran entonces
Como baratas se dan
En estos tiempos que corren.

Llegado que hubo a Madrid,
Quiso ostentar sus doblones;
Que no hay, para pretender
Como pretender en coche.

Y a falta de los talleres
De Bruselas o de Londres,
Un ambulante artificio
Buscó por toda la corte,

A tiempo que un gran maestro

(No le nombran los autores)

Daba el último barniz

Al recién nacido coche.

Sacole el Marqués de pila,

Luego sus armas le pone,

Campo de plata y dos zorras

Trepantes a un alcornoque.

Ufano con tal conquista,

Por las calles de la corte

Salió a lucir y ostentar

Su bolsa y prosapia nobles.

¡Cielos, a cuántas envidias,

A qué ingratos sinsabores

Dio lugar la tal carroza

En nuestro Prado de entonces!

¿Quién dirá las aventuras,

Las intrigas, los honores

Que valieron al marqués

Estos cuatro tablajones?

Por ellos venció a las diosas,

Por ellos mandó a los hombres,

Por ellos adquirió gota,

Ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado,

Y entre estolas y blandones,

Le llevaron a enterrar,

Y pasó al concurso el coche.

- II -

En virtud de providencia

Del señor D. Juan Quirós,

De esta coronada villa

Teniente corregidor;

En los autos del concurso

Del marqués de... que finó

Por óbito abintestato

Y han radicado ante nos

El infrascrito escribano,

Que firma esta relación,

Ordena su señoría

Que por cuanto el acreedor

Ha probado su derecho

Y la hipotecaria acción

Que tiene por mil ducados
Al coche que aquél dejó,
Se le endone y adjudique,
En íntegra posesión
La referida carroza
Tasada en igual valor.
Mandolo su señoría
En Madrid, y lo firmó
A veinte y cuatro de agosto
De mil ochocientos dos.

Ya tenemos a mi coche
Con nuevo dueño y señor,
Un viejo capitalista
Bien cuidado y solterón,
Que en las campañas de Venus
Altos lauros alcanzó;
Azote de los maridos,
De las mujeres patrón.
Dedicaba por entonces
Su sexagenario amor
A una viuda de cuarenta,
Doña Tecla de Albornoz,
Bella tinaja con piernas,
Hermoso guardacantón.
¿Qué don pudiera ofrecerla
Un apasionado amor
Como una máquina amiga,
Que a influjo de bestias dos
Imprimiese movimiento
A volumen tan atroz?
No sabré decir el cómo;
Pero ello se celebró
Cuádruple alianza entre aquéllas,
La señora y el señor.
Y riéndose del mundo,
Libres de vientos y sol,
Vivieron encadenados
En íntima relación,
Como una parte del coche,
Como en su celda el castor,
El gusano en su capullo,
O en su concha el caracol.
La muerte que se complace
En destruir con furor
Todas las dichas del hombre,
Por este tiempo alcanzó

A aquella dulce pareja,
Y... ¡cielos, en qué ocasión!
Cuando no cabiendo ya
Dentro del coche su ardor,

Acababan de adornarle
Con emblemas de pasión;
Dos corazones flechados,
Y riéndose el Amor.

-¡Jesús! qué extraños emblemas;
Llámenme pronto a un pintor
Que borre esas herejías
Y ponga el santo cordón,
El báculo y el capelo,
Y la cruz del Redentor. -

Esto decía el obispo
Que aquel coche remató,
E hisopo y agua bendita
Aplicaba al interior
Para purgar los pecados
Que supuso con razón.

Ya que fue purificado,
El muy ilustre señor,
Subió con sus familiares
A tomar la posesión.

¡Qué vida la que mi coche
Por aquel tiempo pasó!
Ni un capellán de las Huelgas
Puede contarla mejor.

Una novena a San Gil,
Y luego a tomar el sol
Al paseo de la Ronda
O al camino de Alcorcón;

O un viajecito hasta Atocha
A visitar al prior,
Y luego volverse a casa
Al toque de la oración.

¡Qué vida! vuelvo a decir;
Pero aquel tiempo pasó,
Y vino otro de cuidados,
De sustos y agitación.

Un ministro... ¡ay que no es nada!
Al obispo sucedió
De aquel histórico coche
En la grata posesión.

Nuevo impulso y movimiento
A sus ejes imprimió,
Que estaban entumecidos

Por el reposo anterior.

De Palacio al Ministerio,
Desde el Consejo al salón,
Desde la Audiencia al teatro,
Desde el dominio al favor.

¡Pobre coche, qué agitado
Por el mar de la ambición
Caminas a todos vientos,
Tras un fantástico honor!

¡Qué se hiciera aquel reposo
Que un día te permitió
Saborear de la existencia
El progreso bienhechor?

¿Qué, mísero, has alcanzado
En premio de tu ambición,
Sino llegar más aprisa
Al término del favor?

Que mucho brillas, me dices,
Que escuchas de tu patrón
Altos secretos de Estado,
Reservados a los dos.

Que todos te reverencian,
Como a tan alto señor,
Y escuchas del que suplica
En torno tuyo la voz.

¡Ay cuitado! ¿no reparas
En el cielo del favor,
Miserable nubecilla
Que ve con desprecio el sol?

Pues mírala cuál, creciendo,
El firmamento ocupó,
Y roba al astro del día
Su fúlgido resplandor.

Y mira al mortal gusano
Que a su lumbré se ensalzó,
Cuál vacila, tiembla, y cae
De la tormenta al furor.

¡Pobre coche! tu menguada
Nulidad te defendió,
Quedando para testigo
De tu infamia y tu baldón;

Y vino un hombre sin nombre,
Que tus favores vendió,
Y en pago a tus demasías
Y ridícula ambición,

Riéndose a un pueblo entero
Por escarnio te entregó,

Para que puedas decir
En sentida exclamación:
¡Aprended, coches, de mí,
Lo que va de ayer a hoy!

- III -

De un anchuroso corral

Sobre la menguada puerta
Que asienta en el interior
De una sucia callejuela,
En letras greco-romanas
Y ortografía caldea,
Dice: «Aquí se alquilan coches»
Una envejecida muestra.

Yacen en el interior,
Sin guardas y a la inclemencia
Cien carrozas, que otro tiempo
Ornaron la corte regia.

Y ora tristes, abatidas
Por el tiempo y la miseria,
En un lupanar de coches
Lloran su pública afrenta.

Míranse en él confundidos,
Sin jerarquía y sin regla,
Cien románticas carrozas,
Cien clásicas diligencias.

Allí el almagrado coche
Que arrastraron seis colleras,
Está llorando festines
Y soñando en la Alameda.

Allí el bombé vacilante,
Que dejó el doctor Postema,
Reza y murmura aforismos
Y latines de receta.

Mas allá hay una berlina
Con cifras y otros emblemas,
De uno que fue al hospital
Sin zapatos ni calcetas.

Aquí un sucio faetón,
Allí una gran carretela,
Que fue premio en otro tiempo
De una virtud de Lucrecia.

Y agrupadas a un rincón

Se miran cuatro calesas,
Que a queso y a vino puro
Trascienden a media legua.

En tan sucia compañía,
Y en situación tan adversa,
Un coche también... ¡Dios mío!
(Casi no acierta la lengua)

Un coche... ¿si será él?
Un coche... sí, el mismo era,
El del Marqués, del Obispo
Del Ministro y doña Tecla.

¡Ay! quién fuera Garcilaso
Para exclamar: «Dulces Prendas,
Aquí por mi mal halladas»,
Con lo demás que se deja.

¿Y habrá después, ¡oh fortuna!
Quien fíe en tu faz risueña,
Y no te vuelva la espalda
Antes que tú se la vuelvas?

Mas tornemos a mi coche
Y dejemos las sentencias,
Que dicen bien en un libro,
Con tal de que no se lean.

En hábito verdinegro,
Como ya descrito queda,
Ha trasformado sus galas,
Sus timbres y sus preseas;

Y los caballos normandos
En dos mulas peli-negras,
Que corrieron ha veinte años,
A todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timón,
Sentado en su delantera,
Un infanzón de Cantabria
Tiene en sus manos las riendas.

Un capote franciscano
Su tosca persona encierra,
Y un sombrero desalado
Metido hasta las orejas.

Cantando está a media voz,
Mientras que las ocho suenan,
Las glorias de Covadonga
Por el son de la muñeira;

Y en tanto las pobres mulas
Pensando están en qué piensan,
Y de este pienso mental

Se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos pies,
Como el que en la proa asienta,
Sube con pena a la popa
Y a los tirantes se cuelga.

Con que la tripulación
Queda del todo completa,
Dos mulas y dos rocines,
Y sumadas, cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj,
Se abre del corral la puerta,
Y en oblicuo movimiento,
Y en marcha angustiosa y lenta,

Tiran torcidas las mulas
A impulsos de la correa,
Y anunciando un fin cercano
Crujen girando las ruedas.

Por las calles de la corte,
Y a riesgo de las aceras,
La máquina informe arrastra,
Dando a quien la mira pena;
Y entre silbos y reniegos,
En menos de una hora llega
A la puerta del letrado
Que va a charlar a la Audiencia.

Embarca en él su persona
Medio cura y medio enferma,
Y saca las doctas mangas
Por entrambas portezuelas

Luego que llega al Consejo,
Mientras su derecho alega,
Cochero y mozo liquidan
La propina en la taberna;

Con que añaden a su celo
De Yepes azumbre y media,
Para hacer más llevadero
El trabajo de la vuelta.

Después del pleito a visitas
Con la letrada y su suegra,
Cinco chiquillos y una ama,
Dos pasantes y una perra.

Vuelta después al corral;
Ya don Timoteo espera
Para ir a misa de dos
Del Buen Suceso a la... puerta.

La misa ya se ha acabado;
Más por cuanto la Marquesa,

Al ver a don Timoteo,
Se siente un poco indispuesta.

Él, a fuer de hombre gentil,
La ofrece su carretela,
Y a fin de tomar el aire,
Van camino de la Venta.

En vano el pobre Simón
Les grita que den la vuelta,
Que hace falta en un bautizo
Antes de las cuatro y media.

Suéltanle a las cinco, en fin,
Toma el paso a media rienda,
Y en casa de la parida
A oír maldiciones llega.

Suben en él la madrina,
El padrino, la pasiega,
Los hermanos, el autor,
Y el chico con falda nueva.

Cien pillos de todo el barrio,
Que ha vomitado una escuela
Van corriendo tras el coche;
Ya suben a la trasera;

Ya trepan a los estribos;
Ya se agarran de las ruedas;
Ya gritan: «Señor padrino,
¿cuándo baja la moneda?»

Ya hacen gestos al Simón;
Ya al lacayo desesperan,
Apoyando sus razones
En alguna que otra piedra.

En tal día, es de cajón,
Ya la gente a la comedia,
Y el coche hasta media noche
Embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
Guardando siempre la dieta,
Y cuando dan vuelta a casa
Hasta en su sombra tropiezan.

Otro día... pero ¿acaso
Pretendo que sea eterna
Esta triste relación,
Y que en crónica se vuelva?

¿No ha de acabarse jamás?
Ni ¿cómo narrar pudiera
Uno a uno los sucesos
Que en sus páginas encierra?

Baste decir que en enero

Hay un San Antón, y hay vueltas;
Que hay máscaras en febrero,
Y en marzo hay Pepes y Pepas.

Que abril encierra una Pascua;
Mayo a San Isidro fiesta;
Junio noche de San Juan,
Con fandango y con vihuelas;

Julio ostenta de sus toros
Las entretenidas fiestas,
Y en agosto Manzanares
Brinda con húmeda arena.

Viene setiembre después,
Con sus históricas ferias,
Y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.

Y octubre empieza a mostrar
Sus fríos y calles puercas;
Y noviembre sus difuntos,
Diciembre su Noche-buena.

Y en todos meses del año
Hay cortejos y hay cortejas,
Y hay revistas, besamanos,
Y hay visitas, y audiencias;

Y hay tontas, a quien se engaña
Con una máquina de éstas,
Y hay jugadores que ganan,
Y hay empleados que medran,
Y hay indianos de Sanlúcar
Y hay sin condados condesas,
Y hay nobleza que ostentar,
Y hay que encubrir la miseria.

De todos estos primores
Puede este coche dar cuenta;
Más por desgracia no sabe,
Porque carece de lengua.

Yo, viéndole sordo-mudo,
En descargo de su pena,
Quise atreverme a formar
(Puesto que no soy poeta)

En estos clásicos versos
Esta clásica leyenda,
A riesgo de que el lector
Clásicamente se duerma.

(Octubre de 1837)

La bolsa

Cuando Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas de Potosí desagüaban en su recinto, entonces no teníamos Bolsa; ahora tenemos Bolsa; pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas y el Potosí.

En aquellos felices tiempos, todo el sistema de hacienda estaba reducido a necesitar dos y gastar cuatro (porque había estos cuatro); en el día, por el contrario, todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos... y gracias si se puede contar con estos dos.

Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones; y de este modo, si perdimos nuestra superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la teoría del crédito, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). -Tenemos también Caja de Amortización, donde todo se amortiza, capital, intereses y acreedores; tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: Inscripciones, certificaciones, transferibles, no negociables, títulos al portador, residuos, cupones, acciones, dividendos y billetes del Tesoro; todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, además del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos, en fin, Bolsa de Comercio, en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos a otros por medio de atrevidas apuestas y demás lances que constituyen el entretenido juego de fondos públicos.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigía desde su bufete las más grandiosas empresas; expedía sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao o a la Vera-Cruz; ora recibía los ingeniosos artefactos de Manila, el cacao

de Caracas o el azúcar de las Antillas; ora, contentándose con más moderada y segura ganancia, limitaba sus operaciones al descuento de letras, y cambio de fondos con las diversas plazas mercantiles.

En el día, tal clase de negocios sólo queda para gentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesario para lo que en el lenguaje técnico llamamos meterse en la Bolsa; y a la verdad, ¿cómo la perspectiva de un mezquino interés de diez a doce por ciento al año podría lisonjear al atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adagio vulgar, « no todo lo que reluce es oro», y que tales suelen ser los resultados de estas gigantescas operaciones, que destruyen en breves momentos las fortunas más sólidas y acreditadas. Pero los hombres, en sus proyectos de ambición, acostumbran generalmente a mirarlos sólo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance a conseguir un buen resultado ofusca y hace olvidar la multitud inmensa de los que quedaron arruinados por levantarle. -Semejantes al atrevido navegante, que, fija la imaginación en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos a quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan a la moralidad de las familias, que ponen en continuo peligro a los Gobiernos y a las naciones. Los hombres del día no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinación, la han reducido a sistema; han compuesto libros en su elogio, y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraría la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. -Inútiles, pues, cuanto se declame; la experiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interés, cierran las suyas la filosofía y la razón.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de éstas, y el hombre inexperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflexión. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros a que le expone la ambición; si después de ello gusta lanzarse en tan funesta vía, por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella más que para precaver a un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

- II -

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, había llegado a una edad avanzada, disfrutando, por su probidad, de una reputación honrosa, y en posesión de la inmensa fortuna que le habían proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambición de legar a su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo a su imaginación en los últimos años de su vida, y al efecto liquidó sus negocios; y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas a uno de sus hijos, a quienes había de antemano educado convenientemente para la carrera a que pensaba destinarles.

Ambos jóvenes, por fortuna, manifestaban a ella la mayor inclinación, al paso que, ayudados de los conocimientos adquiridos, prometían aplicar a su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter, sin embargo, de los dos disenta notablemente, y prometía imprimir a sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que así se llamaba el mayor) se distinguía por su espíritu metódico y reflexivo; pensaba mucho y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto punto un éxito seguro, aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el giro de letras, las anticipaciones a un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento, que combinaba en ellos con su interés y su inteligencia. La más pequeña comisión, el negocio de menor cuantía, eran por él mirados con la misma atención, con igual celo que aquellos de primer orden. La exactitud de sus libros de caja podía servir de modelo, y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la formalidad. -Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su balance un progreso cierto, al paso que su reputación se aseguraba más y más. Para colmo de su felicidad, había escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene a ser la lima que consume lentamente las más sólidas fortunas.

Enrique, el hermano menor, estaba dotado, según se dice en el mundo, de más elevadas miras, de más brillantes cualidades. Su educación también había sido distinta de la de su hermano; éste jamás había salido de su país, y acostumbrado toda su vida a aquel sistema uniforme y a aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique, por el contrario, había viajado mucho; había visitado las capitales extranjeras y las más famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y, como él decía, gran financiero; tenía una selecta librería; gustaba de hablar y disputar largamente y obraba en todo con precipitación, que él apellidaba valor y energía.

Desde el instante en que, a vueltas de cien consejos saludables, recibió la emancipación paternal y se vio al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándole aquel estilo que había observado en varias extranjeras, y que él llamaba sabor europeo. Para ello dejó a su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, los inmenloriales correspondientes de la casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto a sus gigantescas disposiciones, se trasladó a la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugería su exaltada imaginación.

Desdeñando, como era de esperar, los negocios comunes, vio en las operaciones bursátiles el ancho campo adonde podría lucir los grandes recursos de su fantasía. -Era precisamente la época en que, recién establecida la Bolsa de Madrid, se convertían a ella todos los conatos de los grandes capitalistas, y cada día servían de objeto a la conversación general las inmensas fortunas realizadas en breves horas por especuladores atrevidos. - Enrique, que había sido testigo de tales portentos en otras capitales, y en cuya imaginación

estaba siempre fija la idea de un Rothschild; que contaba con grandes conocimientos en el juego de fondos públicos, y que además podía emprenderle desde luego con un mediano capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios, sus numerosas y osadas operaciones llamaron a su casa a todos los agentes de cambio, y su firma o endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulación. En vano su experimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le exhortaban continuamente en sus cartas a la prudencia, describiéndole este último con los más vivos colores disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imaginación, las dulzuras de su vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos más.

Y era así en efecto la verdad; lisonjeado por la pérfida fortuna, que, cual mujer coqueta, se complace en aturdir y sujetar con sus favores a aquel amante a quien cuenta luego sacrificar, se diría que una estrella favorable presidía a todas sus operaciones, a todos sus empeños. Los sucesos públicos, que tanto influyen en el alza o la baja de los fondos, parecía que se modelaban y desenvolvían a medida de su necesidad y de su deseo; si compraba al contado, luego inmediatamente subía el papel; si vendía a plazo, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo, en pocos meses llegó a realizar un capital inmenso, capital suficiente a satisfacer otra ambición que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecían, sin embargo, en razón directa de su fortuna; y deseoso de asociar a ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera, y brilló por un momento con todo el esplendor que él había imaginado en sus sueños orientales.

Si va a decir la verdad, en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente por deseos superiores a la realidad; entregado día y noche a combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban a los términos de sus contratos; pendiente de la ruina o de la fortuna de sus connegociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular más acertadamente los sucesos futuros; agitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades, de que pendía continuamente su completa fortuna o su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpetuo delirio, que ni el sueño podía interrumpir, ni el ruido de los festines alcanzaba a templar. - ¡Miserable riqueza la que se compra a costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término a su ambición!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo; cuando la caprichosa fortuna, dando la vuelta a su rueda, dijo a su protegido: -«Hasta aquí llegarás»; -cuando todos los medios de su elevación se convirtieron rápidamente en agentes de caída, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesi de un hombre que, mecido hasta allí apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel a la entrada del puerto, y caer una a una todas las ilusiones de su fantasía?

La situación de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inexplicables y a que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun más rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos más bien dirigidos le fallaron, que las operaciones más sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano a quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron a hacer frente a sus responsabilidades, hasta que, acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazón un sentimiento de orgullo, desapareció de su casa y de su país, corriendo a ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintieronlo sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caída con indiferencia; sus enemigos, con alegría; los demás hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso, como si tal no hubiese acontecido; y si alguna vez la imaginación les recordaba a su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla a imprudencias y ligerezas, de que todos se creían siempre dispensados.

- III -

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce... ¡hora fatal, que va a decidir la suerte de cien familias, que va a lanzar a unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que medían de doce a una se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos... ¡Qué agitación, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna!... Ved al magnífico comerciante, a aquel que preside y gobierna a un centenar de dependientes, dejar entregados a éstos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitación, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen a saludarle... Observad al prosaico mercader, que fía la vara a su consocio y marcha por medio de la callo registrando cuidadosamente su abultada cartera... Dejad paso al birlocho del agente de cambios, a la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del bastón del elegante jugador.

Todos vienen a refluir a un mismo punto; todos dirigen el rumbo a las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad, si podéis, en aquel angustioso recinto allí nada se paga a la entrada; ¡lo que se paga es la salida!...

Un elegante patio, cerrado de cristales y circundado por una galería, sirve de escena a aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes, con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones; repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Londres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena, como que quieren dar a entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estatuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, están allí en buena compañía y de toda etiqueta, como gentes que apenas se conocen entre sí.

En el centro del salón, y dentro de una elegante baranda circular, el anunciador oficial de los cambios recibe las notas de los agentes, y las publica en alta y despacible voz; y en

derredor de la verja que cierra el estrado se agitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilación, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorrumpe en esta expresión:

«Se han hecho... dos millones de reales, en certificaciones sin interés... al cinco y tres octavos por ciento... a sesenta días o voluntad del comprador...»

Y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oído, y el hacerse señas de inteligencia, y el rascarse la frente, y el ahuecarse el corbatín, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atrás, y el escudriñar respectivamente los semblantes, para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender.

Los unos, más inexpertos o más arriesgados, andan de aquí para allí proponiendo sus negociaciones; los otros, veteranos, permanecen inmóviles, escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuáles disputan sobre las probabilidades de alza y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos extranjeros; cuáles afectan desdeñosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera y de las grisetitas de París. La más agitada expresión brilla en la fisonomía de aquéllos; en éstos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiración estúpida, y abren un palmo de boca a cada operación que oyen pregonar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado a otro con una prodigiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquél, llaman aparte a éste, dicen dos palabras al oído del otro, o reciben con un movimiento de cabeza una señal del de más allá...

-¿Medio millón de cuatros al 20 ½, a sesenta días? -No. -¿Prima de uno? -Vaya. -¿Dos millones al 5 al contado? -Los tomaré si hay plazo. -¿Firma segura? -La de... (Aquí fruncimiento de labios, y se separan sin hablarse más.)

-Señor agente, aquí tengo esos 200000 reales del 5. -Pues todos a vender... no puede ser; nadie toma nada, no se encuentra dinero... -¿Eh!... -¿Allá voy! -Palabra: ¿puede V. proporcionarme un pico de 200000 reales al 5? -Difícil será... yo no sé en qué consiste... hoy el papel está muy buscado; aguarde V. un momento.

-Eh, caballero, ¿a cómo daba V. su papel? -Al precio corriente, al 20. -Imposible. -Vaya, al 19 ¾. -¿Acomoda al medio? -Sea. -

(Y la voz pública pregona:) Se ha hecho un millón de reales, títulos del 5 por ciento al 20 ½, al contado.

-¿Lo ve V.? ¿No lo decía yo? -Ya, pero eso es una operación hecha a primera hora, y luego lo de V. es un pico y...

Mas volvamos la cabeza a ese otro corrillo ruidoso y agitado... Son políticos que impolíticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar; y el más condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar a cuchillo a los Dardanelos, y que el Zar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan a temblar como azogados y se apresuran a ofrecer su papel a menos precio; y el cambio baja, y el político se da prisa a comprar; y luego vuelve a reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternich ha improvisado un congreso en las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma, y el precio vuelve a subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitación va creciendo sucesivamente por minutos a medida que va acercándose la hora de conclusión, y ya en los últimos momentos es inexplicable el movimiento, la indecisión y el estado febril de la mayor parte de los concurrentes.

Uno entre ellos, agitado por la ambición, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira el reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar a las estatuas lo que debe hacer... ¡Miserable, detente; la suerte de tu esposa y de tus hijos penden de esa tu resolución!... El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va a sonar...

-¿Conque toma V. o no esos dos millones? -Hombre -Pronto, que tengo ya comprador. - ¿Qué hora es? -Mire V., un minuto falta nada más. -Pero... -Que va a cerrarse, que da la hora... -Venga acá. -Enhorabuena.

Se han hecho dos millones de reales, títulos del 5 al 21 por ciento, al contado.

LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue...

Concluye la negociación de fondos públicos, y continúa la de las demás operaciones comerciales.

No bien dice estas palabras, todos los concurrentes se apresuran a recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De allí a pocos minutos todo queda en silencio; y el que por casualidad entrase después, sólo encontraría en él cinco figuras, que se asombran ellas mismas de verse juntas, a saber: la España, la Paz, Neptuno, Mercurio y el anunciador del crédito nacional.

(Noviembre de 1837)

Madrid a la luna

- I -

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada día encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van trascurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí a la fuerte tentación de leerlo en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavía no encuentro agotada la materia, antes bien los límites del campo que me tracé, cada día se retiran a mi vista, en términos que, primero que el espacio, entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros a la brillante luz del sol del mediodía, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera; cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos a límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el día (lo confieso con rubor) no había parado la imaginación en uno de los más interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente a ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza pródiga e infatigable me brindaba con una de las más interesantes y magníficas, esto es, Madrid iluminado por la luna.

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaría de empezar aquí mi narración por un brillante apóstrofe a la señora Diana, con el ¡Oh tú! de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese a bien prestarme su influjo y su rayo macilento para dibujar un cuadro tan pálido y dormilón como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaría de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome a una altura (la de San Blas por ejemplo) miraría dibujarse en el espacio, y a la luz del astro de la noche, las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginación las prestaría vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, mirarías.

«Levantarse, crecer, tocar las nubes»,

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba a sus pies, y que probablemente seguiría tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos extremos prestaría sin duda interés a mi discurso y convertiría hacia él la atención de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitología, y eso me dan las metamorfosis de Ovidio como los monstruos de Víctor Hugo; -porque en la luna sólo tengo la desgracia de ver la luna; y en las torres, las torres; y en el pueblo de Madrid una reunión de hombres y de calles y de casas, que se llaman la muy noble, muy leal, muy heroica, imperial y coronada villa y corte de Madrid.

- II -

La media noche

Hacía ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales más positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos y cediendo al nocturno fanal la alta misión de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servía de señal al último destello del último farol; combinación ingeniosamente dispuesta, que honra sobremanera a los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. -Los encargados subalternos de esta artificial iluminación, recogían ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés, entornando sus puertas, despedían políticamente a sus eternos abonados; y los criados de las casas, cerrando también sus entradas, dirigían una tácita reconvención a los vecinos perezosos o distraídos. -Veíase a algunos de éstos llegar apresurados a ganar su mansión antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando a la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecía; y volvían a llamar una vez y otras, y se desesperaban grotescamente, hasta que se oía acercar un ruido compaseado, semejante a los golpes de un batán o a las descargas lejanas de artillería; y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aún, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que, en fin, abiertas éstas, iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subían por la escalera.

Los amantes dichosos habían concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro había muerto ya el último interlocutor, y Norma se metía en el simón, y Antony tomaba su paraguas para irse a dormir tranquilamente, a fin de volverse a matar a la siguiente noche; el celoso amo de casa hacía la cotidiana requisa de su habitación, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutía con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes a su cuenta, y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen a herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormía en Madrid. -Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar a clavar la voluble rueda de la fortuna; -velaba el avaro, creyendo al más ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; -velaba el amante, bajo el balcón de su querida, esperando una palabra consoladora; -velaba el malvado, probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido; -velaba el enfermo, contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; -velaba el jugador sobre el oscuro tapete, viendo desaparecer su oro a cada vuelta de

la baraja; -velaba el poeta, inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; -velaba el centinela, mirando cuidadosamente a todos lados para dar en caso necesario el alerta a sus compañeros dormidos; -velaba la alta deidad en el baile, siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; -velaba la infeliz escarbando en la basura, para buscar en ella algún resto miserable del festín.

Y sin embargo, en medio de este general desvelo, la población aparecía muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y sólo de vez en cuando se interrumpía este monótono silencio por el lejano rumor de algún coche que pasaba, por el aullido de un perro, o por el lúgubre cantar del vigilante, que en prolongada lamentación exclamaba... ¡Las doce en punto, y... sereno!

- III -

El sereno

No se puede negar que la persona de un sereno, considerada poéticamente tiene algo de ideal y romanesco, que no es de despreciar en nuestro prosaico, material y positivo Madrid, tan desnudo de Edad Media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviniendo al sueño de la población, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heroico, que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron, si hubieran vivido entre nosotros. - Dejemos a un lado el mezquino interés que sin duda le mueve a abrazar tan importante misión; no por ser recompensado con otro más alto, deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del país; la del abogado, escudo de la inocencia; la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo; cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus más halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansión, y se arranca a los brazos de su esposa y de sus hijos (que también es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzón, cuelga a la punta el luciente farolillo y sale a las calles ahuyentando con su vista a los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir, rezagadas a la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeúnte a quien asaltó; ya presta su formidable apoyo al bastón de la autoridad para descubrir un garito o proceder a una importante captura. -Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate

que acaba de sostener, o de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su imaginación; presta el atento oído al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, exclamando tranquila y reposadamente: ¡La una menos cuarto, y... sereno!

No sé si he dicho (y si no lo diré ahora) que aquella noche, por un capricho, que algunos calificarán de extravagante, me había propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con más libertad, había creído conveniente aceptar un capotón y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rían mis lectores de esta transformación de mi exterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los días sin extrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele a veces encubrir la inteligencia del alma; ¡y cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz a un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenía por lo menos un objeto noble. -Yo soy un hombre concienzudo y chapado a la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: o que el sereno se hiciese escritor, o que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció más fácil que lo primero.

- IV -

Paseo nocturno

Ya hacía un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminación que despedían las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes, que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose a compás. Varios grupos estacionarios e inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado; y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas, distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes, y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risas y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos, que mataban el tiempo cambiando la calderilla a las sublimes combinaciones de la brisca, o durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y a la puerta, varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando más embelesados estábamos en esta contemplación, un ruido penetrante, que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrían paso de honor a los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó a hacerse sospechoso, por una disonancia sui generis, que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices, acometidas de improviso, nos dieron a conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer a todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salón, y prestarse mutuamente pañuelos y frascillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos a que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; a su voz le imitan igualmente todos los demás funcionarios con sus respectivos instrumentos; y sin hacer alto en la consternación del concurso, ni en la incongruencia de su determinación, se preparan a ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestión.

Los criados corren presurosos a avisar al amo del grave peligro que amenaza; éste, horrorizado, baja la escalera vestido de rigurosa etiqueta, con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena; le suplica que dilate hasta el siguiente día su operación; otras veces le amenaza, le insulta, y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus jefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginación de todos los concurrentes; las damas acuden a buscar sus schales y sombreros; los galanes toman capas y surtous; los lacayos corren a hacer arrimar los coches; el amo pateo, y grita, y ruega a todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos; los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos; y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados a buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fue del todo inútil en tan crítica situación; antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, a reunir las discordes parejas que por efecto de la distracción y aturdimiento, propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, o emprendían un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia.

Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir a un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y a tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar a la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galán más de una vez me dio a todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina a la demás familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. -Trocados el santo y seña, nos reconocimos

todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo, observando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazón. -«Tranquílcese V. (le dije al oído); su esposa de V. es todavía digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los días está la sociedad de vigilante, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mío.» -Dicho esto desaparecimos bruscamente, sin dar lugar a mayores explicaciones con el buen hombre, que no acertaba a volver del pasmo y dar gracias a la sociedad, que por servirle se había escondido bajo el pardo capuchón de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas que gritaban: ¡Favor! ¡ladrones, ladrones! -Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden a la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocúpanse los desfiladeros, y de allí a un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando: «A ése, a ése! ¡al ladrón, al ladrón!» -Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hacia el que corre; éste, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atrás, pero ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos, sufriendo su terrible interrogatorio, y los más terribles reflejos de los faroles, asestados a su semblante, y a cuyo resplandor se revela en él la turbación del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado a dos de los aprehensores para conducirlo al cuerpo de guardia, en tanto que los demás corrían a prestar su auxilio a los vecinos de la casa asaltada. Éstos juraban y sostenían que algún otro malvado se había escurrido hacia los tejados; y así era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias a la ligereza de sus piernas, en contraposición a la gravedad de las de los perseguidores, a no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

«Todas las cosas a ratos

Tienen su remedio cierto:

Para pulgas, el desierto;

Para ratones, los gatos».

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo a nuestro solitario paseo; y aquél, que vio restablecido el silencio, y que era la ocasión oportuna para volver a lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchón, y con brío y majestad lanzó al viento el consabido canto llano: ¡Las dos en punto, y... sereno!

En este mismo instante empezaba a nuestra espalda otra escena, que a juzgar por la cobertura, no podía menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante, que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que expresa rápidamente, y no da lugar a dudas o interpretaciones. Así que luego que oímos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una cerrada, y al escuchar los fúnebres acordes de la Lira de Medellín, luego nos figuramos que se trataba de boda o cosa tal.

Éralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigían aquel agasajo a un honrado tabernero que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez con una calcetera, también viuda, también vieja y también honrada; determinación heroica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve a encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió a proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal y a disipar aquella tormenta, que por los menos tendía a interrumpirle por largo rato. Consiguiólo, en efecto, gracias a su persuasiva autoridad, y luego que vio desamparada la calle, no pudo resistir un movimiento de orgullo, dando a conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó: ¡Las dos y media, y... sereno!

«Gracias, amigo» -dijo a este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde, por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena, que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigían en aquel momento nuestra franca cooperación. Una mujer desgredada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos a la parroquia a pedir la extrema-unción para su hijo... y por el opuesto lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometía, empeñándonos a acompañarle para ir a casa del comadrón a rogarle que viniera a ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividimos tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer a la parroquia, y yo a casa del comadrón con el marido. -Y al volver a encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaría Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirían mal aquí.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso a entrar en ella, no sin excitar mi natural curiosidad. Pero, en fin,

instado por mí, y sin duda conociendo que ya podría ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego conocí la causa misteriosa de aquella reserva. -Érase un apuesto galán embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraído en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba a un balcón, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos a él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose el preocupado galán: «Buenas noches, señorito. -¿Cómo? ¿pues qué hora es? -Las tres y media acaban de dar». -Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcón, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa también.

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginación, sin que bastase a distraerla el sabroso diálogo que poco después entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en brazos de su esposa, y dirigía sus caricias al inmediato guarda-cantón; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y después cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría: -«Ya viene Colás, y el día no puede tardar tampoco.» -¿Y quién era (exclamarán sin duda mis lectores) este anuncio del sol, este héroe matinal, a quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes? -¡Ahí que no es nada!... Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia; el descubridor de ignoradas bellezas; químico analizador de la materia; sustancia que se adhiere a las sustancias de valor; disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado a sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demás hombres consideran por inútiles y arrojados. -Y como la raza canina cuenta también con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley al fin hecha por los hombres!) ha investido al trapero de una autoridad perseguidora hacia aquella clase, no hay que extrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden a su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harían si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departían Alfonso y Colás sus mutuos sentimientos, entre tanto que yo, apoyado en una esquina, saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponía a abandonarla y a despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana extraña llamó rápidamente la atención de Alfonso, que con el

mayor interés interrumpe su diálogo: aplica el oído, cuenta uno, dos, tres, cuatro, cinco golpes: y exclama... ¡Las cuatro menos cuarto, y... fuego en la parroquia de Santa Cruz!

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles a avisar a los obreros, cuáles a reunir a los aguadores de las fuentes; éstos a acompañar las bombas, aquéllos a dar aviso a la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hacia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. -Esta escena era majestuosa e imponente: iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudían a hacer trabajar las máquinas, a extraer las personas y muebles, a cortar el progreso del incendio, ofrecía un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiración por un lado, dirigiendo su benéfico raudal a la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcón; ni quien propusiera apagar el fuego a cañonazos; ni quien derribar una casa inmediata para ponerla a cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del más cumplido elogio. Los serenos, colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas dispersaban a la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas a los infelices, víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin común. Por último, después de un largo rato de inútiles tentativas pudo llegar a cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que, ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse a descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada a los aldeanos que acudían a proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrían ya para ofrecer su alborada a los mozos compradores; los ancianos piadosos seguían el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso a este tiempo hizo alto delante de una modesta habitación, y con mayor alegría que en el resto de la noche exclamó: ¡Las cinco en punto, y...!

-«Ya bajo» -le contestó desde la buhardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguele chuzo y capotón, y restituido a mi forma primera, volví a ser actor en un drama agitado, del que toda la noche había sido sereno e indiferente espectador.

(Noviembre de 1837)

Antes, ahora y después

- I -

La filosófica observación de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciría como por la mano a entrar de lleno en aquella cuestión tantas veces agitada, de la mayor o menor corrupción de los tiempos; y después de bien debatida, sucederíanos lo que de ordinario acontece; esto es, que acaso no sabríamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente y las esperanzas futuras.

Las mujeres, según la observación también exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, así como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye principalmente en la otra, a saber: si las costumbres son únicamente la expresión de las leyes, o si éstas vienen a reproducirse como el reflejo de aquéllas.

Parece, sin embargo, lo más acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin; pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó a formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, también hay otros en que éstos se vieron prevenidos por la atrevida mano del legislador.

De todos modos, no puede negarse que la educación es la base principal que sustenta y modela casi a voluntad el carácter del hombre, y de aquí la importancia de las leyes que la dirijan; también habrá de convenirse en que las mujeres están llamadas por la naturaleza a prestar al hombre los primeros cuidados, a inspirarle sus primeras ideas; y he aquí explicada también naturalmente la otra observación, o sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo así, en cada país, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no a todos es dado el apreciar distintamente

el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos lo escriben, muy pocos son los que aciertan a leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

- II -

La madre

Doña Dorotea Ventosa, de quien ya en otra ocasión tengo hablado a mis lectores, era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III; y si bien esta circunstancia no fuese sabida más que de ella misma, y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoque de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que, como es sabido, tienen la descortés osadía de señalar fechas a todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse a colocar la del nacimiento de nuestra heroína a los setenta y cinco del pasado siglo, mes más o menos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habían aún traducido del francés, vio deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituían por entonces la felicidad de las familias, y el respeto a señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginación con los juegos infantiles. Enseñáronla a leer, lo necesario para hojear el *Desiderio* y *Electo* y las *Soledades* de la vida; y en cuanto a escribir, nunca llegó a hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una mujer.

No bien cumplió doce años, y antes que la razón viniese como suele a perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió a trabajar mil primorosas fruslerías, y a pedir a Dios, en una lengua que no entendía, perdón de unos pecados que no conocía tampoco.

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormía y crecía en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y así que hubo llegado a los diez y ocho años de su edad, fue vuelta a la casa paterna, y desposada de allí a pocos meses con un hombre a quien ella

apenas conocía, pero que tenía la ventaja de colocarla en una brillante posición, y añadir a sus apellidos siete u ocho apellidos más.

Pasó, pues, sin transición gradual, desde el dominio de la hermana superiora, al más positivo del marido superior. -Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran, y tenían más punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Convencidos, no sé si con razón, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad a la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto extremo; y convertían sus casas en fortalezas, sus mujeres en esclavas, y en austera obligación los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, qué sistema tan descortés supone, como si dijéramos, una sociedad incivilizada, una ilustración en mantillas; y todas las jóvenes darán en el interior de su corazón mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo más filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasión del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar más adelante; por ahora habremos de reposar la imaginación en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: - en este punto hay que alabarla la constancia, que en el día podría hacerla pasar por una Penélope; -pero al fin, el primer año pasó, y vino el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano, pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquín; -que entonces las mujeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas.

Observó que a su edad (que tenía ya treinta cumplidos) todavía no sabía bailar el bolero, ni cantar la Tirana, ni había podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabía qué cosa era el arrojar confites a Manolito García; cosas todas muy puestas en razón, y que para servirme de una expresión galo-moderna, hacían furor por aquellos tiempos de gracia. - Advirtió que su casa era siempre su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado a la entrada, y el Rodrigón siempre en acecho a la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo Pródigo y las Bodas de Canaá.

Por algunas expresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir a enredar las casas) llegó a adivinar que extramuros de la suya había alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus lignum crucis, ni sus San Juanitos de cera. -Supo que había teatros y toros, y meriendas y Prado, y abates y devaneos; y como la privación es salsa del apetito, rabió por los abates y por las meriendas, y por el Prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero a todos estos extraños deseos hacía frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad madura, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia a su joven compañera, sin que ésta por su

parte se lo agradeciese, como que sólo veía en ello un exceso de egoísmo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla más halagüeña su existencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente a endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aún la funesta moda que releva a las madres de este sublime deber; vivía con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron a reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos antes que la muerte arrebatase también al papá; y cuando este acontecimiento vino a cambiar la existencia de nuestra heroína, quedó ésta, a los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles, que revelaba a la mamá, en sus lindas facciones, una verdad que apenas había tenido lugar de advertir, esto es, que ella también había sido hermosa.

Las mujeres en general suelen tener dos épocas de agitación y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las dirige, y otra cuando vuelven a recibirlos en la persona de sus hijas. -La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no había tenido ocasión de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedía aprovecharse de la segunda. Y como es una observación generalmente constante que el que ha sido viejo cuando joven, suele querer ser joven cuando llega a viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharía la ocasión de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le había negado un tiempo.

Escudada con el pretexto de la hija (que suele ser en madres verdes el salvo-conducto de su ridícula disipación), halagada por la fortuna con una brillante posición social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa a la sociedad, y se relacionó con las más elegantes de la corte; dio bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas; observó hasta la extravagancia los más extraños preceptos de la moda; y como ésta lo autorizaba y su posición lo permitía también, supo fijar al dorado carro de su triunfo, y disputar a su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabían disimular sus postizos adornos, su incansable e insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntarios caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada día más hondamente en aquella agitada persona; pero ella, tenazmente sorda a sus avisos, disputaba paso a paso al viejo alado la victoria, en términos que, a creerla, tenía el singular privilegio de caminar hacia su origen, porque si un año confesaba cuarenta, al otro no tenía más que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar más.

A la implacable rueca de las Parcas oponía ella las tijeras de la modista y la media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; allí donde anochecía un diente de

amarillento hueso, la industria corría presurosa a colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba a amanecer la blanca cabellera, el arte sabía correr el denso velo de un elegante prendido.

«...¿Quién hay

Que cuente los embelecos,
Los rizos, guedejas, moños
Que están diciendo: Memento,
Calva, que ayer fuiste raso,
Aunque hoy eres terciopelo?»

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado, como aquel en que el inmortal Teseo marchó a libertar a los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por éstos en señal de veneración, reponiendo continuamente las piezas que se rompían, en términos que después de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque había desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veía crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que así se llamaba la niña), y más de una ocasión llegó a disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella había hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla a los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad o como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado a igual reclusión y silencio. Más fácil era hacerla pasar por sobrina o por hermana menor; afectar con ella la mayor familiaridad y renunciar a todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su traje, dejarla correr con sus amigas distinto rumbo y diversas sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparación.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la joven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazón al primer pisaverde que quiso recogerlo, y lo entregó con tal verdad, que haciendo frente a la terrible oposición de la madre (que quiso entonces usar de un derecho a que ella misma había renunciado con su conducta), e impulsada por el primer movimiento de su pasión, imploró la protección de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galán. -Y mientras esto sucedía, la mamá, libre ya absolutamente de toda traba y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta a sus caprichos y disipación, llegando a lograrlo en términos, que sólo fue capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasión de la salida de un baile, para llevarla, aún cubierta de flores a las afueras de la puerta de Fuencarral.

- III -

La hija

Dicho se está lo importante a par que difícil del acierto en la educación de una mujer. - Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la excesiva suspicacia paterna y de la opresión conyugal; pero, antes de decidimos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van a ofrecernos una prueba más de que así es de temer en la mujer el extremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustración y una completa libertad.

Hemos dejado a Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situación nueva, podía tomar su rumbo propio, y reducir a la práctica el resultado de su educación y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serían éstos, si traemos a la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exageraciones que no podría menos de escuchar de su boca contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase a esto el continuo roce con lo más disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones halagüeñas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes, a vuelta de las Veladas de la Quinta y la Pamela Andrews, solían leer la Presidenta de Turbel y la Julia de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado a lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudieron llegar a corromper su corazón hasta el extremo que era de temer; sin embargo, la adulación continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veía celebrado con el título de «amable coquetería»; la irreflexión propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo a veces ofuscarla contra su propio interés; y esta misma veleidad y esta misma irreflexión fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos más convenientes, dio la preferencia al joven que al fin llegó a llamarla su esposa.

Era éste, a decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy a propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Joven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusión de todas las mujeres; cierto que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecía llamado a conquistar entre los demás hombres una elevada posición social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal o en una academia; pero en cambio ¿quién podía disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiración, o cabalgando a la portezuela de un coche sobre un soberbio alazán? Estas circunstancias unidas a su buen decir, sus estudiados transportes y su tierna solicitud, fueron más que suficientes para dominar un corazón infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexión.

Pudo, en fin, Margarita ostentar sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus celosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo,

llamarse con su apellido, y darle de paso a conocer a él mismo la superioridad a que le había elevado, y el respeto y el amor que le exigía en justa retribución.

Las primeras semanas no tuvo, por cierto, motivo alguno de queja de parte de su esposo, antes bien calculando por ellas, no podía menos de prometerse una existencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibía las visitas; ella la que ofrecía la casa; ella la que reñía a los criados; ella la que disponía los bailes; ella la que presentaba al esposo a la concurrencia; ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad, en otro tiempo tan altiva.

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observación, ni la más mínima queja vinieran a turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente a una mujer casada) pudo desde el siguiente día de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas a larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar a sus discursos cierto colorido más expresivo y malicioso; ningún capricho de la moda, ninguna extravagancia del lujo estaban ya vedadas a la que podía titularse señora de su casa; y cuando a vuelta de pocas semanas advirtió, o creyó advertir, los primeros síntomas de su futura maternidad... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el orden, capricho que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, después de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colegio de San Carlos era poco para semejante lance... Pero en fin, la naturaleza, que sabe más que cien doctores, no quiso que éstos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen a estorbarla, salió a luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vio saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre: -«Clavadito al padre, bendígale Dios.»

Al siguiente día se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habían mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrían al muchacho; volviéronse a renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios -pues que el común ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustración. -Bien hubiera querido el papá, a quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al joven infante algún nombre sonoro y de esperanzas, como Escipión o Epaminondas; mas por qué tanto la mamá aborrecía de muerte a griegos y romanos, y estaba más bien por los Ernestos y los Maclovios y otros nombres así, cantábiles, mantecosos y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo e idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir más, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado con el fantástico nombre de Arturo.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo a la sociedad el contrariarlo; así que nuestra joven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada a criar por sí misma a su hijo, y como que sentía una nueva existencia al aplicarle a su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta

deidad altiva, que no sufre contradicción alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró a su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada: -«¿Qué vas a hacer (la dijo), joven deidad, a quien yo me complazco en presentar por modelo a mis numerosos adoradores? ¿Vas a renunciar a tu libre existencia, vas a trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupación material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete también las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la sociedad te promete; ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor, ése que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias?...»

-«No digas más», prorrumpió agitada Margarita, «no digas más»; -y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los más recónditos secretos de su corazón.

Impulsada por este movimiento, tira del cordón de la campanilla, llama a su esposo, el cual sonríe a la propuesta, y conferencia con ella sobre la elección de madre para su hijo. - Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen a ofrecerse para este objeto; el facultativo elige la más sana y robusta; pero la mamá no sirve a medias a la moda, y escoge la más linda y esbelta; al momento truécase su grosero zagalejo en ricos manteos de alepín y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos; y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, retozar con sus paisanos en la Virgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de Carolinas y Rugeros, Amalteas y Pharamundos, con otros nombres así, desenterrados de la Edad Media, que daban a la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecía la casa a los dramas modernos, en que no había unidad de acción; porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relación, que sería de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque, si nos empeñásemos en seguir al papá, le veríamos ya desdeñando la compañía de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar día y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al extranjero, y afectar con su esposa una elegante cortesanía; entrar a visitarla de ceremonia, y rara vez, o saludarla cortésmente en el paseo, o subir a su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas o el color del sombrero; entregada después en manos de su peluquero mientras hojeaba con interés el *Courrier des Salons* o el último cuento filosófico de Balzac; el resto del día lo empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazón, ostentarlos a su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro; y vivir, en fin,

únicamente para el mundo exterior, representando no sin trabajo el difícil papel de dama a la moda.

Fina y delicada es la observación que nuestro buen Jovellanos consiguió en el bellissimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan a muchas mujeres a aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor a la independencia suelen a veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse a los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. -Grande error es en la mujer no tomar en cuenta las apariencias, pues las más veces suele juzgarse por éstas, y como no todos leen en el interior de su corazón, no todos llegan a distinguir la realidad de la ilusión, la consecuencia del vicio, de la que sólo es nacida del imperio de la moda. -Y aunque se me moteje de la manía de estampar citas, no quiero dejar de hacerlo aquí con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que expresan este pensamiento.

«La mujer en opinión
Mucho más pierde que gana
Pues son como la campana,
Que se estiman por el son».

- IV -

Los nietos

Margarita tenía, como queda dicho, un corazón excelente, amaba a su marido y a sus hijos, y más de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañoso; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulación por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y a pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de difícil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que más pudiéramos apellidar vasallaje de la moda, había apartado de su lado a los dos únicos niños que le quedaban, Arturo y Carolina, colocándoles en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos, cuando por acaso solían verla, la miraban con la extrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aquí su desconsuelo; el esposo, que hasta allí había dado libre rienda a sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó a apasionarse verdaderamente de otra mujer, y a hacer sentir a la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el extremo contrario, o sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, o fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vio renovarse en su corazón el que le inspiraba su esposo. Éste, por su parte, para librarse de sus importunidades, la echó en cara su disipación y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante; y, en fin, no pudiéndose resignar a esta continua reconvención, huyó del lado de su esposa, dejándola abandonada a su desesperación y a sus remordimientos.

Quedola, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero éstos apenas la conocían ni la debían nada, y por consecuencia no la tenían amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil variar sus primeras inclinaciones, darles a conocer sus más sólidas ideas.

Arturo era ya un muchacho fatuo y presumido, charlatán y pendenciero, que saludaba en francés, cantaba en italiano y escribía a la inglesa; que hablaba de tú a su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huía de los muchachos, y los hombres huían de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad.

Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por extremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormía los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un ratón, y aplaudía en los dramas la escena del veneno y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponía colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con expresión «il tenero ogetto» y el «morir per te».

Margarita vio entonces de lleno todo el horror de su situación, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vio en Arturo una fiel continuación de la imprudencia de su esposo; vio en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vio ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba a sus hijos; y no pudiendo resistir a esta terrible idea, sucumbió de allí a poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad, empero, recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como había modelado a la abuela y a la madre, modeló también a los nietos, y éstos servirán de fiel continuación de aquel drama, y no hay que dudar, lo que fue antes, y lo que es ahora, eso mismo será después.

(Diciembre de 1837)

Requiebros de Lavapiés
SERENATA

-Asoma, estrella del barrio,
A esa ventana rasgada,
Y oirás cómo un manolo
Sabe expresarse cuando ama.

Verás con tus negros ojos,
Oirás con tus orejizas,
Olerás con tus narices
Y tentarás con tus palmas

Cómo mi rostro se arruga,
Cómo mi lengua se traba,

Cómo mi cuerpo padece,
Cómo se agita mi alma,

Cuando con aire de taco
Pones los brazos en jarras,
Cuando cruzas la mantilla
O echas un voto de marca.

¡Oh, bien haya el que a su lado
Te tenga un rato sentada;
Quien te cogiere una liga
O te rascare la caspa!

¿Por qué, dime, infiel manola,
Por qué, dime, fiera Paca,
Te huelgas con mis suspiros
Y te ríes de mis ansias?

¿Es acaso por el chirlo
Que me divide la cara,
Por lo poco que cojeo
O porque un ojo me falta?

Advierte que estas señales
Pruebas son de mis hazañas,
Que ha cantado en estos barrios
La trompeta de la fama.

¿No soy yo aquel temerón
Cuya historia se relata
De El Campillo de Manuela
Hasta la costa africana?

¿No soy aquel cuyas glorias
En nobles versos ensalzan
Todos los ciegos al son
De destemplada guitarra?

¿No soy aquel que los hombres
Supo humillar a sus plantas,
Dispensando a las mujeres
Mi protección soberana?

¡Cuántas me hicieron favor!
¡Cuántas me dieron las gracias,
Y aumentaron mis trofeos
Con el brillo de su fama!

Mas... ¿qué digo? tú también,
Ora tan fiera y tirana,
Hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
En que dijiste me amabas.

Y aquel tiempo ya pasó...
Mas ¿por qué ha pasado, ingrata?
¿Qué causas te pude dar
Para tan fiera mudanza?

Culpa de un garrote fue;
Mas ¿qué son, prenda adorada,
Entre dos que bien se quieren,
Tres palizas por semana?

Fantasías juveniles,
Celos propios de quien ama,
Mi osada mano impelieron
Contra tus blancas espaldas.

Ya la razón me templó;
Ya no soy celoso, Paca;
Ya la mano que pecó
Quiere reparar sus faltas.

Seis años de esposa dura
La hacen desear la blanda;
Hierros borraron sus yerros
Y amansaron su pujanza.

Heme que ya arrepentido
Torno a humillarme a tus plantas
En demanda de aquel sí
Que el amante pecho aguarda.

Tus gracias y mi valor
Formen de hoy más alianza,
Y naveguemos unidos
Del mundo en la frágil barca.

Mis facultades son pocas,
Mas ya te dice la fama.
Que serán las que quisiere,
Poniéndome donde lo haya.

Lo que mi mano conquiste,

Lo que conquisten tus gracias,
Disiparase en meriendas,
Toros, calesas y zambras.

Con lo cual, y mi respeto,
Verás que todos te aclaman
Por reina del Lavapiés
Y por diosa de las gracias.

Yo en tanto al pie de tu altar,
Sin escuchar sus plegarias,
Me haré cargo del tributo
Que brinde amor a tus plantas.

Tú, dueña de tu albedrío
De la noche a la mañana,
Modelarás tus acciones
Como quieras modelarlas.

Yo llevaré la razón
De las salidas y entradas,
Y jamás, te lo prometo,
Querré terciar con mi baza.

Antes bien tendré por dicha
Si tras de aquellas andanzas
Te acuerdas que solitario
Te espera tu esposo en casa,

Y vuelves a su cariño
Después de matar cien almas
Desde la Red de San Luis
A la Plaza de Santa Ana.

O si no quieres casarte,
Abre esa puerta, tirana,
Y hazme tan sólo un favor,
Que no quedarás burlada;

Porque aquí con estos trapos
Y debajo de esta capa
Todavía queda un duro
Para premiar tanta gracia. -

Esto decía el Zurdillo
A la puerta de la Paca;
Pero era hablar a los vientos,

Porque ella no estaba en casa.

Una noche de vela

- I -

El enfermo

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salón, saboreando las dulzuras del Carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos o los más de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversación con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminación, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven a juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazón de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginación, no haya hecho alto en la exterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatación de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmón; y que tan sólo ocupado en sostener una blanca mano para subir a un coche, o en aguardar el turno para reclamar su capa en un frío callejón, apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y malestar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta a su casa, sienta unos amables escalofríos, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienas, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas lo permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que está malo, y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte constipación; que se mete en la cama, donde lo coge un involuntario y frío temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que, merced a un vaso de limonada o un benéfico sudor, bien podrá estar a la noche en disposición de repetir la escena anterior. Supongo, por último, que esta esperanza se desvanece, pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes a devolverle la perdida salud; con lo cual, y sintiéndose de más en más agravado, hace llamar a su médico, quien, después de echarlo un razonable sermón por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brebajes purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realizado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono

nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la panacea universal para todos los males conocidos.

Pues bien; después de supuesto todo esto, quiero que ahora supongan mis lectores, que el sujeto a quien acontecía aquel desmán era el condesito del Tremedal, sujeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginación y una cierta fama de superioridad, debida a las conquistas amorosas a que había dado fin y cabo en su majestuosa carrera social. Cualidades eran éstas muy envidiables y envidiadas, pero que para el paso actual no lo servían de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni más ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba, sin embargo, alguna diferencia en la situación exterior de nuestro Conde, si bien su naturaleza interior revelaba en aquel movimiento su completa semejanza con los seres a quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido más o menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, joven hermosa y elegante de veinticuatro abriles, que si no recordaba a Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac.

Luego venía en la serie de sus veladores un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice de las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salón, en las cabalgatas; depósito de las mutuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito o el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase a la vista una hermana solterona del Conde, que según nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada a vegetar modestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, e igual a su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase a esta injusticia de la ley la otra injusticia con que la naturaleza la había negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posición de esta indefinida virgen, con treinta y dos años de expectativa y donde además de un gran talento, y que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundón. En compensación, empero, de tantos desmanes, todavía podía alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algún día ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. -Una tía vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la Real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradición de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega. -Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor Conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones más allegadas a su persona. -Varias amigas de la Condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas do coquetería. -Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigie de una cuenta de quebrados, con su peluca rubia, color de oro, su pantalón estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera, su nudo de dos vueltas en la corbata, el puño del bastón en forma de llave, los zapatos con hebilla de resorte, un candado por sellos en el reloj, y éste

sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga a sus ideas, que venía a ser una verdadera formulación de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento componíanle tal cual elegante doncel que aparecía de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba a tiempo de proponer un remedio milagroso, o verter una botella de tisana, o destapar distraída un vaso de sanguijuelas; el todo amerizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demás del caso.

¡Ah! se me había, olvidado; allá en lo más escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veía un hombre serio, triste y meditabundo, que apenas parecía tomar parte en la acción, y, sin embargo moderaba, su impulso; el cual hombre, según lo que pudo ayer averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, a quien el padre del Conde dejó encomendado éste al morir; que le quería entrañablemente; pero que más de una vez llegó a serle enojoso con sus consejos; francos y desinteresados; pero en aquella ocasión el pobre enfermo se hallaba naturalmente más inclinado a él, y no una vez sola, después de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba a fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondía a su mirada con otra mirada, y ambas venían a formar un diálogo entero.

- II -

Junta de médicos

Era, según los cómputos facultativos, el sétimo día, digo mal, la sétima noche de la enfermedad del Conde. Su gravedad progresiva había crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa había ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba a cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no a otra cosa, viniesen a atestiguar que el enfermo se había muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso una junta para aquella noche, indicación que fue admitida con aplauso de todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron a complacerle.

Designada por el más antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunión, viéronse aparecer a la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un birlocho y un bombé, un cabriolé y un tilbury; ramificaciones todas de la antigua familia de las calesas, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correntón.

Del primero (en el orden de antigüedad) de aquellos cuatro equipajes, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aún fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, a despecho de los años y del estudio; barriga en prensa, y sin embargo fiera; traje simbólico y anacrónico, representante fiel de las tradiciones del siglo diez y ocho; bastón de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquín.

Seguía el del bombé; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexión; ni muy calva ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectación y sin descuido; sin sortija ni bastón, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El cabriolé (que por cierto era alquilado), produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos e interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, e inclinado hacia el pescuezo el lazo del corbatín. Éste tal no llevaba guantes, para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente bastón, con el cual aguijaba al caballo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo a la casa, saltó de un brinco a la calle, y subió tres a tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el tilbury, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, el médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse a ella, afectando un si es no es de gravedad científica y de profunda reflexión que no decía bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado, daba luego a conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Después del reconocimiento y de las preguntas de estilo, a que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de La Habana; cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural, a pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decía traer. Allí era el oír asegurar a uno que a la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas a las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche había estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetía el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cuál otro metía prisa a los demás por tener, según decía, que contestar a cuatro consultas por el correo.

Después de compadecerse mutuamente, entraron luego a compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aquí vino a rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morían. A propósito de esto, tomó la palabra el rostri-seco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del

ejército, a que contestaron los demás con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelación.

Después de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron a disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie.

Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonífico método de Juan Brown; a lo que contestó el serio con toda una exposición del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de Broussais. -Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la Medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que sólo empíricamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba a alguno, parecía mejor que ningún otro el de Mr. Le-Roy, por lo heroico y resolutivo de su procedimiento. -Una ligera sonrisa de desdén que se asomó a los labios del físico elegante, bastó para dar a conocer la superioridad en que se colocaba a sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, exponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento a que él como joven se hallaba naturalmente inclinado; esto es, la medicina homeopática del doctor Hahnemann.

Aquí soltó el vicio una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de curar las enfermedades con sus semejantes, preguntándole si como decía Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces, que irritaron la bilis del homeopático, y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, según dijo, deshonraban la noble ciencia de Esculapio; a lo cual el brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono a la desentonada conversación.

En esto, uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mención), tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir a aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habían acordado a buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolución formal de aquella cuádruple alianza. -Los doctores quedaron como embarazados a tan exótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciese saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morir, porque ellos a la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacían, formaban sinceros votos por su alivio, y sentían hacia su persona las más fuertes simpatías. -Con lo cual el interpelante volvió a retirarse a comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarando el punto suficientemente discutido, respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, a proponer la curación; y fiel cada cual a sus respectivos métodos, indicaron, el brownista, un tonífico récipe de treinta y dos ingredientes entre sólidos y

líquidos; pero con la condición de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusión, y que se había de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar. -El alumno de Broussais sostuvo que a beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortaría el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo, no había inconveniente en administrarle de vez en cuando algún sorbo de agua engomada, o un azucarillo. -El homeopático puso a discusión la aplicación de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habían visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg Strelitz. - El empírico, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese a paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomitoni-purgui-velocífero de Le-Roy.

Dejo pensar a mis lectores la impresión que semejantes propuestas harían respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera había seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; con que, después de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente, que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental a aquel señor feo de cara, de que queda hablado; y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigía la curación, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de a ocho, y marcharon contentos a continuar sus graves ocupaciones.

- III -

El testamento

Aquella noche, como la más decisiva e importante, se brindaron a quedarse a velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecho mención al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por jefe de la vela al severo anónimo, pudo éste dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. - Hízose, pues, cargo del improvisado botiquín, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dio cuerda al reloj para consultarle a cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tía, por su parte, envió a su lacayo por la escofieta y el mantón, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditación, encuadrado por Alegría. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer a la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto a un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de écarté. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba a las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba provisto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabía por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella

armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja, rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios a la boca del enfermo; el mayordomo recibía de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacía tomar al paciente; uno revolvía a éste en su lecho; otro ahuecaba las almohadas y extendía los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corría de aquí para allí para que nada faltase a punto.

Entre tanto, en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer a las señoras; aplicaba bálsamos confortantes a las sienes de la condesita, sostenía los almohadones, y de paso, la cabeza que en ellos se apoyaba; y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso, tenía entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormían en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren a la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido e inerte; los circunstantes prorrumpen en diversas exclamaciones. -«¡El médico, llamar al médico!» -«¡El confesor! -¡El escribano!»

Cuál saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude diligente, con una estopa encendida para aplicársela alas sienes; éste le frota los pulsos con agua balsámica de la Meca y espuma de Venus, que encuentra en el tocador de la señora; aquél va a la cocina por vinagre, y viene diligente a rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan: -«¡Pobrecito! -¡Se ha muerto!» -Los hombres imponen silencio a voces -La vieja reza en alto un latín que no le entendiera el mismo San Jerónimo -La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atención se dividen entonces; los unos abandonan al Conde; los otros corren a la Condesa; los agudos chillidos de ésta despiertan, en fin, a aquél de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y empiezan a contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla a un cadáver.

Allá en el fondo, y detrás de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro había sido introducido con precaución en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, después de haber dicho dos palabras al oído de la señora, y hecho tres profundas cortesías a la hermana del Conde.

Algún tanto despejado ya éste, no sé bien si por prudencia o por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, a excepción del jefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

-Aquí tiene usía, señor Conde, a nuestro honrado secretario el señor don Gestas de Uñate, que viene a informarse de la salud de usía, y de paso a saber si a usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

-¡Ay Dios! (exclamó el Conde). ¡El escribano! me muero sin remedio.

-¿Quién dice tal cosa, señor Conde? (interrumpió el escribano), yo sólo vengo a ley de buen servidor de usía, a ponerme a sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque, al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...-

El severo velador del Conde había guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que había asaltado al Conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que éste se hallaba, acaso aquel paso tenía más de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al Conde a someterse a aquel terrible deber.

No tardó éste en ceder a los consejos de la amistad y a lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignación, dio orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaría un pliego cerrado que contenía su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaría después. -«Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta después de mi muerte; este amigo, (dirigiéndose el incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo».

- IV -

La sucesión

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo a la hermana del Conde, habían también hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardín. Los amables interlocutores que en él se reunían, arrancados a sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban a creer de veras su posibilidad, y a calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya a manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico, los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla a sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hacia el nuevo peligro, hacia la nuevamente acometida; y a pesar de que los visajes de su feo rostro, fuertemente contraído en todas direcciones, pusieran espanto al hombre más audaz y denodado, y por más que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase ésta sola por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban a reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡Oh leyes! ¡Oh costumbres!...

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo joven militar favorito de la Condesa que poco antes no parecía existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba a sostener a ésta, a consolarla, y yacía arrodillado a sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperación de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda a esta súbita

expresión de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis a su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inexplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro a otro suspiro, y abandonó sus manos a los labios del joven triunfador; éste entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, pascó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desdén; pero al llegar a fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre. -El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Éste, procurando contener su conmoción, manifiesta a los circunstantes que su amigo el Conde había dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoración vuelve a cambiar... El conde declara en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias excursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedía perdón a su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y dirección de su legítimo heredero; en cuanto a su hermana, la dejaba pasar tranquilamente a ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal, que ya empezaba a iluminar aquella estancia, vino a poner en manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon a la Condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesión, y a proponerla varios planes halagüeños; pero el severo velador valiéndose de una persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que podía aconsejarla, y era que se retirase a descansar. Hízolo así, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. -Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó a un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «Una noche de vela», y al final de ella estampó esta firma,

«EL CURIOSO PARLANTE».

Las sillas del Prado

En risueño ademan y galante apostura, sujetada la lira, en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo

Apolo en el término medio del Prado matritense, dominando a las cuatro estaciones del año, que yacían acurrucadas a sus pies.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, había relevado al dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aún por algunas horas de este cuidado; que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar a los demás, mientras cierran los ojos a la luz.

Es fama, en el Olimpo, que estas horas de reposo, en que el Dios de los membrillos cede a su hermana la alta misión de propagar las luces, las tenía consagradas de tiempo inmemorial a tomar las cuentas de cargo, y data a las señoras Musas allá en el Parnaso, y a despachar el correo, expidiendo desde aquel comité central sendas remesas de inspiraciones a todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen príncipes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro; ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de páramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado, que apenas lo bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solíale acontecer a veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligación matutina, hasta que ya muy corridas las horas, se levantaba todo atortolado y corría a los pies del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesía había de acabar por dejarle a buenas noches.

Hoy día, bendito Dios, es otra cosa; pues, o sea que el Numen Delfico se halle desengañado de la inutilidad de semejante trajín, o sea (y ésta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido a levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose éstas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y a poca costa, v. gr., en los cafés o bu los cementerios; cosas todas más fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, a riesgo de rasgarse el corbatín, o de ensuciarse los guantes. Con esto el dios indefinido ha venido a quedar tan holgachón y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado a pasear su reluciente carro por el Olimpo, y a presidir (con superior permiso) las prosaicas aventuras de nuestro Prado matritense.

Queda dicho, arriba que era una de estas noches de agosto, en que, después de haberse divertido el buen señor en tostarnos las molleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la casta diva, que, con más galantería y benevolencia, dejaba escapar una luz templada, y daba a los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, senza nube e senza vel.

Llegado era el momento en que todos los heroicos ciudadanos se habían, en uso de su soberanía, retirado a dormir, y reinaba por todo el Prado el más profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural e inusitado pareció dar vida y movimiento a aquel solitario recinto; y no era otra cosa sino que el dios Timbreo,

viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, había tenido la tentación de pasear los dedos por las cuerdas de su lira; con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los arboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creería que éstos no eran más que preludios para empezar a cantar; -pero ¿qué filarmónico ni qué poeta han visto VV. que guste de cantar sin auditorio? -S. M. Delfica tampoco era indiferente a una comisión de aplausos, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara para encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos a la sazón muy ocupados, cuáles buscando ideas en un bol de ponche, cuáles escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el Ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea, que le pareció muy feliz; y fue, que pues los seres animados rechazaban su inspiración, debía acudir a dispensarla a los inanimados; y usando, como si dijéramos, de una licencia poética, inspirar a las sillas, que le estaban mirando sin decir «esta boca es mía».

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilón de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz, -«¡Eh... señoras sillas! ¡ah de casa!... (las dijo) Apolo os llama y os pide conversación; vengan aquí todas, y entreténganme un rato, que ya me canso de tanta holganza, y tomen y reciban ese cacho de inspiración, que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase a poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes, y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo». -Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del dios, dejaron entender un bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, o una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que, viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al montón, y dijo, no sin muestras de enojo mal reprimido: -¡Ah, señoras alcornos! ¿Será cosa de hablar todos a un tiempo y sin que nos lleguemos entender? ¿O habrán VV. de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido a bien concederles? Pues por vida de mi padre, que si me enojo, suspendo del todo esta garantía, y las dejo tan mudas como antes. -Pero, vamos a cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner orden y instruyéndolas en las prácticas parlamentarias, que veo que no les son familiares. Por de pronto, salga aquí la más vieja, y cuide de hacerme una relación clara y sucinta, sin ambages ni rodeos, entre tanto que las demás pueden irse formando en comisiones, y cuidado con las intrigas y con los tiquis-miquis, que no estoy, juro a Brios, con intención de perder el tiempo.

Dicho estoy se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose todas unas a otras, como que ninguna quería ser la más vieja, hasta que, convicta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antidiluviana, agarrola Apolo por las greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro, volvió a encaramarse en el pilón de la fuente y la intimó con entereza que empezase su narración.

-Yo, señor Apolo (dijo la silla, un tanto medrosica y mohína), soy natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 95 al 96; fui destinada en mi tierna edad a autorizar con mi presencia la portería de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona del demandadero, que me bautizó con el nombre de la Carraca, a causa de cierta analogía que pretendía encontrar entre mis suspiros y el desapacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Más entrada en años, y reconocida mi injusta colocación, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latín, en donde mi posesión era para los muchachos el último término de la felicidad; hasta que, elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó, como quien nada dice, al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo, el que regía perpetuamente los destinos municipales de esta capital (todavía no heroica) quiso introducir en ella una mejora, que la proximidad del siglo XIX hacía ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera a la corte, para servir de modelo a la organización de los móviles asientos con que pensaba sorprender a los madrileños en la famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine, pues, a Madrid, y todos los ingenios silletteros de la corte se apresuraron a copiar mi estampa, en términos que me vi reproducida en sus manos, ni más ni menos que si fuera edición estereotípica, pasando con mis compañeras a autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar. -Entrado ya el siglo actual, y más civilizadas las costumbres, creyose oportuna nuestra presencia en el Prado, y ya en posesión de este mi último destino, asistí a coronaciones y entradas regias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fui una de las víctimas del Dos de Mayo; escuché amores; vi aparecer y desaparecer grandezas; serví a conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas, y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento, tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. -Únicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario cuando, calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años; que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuídole con el alquiler de ocho maravedís, he venido a producirle 68432 maravedís, o sean 2140 reales y 24 maravedís; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital.

Aquí calló la silla, interrumpida por un expresivo signo de desagrado del dios bermejo, a quien no parecía complacer tan prosaica narración. Con que, después de una breve pausa, severa encarando la faz a la preopinante, -Siempre fue de viejos charlatanes (exclamó) el aprovechar la ocasión de un tantico de auditorio para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las más veces no interesan sino a ellos solos.

Y si no, dígame la máquina deslenguada: ¿qué tenemos acá con sus 1 miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona; encomios que a nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécela, pues, que aquí venimos para escuchar relaciones de méritos y profesiones de fe como las que ahora se estilan? ¿O cree acaso que somos ministros u opinión pública, y que tenemos ahí a mano una

intendencia de rentas o cuatro cargas de aura popular? ¡Ay, señora vieja, señora vieja! ¡Y qué porro debió de ser el primero que enseñó a hablar a las cotorras, y cuánto más lo parece aquel que tiene paciencia para escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el dios canicular, dando una patada en el suelo), alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y calleemos, que peor es menearlo. Sirva sólo esta alocución de advertencia piadosa, y ojo al margen, para que las demás post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hay nada que dar, como no sean coplas, y ya me ven a mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi madre me parió. - Y ora tome la palabra la más discreta, ya sea joven o vieja (supuesto que vemos que la tontuna también crece con los años), y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será difícil, puesto que no haga otra cosa que relatar sencillamente lo que cada día oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo; que cada cual tiene su alma en su armario para poner notas y sacar consecuencias.

Y vuelta otra vez al clamoreo y a los dimes y diretes, como que todas querían tomar la palabra por más discretas, hasta que en fin lo consiguieron las más atrevidas, y las otras tomaron a bien callar y rabiarse. -Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber más que orejas para escucharlas; razón por la cual hubo de dar la palabra el señor Apolo a la más cercana, la Desvencijada, sin perjuicio de que fuesen después intercalando sus relaciones, hasta donde alcanzase la paciencia, las otras oradoras: Temblorosa, Andamios, La Descosida, Tronera, Muletas, Columpio, Tres pies, Escotillón, Monserrate, y otras varias, hasta unas cinco docenas, poco más o menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes.

-Paréceme (dijo Desvencijada) que la voluntad del señor Apolo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros sucesos contemporáneos, de aquellos que puedan hacerle formar una idea de algunas de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen a reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, o los movimientos del péndulo en la muestra del reloj.

-Así es, dijo Apolo entre grave y risueño, y únicamente la advierto, hermana, que deje a un lado las comparaciones y metáforas, que, sobre ser de gusto añejo, corren el evidente riesgo de hacernos dormir.

-Pues entonces -replicó la silla-, procederé sin más introito a narrar a vuesa merced, señor Apolo, una conversación que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado a conocer una porción no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo nuestra, porque las sillas también formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y señor Neptuno, cuando vinieron a ocuparnos cuatro

apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venían a incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero, por más que hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar qué gentes eran aquéllas, tan populares, tan decisivas, tan espontáneas.

Aplicábamos, pues, nuestra atención a sacar el ovillo de su profesión por el hilo de sus palabras; y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndolos hablar de colores y matices; otras encarecían sus artículos de fondo, y al instante los calificábamos de almacenistas de la Plaza o drogueros de Santa Cruz; discurrían a veces sobre la manera de propagar las luces, tomábamoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se decían órganos de no sé qué coro; ora se daban el título de opinión pública y de juicio del país; y en medio de tantas confusiones, nosotras, sin acertar ni qué juicio, ni qué luces, ni qué fondo, ni qué colores, ni qué órganos, ni qué palabrotas eran aquéllas, hasta que quiso Dios que acertase a pasar un quídam, el cual vino como llovido a resolver nuestras dudas, saludándoles sombrero en mano con estas palabras: -«Salud, señores periodistas».

-¡Voto a...! (exclamó Apolo saltando espeluznado como un gato sobre el borde del pilón), ¡ah, hi de puerca, tú y la madre que te parió, y qué gentes me traes a la rueda! ¡Aquellos por quienes yo padezco y sufro confinación y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del francés! Hablárásle a Apolo de herejes judaizantes, o de moriscos recién convertidos, de caribes antropófagos, o de negros bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas políticos sobre todo, tentación es del demonio y que no se puede sufrir. Mas, pues carezco de otro medio de comunicación con esas gentes, gustoso habré de disimular mi encono, aprovechando la ocasión que se me presenta de informarme de su condición y travesura; y así, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que, cuando no de gusto, podrá servir a mi délfica persona de interés y aprovechamiento.

-Tuvímosle, y no poco, yo y mis compañeras (volvió a replicar la silla) con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel cónclave, pues siendo, como a cada paso repetían, la expresión formulada de la pública opinión, poníannos en el caso de conocer a poca costa el estado de ella. -¡Pero, ay, señor Apolo, y qué chasco tan estupendo nos llevamos! ¡y cómo no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el lenguaje convencional en que fue sostenido aquel diálogo! lenguaje tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta que vuesa merced pueda interpretarle tampoco, si no ha por ahí a la mano un diccionario de esta moderna greguería.

Porque ellos, a lo que pudimos entender, se clasificaban en varios bandos -(comuniones, como dicen ahora, y compadrazgos, como decíamos antes) -apellidándose los unos conservadores, y los otros progresistas; cuáles retrógrados, y cuáles estacionarios; de los unos era la divisa la soberanía de la inteligencia; de los otros el instinto gubernamental; aquéllos estaban por la aplicación práctica; éstos por las sublimes teorías; los de allá se decían maestros de la vieja escuela; los de más acá se proclamaban los nuncios de la futura

España. -Una vuesa merced aquellas exóticas calificaciones con las indefinibles palabras de oposición y resistencia; el poder y las masas; la interpelación y el voto de confianza; la orden del día y el bill de indemnité; las colisiones y pronunciamientos; fusiones y pasteles; derechos y garantías; disuelva luego todos estos furibundos vocablos en una acción más que medianamente enérgica y apasionada; descubra a vuelta de cada frase sendas pullas más o menos al alma contra la opinión contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los órganos del país; que el diablo me lleve si al país no le sucede lo que a nosotras en cuanto a entenderlos. -Ya veo con dolor -repuso Apolo-, que aún me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan a poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él a una dirección o a un ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con sólo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razón de tanto desvío hacia mi persona y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya, en fin, advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las Musas y marcharme por ese mundo adelante, proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que así caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga.

Y diciendo esto el afligido dios, levántose resueltamente, haciendo ademán de arrojar el instrumento en el pilón de la fuente; viendo lo cual, muchas de las circunstantes se abalanzaron a contenerle, y una más atrevida, que no sin harto trabajo había callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó:

-Alto allá, señor Apolo; no hay que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fe y palabra, que aún existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes a poblar todos los hospitales del mundo. No, sino éntrese cualquiera mañana por esa Universidad adelante, y a poco que se revuelva, tropezará con dos o tres centenares de vates desde los quince a los veinte de la edad; entre la palmeta y el barbero, vamos al decir; -ingenios precoces y prematuros, que así mascan y comentan el Fuero Juzgo como entonan una jaculatoria a la eternidad; ora sustentan un argumento a priori, ora dirigen a su querida un tratado de Teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mujeres, aéreas, vaporosas, sulfúricas; y por el día corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavía no han saludado más que el salón de Oriente, y ya escriben dramas en que aspiran a pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced luego por esas oficinas, y a las pocas mesas tropezará con papelotes borrajeados, llenos de rengloncitos desiguales, que al pronto tornará por informes o extractos; pues también son coplas, más o menos malas, que de todo hay; y el diablo me lleve si no topase con algunos de estos expedientes en variedad de metros, en que venga a decirse poco más o menos, v. gr.: -«Excelentísimo señor: -El Excelentísimo señor Secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente: -Excelentísimo señor: -Al Excelentísimo señor Presidente de... digo con esta fecha lo que copio. -Excelentísimo señor.

¿Qué es el no amar? Rodar en la agonía
Sin ensueños, sin gloria, sin temor,
Igualar con la noche al claro día,
Y dormir en fatídico estupor...
Excelentísimo señor. ->

Pues si aún no está satisfecho, señor Apolo, dese luego una vuelta por los cafés, que son como si dijéramos los estanquillos del Parnaso (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo), donde a cualquiera mesa que se acerque, está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de éstas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último, nos ocupan a mí y a mis compañeras todas las tardes dos o tres horas, y por la miseria de los ocho maravedís de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas a grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que más quisiéramos sufrir la relación de las batallas de un militar pretendiente, y recién llegado del ejército, o las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un día de revista, o el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela.

-Cada cosa que os escucho -dijo Apolo-, me da más en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado a concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me habláis de una prodigiosa abundancia, de una generación entera de sabios y poetas; y yo, Apolo, el dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir que conozco de vista a media docena; me contáis sus triunfos, y yo no he asistido a sus triunfos, ni siquiera de política convidado. Me encomiáis sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer, por mucho que me mato a recorrer esas librerías. -Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sabios, o yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, o yo soy hebreo?

-Eso consiste -replicó la silla-, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio; libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningún evangelio. Además, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar a una generación educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, a los gritos de la plaza pública y a la violenta agitación de las revoluciones políticas. No, sino vénganos usted ahora con sus dulces caramillos y con sus Melampos y sus Melibeos, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su cayado, cuando el que más y el que menos anda por esas calles hecho un Bernardotte, y sabe muy bien manejar el fusil, o sublevar a un pueblo desde la tribuna, o derribar a un ministerio desde la redacción de su periódico.

-Calle, calle la maldecida -replicó impaciente el dios-; y no hablemos más en esto, o si no la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es o no de algodón cardado. ¡Habrased visto desvergüenza mayor! ¡Porque me ven solo y sin corte, como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subírseme a las barbas! Pero ¡ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del día.

-Vaya, vaya, señor ex-numen, no hay que llorar ni sonarse tan a menudo (saltó en este momento Temblorosa, otra de las oradoras inscriptas); déjelo con mil diablos, que no hay mal que por bien no venga; y si no inspira ya a los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario; si le han mandado borrar hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra a un almacén de quincalla en la calle de la Montera; si no hace bailar a las Musas en el Pindo, como de esas bordadoras bailan alegres, bajo su tutela, en la puerta de Bilbao o en los jardines de Chamberí. Con que, no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda, aunque sea de mancebo en una tienda, o de pasante del colegio Hamiltoniano; que día vendrá en que pare la nube, y en que se cansen las gentes de espectros y calaveras, volviendo a entusiasmarse con la mariposilla incauta y el arroyuelo murmurador, que es cosa buena y con que no se ofende a Dios.

Entre tanto, para que no vaya vuesa merced a pasar por un mal criado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quíérole dar yo un repaso del de la buena sociedad; que aquí donde nos ve, no hay nadie que tenga más roce de gentes, ni que encuentre, por lo tanto, mejor ocasión de aprender el moderno vocabulario.

-Eso me toca a mí de derecho (exclamó Columpios), que soy la más joven, y como tal, susceptible de la inoculación intelectual de las novísimas doctrinas sociales.

-Yo (saltó a este punto Monserrate), por más aseada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y...

-Nada de eso pega ya (replicó Tronera), que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres; con que, yo...

-¿Y me he de estar yo callando (interrumpió Trespies), yo, que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en solfa?

-Pido la palabra.

-Pues yo la tomo.

-Pues yo la agarro.

-Pues yo no la suelto.

-Pues yo...

-Pues tú...

-Pues sí...

-Pues no...

Y aquello se convirtió, como si dijéramos, en un verdadero parlamento en día de interpelación. - Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncacas, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado a los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura, que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas sólo la memoria; y luego permitir que todas hablasen a un tiempo y sin oír a las demás, y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habían escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto a la sazón a poblar de paseantes; en fin, una barbaridad tan discordante e inconexa como la siguiente:

-«¡Jesús, qué calor!... -Diez y ocho años y soltera».

-«¿Qué dice V. de la guerra? -Este correo trae más vuelo el figurín».

-«¡Ay mamá! es preciso ensanchar este sombrero. -El de mi marido también».

-«¿Y no le parece a V. una injusticia que... -Dicen que era sobrino de S. E.».

-«Es excelente autor. -Discípulo de Belluci».

Y aquella noche le cerró la puerta. -Porque no estaba en voz y...»

-«Hoy lo he leído en el Correo Nacional. -¿De qué color es esa tela?»

-«Mira a la Fulana con sus niños y su marido... -Es el editor responsable. -Como no sabe firmar...»

-«¿Te subes a la otra vuelta? -Después de cenar. -Anoche estuvimos en Francia...»

-«Le han hecho intendente. -¿Y de qué sirven los libros...? -Porque en tiempo de revueltas políticas... Pierde el pan y pierde el perro».

-«¿Y de cuántos meses estaba? -Era una ligera interpelación».

-«¿Con que, se ha cansado de él? -Era una vida muy circular».

-«Y el vestido es precioso. -Con prima a sesenta días a voluntad del comprador».

-«Dicen que el Ministerio hace dimisión. -¿Damos otra vuelta?»

-Basta, basta, canalla infernal (dijo enfurecido el dios, apresurándose a. trepar a su sitio acostumbrado); basta ya con vuestra diabólica gritería (que cuento que aunque me suba al

Olimpo no he de desechar tan pronto la pesadilla). ¡Cáscaras, y qué noche me han dado las perras, y qué amargas verdades me han encajado, que quieras que no! -Ea, bien; tiempo es de callar, que ya estoy viendo a la señora Diana, que me hace señas de que vaya a relevarla porque se quiere ir a dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere la gana de echarla a perros, se les avisará a domicilio, y veremos si entonces me ponen en limpio este borrador.

Y todas las sillas marcharon a sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó, al amanecer, el Prado -después de haber dormido toda la noche en un banco- ya se las encontró a todas como si tal cosa, guardando sus puestos, inmóviles, mudas y en correcta formación.

(Agosto de 1838)

De tejas arriba

- I -

Madre Claudia

-Dios sea en esta casa.

-Y en la de V., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

-Nada hijo, sino venir en cuerpo y en ánimo a ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

-Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazón estoy hablando con la señora Claudia, la que viene a habitar la buhardilla núm. 7.

-Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buen hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo!; hoy por ti, mañana por mí; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora, bailan otros en la boda... No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pepita; sino explícolo para dar a conocer a vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo también fui persona, y no como quiera, sino corno suele decirse empingorotada y de capuz... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el día viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocín de molinero.

Pero dejando esto a un lado, y viniendo a lo que importa, -¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? -¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió!... Tal me vea yo a la hora de mi muerte... ¿Es rosolí o aniseta?... gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua!... a la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu!... ¡y qué bien le parecen esos dos mantecadillos que están diciendo «comedme»!... ¡Ah! si no estuviera tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y mi ánima que no había de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostarí que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar a la aguja... gracias, hija mía, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

-Gracias, madre Claudia.

-Bien hacéis, hija, en dar las gracias, que para eso las tenéis, y aun para quedaros después con ellas; ¡ay! quién me tornara a mí de ese talle y esa frescura, y no me robara la experiencia del mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me había de cantar y no me vería ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo; y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto más valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y...! ¿no es verdad, hija mía?... ¿qué, no me entiendes? ¡picarueta! ¿pues a qué vienen esos colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios!... ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con su labios esa gota de coral!...

-¿Alguno, madre?

-Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir a los parroquianos y se viene derechito hacia nosotras; por fin, hija mía, más días hay que longanizas, y cuando queráis noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. -Y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fe que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y a no ser un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo con un palmo de cerilla... ¿También ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; a bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto

por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso a paso caminando a mi chiscón, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, si no es que se haya salido a los tejados en busca de las vecinas, salidas también como él...; que amor con amor se paga, niña mía, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá bajo los unos y las otras?... Conque buenas noches, vecino; y cuidado niña, que no hay que olvidar a quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sartén; que, gracias a Dios y a mis años, así me da el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Conque, adiós. -

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y después de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscación de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chiribitil, haciendo descanso en todas las mesetas o tramos de los diversos pisos. -Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona dirección la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas, desgraciadamente, con un impulso muy superior a la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos; quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogón, se quedaron a buenas noches.

- II -

Las buhardillas

Algunos días eran pasados, y ya la buena madre sabía por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y más especialmente de aquella parte de la tripulación de la casa que, a hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, más que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la región de las nubes, con lo cual no habrá de extrañarse si tal cual tormenta solía de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. -Semejantes tormentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlos, o bien afectamos desdeñarlos por el ningún interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento a estudiarlos; y de uno de éstos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán explicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejón a diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicación a ocho o diez celdillas o habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habían hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas a tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabía, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha conforme vamos, vivía un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando a marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hacia la próxima Navidad. -Sabía que en la de más allá existía una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte Pío, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo que en estos tiempos vale una honrada doncellez. -Más allá cobijaba con dificultad un matrimonio joven, zapatero y ribeteadora; él, mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatín; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincón que formaba el ángulo de la casa, había entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendía además corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corría con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algún anónimo cartas de pago y billetes del tesoro, o bien acomodaba sirvientes o limpiaba botas en el portal. Él, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducía en francés, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitín blanco y una enorme corbata como el Dottore Dulcamara, ora corría las calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitación del químico había dado fondo una física criatura, que sin más preparaciones que sus gracias naturales, era capaz de volatilizar la cabeza más bien templada. Valencia, el jardín de España, había sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si sería linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso país es más difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta había venido desde las riberas del Turia a las del Manzanares, y a las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para más despacio; baste decir que vino ella o que la trajeron; y que la abandonaron o que se abandonó; en términos que en el día era tan romanescamente libre como la bella Esmeralda de Víctor Hugo, aunque si va a decir la verdad, algo más positiva que ella; efectos todos del siglo prosaico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan éstas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivía un viejo adusto y regañón, escribiente memorialista a dos reales el pliego, que por el día, detrás de su biombo en el portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales y seguía correspondencia con media Asturias, y recibía las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedíale a veces, como veía poco, a pesar de los anteojos, trocar los frenos,

quiero decir, los papeles, y asentar una declaración de amor en un pliego del sello cuarto, o pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, que siempre venía a casa regañando, y como solterón y que no tenía mujer con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Últimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase a este risueño drama tenía su mansión un hombre de presa (corchete, que suele decir el vulgo), el cual, cuando creía que nadie le miraba, solía hacer sus excursiones por el tejado a correr con los gatos, por inclinación y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado; manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intención, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oído listo a las promesas y cerrado a las plegarias, multiplicado a veces como edición estereotípica, y tan invisible e impalpable otras, que no pocas llegaron a dudar los vecinos si subía por la escalera o por el cañón de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podría estar ociosa la imaginación de nuestra Claudia, o si más bien llegaría en breves días a ser, como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligara a los demás a girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

- III -

Drama de vecindad

La primera atención de la vieja se convirtió naturalmente hacia la valencianita, que como la más sola e indefensa oponía más obstáculo a sus ataques...

-¿Es posible, hija mía, que tan joven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada a sí misma; antes bien conviene exponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevación como el jazmín en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la experiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La hiedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caería indudablemente al primer paso, si no hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. -Mal estás así, hija mía, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sostén. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timón a un hábil marinero, así tú en mis manos experimentadas, podrás atravesar sin pena este piélagos del mundo, y reírte de los furores de los vientos desencadenados contra ti.

Yo no sé si fue precisamente en estos términos u otros semejantes como habló la vieja, ni acierto a decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva a su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirlo con argumentos irresistibles, cuando a los pocos días consiguió su objeto y atrajo a su red la incauta mariposilla, formando una sociedad mercantil bajo la razón de Amor, Venus y Compañía; sociedad en que una ponía la prudencia y la otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo, a partir, por supuesto, el beneficio que de ambos había de resultar.

Desde entonces la buhardilla de Madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicación; y no era nada extraño oírse en el interior algunos sonidos de voz varonil, o encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaución.

La niña por su parte es de suponer que seguía en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinación con que se negó a admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversión de la criatura, la cual temblaba de pies a cabeza, y huía a esconderse cada vez que le miraba acercarse a su puerta.

Y era, como lo veremos más adelante, formidable enemigo este alguacil; -pues además de las condiciones anejas a su profesión, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servía el casero para sus ejecuciones y despojos; conque venía a parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. - Ahora vayan VV. a profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberración, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos había ocasionado a la vieja esta terrible consideración; pero ya que no podía evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua; siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviera modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demás vecinos una decuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperación contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hacia el ingenioso químico que cobijaba en el rincón, y el cual no se hizo mucho de rogar para prestar a entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y protección de ambas deidades. -Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es a saber: -la gracia, la experiencia y la ciencia, -o en otros términos-: -una muchacha, una vieja, y un doctor. -Y digo doctor, no

porque lo fuera ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, a trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser más positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederación, merced a algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando a escuchar los chistes de la madre, o a recibir de manos del químico algún frasquito de elixir con que curar de las muelas o añadir a las mejillas un benéfico rosicler; -todo lo cual, animado con la grata conversación de tal cual caballero que por casualidad solía hallarse allí, prestaba ciertos ribetes a aquella sociedad, muy propios a excitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecía alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad a los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompían los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora (que buena falta les hacía a los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido a tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos a lo demás del espectáculo, y achacaba justamente a su miseria aquella capitulación con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran también un gran obstáculo a los planes de aquella veneranda dueña; pero ¡qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla a la hermosura y al amor! -Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habían sido educadas con primor en vida del papá, aprendiendo a figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquél habían de parar en los estantes de un Monte Pío, -y todo el mundo sabe que, una vez empeñada, pierde mucho de su valor la alhaja más primorosa. -En vano recurrieron por apelación a las habilidades de la aguja que hasta allí habían mirado como adorno o pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer, no logra al cabo del día un resultado comparable con el del más mísero albañil. -Y luego, que como eran tres a trabajar y cuatro a consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un déficit, por lo menos equivalente a la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir, que si comían escasamente tres días, tenían que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase a esto que como jóvenes aún y amigas del bullicio y los amores, no habían podido renunciar a sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir a las fiestas y diversiones, con lo cual había también que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginación y disimular los rigores de su fortuna. -«¿Quién sabe? (decían ellas) quizás estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo a algún rico mayorazgo o algún viejo capitalista, que nos extienda su mano y nos saque de esta angustiada situación. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que lo usáramos en Madrid? -No, a fe mía -respondían todas-; y si no, ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por excelencias, o cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, o un

meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van a los toros en coche, y en los teatros están abonadas en delantera... No, si no, vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán a buscarnos los novios aquí encerradas en este caramanchón. -A fe que, como decía ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre: ayúdate y te ayudaré; y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal». -

Madre Claudia sabía muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas, mediaban ya relaciones extramuros con tres galanes fantasmas, los cuales, luego que descubrieron el buen corazón de la vieja, aprovecharon su mediación para entablar con seguridad su triple correspondencia. -Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero, los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de fatalidad y de ataúd; más adelante, los paquetes de merengues y las sortijas de souvenir; las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormía la siesta, o daba una vuelta al puchero.

Conque tenemos en conclusión, que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptúan el alguacil y el viejo memorialista, a los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la acción principal, el verdadero interés de su argumento.

- IV -

Peripecia

Una noche... ¡qué noche!... llovía a cántaros y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de Madre Claudia; rodaban las tejas y caían a la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desván aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las jofainas, los barreños, las artesas, y prometían inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venía a iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonación concluía por hacerla más terrible e imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabría cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvía a rezar y a darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oído andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, a las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dio un brinco hacia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la más profunda oscuridad... La vieja despavorida corre a la puerta, a tiempo que ésta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaución a un bulto negro embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detrás de él.

-¡Jesús mil veces! -grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir más.

-Nada tema V., madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda V. de lo que me prometió para esta noche?...

-En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone a usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

-Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

-¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo a juntarse con la tierra... Mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajueta.

-A bien que aquí traigo yo el fósforo, y...

-Alabado sea el Señor, Dios nos dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga, aquí, y endiñaré el candil... pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla también?

(Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz a la vieja, y mirar su lívida y desencajada faz, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.)

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que éste porfiaba, y la vieja se hacía de rogar, y aquél juraba, y ésta se reía; y luego sacaba aquél un bolsillo: y ésta se ponía a discurrir.

-¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera a usía y mucho, que a mis años y a mi experiencia no lo ha podido ocultar; pero, al fin, usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, también tiene su aquél; y si él llegara a sospechar la intención con que por usía he venido a esta casa... ¡Dios nos libre!

-Todo eso está bien -replicó el caballero-, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

-Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrión; que no se ganó Zamora en una hora, y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No, si no aguarda la breva en enero y verás si cae.

-¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche?...

-No es esto decirle a usía que yo no ponga de mío hasta donde se me alcance al magín, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir a bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el só, ni para otras el arre, y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.

-No me vayas a hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aquí a escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalón de esta escalera infernal... Vengo sólo a que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

-Pues a eso voy, señor; ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirrubios, y qué...

-Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

-Después que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

-Pero...

-Ande usted de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando a él le convenga; deje usted su cuarto de la calle de las Huertas, -que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; -súbase usted a las nubes como el gavián, y póngase desde allí en acecho de la perdiz... y todo ¿para qué?...

-Tienes razón, Claudia, tienes razón; pero como tú me dijiste...

-Y ya se ve que dije y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer; pero...

-Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada más que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida, que hagas por que yo la vea esta noche, aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasión...

-¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

-Es verdad, dices bien; mucho tengo que agradecerte.

-Quiera Dios que dure y que a lo mejor no me muestre las uñas.

-No temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza; ahora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate al mirarla en mi presencia.

-Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo a Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo a su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondáis tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline a volver atrás.

-Bien, bien, como queráis, Madre Claudia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó a bajar pausadamente la escalera, y llegada a la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes a causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese a su buhardilla, donde la pondría unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la había de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso a su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta, cuidando de cubrir con ella a su cómplice; vuelve entonces a cerrar, y éste, ya descubierto, se arroja precipitado a los pies de la joven, y la renueva con los más vivos colores sus juramentos y sus deseos. -La sorpresa y la indignación privaron por un momento a la niña del uso de la voz; después lanzó una mirada suplicante a la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dio a conocer lo que podía esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galán quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada a la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «¡Favor, vecinos, favor!...»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demás habitaciones; y mientras los más próximos acuden a preguntar a la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies a cabeza que subía los escalones cuatro a cuatro, gritando desafortadamente...

-«Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende?...»

A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas a Madre Claudia hasta plantarla de rodillas a sus pies, en tanto que el galán anónimo había tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero -que subía a este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita-, mira escapar a su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él también tenía por qué callar; -en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejón de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos... y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren a verificar su captura, a tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas, gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que a falta de otro sitio, estaban hablando con ellas en el callejón.

El químico (que desde su chiscón observaba aquel embrollado caos) no halla otro medio para poner término a semejante escena que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañón, y a su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero, con su hija; el memorialista y el cesante, con los chicos; éstos, agarrados de la vieja; las niñas, de sus galanes; el zapatero, de la viuda; la ribeteadora, del químico; y el alguacil, de la valenciana; gritando: «Favor a la justicia; dejadme a esta pecorilla que es el cuerpo del delito...»

- V -

Desenlace

Ocho días eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, había hecho desocupar toda la casa y colocado a la vieja en una buena reclusión; el tendero había cerrado su almacén y caminaba con su hija hacia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposición de ésta, trabajaban entre vidrieras bajo la dirección de Madama Tul Bobiné; el zapatero había apaleado a su mujer, y estaba en la cárcel; y ésta se había colocado bajo la protección del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de extender el recibo daba por fiador... al alguacil.

(Setiembre de 1838)

El teatro por fuera

La escena cómica, así como la gran escena del mundo, tiene dos aspectos. Uno interior, privado y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales; el otro, público, exterior, y que dice relación con la sociedad entera: para entrar en aquél, es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y tener una parte más o menos directa en su acción; para conocer éste, basta sólo ser espectador constante, y estar dotado de una dosis regular de observación.

El teatro por dentro comprende, pues, a los autores dramáticos, a los artistas, empresarios, empleados, espectáculo material, decoraciones, transformaciones, vuelos, música y acompañamiento. -El teatro por fuera le constituye únicamente el público

espectador. -Puede, pues, mirarse la cuestión de ambos modos, o bien dando la cara a la escena y fijando la vista y la imaginación en la fingida ilusión del espectáculo, o ya volviéndole la espalda y asestando el catalejo a la animada realidad de los espectadores.

Bueno será por hoy prescindir de la primera cuestión, para ocuparnos exclusivamente de la segunda; abandonar el interés dramático por el interés social; el mundo de cartón por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo más cómico del espectáculo; que, si no lo ha por enojo, no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad que, considerado el asunto bajo este aspecto, no puede ser más animado y profundo, y manejado por diestra mano, no dejaría de producir un asombroso interés. ¡Ahí que no es nada! Mil o dos mil personajes de todos sexos y condiciones; vírgenes y matronas; viudas y reincidentes; niños y viejos; solteros y maridos; Mesalinas y Lucrecias; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y gabán. - Y todo esto, visual y jerárquicamente ordenado; por clases, según el blasón heráldico; por familias, siguiendo el sistema de Linneo; por precios, al tenor de la balanza mercantil; por sexos, a la manera fisiológica de Russel; por trajes, según el método de Utrilla; por genios y condiciones, conforme a la craneoscopia del doctor Gall.

«Las seis y media... entremos en el teatro... Media hora falta aún para comenzar el espectáculo... ¡Qué cosa tan triste es un teatro sin gente!... Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto e inanimado... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid, ¡qué cosa tan fea además! -Mirada desde las alturas la mezquina y económica platea, parece, por sus diversos compartimientos, una caja de estuche o nécessaire sin las piezas correspondientes; mirando desde la platea los costados del edificio, recuerda las anaqueleras de nuestras boticas, o los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en éstos, y a la escasa luz de algunas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros célebres autores, los cuáles, sólo después de muertos, han adquirido el derecho de asistir gratuitamente al espectáculo, y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que más parece que aspiran a escapar a las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que más que Apolo parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto a dar señales de vitalidad; ya es una puerta que se abre para dar entrada a un bulto negro que aparece en la arteria de las lunetas, el cual mira con interés a todas partes, hace un movimiento de impaciencia, y vuelve a salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van a colocarse aisladas aquí y allá, quebrando así la uniformidad de las gradas laterales, de los bancos céntricos, y de la altísima tertulia. Ora se escucha un animado diálogo femenino en los hondos abismos de la cazuela; ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa, revela al observador que algún ser viviente respira sepultado en los últimos confines del patio.

El nuncio de la luz aparece, en fin, por un agujero, y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca a la lámpara y comunica su influencia al círculo de quinquets, con lo cual, y concluida su tarea, avisa a los de arriba para que den vuelta a la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado a la medía altura del espacio. Majestuosa operación que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado a los palcos, y de que huyen por precaución todos los desdichados a quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas, y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos por asientos, que no ven con buenos ojos aquella iluminación, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la cazuela todas las diosas de nuestra mitología matritense, y detrás de ellas se van agrupando las modestas beldades a quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio -como todo lo perteneciente al género masculino-, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, siquier gangosas y displicentes, siquier melifluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapasón, y más de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, o sobre los crescendos de la orquesta.

Dos campos iguales en dimensión, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de tertulia. Del lado de la izquierda, el sexo que solemos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha, el otro sexo feo, juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Crúzanse, pues, de la una a la otra banda las ojeadas, las ante-ojeadas, los suspiros, las sonrisas, y otros signos expresivos de inteligencia, y volando a estrellarse en el techo común, tornan a descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que extendiendo su influencia por todos los rincones de la sala, impregna y embalsama a toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspical y meticuloso por extremo debió ser el primero, que tuvo la ocurrencia de la separación de los sexos en nuestros teatros ¿y dónde? precisamente en un país en que se miran reunidos en los templos, en el circo, y demás espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar a que no fue marido celoso el que tal imaginó; pues si él lo fuera, a buen seguro que conviniere en abandonar bajo su palabra tres o cuatro horas a su esposa donde apenas alcanzara a divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, como todas las de este mundo, tiene su contra y también su pro; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mujeres la defienden por buena, y las otras dos mitades piensan en sentido contrario... Vayan VV. a entenderlos, ni a adivinar las razones que cada cual alegará. De todos modos, no puede negarse que, cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad a nuestro teatro madrileño, que no es de desdeñar para el curioso observador.

.Excepción de esta austera conformidad es la triple fila de aposentos, donde a par que los sombrerillos y manteletas, vienen a colocarse las placas y bordados, las blancas corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace a esta sección la más armoniosa y variada del espectáculo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los sillones y gradas con su

público atento, inteligente y de buena fe, y el patio con su humilde modestia, sirven como si dijéramos de base a todo aquel artificio mecánico, de centro de aquellos opuestos polos.

En esta región principal es donde tiene su asiento el abonado, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente a efectuar su conjunción con ella todas las noches, y a formar las más veces entrambos una sustancia homogénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compás clásico o el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. -Este obligado adorno de las filas más avanzadas de la luneta, es de rigor que ha de entrar con solemnidad a la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho límite que permiten las piernas de los demás espectadores, no sin desagrado de éstos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo extraño entre sus ojos y la escena; pero la política exige el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa al elegante Adonis, que reparte sendas cabezadas a todos sus compañeros de banco. Llegado después a su término final, a su luneta, que le espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estrépito, y de este modo atraer hacia su persona la puntería de todos los anteojos de los palcos; a cuya interesante atención corresponde el abonado, permaneciendo en pié largo rato con la espalda hacia la escena componiendo simétricamente el cabello con el anteadado guante, sacando después el pañuelo, impregnado en patchouly y bálsamo de Turquía, limpiando cuidadosamente los cristales del doble antejo, y dirigiéndoles después circularmente a todos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones, el abonado se vuelve, en fin, a la escena, y si en tal momento alcanza a atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, o tal cual disimulada cortesía de algún cantante, es como si dijéramos el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado, por lo demás, presta poca atención al espectáculo, y como éste nunca es nuevo para él, porque si es segunda representación asistió igualmente ala primera, y si es primera vio también el ensayo, nada puede interesarle; antes bien, mira con desdén y aun con lástima la obligada atención del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando éstas lleguen a su mayor interés, afectará volver desdeñosamente la cabeza, o hablará con los músicos, o se dirigirá a cualquiera de sus colaterales, diciéndole: -«Ahora el tirano va a darle la copa envenenada...» Y cuando esto sucede, y todos los espectadores revelan en sus semblantes lo angustioso de la situación, se ve reír la faz tranquila del abonado, y escúchase su voz harto perceptible, que dice: -«No tengan VV. miedo, porque ahora va a salir la dama a matar al tirano con un agudo puñal».

Durante el entreacto, el abonado sube a visitar los palcos, y como bola en cubilete, entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en francés, y afectando la seriedad diplomática entre dos longanísimos extranjeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegría de una colección de beldades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son exactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada, otra sección del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; ésta es la sección de los inteligentes, y se compone, como quien nada dice,

de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que aquella noche no le tocó figurar. Esta sección es bulliciosa de suyo, comunicable y expansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelación; pronúncianse ex-cátedra; comisión de aplausos, la llaman unos; sociedad de seguros, la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atención las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan a la inteligencia silbar.

Los demás compartimientos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del respetable público, que en el Diccionario moderno solemos llamar las masas, en cuya confección entran indistintamente los drogueros de la calle de Postas, y el honrado ropero de la calle Mayor; el empleado vetusto, y el imberbe meritorio; el inexperto provincial, y el pacífico artesano, todos los cuales vienen al teatro todos los domingos y fiestas de guardar o de divertirse con la mejor fe del mundo, y a pillar de paso, si pueden, una leccioncita moral, y la diversión que encuentran no es nada menos que tres ajusticiados y un tormento, y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio o un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la diversión, vuélvese a casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mujeres son cortadas por el patrón de Catalina Howard o Lucrecia Borgia, y que todos los hombres son poco más o menos a la medida de los Antoni y Ricardo D'Arlingthon, de todo lo cual viene a deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mujeres; que toda sociedad es una picardía; todo gobierno un embrollo; toda religión una farsa, y toda existencia una pura calamidad.

Y a la verdad que la consecuencia no puede ser más natural; porque si el hombre o la mujer que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado a sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolo; si ha sido princesa, habranla visto dar convites envenenados, y entregar, sonriéndose, al verdugo la hermosa cabeza de su amante, o arrojar al río a los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza sería hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su bienhechor, y se habrá levantado, a fuerza de bajezas, a las altas dignidades de la república; si ha sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuró, venal y corrompido; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo a su esposo, para dar la mano a su rival; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo, y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus días; si ha sido religioso, habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia o para ejercer sus venganzas; si ha sido, en fin, amante, por fuerza ha sido movido por un amor vergonzoso y criminal.

Semejantes primores de la moderna escena son, como si dijéramos, el cotidiano alimento que se da a un pueblo incauto a quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura; se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra, en fin, a un abismo sin límite conocido.

Por fortuna esta exageración de colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasía; y una vez disipadas las primeras impresiones, la razón va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridículo aquello mismo que un momento se admiró como sublime. -El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reacción, y mira con placer ala concurrencia, no ya agitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama inmoral, sino distraída e indiferente, como quien no cree lo que mira, no pocas veces respondiendo con burlona sonrisa, en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta:

«On ne voit pas pleurer personne;
Pour notre argent nous avons du plaisir;
Et le tragique qu'on nous donne
Est bien fait por nous rejouir».

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento, me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parezco volver la cara a la escena abandonando mi objeto, que es pintar al público espectador. -Sin embargo, tiene tal relación el efecto con la causa, que apenas es posible tratar de aquél sin rozarse algún tanto con ésta. -Afortunadamente, en este momento cae el telón y el drama desaparece; unas cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica y la sociedad positiva; los Hernanis y las Tisbes huyeron de nuestra vista, y ya sólo tenemos delante las Tomasas y los Pedros; el hombre y la mujer se han convertido ya en mujeres y hombres; el castillo feudal. en un menguado coliseo, y los canales misteriosos de Venecia, en los animados callejones de palcos y cazuela.

Aquí quisiera yo tener una pequeña dosis de la imaginación poética de nuestros autores, para bosquejar, aunque de ligero, esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante, es para muchos la que forma el principal interés del drama.

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños saben ya lo menguado y oscuro de sus escaleras; sus estrechas puertas y pasillos, su taquígrafo portal. Pues bien; en aquellas escaleras, en aquellos callejones, y a la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunión misteriosa y armónica de quinientas parejas, que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aquí para allá, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso a las mitades ajenas...

De aquí puede inferirse sustancialmente el interés y fuerza cómica de semejante desenlace, la animación y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalbete, que volando en alas de su amor y su deseo, atraviesa por sobre las piernas de los lacayos dormidos en la escalera, y va a situarse a la salida del palco, para tener ocasión de arreglar una manteleta o correr a avisar al cochero; -el pausado esposo, que detenido por la gente que sale de las lunetas, se agita y desespera por llegar a recibir a su esposa, cuando ésta baja ya cortésmente sostenida por una mano anteaada que casualmente

se encontró al paso; -el amante desdichado, que al ir a ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una arpía de siglo y medio, que empieza ya de antemano a ejercer los rigores de suegra; -los formidables lacayos asturianos cargados de almohadas y mantones que cruzan bárbaramente, abriendo un ancho surco en aquella apiñada falange; - los celosos papás, que tratan de poner a cubierto las gracias de sus hijas, robándolas a las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formación ambos límites de la escalera; -las viejas, que llaman al gallego con voz nasal y angustiosa; -los niños, que lloran porque los pisan, o que dominados por el sueño, van tropezando en todos los escalones; -los reniegos de los que van a, tomar el coche contra los que no les dejan llegar a él; -las imprecaciones de los que esperan ir a pie, contra los coches que obstruyen la salida; -las pérdidas improvisadas de alguna dama; -los hallazgos repentizados de algún galán; -los chascos de tal cual amator que esperaba por una escalera, mientras el objeto de sus esperanzas descendía por la otra; -las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca de un mozo de Lavapiés o de una manola del Barquillo. -Aquel eterno disputar sobre si la escena del veneno es más bonita que la del tormento, o si la comedia estaba en prosa o en verso; aquel decir picardías del traidor, y salir poco satisfechos porque, aunque se dice que le ahorcaron, no le vieron efectivamente ahorcar; aquel comparar mentalmente al romántico galán ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transición desde las imaginaciones poéticas a las prosaicas, desde la historia fingida a la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observación, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro, en fin, vuelve a quedar en silencio, y el alcaide cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusión; el poeta regresa a su modesta habitación a dormir al arrullo de los aplausos o de los silbidos; el actor depone mantos y coronas, y toma paraguas y sombrero para dirigirse a cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la agitada mente del espectador; y cuando éste al poner el pié en la calle piensa todavía escuchar la terrible campana de San Marcos, reconoce con placer que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.

(Febrero de 1838)

El reciénvenido.

- I -

Caminando calle arriba por la de Segovia de esta corte, y siguiendo fielmente con sus plantas la línea, ora recta, ora curva del arroyo; encogidas las rodillas, alta la cabeza, y las manos encajadas en las aberturas del calzón, se adelantaba paso a paso un hombre cuyas miradas codiciosas, y otras señales de estúpida admiración, daban luego a entender serle del todo nuevos los objetos que por entonces herían sus sentidos.

De contado, la rústica villanía de su traje, los groseros alpargates, su calzón corto, pardo, flojo y descosido; su faja de estambre, chaquetilla y chupetín también pardo, y sombrero chato del mismo color, dejaban inferir su procedencia del riñón de Castilla, así bien como su enorme vara de fresno atravesada a la espalda, haría sospechar su profesión de trajinante,

si ya no la demostrasen claramente tres pollinejos y un mulo que a guisa de batidores le abrían el paso, casi escondidos entre los enormes sacos que pesaban sobre sus lomos.

Esta figura, cuyo aspecto semi-humano hubiera puesto espanto a quien la hubiera hallado en el interior de un bosque de América, dando mucho que pensar al viajero, para clasificarle entre las diversas especies de mandriles, jímios, macacos y jockós que describe Buffon, no era, sin embargo, nada de esto, sino una criatura casi racional, con sus tres potencias distintas, puesto que la del entendimiento, harto entumecida por falta de uso, casi casi hacía dudar de su existencia; era, en fin, un ciudadano español con sus derechos imprescriptibles y su cacho de soberanía; el cual ciudadano, en prueba de estos derechos, acababa de pagarlos a la puerta, por los garbanzos y judías que acarreaba. -Sabía también hablar (que no es, poco), y en la misma puerta había declarado llamarse Juan Algarrobo (alias Cochura), y ser natural de la villa de Fontiveros, provincia de Ávila, sexmode San Juan, de edad de veinte y cinco años, cumplidos en la última Navidad, de oficio arriero, y de religión, católico-apostólico-romano.

Como era la vez primera que pisaba los angulosos guijarros de esta noble capital, ignoraba de todo punto la dirección de sus calles, y embebido en sus pensamientos (que también los solía tener a veces), dejábase guiar por su recua, fiando al instinto de ésta el conducirle a punto donde pudieran comer y repasarse.

Ya había llegado al fin de la calle, y hecho la señal de la cruz delante de la de Puerta Cerrada, cuando le vino a la memoria que la consigna que traía de la tierra era a la posada del Dragón, en la Cava Baja; por lo que, llamando cariñosamente a sus pollinos, los encarriló hacia la puerta de un barbero, el cual viéndoles entrar tan sin ceremonia, arremetió a las navajas; y hubiérales señalado de mano maestra, a no haberse visto interpelado por nuestro arriero, que con sombrero en mano y el Deo gratias de costumbre, le preguntaba las señas de la Cava Baja.

-«Vaya el bárbaro (dijo el barbero) mucho de enhoramala, y átese en fila con sus burros para no incomodar a las gentes de bien de bien». -Y cerró de un golpe las persianillas de su tienda, con que dejó a los reciénvenidos en la misma perplejidad. -El mulo delantero, sin embargo, no debía ser lerdo, y no por eso se desconcertó; antes bien, dirigiendo el paso hacia una taberna, saludó con los hocicos varios platos de abadejo que a la puerta estaban, y que sin duda hubieron de parecerle bien; mas la intrépida guisandera (que por más señas era una vizcainota gorda, que se llamaba la señora Juliana Arrevaygorregoyquirrumizaeta) saltó de su asiento cazo en mano, y arremetiendo alternativamente, ya al mulo, ya al arriero, los echó de sus posesiones con una descarga cerrada de vocablos facciosos, que tan claros fueron para el amo como para los mismos pollinos.

En majestuoso cónclave reposaban tranquilas tomando el sol sentados encima de sus cubetas hasta cuatro docenas de mozallones gallegos y asturianos los cuales, viendo el aturdimiento del castellano y lo fuera de razón de la vizcaína, reían hasta más no poder, hasta que uno, más caritativo, indicó al forastero que la calle que buscaba se encontraba sobre su derecha. Mas fuese que el castellano no entendiese el lenguaje de Castilla, o que el otro se lo dijese en gallego, hubo de tomar el rábano por las hojas, y comprender que había

de seguir la calle derecha y no la derecha de la calle; con que siguió majestuosamente por toda la Plaza arriba, Puerta del Sol, calle de la Montera y de Fuencarral, buscando la Cava Baja; verdadero emblema él y su recua. de la actual generación española, caminando con igual acierto al punto término de su felicidad.

Dejo a la consideración del lector los muchos lances siquier grotescos, siquier trágicos y fatales, que el pobre reciénvenido hubo de experimentar en tan larga travesía; hasta que, viéndose ya cerca del cementerio, empezó a sospechar que no era por allí el camino de su posada. Por fin, después de muchas preguntas y respuestas, dares y tomares, idas y venidas, tomó la vuelta de la Puerta del Sol, y al fin de dos horas cumplidas dio consigo y su comitiva en la Cava Baja.

Luego que se vio en la posada, rodeado de racionales e irracionales compatriotas, despachado en común mesa un razonable pienso de menudos y pimientos, amén de la cebada y la paja que con noble abnegación cedió a sus pollinejos, hechos cuatro mimos a éstos en señal de buena amistad, y cambiadas cuatro interjecciones machos con el mozo de la posada, acomodó sus alforjas y su manta en un rincón del último piso, y cedió al sueño los cansados miembros, quiero decir, que se durmió, sin dársele un ardite de la crisis ministerial ni de toda la demás bataola que por entonces traía alborotada a la corte.

- II -

Aquella noche, como las demás, después de la cena, habíase dispuesto por la noble compañía que ocupaba la posada una partidilla honrada de truquiflor y se-cansa, interpolada de sendos tragos de lo tinto, y amenizada con el agradable ruido de una alegre conversación. Admitiose también en la rueda con notables muestras de benevolencia al reciénvenido aviles, ayudándole, a fuer de franqueza y amistad, a desechar el empacho que sin, duda debía imponerle aquella nueva sociedad; con que muy luego se olvidó de todo punto que estaba en Madrid, y trasladose en imaginación a aquel ameno establo donde sus ojos vieron la primera material luz.

Tan engolfado iba estando en la partida, y tan sin penas ni desconcierto dejaba rodar sobre la mesa las medallas segovianas, que hubo de llamar la atención de un viejo provecto y cariacontecido, que observaba aquella escena desde un ángulo de la mesa; el cual viejo no era nada menos que un honrado ordinario de Salamanca, el tío Facó, hombre de bien y chapado a la antigua, que solía pasar su vida en el espacio que medía entre el Rollo del Tormes y la Puente Segoviana; acarreador perpetuo de trigo candeal y de garbanzos de Cuarto de Armuña; de teólogos y filósofos en embrión, grandes guitarristas y futuras notabilidades del púlpito y del foro. Con lo cual, y la buena ayuda de su entendimiento, había llegado a ser un horroroso latino, como que sabía de memoria desde el Musa Musae hasta el X et Zeta, y todos teníanle por hombre además prudente y sabidor; y aun hubo tiempos en que casi, casi se vio expuesto a ser, como quien nada dice, sacristán de Calvarrasa.

Sea de ello lo que quiera, este tal Facó tenía, como queda dicho, a su cargo, hasta un par de galeras, que hacían periódicamente el viaje de Salamanca a Madrid, y como saben muy bien los que tal viaje hubieren hecho, es cosa consiguiente el pasar por la villa de Fontiveros, y siéndolo, era preciso que el tío Facó hubiese en ella conocido a nuestro Juan

Algarrobo, alias Cochura; siendo esto tan cierto, que varias veces se cruzaron en el camino y cambiaron las botas, o se dirigieron de común acuerdo a casa del Juan a herrar una mula, o a arreglar las varas de la galera; razones todas más que poderosas para tener y sostener una razonable amistad.

Conoció, pues, el viejo Facó que era la ocasión llegada de aventurar algunos paternales consejos a aquel incauto pajarruco caído voluntariamente y por primera vez en las sutiles redes de la corte, y así, llamándole aparte y llevándole a un rincón del zaquizamí, escupió dos veces o tres, hízole sentar, y le habló de esta manera:

-Amigo Juancho, ya tú sabes las obligaciones que nos debemos, como paisanos que somos y como amigos, y lo mucho que nos queremos tu madre Forosa y yo; así que no extrañarás que venga aquí a ocupar su lugar y a darte consejos que en esa tu edad y en esta villa, luego luego habrás menester. -Escúchame, pues, atento, sin jugar con la faja, ni mirar a los dedos, y clava en el magín todo lo que de mí oyeres; que día vendrá, y no está lejos, en que lo recuerdes con agradecimiento y pagues con él al viejo que te está hablando.

Has llegado, Juancho, a un lugar en que la precaución y el consejo son necesarios para no perder un hombre el juicio escaso que Dios le dio; lugar en cuyas calles se aprende más ciencia que la que enseñan nuestros doctores salamanquinos a los que frecuentan sus escuelas; lugar en que los chicos son bachilleres, las mujeres licenciadas, y doctores los hombres, sin más gramática que la parda, ni otras borlas ni mucetas que un poco de garabato en los ojos y en el pico. Con esto, y un exterior amable y lisonjero, tienen en sí la ciencia suficiente para enseñar al forastero lo que ellos llaman cortesanía, y hacerle conocer que es, a su lado, ciencia inútil toda la que contienen sus libros. Pero no creas, Juancho, que tan benéfica pasantía se dispense aquí gratis et amore y sin su correspondiente por qué. Colegio es éste en que, más que en los mayores, pelagra el bolsillo, y cuenta, si su apetecida beca no nos cuesta también la salud de cuerpo y anima.

Quiérote decir todo esto, por que sepas a punto fijo a qué lugar te han traído tus pecados o tu codicia, que quedará satisfecha si lograses vender algunos reales más caros esos frutos que acarreas, y no tomará en cuenta los peligros a que te exponen en semejante expedición tu entendimiento ralo, tu memoria torpe y lo arriesgado y simple de tu voluntad.

Esto supuesto, desconfiarás, Juancho, de ti propio y de los demás, hasta aquel grado que es lícito desconfiar, no tomándolo todo por el peor lado, ni echando juicios temerarios de que tu conciencia haya de acusarte, sino suspendiendo por lo menos el tuyo, hasta cerciorarte de ser verdad lo que se te dice, y aun aquello mismo que por tus ojos vieres y palpares con tus manos.

Recelaste de los amigos fáciles, y que te hallares, como suele decirse, por bajo del pie, que no es fruta la amistad que nace espontánea, sino a fuerza de cultivo logra extender y hacer frondosas sus ramas. Todos en la corte te harán risueño el semblante, todos llamaranse tus amigos, si te vieren inocente y no poco dadivoso y desprendido; pero a

vuelta de tus espaldas reiranse muy luego de tu mentecatez, y holgaranse con tus favores, para mejor burlarse de ti.

A cada paso que des hallarás gentes de tu condición, de tu país y aun de tu parentela, que en este laberinto de la corte todas vienen a ser confundidas, por lo que habrás oído decir aquel dicho: «Madrid, patria común; tierra de amigos». Aquí hallarás, en efecto, muchos o más sutiles y más experimentados que tú, que te brindarán con sus consejos, te darán la mano en tus especulaciones y tratos, y llenarán, con nuevos proyectos, tu cabeza de dudas, tu pecho de codicia y de ambición. Huye, amado Juancho, huye esas relaciones peligrosas, o si aprecias tu tranquilidad, no des oídos a consejos pérfidos de los que sobre tu ruina piensan levantar el edificio de sus medros.

Ni faltará tampoco a tentar tu flaqueza en esta cueva de los vicios aquella formidable enemiga de los humanos, la lujuria, que aquí en este lugar tiene su principal asiento y trono; y quiérola llamar por su nombre para que no vayas a confundirla, Juancho, con aquel otro amor sencillo y honrado de nuestras aldeas; no, otros son sus colores, y preciso te será aprenderá distinguirlos. -No fíes, por de pronto, en los halagos que algunas de estas encantadoras te prodigue a tu paso, ni escuches sus ruegos, ni creas en sus palabras; pues que ni tu figura está hecha para enamorar de un tiro, ni aunque fueras el mismo Adonis (de lo que distas muy bastante) seríate lícito ni conveniente creerlo así.

No juegues juegos de azar, que no es bien arriesgar a una sota el fruto nuestro trabajo; y si alguna vez lo hicieres, cuenta que no es el azar tu solo enemigo, sino la mayor ciencia de tus compañeros; que en esto del juego los hay grandes profetas en la corte para predecir y acertar a quién le ha de favorecer el albur.

No compres género que no conozcas, ni creas todo lo que vieres, ni te pares en todos los corrillos, ni quieras informarte de lo que nada te importa. Advierte que llevas en el semblante el sobrescrito de la villanesca simplicidad, y que de ella viven muchos de los entonados mercaderes y caballeros de la corte.

Cuando salgas a la calle, procura seguir tu camino derecho y sin tropiezos ni atajos peligrosos; no disputes sobre el paso, ni armes quimeras de preferencia o por consecuencia de tu incivilidad; cuenta que es cierto aquel refrán del «Gallo que canta en su gallinero», y tú eres de otro corral, y a cualquier lance no faltarán gallinas que te desplumen.

No des tu dinero a préstamo, por alto que sea el interés, a menos que no te cumpla ganarlo en el cielo, ni entres en más negocios de los que por ti puedes manejar; y advierte que lo que en otros ves motivo de engrandecimiento y riqueza, seríalo en tu nimia comprensión de completa ruina; que el talento, Juancho, es el capital más positivo, aunque a las veces suele ganarle por la mano esto que llaman la fortuna.

Tú, en fin, harás y procederás con buen consejo, pidiéndolo al cielo en aquellos casos en que más te vieres apurado, que el Señor es verdadero amigo que nunca engaña, ni se hace el sordo cuando de buena fe se llega a implorar su auxilio. -Y hora callo, aunque mucho más pudiera decirte, a ley de anciano, y en fuerza del cariño que te profeso; pero veo que

perdería el tiempo en esta ocasión, o acaso acaso la daría para que tú reconciliaras mejor el sueño que preparas al arrullo de mis consejos. -

Y así era la verdad, que el buen Juancho, en quien la voluntad, como queda dicho, era lo más, escuchó atentamente y sin pestañear la primera parte del discurso de Facó, hasta aquel punto en que, remontando éste un tanto su vuelo, llegó a oscurecerse del todo a la vista de aquél, por lo cual, dando licencia a los párpados, aunque parecía aprobar mudamente con las inclinaciones frecuentes de cabeza, no era otra cosa en realidad sino que a la sazón dormía un sueño más que medianamente reposado, en tanto que el consejero trashumante esforzaba sus últimas razones para pintarle los peligros de Madrid.

- III -

Otro día por la mañana salió Juancho a acompañar y despedir al tío Facó, que regresaba a su tierra, y luego, que le hubo dejado más allá de Aravaca, rico de advertencias y consejos que por el camino le había ido repitiendo, volvió a entrar en Madrid, deseoso, aunque no fuera más que por curiosidad, de conocer y desafiar esos lazos y peligros que su viejo consejero le había tanto encarecido.

Como era tan de mañana, parecióle bien entrar a misa en la primera iglesia que topara, con lo cual pensaba santificar el día, y prepararse con nuevas armas a sufrir los combates que ya empezaba a barruntar. Pero el diablo, que no duerme, y, por consecuencia, madruga aún más que un arriero, hubo de escuchar este propósito, y prometerse allá en su interior jugar una morisqueta al buen Cochura.

Dispuso, pues, para ello, que el sacristán de Santa María (que fue la iglesia adonde aquél se dirigió) se hubiese dormido alguna cosa más aquella mañana, con que la puerta permanecía aún cerrada; visto lo cual por Juancho, se determinó a esperar hasta que abriesen para oír la primera misa. Con esta intención habíase sentado descansadamente en la escalera de piedra que sube a la iglesia, cuando de allí a un rato acertó a pasar un hombre de equívoca catadura, que fijando sus ojos en aquel descansado villano, como quien quiere conocerle, compuso y compungió su semblante, y vínose a él con amabilidad, saludándole cortésmente. Tomando luego la palabra, extrañó que aún no estuviese abierto el templo, y manifestó su intención igual a la de Juancho, de escuchar la primera misa, cosa que todas las mañanas hacía, según dijo. Seguidamente, como reparando en su traje y acento, informose del forastero de qué lugar era, y luego que hubo dicho de Fontiveros, empezó a contar aventuras que en él le habían acontecido, y a relatar grandezas de aquella tierra, y lo mismo hubiera sido si le hubiesen nombrado la China, puesto que ni una ni otra éranle absolutamente conocidas.

El simple Juancho contestaba a todas las preguntas con gran espontaneidad, en términos que a los pocos minutos sabía ya el interpelante tanto como él mismo de su objeto en venir a la corte, su condición, carácter y demás circunstancias. Creció con esto la franqueza y correspondencia entre los dos paisanos, que así se llamaban ya, y tanto se engolfaron en su plática, y tanto por otro lado tardaba en abrirse la iglesia, que el dialogante propuso a Juancho una vueltecita por detrás de los Consejos, con que harían un rato de ejercicio, y de paso le mostraría aquella parte más antigua de Madrid, que llaman la Morería, en donde a la sazón dijo haberse hallado indicios más que medianos de cuantiosos tesoros allí escondidos

por los pícaros moros, en cuyo descubrimiento se ocupaban entonces todos los vecinos de aquel barrio; y quizás quizás pudieran ellos llegar tan a punto que les viniera a tocar una buena tarja en el reparto.

Creyóselo todo el inocente Juan, al pie de la letra, con lo cual los dos compadres se dirigieron por aquellos sitios solitarios hacia el punto en donde decía hallarse el tesoro, y en llegando a lo más apartado y escabroso -«Ésta en que ahora entramos (dijo el madrileño) sepa vuesa merced que es llamada la Cuesta de los Ciegos, aunque más de cuatro han visto en ella lo que no querían; y supuesto que a ella hemos llegado, y supuesto también que a la ocasión la pintan calva, vuesa merced, señor castellano, se servirá darme todo aquello que en su cinto le huelga a moneda, que éstos son los tesoros árabes que en semejantes sitios solemos buscar los inteligentes».

Pasmado se quedó nuestro arriero al escuchar aquella apóstrofe inaudita, cuya explicación, dudosa al pronto, le fue luego más clara a la vista de una enorme navaja de cachas, desenvuelta en manos del amigo; conque no tuvo otro remedio sino acudir a las agujetas del calzón, y desembarcar de él hasta unos veinte y siete reales; que entre plata y cobre, migas de pan y puntas de cigarro, pudo llegar a reunir. Hecho lo cual, el burlador saludó irónicamente a, su víctima, y desapareció, dejándole entregado a sus tristes reflexiones.

No era malo el aviso para primero; pero no por eso Juancho se desanimó; antes bien, achacándolo a la casualidad, antes que a su propia simpleza, determinó en adelante no andar sino reunido con los amigos que ya había granjeado en la posada. Dirigióse, pues, a ella, y les contó su mala andanza, de la que no poco se holgaron, prometiéndose continuar enseñándole a despabilar los sentidos. -Propusieronle trasladarse a almorzar a un famoso figón que estaba allí cerca, y el más grave se acomodó al lado de Juancho, como para aconsejarle todos sus movimientos. Comieron y bebieron, como era de esperar, a la salud del reciénvenido, y luego de satisfechos, fueron desapareciendo, dejándole sólo con el ama de la posada, la cual, con cortesías modales le intimó el pago del gasto, que montaba hasta diez y ocho reales y catorce maravedís, satisfacción a que Juancho no pudo negarse, por ser, según le había dicho su Mentor, ordinario agasajo y deber prescrito a los forasteros recién llegados el convidar a los que gustan de favorecerles con su compañía.

Estando otro día en el mercado con su saco de garbanzos por delante, llegó a él un caballero bien portado seguido de un mozo; el cual caballero, mirado que hubo en la mano la calidad de los garbanzos, y calculado sin duda con la vista la del mozo que los vendía, entró luego en ajuste, en que muy pronto se convinieron, diciéndole: -«Déselos a ese mi criado, que él los conducirá acompañándole V. adonde le sean satisfechos». -Acordose en este instante Juan del lance del tesoro, y cosiéndose de todo punto al lado del mozo conductor, determinó no perder su pista, como así lo verificó, hasta llegar, a una casa, en que subiendo uno tras otro la escalera, llegaron a un callejón en donde dijo el mozo a Juan que mientras llamaba a la puerta esperase de la parte de afuera. Siguió en esto por el callejón adelante, y pasáronse minutos y minutos, y luego horas y horas, y el mozo y el dinero no parecían; con que alarmado un si es no es el castellano, siguió por el mismo callejón, y dio consigo en otra escalera que comunicaba a distinta calle: esto le dio sospechas, llamó a todas las puertas, nadie le daba razón, antes bien le tenían por

impertinente, y echábanle fuera con malos modos; hasta que tropezó con unos chicos que le dijeron que hacía ya dos horas que habían visto bajar por aquella escalera al mozo cargado con el costal; con lo cual no dudó ya de su mala ventura, y pelose las barbas, y torciase los puños, derramando unos lagrimones como nube de agosto, y haciendo unos gestos que dieron, no poco que reír a todos los chicos del barrio.

Cabizbajo y meditabundo regresaba nuestro Cochura ala posada, cuando vino a herir sus ojos un objeto que alegró su corazón, hizo pacer su esperanza, y borró con húmeda esponja todos los negros colores de su tétrica imaginación. Como llevaba fijos los ojos en el suelo, parecióle ver relucir entre las piedras una cosa que primero se le antojó cristal, luego botón, luego medalla, hasta que conoció claramente ser un escudo de a ocho, que por acaso alguno debió dejar caer en el suelo.

No salta con tanta rapidez el emboscado gato a la súbita presencia del tímido ratoncillo, como el aventurado Juancho se abalanzó con todos sus sentidos a apoderarse de aquel inesperado presente; pero por mucha que fue su prisa, no pudo evitar el que otro hombre (que sin duda estaba allí de intento) adivinando su intención, corriese simultáneamente al mismo tiempo y pusiese mano a la moneda en el mismo punto en que Juancho la tocaba también. Encontráronse, pues, ambas cabezas con un choque nada común, aunque con pérdida del desconocido, por la mayor solidez de la de Juan; encontráronse los dedos agarrando cada cual por su lado la medalla; encontráronse, en fin, las malas razones sobre la propiedad respectiva de ella. Cada cual alegaba las suyas, cada cual decía haberla descubierto antes, cada cual lo echaba a mala parte y parecía disponerse a defender su conquista. A las voces acuden varios curiosos, y uno de ellos, llamado de encargo, se erige en nuevo Salomón, y oídas las partes, manda dividir aquel tesoro; conviéndose en ello; da Juan a su contrario cuatro pesos en plata, mitad del hallazgo, y marcha brincando a su posada con la medalla original. Quiere, sin embargo, cambiarla para atender a sus menesteres; entra en un estanquillo a comprar unos cigarros; el cigarrero la mira y la pesa, la prueba, la ensaya y rasguña, y echando sobre el inocente Juan una mirada de indignación -«Pícaro labriego (le dice) ¿a mí me vienes con moneditas falsas? ahora verás lo que hago con ella, y cuenta con tu lengua no le suceda lo propio». -Y sin más preliminares agarra en una mano un clavo, en otra el martillo, y clava la moneda en el mostrador, a vista y no con paciencia del desesperado Juan, que hasta entonces no reconoció todo el embuste del hallazgo, de la disputa y del juicio del reparto.

- IV -

Estos y otros semejantes lances enseñaron, en fin, y a Juan a recelar de todos los hombres, en términos que huía de su encuentro, y parecíale ver en cada uno un enemigo nato de su bolsillo y seguridad. Pero al fin era un ser humano, hecho para vivir en esta que llamamos sociedad, y no podía, por lo tanto, pasarse sin el humano trato y comunicación.

Una tarde, entre otras, que se había engolfado en las vueltas y revueltas del famoso cuartel de Lavapiés, buscando en la humildad de sus casas alguna analogía con la de su villa natal, vio sentadas a la puerta de una de ellas dos figuras, aunque de igual sexo, de bien distinto aspecto y catadura.

Era la una, vieja arrugada y mezquina; con sus tocas por la cabeza, las manos en el rosario, y los ojos clavados en el suelo; parecía la otra, moza, como de veinte y dos, esbelta y rozagante, con su zagalejo corto, mantilla de tira echada a la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas en la cabeza. -Mirando a la primera, enfermara de espanto el pecho más valiente y denodado; considerada la segunda, temblaran las rodillas más sólidas y robustas. Juan, como era de pensar, apartó rápidamente los ojos de la vieja, y descansolos un breve rato en la moza, y ya el aspecto de ésta iba empezando a obrar una revolución completa en su físico interior, cuando creció de todo punto su turbación viéndola dejar su silla precipitadamente, y correr a él con los brazos abiertos, diciéndole:

-«Juancho, Juancho, el mi borrego, el mi pachón; ¿quién diablos te ha traído por esta tierra de Madrid? Mírame bien, ¿no me conoces? ¿No te acuerdas de Carmela, la hija de la tía Ursula y del tío Pepón, nieta de Traga cepillos, el sacristán? ¿Te acuerdas cuando jugábamos juntos en el corral del tío Purgatorio, y aquella tarde que matamos todas las gallinas de la ama del cura? ¿Te acuerdas? ¡Bobón!...»

Y dábale cariñosamente en la barba con la punta de los dedos, y Juan, con una cara risueña y como burra delante del prado, nada respondía, sino estábala mirando todo embelesado y suspenso, y así acertaba a hablar como si tuviera pegada la lengua.

La buena vieja, que permanecía sentada, ocupada con su rosario, hubo de reparar en aquella escena, y sin levantar los ojos del suelo: -«Niña, niña (la decía), cuidado con lo que se hace, que en la calle estamos, y casa hay, a Dios gracias, donde no dar qué decir: deja, deja a ese mozo, y no le encandiles, que aquí a nadie se obliga a nada, y únicamente se sirve a los que lo piden con amor y buena voluntad, como Dios manda».

-«Déjeme V., madre Claudia -decía la muchacha-, déjeme V. que le hable, que es muy querido mío y de mi mismo pueblo, para servir a Dios y a mí, y en un tris estuvo el que hubiéramos sido matrimonio, a no ser por aquel pícaro de D. Luis el estudiante, que me sonsacó y me llevó consigo a Salamanca».

A todo esto ya había vuelto Juan de su letargo y reconocido puntualmente a su antigua propincua, la que con licencia de la vieja le entró en la casa, donde a vuelta de un par de copas de aguardiente le contó toda su historia, que era por manera entretenida, desde que salió de Fontiveros a cursar en Salamanca, hasta graduarse de doctora en el Lavapiés de Madrid.

Y estando en esto, entró por la puerta adelante y con determinada franqueza, un hombre, que luego al punto reconoció Juan por aquel que le había enseñado el tesoro de la Morería. Empezó a temblar como un azogado, figurándose que ya le veía con la de las cachas en la mano; pero Carmela, que conoció su turbación, mandó al otro con imperio que se saliese a la calle, y que fuese a esperarla a la taberna de enfrente. Hizo ademán de obedecerla, y ya empezaba Juan a respirar a sus anchuras, cuando en esto un «¡Dios nos asista!», pronunciado enérgicamente por la vieja, que se había quedado de la parte afuera, vino a interrumpir de nuevo aquel dúo, casi casi en el momento de empezar el alegre.

-«¿Qué es eso?» -exclamó rápidamente la moza, asomando la linda faz a la puerta de entrada.

-«Nada, nada, prenda (dijo un hombre vetusto y cuadrado, con su bastón de puño blanco en la mano, señal de autoridad); no hay que asustarse, que no hay para qué; todos somos conocidos, y VV. muy particularmente, de todo el barrio: aquí no hay más sino venir yo en busca de este pájaro que de aquí salía, y que hace ya días buscaba por estafador y bribón de a folio: en cuanto a ustedes, todo el mal será por de pronto el mudar de habitación y seguirme con los demás presentes a la de la Villa, en donde podrán a su sabor proseguir la plática comenzada».

Aquí fueron los inútiles gritos de la vieja, las lágrimas poderosas de la moza, los juramentos del galán fantasma, los berridos de Juan Cochura, pero de nada sirvieron; antes bien, formando un armonioso grupo de vieja hechicera, mujer falsa, espía, víctima, corchetes, guardas y acompañamiento propio de un drama romántico, fueron todos conducidos a la casa común, de la cual, a vuelta de algunos meses, sustanciada la causa y desustanciado Juancho, pudo salir al aire libre y regresar a su pueblo, donde era cosa de oírle contar sus aventuras de reciénvenido en la corte, en esta que suelen llamar la patria común, la tierra de amigos.

(Agosto de 1838)

La exposición de pinturas

Al estampar el título de este discurso, ya veo mentalmente a mis lectores abrirme paso y dejarme marchar delante, con la intención sin duda de recorrer conmigo las salas de la Academia, y escuchar benévolutamente las observaciones críticas que sobre cada cuadro haya de estampar en mi cartera. Veo también a los artistas y aficionados torcer el gesto, y formar corro enfrente de mí, como demostrando desconfianza de mi pobre opinión, y aguardando que la someta a la suya inteligente. -Escucho también las insinuaciones de los amigos de los enemigos, y de los enemigos de los amigos, que quieren benévolutamente intercalar entre renglones de mi discurso los suyos propios, y aspiran a convencerme con el piadoso objeto de que yo convenza a los demás de lo que ellos no están convencidos... Los unos me

intiman magistralmente la superioridad de tal cuadro... los otros me excitan la bilis sobre la incongruencia de tal otro... Cuál quiero que empiece por el orden cronológico de antigüedad; cuál, por el de títulos académicos; aquél aboga por las composiciones históricas; éste, por las descriptivas y pintorescas; y estotro, en fin, por las comparables y d'après nature...

Alto allá, señores míos, que no todo ha de ser para ellos. -Vuestas mercedes me perdonarán por hoy, pero no puedo servirles como quisiera, porque no traigo bastante provisión de elogios en el tintero. Día vendrá, y no está lejos, en que componga su licor con arabesca goma y azúcar cristalizado, y entonces me tendrán al su mandar para hablar de sus producciones con aquel entusiasmo que es del caso... Lo que es por hoy no vengo a ver la Exposición, sino a tomar parte en ella; quiero decirles que yo también soy pintor (si no lo han por enojo); y en prueba de ello... zis... zas... Y abrí mi envoltorio, desarrollé mi lienzo, y se le presenté con el debido respeto a la Comisión revisora de profesores, permanente en el entresuelo de aquel templo de la inmortalidad.

Y como espero que la decisión de aquel artístico jurado habrá sido favorable, y habrá acordado exponer al público la dicha obrilla de mi débil pincel, paréceme del caso dar aquí a mis lectores el texto o programa de ella, con las convenientes notas y ampliaciones para que los menos inteligentes puedan comprenderla.

Mi cuadro representa el interior de un noble edificio que en tiempos atrás construyó un célebre arquitecto llamado Ribera, a quien estamos convenidos en apellidar oprobio del arte, porque hizo cosas que no estaban escritas en Vitrubio ni en Paladio, y cuya sombra, picada contra los diarios anatemas que resuenan contra él en aquella casa, responde, no sé si diga victoriosamente, con la casa misma, y aún se ríe de los que se ríen de él, y de muchas obras modernas, escondiéndose entre los caprichosos follajes de la fachada del Hospicio.

En cuanto al edificio que representa mi cuadro, fue construido con destino a Estanco del Tabaco, hasta que el señor D. Carlos III (de gloriosa memoria) dispuso estancar en él cosa de más interés, reuniendo para ello, sin duda con la mejor intención, «Naturaleza y arte bajo un techo», como dice la inscripción de la puerta, con lo cual y desde entonces permanecen allí estancadas, estrechas y sin poder medrar. Pero volvamos a mi lienzo.

Un patio cuadrilátero y a cielo abierto forma su primer término (porque es de advertir que este mi cuadro no pertenece a la escuela clásica; antes bien es un mosaico de grupos y perspectivas que de término en término le hacen interminable). -Vense en el patio, colocados al aire libre y como desafiando las iras del cielo, diversas pinturas... pero no; las pinturas de los otros no se ven en la mía, porque de intento he procurado yo extender la sombra allí donde aquéllas deberían estar colocadas. -Sólo se ve, pues, el piso plano, reflejado perpendicularmente por la luz de mi paleta, y un pueblo numeroso, que viene, que va, que entra, que sale, que habla, que ríe, que bulle, que tose, que murmura, que confunde, en fin, y arrebatada la vista del espectador. Si éste sigue con ella los demás puntos términos

del cuadro, hallarase alternativamente con los dobles ramales de una magnífica escalera, con pisos bajos y altos, salas estrechas y espaciosas, callejones y galerías al Norte, al Sur, al Levante y Poniente; cuáles diáfanas y transparentes; cuáles sombrías y misteriosas, según su respectiva situación; pero todas ellas cubiertas de pinturas sus paredes, de pueblo numeroso su pavimento.

Supongo al espectador colocado en el sitio que ocupan los cuadros... Es claro que no puede ver éstos. -Pues entonces, ¿qué es lo que ve? -Ya he dicho que verá el mío.

Abran los ojos y miren, y aunque al principio se ofusquen con la confusión de mi brocha desaliñada, ya irán buscando las luces y colocándose a la distancia conveniente para abrazar el conjunto.

Ese corro que ven VV. ahí a la izquierda, de figuras llenas de vida y expresión, es el círculo inteligente; el mismo que distribuye y niega las reputaciones artísticas. Compónese de maestros jubilados del arte, y antiguos aficionados que acostumbraban a ir con Goya a los toros, y por consecuencia, son muy conocedores en pintura: gente vetustia y poco pintoresca en sus personas; malos contornos, peor expresión y rematado colorido; como que el que menos cuenta seis decenas debajo del peluquín. Si pudiéramos escuchar lo que parecen decir, verían ustedes cómo luego sacaban la conversación de Roma y de Bolonia, adonde fueron, y de donde volvieron hechos unos Rafaeles (vamos al decir) y llenas las cabezas de Marco Antonios y Cleopatras, y Danaes y Mercurios, y Rómulos y Coriolanos; con aquellas caras y aposturas de dolor artístico, y de amor o de alegría arreglados a escala romana; aquellos pliegues cuidadosos como los de sobrepelliz cardenalicia; aquellos cielos en que no es fácil averiguar qué hora es; aquellos muslos, aquellos brazos contorneados y puestos allí de intento como diciendo: -«Miradme»; aquel colorido arreglado a receta, y en que no se atrevería a entrar una dracma ni de menos ni de más; aquella acción, en fin, tan única e indivisible como la República francesa.

Miren VV. allá más abajo reproducido el mismo grupo, que marcha en convoy, y se ha parado delante de un cuadro nuevamente expuesto, que sin duda debe pertenecer a algún artista de diversa comunión. Ahora ya no hablan de la vieja escuela; hablan, sí, de la nueva, y echan sus ojeadas oblicuas al lienzo, y sonríen y manotean, y señalan con el dedo, y algunos más decididos hacen como que dibujan o contornean con él, según su estilo, lo que le falta o le sobra a la pintura representada, y otros más serios suspiran y fruncen el gesto, como lamentándose de la profanación del arte, y por último, aquellos de más allá parecen contemporizar diciendo: -«Es buen muchacho el autor... Tiene chispa... Promete bastante, si no estuviera viciado...» Y con estas o semejantes expresiones, ábrense paso por enmedio de la concurrencia, que se apresura a admirar el cuadro, y dejan escapar sobre aquélla y sobre éste una mirada alternativa de compasión y de desprecio.

Pues volvamos la cabeza a ese otro círculo más agitado que observa al primero... Repárenles VV. bien... Sombreritos ladeados, levitones románticos, barbas y melenas... edad entre los veinte y los treinta, fruta de este siglo mercurial... charla sempiterna, mucha expresión de ojos... mucho manoteo... mucha risotada; pues ésa es la España artística del día, quiero decir, el círculo nuevo, la escuela flamante, idólatra de las almenas y puentes levadizos; de las aceradas cotas y blanquísimo cendal; que sólo acierta a ver a la pálida luz

de la luna; que sólo sueña escenas terroríficas, combates horribles, adulterios y asesinatos; que ilumina sus cuadros al resplandor de las llamas que consumen la ciudad, del rayo que rasga las nubes o a la trémula luz de la lámpara sepulcral. -Ellos y esos jovencitos alegres y bulliciosos, son los que nos trasladan al lienzo los rostros patibularios, las sonrisas infernales, la abominación de la desolación; que gozan y se recrean en colocar la sanguinosa daga en el seno de la inocente virgen, o salpicar de sangre el desgarrado manto de la matrona; que ponen en las manos del héroe el desnudo puñal o la fatídica pistola; al ave agorera sobre las ventanas laboreadas del palacio, o las borrascosas olas batiendo las rotas murallas del castillo feudal.

Pero apartemos la vista de tan singulares escenas, y descendamos a esta sociedad práctica y positiva, prosaica y risueña, bulliciosa y amiga de sensaciones de todos géneros... Busquémosla, por ejemplo, en aquel triunvirato, de bellezas que se adelanta de frente, contemplando con igual indiferencia las románticas catástrofes y la clásica beatitud... Para ellas y para el numeroso séquito de apasionados que las rodean, en vano Murillo adivinó la pureza virginal del rostro de la Madre de Dios; en vano Velázquez sorprendió el secreto de la naturaleza; en vano Ribera trasladó sus dolores y su más violento padecer.

-¡Ay, Jesús, mamá, qué cuadro tan asqueroso! yo no sé por qué le miran tanto no parece sino que Murillo había sido practicante de algún hospital (y esto lo dicen tapándose las narices y apartando la vista del magnífico lienzo de Santa Isabel).

-Por cierto (exclama alguno de aquellos celosos almibarados) que estos españoles antiguos no sabían pintar más que santos y mendigos.

-Sin duda debían de ser muy feos nuestros pasados (prorrumpe otro, como creyendo decir un chiste), porque todas las caras que nos representan sus pinceles son tan inverosímiles, que hacen horror.

-Si hubiera tenido delante (replica el primero) los modelos que nosotros alcanzamos la fortuna de mirar...

-¡Ah... ah... ah...! (interrumpen riendo las señoritas). Vaya, Carlitos, que no pierde V. ocasión de hacer un agasajo.

(Y el mozo se contonea y se arregla la corbata, y pasa su anteojo guante por entre los rizos de sus melenas.)

-A propósito de bellezas (dice otro), y dejando estos santos en su paraíso, vean VV. ese hermosísimo rostro que delante tenemos, trasladado con verdad de un más hermoso original... ¿No la conocen VV.? ¡Qué majestad! ¡Qué nobleza! ¡Qué transparencia de tez! ¡Qué perfección de facciones!

-Cierto, Enrique (una de las bellezas interrumpe, picada, al orador), cierto que es muy hermosa; pero lo es más en el retrato que en el original... Ya ve V., no era León el pintor...

-Señorita...

-¿Pues no ve V. esos labios y ese pecho y? luego, que yo no me acuerdo de haberla visto ese vestido tan elegante; y además, que tampoco el peinado está de moda.

-¡Oh! pues entonces no hay más que hablar, Enrique; Matildita tiene razón, y yo no sé cómo tú puedes alabar...

-¡Señoras, no es decir que pero yo sólo hablaba de la pintura.

-Vamos, vamos de aquí, niñas (grita la vieja): ¡ay Jesús, y qué empujones, y qué mal olor! ¿Por qué dejarán entrar a estas gentes en la Academia?

-A la verdad (replica un mancebo), que no será por falta de originales.

(Y diríalo, sin duda, por aquella falange de alcorconeros que allí aparece, los cuales, como amigos de las artes, han venido a dar un vistazo a la Academia, mientras otros, sus compañeros, arreglan el puesto para la venta en la feria de sus obras de escultura de cocina.)

-Míala, míala, ¡qué garrida y qué frescachona está!... El dimoño me lleve si no es la Virgen.

-La Virgen es, que tien una cosa a manera de rosario en el pecho, y toa la mano llena de sortijas: ¡ay, quién la llevara a nuestro señor cura!

-Calla, bruto, que pué que mos oiga algún alcalde, y luego coja y mos embargue los pucheros, que por menos suelen hacerlo estos señores de Madrid.

-Abate el otro, qué bigotes tiene y qué uniforme tan majo y tan... Apostaría que es aquel comendante que antañazo pasó por el puebro en busca de las ficciones...

-¡Quiá e ser., si aquél corría como un gamo, y a estotro no se le ven las piernas!

-¿Y qué hacen ahí esos flaires, con sus capuchas...?

¿Pues no hicían que los han distinguío?

-Calla, tonto, si éstos son como aquellos que hay en la iglesia del pueblo, que se están siempre quietos y no tienen más que sus presonas; por eso no les han quitao...

Y por este estilo siguen sus comentarios, marchando en columna cerrada por todas las salas, cogidos de las manos, la nariz al viento, los ojos y la boca de par en par... Lo que más suele incomodarles es que los celadores de las salas no les dejan tocar los cuadros; pero siempre que miran algún retrato de señora se persignan y dan golpes de pecho, y miran en derredor como buscando la pila del agua bendita.

Imposible sería seguir este armonioso cuadro en todos sus infinitos detalles; en el patio como en la escalera, en las salas como en los callejones, la misma animación, el mismo movimiento, iguales preguntas, respuestas semejantes.

Ya es un honrado mercader con su levita cumplida y reluciente, paño de Tarrasa tinto en lana, fruta del almacén, que se pasma y extasía delante de las miniaturas de la sala baja, y de las infinitas traducciones libres del Cuadro de las lanzas y el Pastor de la cabra, ordinario pasatiempo de los nuevos aficionados; y en tanto que admira el primor imitativo del pincel, no siente ni echa de ver que otro ingenio precoz le saca con mucho cuidado el pañuelo del bolsillo; ítem más, la caja del tabaco y un melocotón que le habían regalado en la feria.

O bien es un abuelo veterano, ex-individuo de no sé qué ex-cuerpo, que conducido diestramente por una nietecilla de quince abriles, linda como una esperanza, se para de pronto, sorprendido y petrificado, delante de una cabeza de Medusa, dibujada al lápiz y elegantemente encuadrada en el laboreado marco, bajo del cual se ve esta patética dedicatoria:

A SU AMADO ABUELO

dedica esta cabeza de Medusa,

su nieta,

FULANITA.

Ya se escucha un refuerzo saliente al confuso bisbiseo de la conversación general, y lo produce el encuentro casual, dispuesto en la tertulia de la noche anterior, entre dos lindas bailadoras y sus dos parejas de cotillón, los cuales se deshacen a cumplimientos con los esposos respectivos, que marchan a distancia, y les hablan con entusiasmo del claro oscuro y de los matices, y los llaman la atención hacia un cuadro, y miran por detrás de él a los

originales que delante tienen, y abren paso a éstos por entre la inmensa concurrencia, y se precipitan a darlas la mano y sostenerlas en la infinita combinación de subidas y bajadas de la tal casa, y dicen pestes de sus callejones entre tanto que debieran bendecirles...

Más allá es un grupo de futuros ciudadanos, que lloran porque los pisan o porque los estrujan el sombrero nuevo, y dicen que no ven, y el papá les coge en los brazos y les dice:

-Ese que allí veis, es Alejandro, un rey muy poderoso que hubo en España en tiempo de los moros, que conquistó la Alemania, y por eso le llamaron el Magno, y cuyo sepulcro se encuentra en las Salesas al lado de la Epístola.

Luego se escuchan las risotadas de ciertos mozalbetes que han estado haciendo anatomía de un mísero retrato de vieja, muy grave y circunspecto, y cuando vuelven la cabeza echan de ver que tenían por oyente al original.

Ya es un mancebo que se atusa los bigotes y se coloca en posición académica en el quicio de una ventana, procurando conservar la misma actitud que en el retrato que delante tiene, para que todos los transeúntes puedan hacer la comparación.

Ya, en fin, es un artista que enseña los pies por entre los del caballete que sostiene su cuadro, y escucha allí a su sabor el juicio contemporáneo del país.

-¿Han visto VV. a Fulanita, qué bien está?

-De mi cuadro hablan (dice el pintor).

-Admirable (contesta con entusiasmo un apasionado al modelo).

-¡Valiente cabeza! (exclama el artista).

-¿Lo dice V. por mal? (contesta el amante).

-No, señor mío; antes bien digo que es un rostro muy bien pintado.

-Caballero, eso parece tener un doble sentido, y es menester que V. sepa que el rostro en cuestión no se pinta y...

-¡Cómo que no se pinta!

-No, señor.

-Pues si le he pintado yo!

Toca en esto mi cuadro a su extremo término; desaparece prontamente la luz por el sencillo medio de cerrar los balcones; mírase deslizar la concurrencia, agolpándose hacia el portal; quedan desiertas las salas, el patio y escalera; suenan llaves y cerrojos, y al bullicio y movimiento sucede un silencio sepulcral... No hay que extrañarlo; el reloj de la Aduana acaba de dar las dos, y los estatutos de la Academia previenen que a aquella hora se comía en tiempo del fundador.

He aquí mi cuadro. ¿Querrán los señores directores darle un lugarcito en la Exposición?

(Octubre de 1838)

Una Junta de cofradía
COSTUMBRES CHARLAMENTARIAS

Ne sutor ultra crepidam...

Al glorioso San Crispín,
Protector de la obra prima,
Consagra solemnes cultos
Su devota cofradía.
Por cédulas ante diem,
Y a la hora de noche prima,
Todas las capacidades
Guarda-piernas de la villa,
Convocados a este fin,
Ocupan bancos y sillas
En un honrado desván
Con honores de buhardilla.
De la sala en el comedio,
Y pendiente de una viga,
Campa al aire el oriflama,
Del santo patrono insignia;
Y encima de una gran mesa,
Alhaja de sacristía,
Lucen un candil y un jarro,
Que alegran ojos y tripas.
Tras la mesa, en un sitial
De baqueta moscovita,

Con más clavos que una rueda
Y más años que una encina,
El cofrade más antiguo
Por derecho de conquista
Se encarama y se sepulta,
Diciendo: «Ya hay quien presida».

Con esto y un avechucho
Entre mico y sabandija,
Que ocupa el siniestro lado
Y el candil y el jarro atiza,
Los restantes pies-de-banco
A sus puestos se retiran,
Ya que vieron que dejaban
La mesa constituida.

.....

«Escomienza la sesión»,
Grita el presidente Blas;
Y reclama la atención
Con un enorme esquilón,
Que le sirve de compás.

Tose y bebe el secretario,
Y bebe y vuelve a toser,
Y sacando del armario
Un roñoso formulario
Que apenas sabe leer,
Toma a todos juramento,
Por el jarro y el candil,
De que beberán con tiento,
Mirando por el aumento
Del gremio zapateril.

En relación nominal
De todos los congregados
Va llamando a cada cual,
Y todos hacen señal
De saber que son llamados.

«Perico Cerote negro». -
-«Espacio, voto va Dios,
Que ese mote es de mi suegro,
Y digo que no me alegro
De responder por los dos». -

-«Juan Lesnas». -«Presente soy
Para mal de algún endino
Que habrá de escucharme hoy;
Y declaro que me voy
Si no se escomienza el vino».

«Diego Punzó Cabritilla». -

«De cuerpo presente está».

«Domingo Cachas». -«Cuchilla

Me llamo en toda la villa,

Que bien me conoce ya». -

«Benito Chanclas». -«Amén».

«Dionisio Correa». -«Soy».

«Leonardo Mandiles». -«Bien».

«El hijo del Cacho». «¿Quién?»

«El Cacho del hijo». -«Voy».

Prosigue así relatando

Otros nombres, más de mil,

Y su blasón escuchando

Van respondiendo y jurando

Los cofrades del mandil.

Por último, el presidente,

Meneando el esquilón,

Grita con voz de aguardiente:

-«El que esté en pie, que se siente;

Ábrese la discusión».

«Al fin, ilustre asamblea,

Restablecido el silencio,

Improvisaré el discurso

Que hace tres meses y medio

Me está enseñando don Braulio,

El dómine de Toledo.

Prestadme, pues, atención,

Y no os durmáis por lo menos,

Que es música celestial

Cuanto deciros intento.

Señores... (aquí me dijo

Que hiciera pausa, el maestro)

Señores... (vuelvo a decir,

Si no lo dije primero).

Señores... (y va de tres)

¡Qué espectáculo tan bello,

Qué cuadro tan animado

Ante mis ojos contemplo!

Todas las capacidades

De la hermandad del becerro

Pendientes de mi discurso...

(Ya he dicho que es del maestro).

Y yo, el último de todos

Los que ilustran este gremio,

Colocado a su cabeza

En el encumbrado puesto

Donde, ayudándome yo,

Vuestros votos nos ascendieron.
Tiempo es ya que, dominando
Mi modesto atrevimiento,
Os haga escuchar mi voz,
Y que repitan sus ecos
Las tapias de este santuario
Y las vigas de estos techos.
La Europa, que nos contempla
Atónita, cuando menos,
Espera, escucha, medita
Nuestras palabras y gestos,
Y prepara a nuestras sienas
El merecido trofeo
En cien tempranas coronas
De achicorias y de berros.
Señores... ¿de qué se trata?
Vengamos a mi argumento,
Antes que alguno de usías
Me diga que soy un necio.
Se trata pues... ¡friolera!
En esta junta modelo,
De abortar alguna cosa,
De reconstruir el gremio;
De reformar la Ordenanza
Que hicieron nuestros abuelos,
Y tornar su gloria antigua
Al nombre de zapatero.
Largos años de desdichas
Tal, señores, nos han puesto,
Que lo que antes fue obra prima,
Obra póstuma se ha vuelto.
Yacen por tierra olvidados
Nuestros magníficos fueros,
Usos, armas, regalías,
Imprescriptibles derechos.
¿Quién hay que al ver este cuadro
Horrisonífico, negro,
No sude ardiente betún,
No se le curta el pellejo?
Nosotros, con cuyo auxilio
Corren y marchan los pueblos,
Y de civilización
Somos la causa y efecto;
Nosotros, cuya prosapia
Data de Adán cuando menos,
Que, según varios autores,
fue el que inventó andar en cueros;

Nosotros, que por capricho
Al hombre más altanero,
Metiéndole en un zapato,
Aplicamos el tormento;
Nosotros, que a la beldad
De rodillas ofreciendo
Adoración y medida,
Qué puntos calza, sabemos;
Nosotros, que de los héroes
Somos sólido cimiento,
Testigo el gran Federico,
Y el héroe de Marengo;
Nosotros que.. pero callo,
Porque desde aquí estoy viendo
Mil señales de impaciencia,
Que expresan vuestro ardimiento.

Ello, en fin, es cosa clara
Que somos un noble cuerpo,
Y que debemos osados
Conquistar nuestros derechos.

Cuarenta siglos nos miran,
Y aunque diga más de ciento,
Flechándonos el antejo
Para observar lo que hacemos.

Y lo haremos, sí, señores,
Y sabrán los venideros
Que fuimos hombres de pro
Y gente de pelo en pecho.

Jurad conmigo entre tanto
De este sitio no movernos
Hasta haber consolidado
Nuestra Ordenanza». -

-«Juremos»- -

Y al pronunciar esta voz
Entre gritos y reniegos,
Todos se estrechan las manos
Hasta quebrarse los huesos.

.....

-«Pido la palabra, hermano». -
->¿Y para qué? -

->«Para hablar». -

->«Juan Lesnas tiene el embudo»,
Dijo el presidente Blas.

Juan Lesnas estornudó:
Miró adelante y atrás,
Púsose sobre el pie izquierdo
Y dijo «voy a empezar».

«Protesto, ante todas cosas,
Que mi discurso será
De poco más de tres horas,
Pues me habré de concretar.

Digo también que no haré
La oposición al tío Blas,
Pues reconozco sus prendas,
Talentos y probidad,
Y fuimos catorce meses
Compañeros de hospital.

Pero, al fin, ¿quién le ha metido
En venir a predicar
Y echárnosla de maestro
A los que somos ya?

Y si no, vamos a cuentas.
¿Sus señorías podrán
Decirme qué es lo que dijo
Con tanto disparatar?

Dijo que estamos en junta...
Dijo la pura verdad;
Pero después se perdió,
Y olvidó lo principal.

Porque la junta solemne
Que hoy vamos a celebrar,
Está, señores, prescrita,
En nuestro ceremonial;

Ni tiene otros tiquis-miquis
Que el haber de celebrar
La función de San Crispín,
Que presto se acerca ya.

Yo que he sido mayordomo,
Mandadero y sacristán
De esta santa Cofradía
Diez y siete años y más,

Os propondré mi programa,
Que pienso habrá de gustar;
Y a fin de llevarlo a cabo
Me concederéis no más

Que un voto de confianza
Para que pueda gastar
Cuanto juzgue conveniente,
Y no esté gastado ya.

Esto es, pues, lo más sencillo...»

-«Pido la palabra, Blas». -

-«Perico Cerote Negro

Hable, y que se siente Juan». -

«El señor preopinante
Preopina, ¡ya se ve!
Que se le dé a su mercé
Licencia de echar el guante;
Pero falta averiguar
Con qué títulos la pide,
Y al hermano que hoy preside
Intenta así destronar;
Porque, según yo me fundo,
Los notables que aquí estamos
Creo que representamos
Los zapateros del mundo.
Y por más que un animal
Se oponga aquí, es cosa clara...»

-«Pido la palabra, para
Una alusión personal». -

«Consigno, en fin, mi opinión
Contra todo gatuperio;
Y al que haga de menisterio
Yo le haré la oposición.
De la cuestión en el fondo
Pudiera extenderme más;
Pero pues lo dijo Blas,
Hagamos punto redondo.
Guerra, señores, al bicho
Que siempre quiere bullir;
Mucho pudiera decir...
Pero... señores; he dicho».

-«Mi digno amigo Cerote
Ha dicho, si mal no oí,
Que yo soy un animal;
Yo respondo que es un ruin,
Y quedamos tan amigos
Y podemos proseguir:
Voy a hacer la descripción
De la fiesta, y podrá así
La asamblea conocer
Si es merecimiento en mí
El ser ministro perpetuo
Del glorioso San Crispín.
Lo primero que prevengo
Es, señores, un pernil
Asado por estas manos

Que la tierra ha de cubrir.

Vendrá luego de los callos

La fuente geronimil,

Y el inevitable arroz

Con guindilla y con anís.

Aquestos son mis principios,

Y los sostendré hasta el fin

Con los consabidos medios

Del tintillo y chacolí,

Hasta que todos usías

Queden hartos de engullir,

Y puedan cantar los gozos

Del invicto San Crispín».

-«Bien por Juan el mayordomo».

-«Bravo». -(Aplausos.) -(Sensación.)

-«¡Escuchad!» -«¡Oíd!» -«Ya basta». -

-«Yo pido la votación». -

-«Que se vote». -«La palabra». -

-«No hay palabra». -«¿Y por qué no?»

-«¿Para qué?» -«Para el almuerzo».

-«Yo para la procesión». -

-«Y yo para el juramento». -

-«Para la Ordenanza yo». -

-«Que diga» -«Que calle». -«Fuera».

-«Orden, hermano mayor». -

-«Su señoría es un burro». -

-«Su señoría un lechón». -

-«Que se lea el reglamento». -

-«Orden, señores, por Dios». -

Y el jarro de mano en mano

Corría que era un primor,

Y el esquilón a todo esto

Sonaba dilín, dolón.

.....

«Hable el presidente».

-«Hablo,

Si me dejan, pues ya veo

Que aquí a fuerza de pulmones

Se hace bueno el argumento.

Por desgracia me persuado

De que no entendió el Concejo

La intención de mi discurso

Monumental, deletéreo;

(Dos palabrillas de moda

Que me encargó con empeño,

La practicabilidad

Del dómine de Toledo.)

Quise, pues, decir...»

-«Tío Blas,

Lo que quiso lo sabemos;

Quiso echarla de leído

Porque es suscriptor al Eco». -

«Quise hablar de la Ordenanza: -

Quise...»

-«Bien está todo eso;

Pero Juan tiene razón;

Lo primero es lo primero».

-«Entonces es otra cosa;

Señores, vamos con tiento;

¿Se trata de San Crispín

O se trata del almuerzo?

«Del almuerzo, sí señor». -

«Pues voto por los torreznos,

Y dejemos la Ordenanza

Que la masquen nuestros nietos».

-«¡Viva el presidente!»

«¡Viva!» -

-«¡Y viva Juan!» -

-«Me enternezco

De ver señores las honras

Que me hacéis sin merecerlo.» -

-«Vámonos que son las diez». -

-«Es preciso que acordemos».

-«¡Qué acordar ni qué demonios!»

-«A mí me espera mi suegro». -

-«Y a mí la Paca». -

-«Pues yo

Estoy de hambre que no me veo». -

-«¿Con qué, estamos?» -

-«A la calle». -

-«Cuidado con el almuerzo». -

Juan subió a la presidencia,

Y en un programa verbal

Dio una práctica señal

De su grande inteligencia.

Y dijo con entrecejo

Meneando el esquilón: -

«Se levanta la sesión,

Que va a dormir el Concejo».

(Marzo de 1837)

NOTA. -Pudiera tomarse por una nueva excursión o ligero escaqueo del autor en el campo de la política el artículo o composición que da lugar a esta nota. Mas, para alejar de sus lectores aquella idea, acompañó su publicación con la siguiente muletilla: -«El objeto de esta composición déjase ver que es atacar el abuso que, en reuniones insignificantes y para tratar de asuntos de menor valía, suele actualmente hacerse del lenguaje y fórmulas parlamentarias». Bajo tal aspecto, entra este ridículo en la jurisdicción del escritor, que festivamente y sin acrimonia pretende corregir pintando las costumbres de la sociedad contemporánea. Éste es, pues, su verdadero punto de vista; y, por tanto, trabajo será excusado el de aquel lector suspicaz que intente andar buscando en este escrito alusiones más hondas. El autor protesta de antemano contra toda maligna aplicación, y repite aquí lo que en varias ocasiones ha dicho en los ocho años que hace que escribe de costumbres, a saber: que no es política su misión sobre la tierra.

A pesar de esta protesta espontánea y veraz, parte del público lector dio en el achaque de buscar los originales de aquella junta de maestros de obra prima ocupados en constituir su gremio, con sus discursos hiperbólicos, sus programas, sus interpelaciones, alusiones, enmiendas, votos y demás aparato teatral. El autor, modesto y limitado en su objeto, sólo respondió por entonces a los que le achacaban otras tendencias: -¿No conocen ustedes que si hubiera querido decir eso que ustedes piensan lo hubiera dicho?

El Martes de Carnaval y el Miércoles de Ceniza

- I -

Noche del martes

Las locuras del Carnaval tocan a su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la capital; la población, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte, grata y sonora, que todo tiene término, que la mano severa de la razón acaba de arrancar la máscara a la locura. -Ésta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoración, cambia mil disfraces, y hasta se atreve a profanar el de la religión misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza a los desatentados mortales.

¡Qué horas tan pródigas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del día santo!... ¡Qué extravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la religión y de la filosofía!... Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma a los sentidos, el bálsamo de

la paz a los corazones agitados. -Tal la voz pura y sublime del Redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las bacanales del pueblo rey, y a su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginación en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salón, dorado y refulgente a la luz de mil antorchas, sonoro a la vibración de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras extrañas, que, con sus variados ropajes, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al joven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con un sí lisonjero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño o acaso no reparará en ti; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razón, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño sí, te volverá la espalda, o frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «Máscara, no te conozco, déjame bailar».

Pura y cándida Virtud, que, ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente a los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apenas acierta a divisarte por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan a sus pies... Dila entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficción de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazón sencillo e inocente; -«Apártate de mí, Beata (te replicará con imperio), no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate...»

Y vosotras también, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir a una niña inocente o en dejarse engañar por una astuta cortesana; -ante el noble magistrado que trueca la severa toga de la justicia por el callado y maligno dominó; -ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven a encontrarse a la hora convenida haciendo alarde de su mutua infidelidad. -Apareced, digo, entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados, reflejaos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Veréis fruncirse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no tenéis) diciéndoos con indignación: - «¿Quién sois, máscaras insolentes, o qué venís a hacer aquí?»

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas; por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversación y de la danza, mil carruajes precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir a los respectivos saraos a los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretejidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos

conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizamí; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes a las bulliciosas mansiones del placer, a los innumerables templos de aquella Diosa de Carnaval.

¡Qué importa que a la mañana siguiente, el sol terrible alumbre la desesperación del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, o el horrible tormento de un engañado amor!... ¡Qué importa!... Hoy han hecho una tregua los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro, han cedido a la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... ¡Se acaba el Carnaval!... ¡Es preciso disfrutarle!... Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansión el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los días anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene a herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; a su terrible y mágico talismán aparecen también las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rásgase el velo de la ilusión a los ojos del amante; hiélanse las palabras en los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por más tiempo su dominio; sus adoradores ven clara a la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose, avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropajes, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan a sus respectivas habitaciones, donde a la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

- II -

El Miércoles de Ceniza

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana, que llama a los fieles a la ceremonia religiosa que va a empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruajes, sin que apenas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginación en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, o más dichoso o más prudente, recoge animoso su inspiración, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va a principiarse la sagrada ceremonia...

¡Qué apacible tranquilidad, qué solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y majestuoso, con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansión de la Locura!... Los fieles concurrentes no son muchos en verdad, pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes ya, la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada expresión de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atrevéis a fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera, pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud!... ¿La habéis buscado acaso en el sagrado recinto de la religión, en el modesto hogar del tierno padre de familias, en el taller del artesano, en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso, desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejáis sólo en vuestra imaginación y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés?... ¿Y pretendéis ser pintores de la naturaleza, cuando sólo la contempláis por su aspecto repugnante?... ¿Creéis conocer al hombre, cuando sólo pintáis sus excepciones? ¿Os atrevéis a retratar a la sociedad, cuando sólo hacéis vuestros retratos o el de vuestros semejantes? -Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un majestuoso río, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo más puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algún día han de ser convertidas... Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen a tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que sólo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprendería a aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religión.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen a la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atención en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pie... Sus débiles esfuerzos serían insuficientes si no contase con otro auxiliar más poderoso... Una figura angelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazón tierno e inocente, corre a sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala éste lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas a la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella joven era su hija, aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior... ¡Y aquella noche había sido la noche última del Carnaval!... Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él a aquella modesta beldad, se detienen un momento sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, míranse mutuamente,

prorrumpiendo en esta exclamación: «¡Qué diablos! ¡Y creíamos que habían estado en el baile todas las hermosas de Madrid!»

- III -

El entierro de la sardina

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta corte, que encierra en su breve recinto más aventuras que un drama moderno, y más procesos que el archivo de la Audiencia. -Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas re-catadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del común.

No sabré decir a cuántos grados longitudinales se extiende el dominio e influjo de la tal calle; pero bien podremos considerarla como centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (según la opinión de los más acreditados geógrafos), desde las Vistillas de San Francisco a la iglesia de San Lorenzo, comprendiendo en su extenso dominio multitud de pequeños estados más o menos independientes o feudatarios, en que varían también las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupación de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegados al punto capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de Ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que a la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el Madrid-Norte y Centro-Madrid, pero vela y pestaña en toda su actividad el Madrid-Sur; a la manera de aquel gigante de que nos habla Homero que mientras dormía con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. -A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, a este ojo del gigante despierto y animado, es adonde hoy dirigimos nuestro rumbo, al través de los vientos y a bordo de un menguado y azaroso calesín.

Fuerte cosa es que la maldita política, que todo lo invade (menos mi pluma), nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, o como decía el médico Bartolo, secuestrando la facultad de hablar. Si no fuera por ello, no hubiera salido la voz programa de sus modestos límites, de simple anuncio, o según la define el Diccionario de la Academia «el tema que se da para un discurso o cuadro».

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

